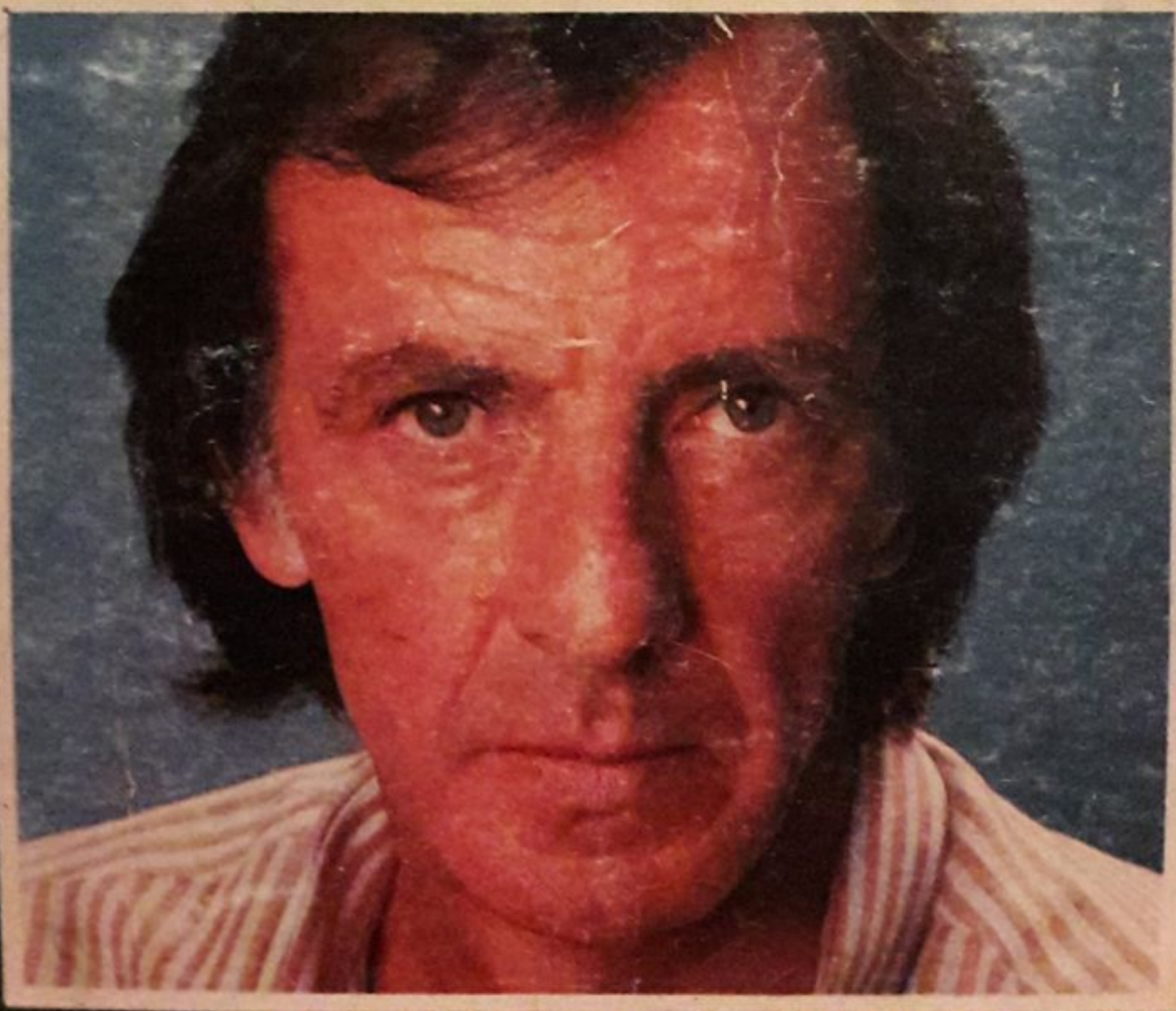
FUTBOL *sin* TRAMPA

CESAR LUIS MENOTTI



EN CONVERSACIONES CON ANGEL CAPPA

CÉSAR LUIS MENOTTI

FÚTBOL SIN TRAMPA

en conversaciones con
Ángel Cappa

LIBRERIA
CONTINENTAL

MEDELLIN

Muchnik Editores

FOMENTA LA CREATIVIDAD
RESPETA EL DERECHO DE AUTOR
CENTENARIO DE LA CONVENCION DE BERNA
1886-1986

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

© 1986 by César Menotti y Ángel Cappa
© 1986 by Muchnik Editores,
General Mitre, 162, 08006 Barcelona

Cubierta: Mario Muchnik

ISBN: 84-7669-000-2
Depósito legal: B. 5.016-1986

Impreso en España - Printed in Spain

«...la vida no vale nada
si no es para perecer,
porque otros puedan tener
lo que uno disfruta y ama.»

PABLO MILANÉS

A modo de pregón

A primera vista todo anunciaba una maravillosa mañana de domingo primaveral en que la vida se despereza en los árboles, las muchachas aligeran sus ropas y el sol se asoma al mundo con intención de despedir el invierno.

Parecía uno de esos días en que sale a cuenta echarse a la calle y, a paso de hombre, enfilar la empinada cuesta que conduce al viejo solar, a la entrañable explanada a la que con los años, la afición y la buena voluntad municipal, le brotaron porterías y algo así como unos vestuarios, a veces con agua caliente y todo.

Llevaba conmigo a mi hija María, con la dudosa intención de someterla a una sesión de proselitismo futbolero, de acercarla al amor al balompié y así tener una cosa más que compartir con ella.

Nos aparcamos junto al marcador a gozar de la fiesta con cacahuetes y gaseosa, mientras en la cancha un par de docenas de niños impecablemente equipados llevaban un buen rato corriendo, levantando polvareda y tratando de meter el balón en la portería contraria. Como debe ser, me dije.

Impresionaban las perfectas vestimentas de ambos equipos, la minuciosidad de detalles que rodeaban el pleito.

En el banquillo, sentado junto a los suplentes, algo semejante a un director técnico vociferaba reiterativamente a sus niños-jugadores instrucciones tácticas. A su lado, el masajista y un par de tipos de paisano completaban un cuadro nervioso y gesticulante. Pero lo que más llamó mi atención fue la cantidad de balones que lucían a sus pies. Balones nuevos y maravillosos, a lunares regros

Un auténtico lujo que contrastaba en mi memoria con aquellos tiempos en que era un acontecimiento disponer de una pelota de cuero que más de una vez había que perseguir cuesta abajo cuando un despeje contundente la enviaba más allá de las acacias.

En tales circunstancias es difícil no caer en la tentación de recuperar los recuerdos y tratar de trasladarlos a la María de uno.

Por aquel entonces, María, amor mío, a los porteros nos gustaba usar rodilleras y era muy raro que los pantaloncillos de los once, si es que éramos once, coincidiesen.

Por aquel entonces, María, vida mía, todo defensa central que se respetase bajaba a rematar el córner y era una gloria verlo regresar al trote y con el pecho fuera, como lo hacía Fernando Olivella, una vez fallida la aventura.

Cierto es que nos cascábamos todo lo que uno podía y el otro se dejaba. Que alguna vez le echábamos cuento al asunto y que si colaba, sacábamos unas manos fuera del área. Pero los recuerdos me dicen que los niños salíamos al campo a jugar, a divertirnos jugando al fútbol, a las chapas o a «me quieres», a disfrutar de aquella maravilla irrepetible sin esperar, para nada, al futuro.

Pero aquella mañana, en el solar entrañable, de qué manera se estremecía mi memoria cada vez que el niño-defensa de cierre gritaba «fuera... fuera...» y el resto del equipo, como posesos aleccionados y obedientes, echaban a correr hacia adelante tratando de sorprender a algún lerdo en *off-side*.

Se me sacudía el alma viendo a aquellos niños pegarse con todo, quejarse por nada...

Aquello no eran dos docenas de niños jugando al fútbol. Era una jauría de perros viejos con aspecto aniñado. Expertos en echar balones fuera. Doctores en perder tiempo. Maestrillos en el revolcón. Teatreros, especialistas en todo tipo de mañas. Trujamanes duchos en calentar al personal. Quejicas, malas lenguas, abusones, maltratando al trencilla, ese pobre tipo de pito y negro de cuya vista, conocimientos e intenciones se duda en todo momento y desde cualquier posición. Ese irredento pecador por acción u omisión, según convenga.

«Esos niños están muy enfadados», comentó mi María. Y, despectivamente, se puso a hacer montañas de tierra del tamaño de su mano.

En eso los han convertido. En niños muy enfadados. Enfadados y aburridos.

Son los cachorros de esos energúmenos que afónicos, congestionados, los azuzan desde la banda empujándolos al combate, a anticiparse a la ley del Talión como si la supervivencia de la especie y el honor de la familia estuviesen en juego.

Son el pedacito de las entrañas de esas delicadas señoras en traje de chaqueta que ponen en duda a gritos la honorabilidad y las costumbres sexuales del de negro, del vecino o de quien se tercie.

Son los alumnos de esos zancarrones, de esos maestros en ciencias o artes de las que entienden poco, que desde el fondo impecable de sus adidas rebuznan a los niños-jugadores que bajen todos.

Pero esos chicos, zancarrón... sus hijos, señoras y caballeros, están proyectados para jugar. Para jugar por jugar. Para divertirse jugando.

No les anticipen el muermo. No los conviertan en aburridos prematuros, que de eso, con el tiempo, ya se ocupa la empresa.

De eso se encargan los malos dirigentes, con sus cortes de mangantes y con los técnicos acomodaticios y serviles que en el mundo han sido, son y, mucho me temo, serán. Pero hasta que les llegue su hora, HAGAN EL FAVOR DE TRATAR MEJOR A ESOS CHICOS.

JOAN MANUEL SERRAT

Prólogo

Yo ya leí el libro de Menotti. Es la ventaja que le llevo a usted, lector, pero a la vez es la expectativa que me falta. Desde ya le digo que no se atemorice, no voy a hacer como esos críticos de cine que en su comentario le cuentan el film y le quitan el interés por verlo. Mi comentario no va a ir más allá de la necesidad de narrar su contenido que todo prólogo encierra, con los disculpables errores que siempre se le otorgan como beneficio a los debutantes, porque éste es mi inicio como prologuista y es posible que fuera lo que me faltaba en el asendereado oficio de *escribidor* profesional. Pero hechas las salvedades del caso o, tal vez, el consabido pedido de disculpas, como éste de escribir en primera persona y no en el presente del plural, que es el de mi costumbre y mejor me viene, acepto la recomendación de Ortega y Gasset con aquello de «argentinos a las cosas» y, sin más rodeos, voy por ellas. O vamos, si quiere.

Este libro de Menotti es un libro de argentinos, cuyo nudo argumental es el fútbol, que es la razón de una pasión de Menotti, mía y de Ángel Cappa, que es el conversador con Menotti en este libro, usando el viejo método socrático del diálogo; y se verá lo oportuno que fue, porque le restó las petulancias de las sentencias y le dejó toda la carnadura seria y viva de las ideas.

Pero la circunstancia de que sea un libro de argentinos, no lo limita a una exaltación vulgar de nacionalismo y ni siquiera tiene la mínima pretensión de buscarla, porque le quitaríamos la propaganda universal que pretenderíamos para difundir *ideas*, más allá de toda aconsejable sugerencia comercial que siempre ronda en el ecumenismo de los editores. Se trata de algo

distinto. Se trata de una manera de ser de los argentinos que se tradujo en el fútbol de una forma muy particular, con un sello distintivo de habilidad y talento pícaro en un antiguo romance con la pelota (lea balón, si le gusta más), esa eterna amante del jugador argentino que recibió su guiñada concupiscente desde sus años cortos del potrero. Se trata de César Luis Menotti, el hombre que rescató todo ese pasado ilustre para traducirlo en la verdad del campo de juego y de elaborarlo como sistema, como filosofía de fútbol, nunca ajena, por supuesto a un modo de sentir y vivir; es más, diríamos que hay una interdependencia irrenunciable.

Desde allí, desde ese fondo arranca Menotti para llegar a enhebrar conceptos de vanguardia, y por lo tanto polémicos, porque hay muchos de ellos que se adelantan al tiempo. Y esto es válido para todos los países, porque lo primero que se debe tomar en cuenta para definir un estilo de fútbol, como sostiene Menotti, es la idiosincrasia nacional del jugador; o como más sencillamente diría Alfredo Di Stéfano: *Al jugador hay que respetarle la cuna,* señalando así ambos inequívocamente que fútbol y vida no son caminos diferentes. Y de allí en más se pueden introducir todos los agregados que se quieran, desde lo atlético a lo táctico-técnico, sin olvidar la grandeza de su reglamento, muchas veces olvidado, distorsionado y mal interpretado en su inmenso espíritu de *fair play.* Aquí, en este libro, encontrará todo lo que busca, supone, y alguna que otra sorpresa en conceptos de avanzada. Porque este libro de Menotti es de *conceptos* libres de todo esquematismo y de robotización programada porque, precisamente, lo que olvidan los especialistas en construir meccanos es *que el fútbol es el hombre en acción.* Y, si los conceptos no se le aplican en función de ese fundamental detalle, son objetivos de laboratorio de muy difícil concreción.

Explicar el hilo invisible que desde hace muchos años nos une a Menotti, más allá de la amistad que creó que, precisamente, no fue una casualidad sino más bien códigos de vida similares, sería a estas alturas de lo ya prologado un tanto obvio porque estimamos que surge solo. Nos gusta el fútbol bien jugado, lo que no debe confundirse con el bonito —ése, a veces, de chiches y lujos sin destino—, que no siempre se iguala con aquél, aunque a veces no se excluya. Pertenecemos con disintas edades, él diez años más de la mía, a una mis-

ma generación cultural, partícipe de una ética y estética de las cosas. Y este libro de los pensamientos de Menotti me representa a mí y a todos los que nunca dudamos de que sin grandeza, hija de los líricos, no existen grandes empresas, ni las del espíritu, ni las materiales, si por las dudas no están entrelazadas.

Nunca le hubiera perdonado a Menotti que este prólogo no fuese mío. Esto es algo más que un simple libro de fútbol escrito con recetas para «preparar comidas». Es el fútbol como algo totalizador. Ya se va a enterar. Yo lo dejo aquí.

JUAN DE BIASE
Jefe de la Sección Deportes
del diario *Clarín*
de Buenos Aires

Presentación

A partir de coincidencias básicas —sobre todo de interpretación— tuve con Menotti en los últimos cuatro o cinco años, innumerables y prolongadas conversaciones sobre fútbol.

Él tenía interés en hacer un libro que reflejara su pensamiento y un día en Barcelona, ante mi sorpresa, me propuso que emprendiéramos la tarea en común.

Por mi parte, sentía la necesidad de ese libro para que el que, a mi parecer, es uno de los mejores entrenadores de la historia del fútbol mundial, dejara algo perdurable.

Pienso que era su obligación.

Nadie que pretenda honestamente conocer el fútbol en profundidad puede ignorar el pensamiento de Menotti.

Yo opino que Menotti en fútbol es como Marx en filosofía o Freud en psicología. Realiza modificaciones sustanciales, cambia fundamentalmente los puntos de partida.

En enero, febrero y parte de marzo de 1985, nos reunimos en Mar del Plata para concretar la idea. Grabamos unas veinticinco horas y transcribimos esas conversaciones casi literalmente. Por eso habrá algunos defectos de construcción y reiteraciones que quizá no resulten muy correctas, pero que obedecen al deseo de mantener —en lo posible—, la espontaneidad de las charlas.

Tal vez el libro no agregue muchas cosas nuevas sobre el pensamiento de Menotti, pero lo reúne todo y queda como un aporte para continuar en el intento de hacer un fútbol mejor en una sociedad mejor.

La ínfima parte que me corresponde, quiero dedicársela a dos jugadores de fútbol: a Eduardo Villar,

porque fue el primer crack que vi en mi vida; y a Federico Sacchi, por la alegría, el respeto y la admiración que el recuerdo de su fútbol aún me provoca.

También, si me permiten, a quienes en mi país sufrieron el espanto de la represión, por su candoroso deseo de una vida digna.

Y a los que, a pesar de todo, siguen luchando —en cualquier parte del mundo— para que esa vida sea posible.

ÁNGEL CAPPA

Para seguir creyendo

Al disponerme a contarles el porqué de todo esto, volvieron irremediablemente a mi memoria las palabras que se dijeron cuando, campeones del mundo, regresamos a los vestuarios. Mientras nos preparábamos solos, en silencio, con mucha emoción, para recibir la Copa, un jugador preguntó: «¿Y ahora qué?»

Antes de empezar aquella final, les había dicho: «Miremos a la tribuna. Nosotros jugamos para quienes están ahí. Defendamos un estilo, sin trampas, sin mentiras, con dignidad, jugando por una historia que hoy nos pertenece: nuestro fútbol».

Ese «¿y ahora qué?» después se convirtió en una lucha permanente: mundial del Japón '79, giras por Europa, partidos internacionales en la Argentina, España'82, Barcelona C. F., siempre con la intención de dar respuesta a aquella frase que tenía aliento de punto final, o de soledad, y que juntos —los jugadores que me tocó dirigir y yo— transformamos en un reto continuo. Intentamos demostrar que —igual que la gente— tenemos el derecho a seguir creyendo que hay un fútbol, éste, el que queremos, por herencia, por estilo, porque en definitiva es una manera de vivir.

«Esto tenés que intentar contarlo en un libro, es una obligación, por los campeones del mundo del 78, por los amigos, por todos los que siguen creyendo y luchando», me dijo Ángel Cappa, en aquellas interminables noches de Barcelona, entre música, poetas, política a veces, pero siempre fútbol.

Ángel: amigo, entrenador que con Poncini me acompañó en la conducción del Barcelona, inteligente, dueño de una rebeldía permanente y de una sensibilidad fortalecida por los conocimientos y las convicciones, avaladas por su lucha cotidiana, por sus compromisos para

con una sociedad justa. Porque nos unen tantas cosas y nos duelen casi las mismas, le propuse: «Hagámoslo juntos».

Hoy está aquí. Plasmado con esfuerzo, con rebeldías comunes, con la amistad que nos une. Porque creemos que también éste es un puesto de lucha, desde el cual procuramos reforzar e incentivar la defensa de este juego.

Por *Fiesta, Mediterráneo, Penélope*... Por su dignidad como artista, por su solidaridad con la causa de nuestro pueblo, por su talento al servicio de la gente, de nosotros. Por su arte comprometido con el hombre y las luchas por una sociedad mejor. Porque lo queremos, porque ama el fútbol, este fútbol, le pedimos a Joan Manuel Serrat que nos regale un poquito de su sensibilidad en este libro.

A Juan de Biase, por seguir soñando, defendiendo, hasta exigiendo, la grandeza generosa de este juego.

Adolfo Pedernera, René Pontoni, Moreno, Antonio Sastre, Tucho, el chueco García, el Tato Mur, Sívori, Pelé, Platiní, Luis Suárez, Mario Kempes, Passarella, Kubala, Schiafino, Néstor Rossi y tantos otros, son responsables de que estemos aquí.

Gracias.

CÉSAR LUIS MENOTTI

Menotti muestra la Copa del Rey en el balcón de la Generalitat de Catalunya en junio de 1983. (Foto Paredes, *El Periódico*).

Definiciones y fundamentos

CAPPA: Vamos a empezar tratando de definir qué es el fútbol para vos, tratando de dar los fundamentos para una interpretación de este juego que es a la vez deporte, espectáculo y negocio.

MENOTTI: De acuerdo. Lo vamos a hacer, entonces, desde el comienzo, desde que el chico empieza a jugar. Sabemos que de acuerdo con su origen, con su barrio, ese chico tendrá más o menos posibilidades de elegir deporte. En los países subdesarrollados es el deporte el que va al hombre. No ocurre lo mismo en los países dirigentes, donde el joven puede optar entre varios deportes. Ahí es él el que va a un deporte determinado.

Un chico de una villa miseria difícilmente podrá jugar al tenis, o al golf, por ejemplo.

Entonces en estos países —como el nuestro— el fútbol aparece para el chico, casi obligatoriamente, porque por sus características le permite jugar con cualquier cosa —una chapita, una pelota de trapo— y en cualquier lugar —un terreno baldío, una esquina.

Este es un hecho histórico y creo que a partir de él debe empezar el análisis. Si uno se pone a pensar en la cantidad de gente que hay en las canchas del mundo los domingos, en el mundo entero, es realmente para asombrarse, es ciertamente incomparable.

El fútbol pasa a ser —para ese chico del que hablaba— un medio de expresión, un modo de ser. El fútbol le permite —como me permitió a mí o a vos— expresar una manera de vivir.

Los ídolos fueron y son los grandes jugadores que saben expresar de forma brillante lo que sentían. Y podemos nombrar desde Pedernera hasta Pontoni, Rossi, Di Stéfano o Pelé.

El fútbol le exige al chico ingenio, picardía, las

mismas dotes que debe utilizar para sobrevivir en la calle.

C: Vamos encontrando algunas definiciones. Podemos decir que el fútbol nace como juego en el jugador y con el jugador, en su capacidad de creación. Sería la respuesta que el jugador da a cada situación de un partido.

M: Sí, la respuesta es espontánea, pero no hay que olvidar (porque es decisivo), que detrás de cada respuesta hay una carga emocional, una historia, una idea que le da fundamento.

C: Entonces deberíamos hablar de un estilo.

M: Ahí empieza a nacer un estilo, precisamente. Ahí empieza a cobrar el fútbol características que son históricas, genéticas diría yo, que vienen de muy atrás. En Rosario, por ejemplo, desde Cagnetti, Gómez, Guzmán, Potro y García. Es una herencia lo que recibimos. Y aquí aparece otra cuestión para mí importantísima: la representatividad. Fijate que un equipo de fútbol siempre identifica algo: una barriada, una esquina o, más simple todavía, un grupo de amigos. No importa la trascendencia que esto tenga. Y en una sociedad como la nuestra, donde las clases trabajadoras viven presionadas, sin la alegría de vivir para algo más que un plato de comida, el fútbol se convierte en el medio idóneo para experimentar algo tan importante como es el orgullo.

Por eso yo digo que el fútbol —nuestro fútbol— es de clase. Pertenece a la clase obrera. Y posee la amplitud, la nobleza y la generosidad de permitir que todo el mundo disfrute de él como espectáculo.

El jugador, sin darse cuenta, sin proponérselo y hasta sin imaginarlo, comienza a sentir el halago de la representividad. Primero la del barrio, cuando juega contra los de otro barrio; después en el baby-fútbol y así, paulatinamente, se va sintiendo importante, se va sintiendo persona. Yo hago mucho hincapié en la representatividad porque creo que muchos jugadores de fútbol, una vez que pasa el tiempo y a raíz de las malas conducciones, no la valoran en la medida de su importancia.

Cuando llega al profesionalismo, además de todo lo que significa individualmente, yo creo que lo más destacable, lo más importante de todo, es lo que el jugador provoca con su participación en el espectáculo. Ese

sentimiento jamás se debe traicionar por ningún concepto.

C: A mí me parece importantísima la idea de que el fútbol pertenece a la clase obrera. De esa manera tenemos un enfoque global del asunto que resulta clarificador a la hora de saber para qué se juega, por qué se juega y para quiénes se juega. De ese modo además, incluso en lo estrictamente futbolístico, comprendemos ciertas características del juego que son propias de la clase que le dio origen: el atrevimiento, la picardía, la diversión, el desenfado.

M: Es que todo eso la clase oprimida lo precisa para vivir. El chico que vive en la esquina de un barrio, si no es pícaro lo pasa muy mal. Ahora, claro, nadie quiere vivir eternamente de las picardías y por eso se lucha para cambiar la sociedad.

C: Para ir ordenando la conversación recordemos que hablamos del fútbol como juego. Y, a propósito, me parece oportuna una frase que leí por ahí: «No hay nada más serio que el juego». Lo digo porque cuando hablamos del fútbol y lo definimos como juego, algunos piensan que estamos olvidando que se trata de una labor profesional y competitiva, donde existen obligaciones.

M: Sí, es como si uno dijera que en el fútbol cada uno hace lo que le da la gana. Y no es así, lógicamente. Si bien el fútbol es alegría, conlleva obligaciones, existe un equipo, una competencia. Cuando avancemos en la charla iremos clarificando la idea, pero yo quiero insistir en el tema de la alegría. Porque no hay otra manera no ya de jugar al fútbol, sino de vivir, que no sea para la alegría. No hay nada más desolador que ver a una persona trabajando en algo que no le gusta y, para colmo —como ocurre realmente— sin participar de sus beneficios. Por eso vemos a los obreros llegar malhumorados a las fábricas.

El jugador de fútbol debe entender esto, que es básico para su vida: para qué juega y para quién juega. Eso es lo que debe preguntarse y responderse.

No se trata de decir yo juego gratis o yo cobro menos. Eso es imposible dentro de las reglas del juego, porque la sociedad no le garantiza nada a nadie y a él tampoco. Pero tampoco debe perder de vista aquellas preguntas porque en las respuestas que encuentre habrá una elección de vida.

C: Tendríamos ahora que intentar definir al fútbol como deporte, ya que lo es.

M: Sí, es un deporte; y con una particularidad que lo distingue de todos los demás. Si uno se pregunta por qué ejerce esa atracción masiva, yo creo que la respuesta está en que permite una participación sin exclusiones. Me explico. Al fútbol pueden jugar todos, en principio. No hay medidas, pesos ni tiempos excluyentes. Fijate que casi todos los deportes están regidos por medidas o tiempos concretos, que condicionan a priori la participación. Si quiero jugar al baloncesto y mido 1,70 me va a resultar muy difícil; si quiero correr 100 metros y hago 20 segundos en los entrenamientos tendría que mejorar muchísimo; y así con casi todo. Menos en fútbol. En fútbol el único criterio para «medir» a un aspirante es el talento, cosa que no puede ser juzgada a priori con relojes o cintas métricas. Un gordo bajito, que le pega con una sola pierna y no salta a cabecear, puede ser Puskas, Sívori o Maradona. Un joven alto, espigado, no muy rápido puede ser Beckenbauer o Sacchi. Otro joven relativamente bajo, con un físico que no dice nada, puede ser el mejor cabeceador del fútbol argentino de los últimos años, como Passarella.

C: Yo creo que el fútbol, como deporte, es además un medio excepcional de educación integral. Contribuye a la salud física del que lo practica, y también a la moral, ya que hay un código muy particular que se debe respetar y hacer respetar.

M: Exactamente. Un código que es el reglamento. Un reglamento que ampara el juego, protege el talento y castiga con mucha severidad la violencia y cualquier tipo de trampa.

C: Vamos a hablar especialmente del reglamento, si te parece, más adelante.

M: Me parece muy bien, porque el reglamento es la base sobre la cual construimos todos nuestros conceptos. Simplemente quería añadir que es el reglamento el que en definitiva nos avala cuando afirmamos que el fútbol es un juego de alegría, creación, arte, pensamiento, habilidad e inteligencia.

C: Ya que mencionaste nuevamente la alegría, me gustaría hablar del aspecto emocional.

M: Si nosotros le pidiéramos a la gente que nos definiera el fútbol a través de algún jugador, seguramente nos nombrarían a Néstor Rossi, a Luis Suárez,

a Cruyff o a Pelé. Son los que han interpretado e interpretan el reglamento a la perfección.

C: Son los que transmiten esos valores estéticos que hacen emocionar. Yo me acuerdo de que un amigo de Sacchi le decía no hace mucho: «Cómo no te voy a querer si vos me hiciste llorar en una cancha».

M: Claro, todo eso va quedando. Va formando la herencia de que hablábamos al principio. En Barcelona, un entrenador de tanta experiencia como Orizaola me confesaba: «El mejor recuerdo que yo tengo del fútbol es de una vez que vino San Lorenzo con una delantera que formaban Imbellone, Farro, Pontoni, Martino y Silva. Nos divertimos tanto que no podemos olvidarlo».

Por eso yo no me canso de repetir que no debemos perder esa identidad, esa herencia, si queremos evolucionar en serio. En este tema debemos ser claros, aunque algunos mequetrefes nos acusen de soberbios.

C: ¿Hablás de los que dicen «hay que ganar como sea»?

M: A ésos me refiero.

C: Es que la gente misma no tendría que permitir que le nieguen el fútbol, que la engañen.

M: Yo pienso que es fácil de resolver. El árbitro tiene un reglamento para hacer respetar. Es él quien tiene en sus manos la posibilidad de frustrar las trampas planificadas en el vestuario.

Como vos dijiste, la gente paga por ver jugar al fútbol. Todos sabemos que hay unas reglas que protegen esa intención. Hay además una tradición que nos han dejado los grandes intérpretes con su talento y que, en gran medida, ha provocado este fenómeno de hoy.

Pero resulta que después aparecen 11 jugadores preparados para no jugar, para perder el tiempo, porque su entrenador lo ha planificado así, y se consuma el engaño. Le prometieron a la gente que iban a jugar y ahora juegan a no-jugar.

Nadie les pide que el partido sea lindo o que el equipo que dirigen juegue lindo. Muchas veces eso no sale. Le estamos exigiendo que no lo estropeen a propósito.

C: Te van a decir que la gente quiere el triunfo y nada más.

M: Es falso. Si el espectador fuera a buscar a un campo de juego el triunfo de su equipo y nada más, a costa de cualquier cosa, el fútbol no tendría la capacidad de convocatoria que tiene.

Entonces cuando un entrenador planifica en el vestuario el sacrificio de uno de sus jugadores porque entre los rivales están Cruyff o Pelé, cuando le dice «vos no jugás pero éste tampoco», tiene que saber que, contra esos talentos, sólo puede tener éxito con la complicidad del árbitro, abusando de las faltas. En el mano a mano es poco menos que imposible anularlos, si no es con faltas reiteradas. Y eso es expulsión, eso es lo censurable, que alguien piense en no jugar para no dejar jugar, ni siquiera por el propósito mezquino de sacar un punto como visitante.

Por supuesto no pretendemos que todos los equipos sean el Santos de Pelé. Sólo digo que aun con dos equipos modestos, existe la posibilidad de crecer, de desarrollarse en el juego, de favorecer el espectáculo. Hacer lo que hacen los ingleses, por ejemplo, donde no todos juegan bien, pero tienen una gran generosidad para el espectáculo, con gran dinámica y preocupación por el arco adversario. Es un fútbol duro, de entradas fuertes, pero fijate que no existe la destrucción premeditada ni las marcas persecutorias.

C: A todo eso habrá gente que, con toda seguridad, dirá: «Bueno, está bien, pero resulta que el fútbol se ha convertido en un negocio». Yo creo que ni aun considerando al fútbol como un mero negocio se puede justificar su negación.

M: Claro que no. El mejor negocio es el gran equipo. Se dan casos —y se puede comprobar todos los años— de gente que responde a pesar de todo cuando su equipo juega bien. Si sólo el éxito importase, entonces deberíamos decir que el campeón es el único que vale y los demás no sirven para nada.

No es así, por supuesto; y los pronósticos existen porque nadie tiene la receta para ganar un partido. No solamente se gana jugando o intentando jugar bien. También se gana por un montón de imponderables. O se pierde por esos imponderables que existen como en todo juego.

C: Es que la lógica en el fútbol no rige para un partido o dos. Hay que considerarla a través de la historia; y ahí sí, es aplastante.

M: Exacto. Si vos hacés una estadística a lo largo del tiempo, inclusive para saber quiénes hicieron mejores negocios, sin duda te encontrás con los grandes equipos y con los grandes jugadores.

El Real Madrid sigue —todavía hoy— viviendo de la

gloria que le dio el equipo de Di Stéfano, porque después de aquello, sí, fue siempre una gran institución, pero futbolísticamente nunca pudo repetirla. Pero si quiere repetirla ¿cómo lo intentará? ¿Con jugadores que destruyan? ¿Especulando para sacar un puntito de visitante? Seguro que no. Tendrá que hacerlo con grandes jugadores, formando un gran equipo.

C: En Europa, el país donde el fútbol sigue siendo negocio es Inglaterra, donde —como acabás de decir— es muy difícil ver equipos que mezquinen el espectáculo. A su manera, nunca defraudan.

M: En Italia va mucha gente.

C: Sí, pero atraída por los grandes jugadores que llevaron.

M: Claro. Y te quería decir que Italia corre un gravísimo riesgo si no modifica su fútbol porque pronto no va alcanzar sólo con los grandes jugadores. Más tarde o más temprano, la gente se cansará de ir a los estadios a ver cómo al gran jugador le ponen un tipo encima que le hace veinticinco faltas por partido y no lo deja jugar.

Además si el equipo no juega bien, no hay grandes jugadores. Los grandes jugadores pertenecieron siempre a grandes equipos.

C: Resumiendo, podemos decir que de la forma en que se quiera interpretar el fútbol —como juego, deporte, espectáculo o negocio—, no hay nada que justifique traicionar el sentimiento que provoca.

M: De ninguna manera. Yo quisiera que esta conversación sirviese para orientar al público, para que pueda interpretar con más benevolencia a todos aquellos jóvenes entrenadores que están en esta línea. Que sepan que les cuesta más que a los otros, porque tienen que pelear contra un medio que les es hostil.

Nosotros pretendemos ser intérpretes del sentir de la gente. No nos sentimos representantes de nada, y menos aún, dueños de nada.

Además de todo esto, que podría ser una filosofía de vida válida por sí misma, está el éxito. Pero el éxito acompaña generalmente a empresas que tienen este propósito del que hablamos.

C: Quisiera preguntarte qué encontraste en el fútbol al acercarte a él y que encontrás ahora, después de muchos años.

M: El vehículo para ser mejor como persona. Lo mismo que sigo encontrando ahora. En ese aspecto no

cambió nada. Además también encontré las respuestas económicas que yo necesito para poder crecer como persona. Nadie es algo porque tenga cosas, pero hay que tener lo elemental, lo principal, para poder ser. Si yo estuviese en una sociedad distinta, en la sociedad a la que aspiro, bueno, entonces tal vez aceptaría un enfoque diferente. Pero mientras tanto hay que adaptarse y pelear por el cambio. Y yo creo que no solamente se intenta el cambio canalizando las luchas políticas sino también desde nuestra actividad, la de cada uno. ¿Cómo? Anticipando la sociedad que uno quiere, evitando las trampas, las traiciones. Y como entrenador formando gente, ayudando a pensar.

En ese sentido alguno podrá decir que yo también he dirigido equipos en épocas de dictaduras, en épocas de gobiernos con los cuales no sólo no compartía nada sino que contradecían mi forma de vida. Y yo pregunto ¿qué tenía que hacer? ¿Equipos que jugaran mal, que hiceran trampas, que traicionaran el sentimiento del pueblo? Naturalmente que no, que no es así la cosa. El asunto es saber para quién y por qué se juega o se realiza cualquier actividad. Nosotros fuimos conscientes y sabíamos que jugábamos para el pueblo. Un pueblo que en ese momento, en la Argentina, necesitaba un punto de partida para volver a reunirse. Sería ridículo pensar que el triunfo hizo olvidar a la señora que fue al mercado un mes después, que no le alcanzaba el dinero para nada. Nosotros jugamos de la mejor manera posible porque entendimos que había que devolver el espectáculo al pueblo, que es su único dueño. Devolvérselo en triunfo si era posible pero, sobre todo, en el halago de hacer un fútbol honesto.

Cada uno de nosotros tenía una consigna al entrar al campo el día de la final: mirar a la gente. No vamos a mirar al palco para saludar, les dije a los jugadores, vamos a mirar hacia arriba, a toda esa gente, donde puede estar el padre de cada uno de ustedes, porque ahí están los metalúrgicos, los panaderos, los carniceros y los taxistas.

C: Esto reabre la viejísima disputa con los que no aceptan el fútbol porque es utilizado por gobiernos opresores.

M: Sí, porque dicen que contribuye a despolitizar al pueblo.

C: Claro, pero no se dan cuenta de que esa utilización siempre es transitoria y muy breve. Yo pienso

que mucho más daño que la instrumentalización de los gobiernos, que no deja de ser relativa, es la deformación de la persona, mediante un espectáculo que asegure y refuerce los valores de una sociedad injusta. Y eso es lo que hace el fútbol que nos dice que «hay que ganar de cualquier manera porque eso es lo único importante».

M: Además hay que tener en cuenta que las clases dominantes utilizan ese fútbol, como utilizan al artista que miente, al que canta bobadas y desvirtúa emociones. O a los medios de comunicación donde todo consiste en usar tal o cual perfume que nos hace irresistibles o cosas por el estilo.

Si nosotros no denunciamos todo esto, si permitimos que aquel fútbol se imponga, inculcando esos valores a los jóvenes, seremos cómplices de la dominación. Porque el fútbol de la trampa, no se diferencia de los músicos que trampean, de los poetas que mienten con todo lo utilizable para que la sociedad siga como está.

C: Naturalmente. El fútbol es un hecho cultural y resulta imposible negar su contenido ideológico. En cada cosa que hacemos, por otra parte, ponemos inevitablemente nuestra concepción de la sociedad, de la vida, del hombre. Y ésa es una postura política en el sentido amplio de la palabra. No hablo de militar en un partido, pero sí de adherirse a tal o cual corriente ideológica. Y como vos decís, esa postura puede ser consciente o simplemente una cuestión psicológica, pero es inevitable.

El fútbol como hecho social, tiene los valores predominantes de la sociedad que, como en otras actividades, están en contradicción con sus valores de origen. De esto no puedo evadirme ni esconder mi ignorancia o mi mala intención. Sería una cuestión de mala fe, sencillamente.

M: Tengo que saberlo para defender el origen y la propiedad del fútbol. Tengo que saber para qué se juega al fútbol, para quiénes. El fútbol no pertenece al presidente de Boca ni al presidente de la AFA ni al de River. Tampoco a los medios de comunicación ni al dirigente que quiere escalar socialmente. El fútbol es propiedad exclusiva del pueblo que le dio nacimiento y lo alimenta constantemente.

Acá quisiera agregar algo que una vez comentamos sobre la inseguridad que engendra violencia. Esta sociedad está permanentemente buscando que un sector

viva inseguro para, de esa manera, dominarlo más fácilmente. El desempleo puede ser un ejemplo, ¿no? Bueno, con el fútbol pasa lo mismo. Los entrenadores que viven de la trampa y la mentira generan inseguridad porque al no haber una línea clara y definida, todo lo que gana vale. Y ése es el ambiente que ellos prefieren, ahí dominan, ahí manejan este negocio.

C: Yo creo que con esto respondemos de paso a una disputa, solapada pero evidente, que el fútbol tiene con los intelectuales de izquierda desde siempre. Al menos con un gran sector de ellos. Creo que esos intelectuales se confunden cuando acusan al fútbol de ser la pantalla preferida de los gobiernos dictatoriales u opresores, para entretener al pueblo e impedirle que tome conciencia de su situación.

La lucha no consiste en eliminar el fútbol, al contrario, hay que sumar el fútbol tratando de devolverle el carácter de fiesta que debe tener. Habría que conseguir un fútbol capaz de transmitir contenidos ideológicos y emocionales muy distintos de los que propone la sociedad.

M: Cierto. Pienso en los estudios serios que se podrían hacer... Es una lástima que un intelectual que está trabajando para mejorar la sociedad, ignore el fútbol.

C: Ojalá lo ignorara. Lo peor es que a veces lo combate. Me acuerdo de que una noche estuve hablando con Valdano de este tema y él se lamentaba pensando lo mucho que esos intelectuales podrían ayudar.

Pero no lo hacen. Por mi parte, pienso que como personas tenemos un gusto estético, sensibilidad, conciencia ética y que el fútbol es un medio apropiado para desarrollar esos valores. También sabemos que nadie hará una revolución con una pared que tiren Maradona y el pelado Díaz, pero esa pared como actitud, hay que defenderla como se defiende un poema, como se defiende un cuadro o una canción.

M: Por eso yo alguna vez discutí contra el Estudiantes de la Plata de la época de Zubeldía. Yo sé que dejó algunas cosas importantes, es verdad. Pero lo combatí y lo combato filosóficamente. Le discuto el fundamento, inclusive sin entrar en cuestiones estrictamente futbolísticas donde también tengo profundas discrepancias.

Lo discuto como discutiría mañana a un profesor universitario que le dijera a mi hijo —suponiendo que

quiera estudiar Medicina—: «Mire viejo, para ganar plata hay que hacer cirugía. Usted opere aunque no haga falta porque ahí está la plata». Entonces yo prefiero que mi hijo viva como los indios, en todo caso, que es mucho más sano.

C: Hay tantas cosas que revelan la verdadera intención del fútbol de la «viveza» que habría que hacer un libro de anécdotas solamente. A mí me contaron una los jugadores del Barcelona, que allá es muy famosa. Me dijeron que había un entrenador que en los partidos importantes —de esos que definen eliminatorias y cosas por el estilo— aparecía en el vestuario con una valija. Minutos antes de salir a la cancha los reunía y abría la valija repleta de dinero y les decía: «Miren, miren, esto es lo que pueden ganar, acá está la plata, vayan y jueguen». Y no doy el nombre para no comprometer a los que me lo contaron. Pero es mundialmente conocido.

M: ¿Ésa era la motivación?

C: Ése era uno de los «secretos» del que decían que era muy buen psicólogo.

M: ¿Te das cuenta? Habría que preguntarse cómo termina un joven cuando le plantean esa valija con dinero, como objetivo.

C: Y estas cosas nunca se dicen de frente. Se ocultan y por eso la discusión no es honesta, no es limpia.

M: Claro, claro. Yo sé de jugadores que tienen orden de atarse los cordones de los zapatos delante de la pelota, cuando los contrarios van a tirar un tiro libre, para ponerlos nerviosos. Otros entrenadores mandan a los suplentes a calentar y gritar delante del banco de los contrarios cuando el otro entrenador da instrucciones. En fin, ridiculeces. Ningún grande lo fue gracias a esos chanchullos. Lo único que hacen esos entrenadores es trabajar para ellos, porque si ganan sacan patente de «vivos», de «pícaros». Lo cierto es que seguirán siendo inservibles por que no aportarán nada. Y tampoco serán felices, a no ser que sean imbéciles. Y yo creo que no son imbéciles. Creo que son malintencionados. Además son los primeros en hablar del grupo, de la amistad. Y entonces hay que volver a lo de siempre. Formar grupos para qué. Una banda de narcotraficantes también forma grupo, es solidaria y respeta sus códigos. Pero no es lo mismo un comando mercenario que un grupo que defiende la libertad de su pueblo.

C: Si decimos que el fútbol es un hecho cultural sería —para decirlo de otro modo— la representación objetiva de una manera de ser, ¿no es así? Y esa definición aparentemente negaría la posibilidad de que hubiera —en el fútbol— verdades universales.

M: En realidad hay un estilo que diferencia, efectivamente, como lo hay entre los actores, por ejemplo. Un actor italiano tiene su modo particular de actuar, como lo tiene un inglés o un argentino. ¿Cuándo aparecen las verdades universales? Con el actor que rompe los moldes, las fronteras. En fútbol pasa exactamente lo mismo. Es universal cuando cuesta definirlo, cuando no se lo puede encasillar. El caso de un futbolista argentino que tenga la dinámica de un alemán o un alemán el manejo de un argentino.

C: Entonces hay estilos, hay formas particulares de expresar el fútbol.

M: Sí, sí, por supuesto.

C: Estilos que corresponden a las características del pueblo en donde se originan.

M: Claro, claro. Por eso en Andalucía juegan de una manera y en el País Vasco de otra. Y se hace universal, cuando un jugador interpretando con claridad el reglamento, escapa a las peculiaridades de su región. Pongamos a Gordillo como ejemplo: tiene la fuerza de un vasco, la sutileza de los andaluces, la dinámica de los alemanes, la picardía de un sudamericano. Reúne virtudes de todas partes y trasciende a cada una. Es universal. Como Beckenbauer, por citar otro ejemplo, que tuvo la disciplina de un alemán y el manejo de un sudamericano. Eso es lo que da universalidad al fútbol.

C: Yo creo que entonces es válido hablar de variantes o estilos de una verdad para todos, que sería jugar bien.

M: Así es.

C: ¿Y qué es jugar bien?

M: En principio, interpretar fielmente el reglamento, y sumarle todo el brillo y la jerarquía que el talento de cada uno sea capaz. El fútbol puede estar bien jugado por inteligencia, por belleza, por dinámica, pero siempre dentro de las normas que establece el reglamento.

C: Te preguntaba eso, porque a veces no basta con jugar bien para ganar. Se puede jugar bien y perder.

M: Ah... sí... sí, claro.

C: Y se puede jugar mal y ganar.

M: Por supuesto, pero si repasamos las estadísticas veremos que no es así. Los que ganan habitualmente son los que juegan bien. A la larga, como ya hemos dicho, el fútbol tiene una lógica terminante.

Por otra parte, la receta de la verdad no la vamos a encontrar nosotros dos hablando. Encontraremos la verdad entre todos, caminando del brazo. Todos los que queremos un fútbol feliz, en una sociedad justa, para un hombre mejor.

Éstas serían al fin y al cabo nuestras definiciones y nuestros fundamentos.

Con ellos podemos decir que hay un fútbol de derecha y un fútbol de izquierda, en cuanto representan los valores, las emociones, la ideología de una u otra manera de entender la vida, lo que en definitiva es política.

Se trata de tomar conciencia y después optar. Simplemente.

Menotti en entrenamiento, mayo de 1983.
(Foto Czybor, *El Periódico*).

El reglamento

CAPPA: En los últimos años se ha sugerido con alguna insistencia, la posible conveniencia de modificar el reglamento de fútbol. Sin embargo vos dijiste muchas veces que no hay que modificarlo porque es perfecto. Y agregaste que sólo hay que interpretarlo y aplicarlo correctamente.

MENOTTI: Estoy absolutamente convencido, de que el reglamento garantiza al jugador el despliegue de sus posibilidades creativas, su inspiración, su talento y, en definitiva, garantiza la belleza de un partido. El reglamento contempla hasta los mínimos detalles para evitar la violencia, para evitar la destrucción.

Entonces cuando se habla de reformar las reglas, yo me opongo. Porque creo que el árbitro —con esas reglas— puede defender el espectáculo. El reglamento en ese sentido es clarísimo. Lo que habría que modificar es la actitud de los árbitros, para que lo apliquen con todo su rigor. Cuando se sale a una cancha se sale con una partitura o con un libreto. El libreto es el reglamento... y eso hay que defenderlo. Y todo aquel que infrinja el reglamento debe ser castigado sin ningún tipo de contemplaciones, porque está atentando contra el juego, contra el espectáculo, y le está faltando el respeto a la gente que lo va a ver.

Voy a dar un ejemplo que es de mucha importancia: el asunto de las faltas reiteradas. Es decir, cuando a jugadores como a Cruyff, Pelé, Rummenigge o Platini los persiguen durante un partido y les hacen, veinte, veinticinco faltas. A Maradona, jugando para el Barcelona, me parece que contra el Bilbao, le hicieron seis o siete faltas en no más de veinte minutos. No se trata de faltas violentas. Son faltas que no les permiten jugar, como obstrucciones, empujones o agarrarlos de la cami-

seta. El reglamento resguarda y propone un modo de jugar que es el mismo que expresaron y siguen expresando, a pesar de todo, aquellos jugadores que hicieron del fútbol algo hermoso.

C: Además los árbitros tienen una Guía Universal que consultan. Y esa Guía Universal, les aconseja hacer todo lo posible para no quitar el placer del juego a los espectadores. Lo dice con estas mismas palabras.

M: Entonces, si por un lado se le está permitiendo al árbitro la posibilidad del manejo total del partido, por otro no podemos seguir tolerando a quienes trampean el reglamento para sacar ventaja. Yo vengo diciendo hace mucho que las marcas personales, persecutorias, a los grandes jugadores, solamente pueden ser efectivas con la complicidad de un árbitro. Cuando un árbitro permite al marcador que primero obstruya, después empuje, seguidamente agarre de la camiseta, entonces esa marca personal dará el resultado previsto por quien la mandó hacer, es decir, no dejar jugar. Son faltas pequeñas, que aun sancionándolas, no permiten jugar al que quiere jugar. Y son faltas reiteradas o sea se infringen con persistencia las reglas de juego. Y los árbitros no lo tienen en cuenta casi nunca. Le permiten al infractor seguir jugando y seguir cometiendo faltas. Sólo castigan con tarjeta roja al que hace una infracción violenta, de esas que la justifican por sí solas.

Hay que explicarle a la gente que aquel otro jugador, que cometió faltas reiteradas, también debe ser expulsado porque está violando el reglamento y entorpeciendo el juego.

Yo, como entrenador, no le temo a los equipos que hacen marcas persecutorias, al contrario, me favorecen. Lo que me preocupa es que el domingo me encuentre en la cancha a un equipo que no quiera jugar, que sólo trate de destruir apelando a recursos antirreglamentarios y cuente con la complicidad del árbitro.

En cambio sí se aplica el reglamento cuando un jugador toca la pelota con la mano intencionadamente más de una vez. En esos casos es expulsado de la cancha por infringir las reglas de juego. Me parece bien. Pero tendrían que emplear el mismo criterio con las faltas, porque así lo dice el reglamento.

C: Es la regla XII, «Faltas e incorrecciones». Si te parece, vamos a comentar algunas.

M: Me parece bien.

C: Como todo el mundo sabe, hay nueve faltas que,

cometidas intencionadamente, son castigadas con tiro libre directo. La primera, «dar o intentar dar una patada a un adversario».

M: Sólo esto justifica lo que hemos venido diciendo, y porque hay jugadores que están jugando fuera de un reglamento. De qué manera el reglamento protege la habilidad y el talento. Aunque no le haya dado la patada, si lo ha intentado es suficiente para castigarlo. Y debe sancionarse en cualquier lugar de la cancha. En el medio del campo es fácil cobrar esta infracción. Pero también hay que pitarla dentro del área aunque sea penal.

C: Seguimos. «Poner una zancadilla a un contrario, es decir, hacerlo caer o intentarlo, sea por medio de la pierna o agachándose delante o detrás de él.»

M: Esto también habla de la lealtad del juego que defiende el reglamento. Porque para hacer una zancadilla, normalmente hay que hacerla por detrás, cuando el perjudicado no puede defenderse.

C: Las otras son: «Saltar sobre un adversario, cargar violenta o peligrosamente a un contrario, cargar por detrás a un adversario que no hace obstrucción, golpear o intentar golpear a un adversario o escupirlo, sujetar a un adversario, y empujar a un adversario». La última se refiere a que, salvo el arquero en su área no se puede jugar la pelota con la mano.

M: Como puede verse, las «Faltas e incorrecciones» son claramente defensoras del juego y contemplan hasta la intención de violencia. Son penadas también actitudes despectivas, como escupir a un adversario. Pueden ser hasta penal, porque para cobrar alguna de esas infracciones no es necesario que se cometan donde está en juego la pelota. Si un jugador atacante está dentro del área, y otro del equipo contrario le escupe, es penal aunque la pelota esté en el área opuesta.

El reglamento custodia, como decimos, lo que el fútbol propone: jugar. Todo lo que impida jugar libremente está castigado.

C: Inclusive jugar de una forma estimada peligrosa por el árbitro es sancionado. En este caso con libre indirecto. Y en este punto me interesa señalar el apartado (b) de la regla v. Dice que se castigará al jugador que adopte «una táctica que en la opinión del árbitro sólo lleva a retardar el juego y por tanto hace perder tiempo, dando una ventaja desleal a su equipo».

M: Lo cual no hace más que explicar el fútbol que

uno defiende. Se ve muy claro que no es un invento de uno, que eso es el fútbol. Uno se siente, generalmente, imposibilitado de desplegar con sus jugadores ese fútbol, en toda su amplitud o en todo su rigor, porque no hay una aplicación severa del reglamento y, entonces, hay que librar batalla en otros terrenos también para no dar ventajas.

Hoy corremos el peligro de terminar despreciando a los jugadores de fútbol y prefiriendo a los destructores. En vez de preparar jugadores de fútbol con buena técnica, buen manejo del balón, buena gambeta, vamos a preparar hombres grandes, fuertes que, aunque no sepan pegarle a la pelota, sabrán chocar, pegar a los contrarios, impedir que se juegue. Y de esa manera hasta yo me permitiría marcar a Rummenigge porque es cuestión de prenderme a su camiseta y cada vez que le dan la pelota hacerle falta.

C: En la misma regla XII, leemos que un jugador será amonestado por el árbitro, entre otras cosas, «si infringe con persistencia las reglas de juego».

M: Claro. Esto es lo que se pone en manos del árbitro para que defienda el espectáculo. Los domingos por la tarde hay un programa de fútbol que el reglamento está garantizando. Se lo está garantizando al espectador. No es decente, después, defraudarlo violando el reglamento con la complicidad del árbitro.

C: También leemos un poco más adelante, en la misma regla XII, que un jugador será expulsado del terreno de juego, «si después de haber recibido una amonestación se muestra culpable de conducta incorrecta». O sea si alguien infringe con persistencia las reglas de juego haciendo cuatro faltas seguidas como agarrar, empujar, etcétera a un contrario, debe ser amonestado y, si continúa con esa actitud, expulsado.

M: Está clarísimo, ¿no? Y no quiero que se nos interprete mal. Uno no está pretendiendo un juego de señoritas. Éste es un juego viril, donde el contacto físico existe.

Pero existe como circunstancia fortuita, existe en la disputa de la pelota. Lo que no se debe hacer es premeditarlo. Eso es lo más grave. No se puede violar el reglamento premeditamente para impedir que jueguen los más hábiles. Es lo que le sucedió a Maradona en el Mundial '82 contra Italia. Gentile le hizo 19 o 20 faltas. Todas las veces que Diego entró en contacto con la

pelota. No hubo casi ninguna intervención de Gentile que no haya sido castigada con falta.

C: La prensa en este tema tiene un importantísimo papel que jugar. Pero en general hace todo lo contrario, dicendo que fracasó el crack ante el marcaje de Fulano.

M: Claro, dicen: Gran tarea de Fulano que anuló a tal jugador. Fracasó Maradona, gran tarea de Gentile. Nadie o casi nadie, dijo que el árbitro y nadie más, tuvo la culpa del fracaso de Maradona ese día. Gentile no fue el triunfador esa tarde. No hubo triunfadores. Todos perdimos, perdió el fútbol porque un árbitro permitió que se violara el reglamento para impedir que jugara un hombre brillante. Y esto que digo, a veces no lo quiero comentar porque como uno es parte interesada parecería que está buscando justificaciones. Pero por suerte yo ya lo había previsto en una reunión que se hizo en Chile antes del mundial con la participación de los cuatro entrenadores sudamericanos: Tim, Santibáñez, Telé Santana y yo. A mí me preguntaron si me preocupaba la violencia en un Mundial. Yo dije que la violencia no me preocupaba, ésa que es clara y está a la vista no me preocupa, porque para ésa hay expulsiones, hay sanciones. Entonces no me preocupa demasiado. Lo que sí me preocupaba mucho es saber si iba a haber árbitros con el coraje necesario para aplicar severamente el reglamento. Lo que me preocupaba era la destrucción premeditada del talento, cosa que está penada en el reglamento pero que muchos no se animan a sancionar. Yo viví un gran ejemplo en defensa de lo que estamos diciendo con el Barcelona. En un partido me parece fue contra el Gijón, no estoy seguro, el árbitro le sacó tarjeta amarilla al marcador de Diego a la segunda o tercera falta que le hizo. Inmediatamente después, le meten una pelota larga a Diego que supera al marcador (el mismo jugador) y, para que Diego no se fuera al gol, levanta el brazo en el salto y toca la pelota con la mano. Le sacó tarjeta roja y lo expulsó. Una medida correctísima que el periodismo no supo transmitir a la gente. Por el contrario dijeron que el Barcelona había sido favorecido.

El día que ese proceder no sea excepción sino la norma en los campos de juego vamos a obligar a los «pícaros» a trabajar con seriedad.

C: La prensa tendría que denunciar las artimañas. En uno de los últimos Barcelona/Madrid, que vi en el

Nou Camp —un partido que ganó el Barcelona 3 a 2— Isidro le hizo marca personal a Schuster. Y lo traigo como ejemplo simplemente sin intención de menoscabar a Isidro que seguramente se limitó a cumplir con lo que le ordenaron. Isidro marcó a Schuster inslusive cuando el Madrid tenía la pelota. Era la primera vez que lo veía en mi vida. Igual que en baloncesto. Schuster no podía ni moverse porque era permanentemente obstruido. En el segundo tiempo conté siete u ocho infracciones cometidas por Isidro en pocos minutos. Todas leves. Sin importancia. Obstrucciones, empujones, agarrones. Después leí en la prensa: «Gran marcaje de Isidro. Notable Isidro anulando a Schuster».

M: Sí; y la realidad fue que Isidro no hizo un buen marcaje sino que directamente no jugó para no dejar jugar.

C: Y además tuvo suerte: un par de jugadas de Schuster no terminaron en gol por pura casualidad.

M: Hubo complicidad del árbitro. Sólo así ese tipo de marcas pueden tener éxito. Y aun así ganan casi siempre los que saben más. No es un problema de marcar bien. El entrenador anula a uno de sus jugadores dándole la misión —tan ingrata por otra parte— de impedir que juegue un contrario, persiguiéndolo por toda la cancha. Es decir juega con 10, pretendiendo que el contrario también se quede con 10. Pero se olvida de que el crack siempre aporta algo. Y en un minuto puede cambiar el partido; en una jugada se define el partido. Y entonces todo eso no sirvió para nada.

Te repito que a mí no me preocupan las marcas personales si se hacen reglamentariamente. El alemán Matthäus, por ejemplo, hizo persecución a Maradona en Buenos Aires, en un partido que empatamos 1 a 1. Y lo hizo a la perfección. Sin ninguna falta. Quiero decir de esas que se cometen intencionadamente. Alguna le hizo, pero en disputa de la pelota. De 10 veces que entraba en contacto, le habrá hecho... no sé... dos.

C: Me gustaría recordar que en los comienzos del fútbol más o menos reglamentado no había área penal. El área penal apareció hacia 1890. Y fue precisamente para frenar la violencia. Las faltas cerca del arco ya no se pudieron cometer impunemente. Ya eran prácticamente gol. El área penal quedó reglamentada con el propósito de custodiar la belleza del fútbol y sancionar la violencia. Ya, en 1890.

M: Porque este juego exige sobre todo inteligencia.

Fuerza para poder resolver lo que indica la inteligencia. Y no fuerza para destruir lo que la inteligencia propone. Si no, no es fútbol.

Todos aquellos que intenten jugar a otra cosa o con otro reglamento se tienen que ir de la cancha irremediablemente.

C: Inclusive se tienen que ir los que —como dice textualmente el reglamento— se «muestren culpables de conducta violenta o de brutalidad». Es otro tema que suele desconocerse. Algunos piensan que sólo vale la intención en las faltas y el reglamento nos dice que no es así. Hay jugadores que amparados por esa suposición patean todo, pelota, contrario, todo lo que encuentran por el camino. Y eso es brutalidad y no está permitido. Más todavía, se castiga con expulsión. Y quiero traer un ejemplo que fue mundialmente discutido, pero siempre olvidando este detalle. El día que Goikotxea le rompió el tobillo a Maradona, fue un caso clarísimo de brutalidad y debió ser expulsado del campo.

M: Así es, está penado en el reglamento.

C: Y muy claramente explicado.

M: Porque no digo que Goikotxea fuera al jugador. Yo estoy absolutamente convencido de que Goikotxea fue a la pelota, ¿pero qué pasa? Como le han permitido y hasta incitado a jugar dentro de ese estilo, él utiliza ese estilo sin saber que está prohibido por el reglamento. Si lo hubiesen educado para entender que así no se juega al fútbol por la sencilla razón de que reglamentariamente no se puede, tendría otra actitud. Porque yo supongo que Goikotxea debe ser un buen jugador. Para llegar a primera división hay que ser buen jugador de fútbol. Hay que pasar un montón de pruebas antes de ser titular en un equipo como el Bilbao. Por lo tanto sospecho que debe tener otras muchas condiciones. Ahora, si los árbitros le permiten que juegue fuera del reglamento y lo elogian cada vez que va al choque brutalmente, no le queda otro camino ¿no?

Lo que se intenta aquí es demostrar que cuando uno está luchando por imponer un estilo, no es por capricho sino porque es ése el estilo mismo del fútbol. Y esto no tiene nada que ver con tácticas. Pueden jugar con cinco volantes, con los 11 metidos en el arco, defendiendo. A mí no me preocupa. Yo personalmente no lo acepto y pienso que no debe ser así. Pero de todas maneras, mientras esté dentro del reglamento es válido. Lo

que queremos demostrar es que, la mayoría de las veces, ese fútbol destructivo no sale de razonamientos futbolísticos —o puramente futbolísticos— de un técnico que encuentra o procura encontrar la manera de contrarrestar el mayor poderío del equipo contrario. Mentira. No tiene nada que ver. Lo que hace la mayoría de los entrenadores partidarios de ese fútbol de destrucción, es apelar a lo que fuere con tal de no jugar, de que se juegue lo menos posible, contando con la complicidad de un árbitro que les permite hacer todas las trampas que quieran al reglamento. Nada más.

C: ¿De modo que el fútbol destructivo, el que se juega al filo del reglamento o fuera de él, el que se basa en la fuerza física y relega a un segundo plano todas las demás cualidades, es violento por definición, necesariamente violento?

M: Mirá, uno ha estado tanto en los vestuarios, ha hablado tanto con jugadores y ha jugado tanto además en niveles importantes del fútbol internacional, que sabe bien de qué se trata. No es solamente incentivar al hombre en el aspecto técnico a favor de la interrupción del juego o de jugar al filo del reglamento. Eso trae consigo una manera de ver ese fútbol, donde al parecer vale cualquier cosa. Les dicen a los jugadores «somos los más valientes, porque somos de una raza distinta, nos quieren robar el pan de nuestros hijos y hay que salir a defenderlo». Es decir, fabrican a un jugador que tenga en la cabeza el triunfo a cualquier precio, sin importarle otra cosa.

Claro, suelen chocar con la nobleza del jugador que por algo ha elegido este juego. Si lo ha elegido es, primero, porque tiene condiciones lógicamente y también porque lo necesita para expresar cosas que no son esas que le dicen.

Pero de todos modos, cuando salen a la cancha después de la preparación psicológica que les dan esos entrenadores, creen que todo vale y si le rompen la pierna a un adversario piensan que fue en defensa del grupo, de la región o del país. Le inculcan una disciplina típica de ejércitos mercenarios.

A veces parece que estuvieran enloquecidos dentro de la cancha. Se les ve en el gesto... hasta cara de guerra ponen.

C: A propósito de la brutalidad de la que hablábamos hace un rato, leí unas declaraciones de un jugador de élite acerca de la intencionalidad en las faltas.

Y decía más o menos así: «Mire, si yo voy con la pelota y viene un contrario y despeja la pelota, a mí y todo lo que barra por el camino, lo de la intención me tiene sin cuidado. Lo que me importa es que no me parta la rodilla en cuatro pedazos».

M: Es que yo descarto la mala intención. Yo no creo que haya ningún jugador que tenga mala intención. Es decir, que quiera romperle la pierna a otro. Pero es como aquel que va por la calle en automóvil a 200 kilómetros por hora. Seguro que no tiene intención de matar a nadie. Pero tiene que entender que así no puede circular por la vía pública porque está prohibido y porque a su pesar puede matar a alguien. Él estará apurado o le gustará conducir de esa manera. Pero es un peligro y ¿qué vamos a esperar para sancionarlo? ¿Que mate a alguien? Mejor sería detenerlo antes ¿no?

Y los medios de comunicación también tienen su papel en esto. Porque confunden cuando elogian a los «pícaros» y dicen que el fútbol es para los más vivos o más fuertes...

C: ...o para hombres.

M: Eso también dicen: el fútbol es de hombres.

C: Claro que es de hombres, pero ser hombre no significa dar una patada a un adversario ni intimidarlo.

M: Ser valiente en fútbol, a mi modo de ver, es no renunciar nunca a ser solidario con el compañero, pedir la pelota aunque ese día uno no se encuentre bien. Es hacer jugadas a pesar de que la gente no esté de acuerdo. Ser valiente es sacar un balón hacia atrás, por más que silben 100.000 espectadores, si de esa forma yo aseguro la pelota y busco la jugada. Al espectador hay que perdonarlo siempre porque lo de él es instintivo. Tiene reacciones porque el juego y la emoción lo atrapan. Y ahí está el jugador con coraje que termina imponiendo su estilo, el que ensayó durante toda la semana y del que está convencido. Ése es el coraje. El coraje de no dejarse dirigir ni siquiera por la prensa que, a veces bien intencionada, dice cosas que no corresponden ya que no puede conocer toda la verdad porque no participa de la intimidad de un equipo.

C: Para terminar esta sección vamos a recordar lo que dice el reglamento en cuanto a las expulsiones del campo de juego: «Si según la opinión del árbitro se muestra culpable de conducta violenta o de brutalidad». «Si actúa con propósitos injuriosos o groseros.» «Si

después de haber recibido una amonestación se muestra culpable de conducta incorrecta.» Y la conducta incorrecta a los efectos reglamentarios, es —entre otras cosas—: «Perder tiempo en forma deliberada», infringir las reglas de juego en forma persistente». «No comportarse en el campo de la forma caballerosa y correcta que debe ser norma de todo deportista.» Eso último está especificado en la International Board, de junio de 1967.

M: Creo que no hay nada que agregar.

El entrenador

MENOTTI: Vamos a intentar definir ahora qué es un entrenador. La primera respuesta que surge es que se trata de alguien que sabe de fútbol, ¿no es así?

CAPPA: Sí, claro, pero eso se da por descontado.

M: Pero ¿qué es saber de fútbol?

C: Bueno, nosotros ya explicamos cuál es nuestra manera de entender el fútbol.

M: Precisamente, si hablamos de lo que es el fútbol para nosotros, si mencionamos el reglamento como argumento y custodio de esta obra, nos referiremos, por lo tanto, al entrenador que interpreta este tipo de obra que nosotros creemos es mejor. Lo primero que tiene que tener este entrenador para ponerse a trabajar, es un profundo conocimiento del juego. A partir de ese conocimiento global podemos empezar a hablar. Lo podemos comparar con un maestro que desarrolla su actividad como propuesta, aunque con una honda formación, siguiendo las palabras de Hipócrates cuando dijo: «Quien sólo sabe de medicina, ni de medicina sabe». Y, como estamos hablando de fútbol, decimos: «Quien sólo de fútbol sabe, ni de fútbol sabe».

La formación que debe tener el entrenador —lo más completa posible— le servirá para que el equipo juegue mejor y gane, porque sabemos que estamos hablando de alguien que va a preparar jugadores de fútbol para competir y ganar.

La obra es el fútbol, el argumento es el reglamento, el jugador es el intérprete y el entrenador debe sentirse director de todo esto.

C: La formación de la que hablás le dará sentido crítico para analizar lo que está haciendo y saber por qué lo hace.

M: Así es, porque como entrenador es claro que

está trabajando con jóvenes a los que siempre orientará, se lo proponga o no.

Además debe entender que éste es un juego evolutivo y dinámico, que se exige permanentemente estar preparado y en la búsqueda. Vos no podés quedarte con lo que pasó la semana pasada, conformarte con lo hecho.

Pero sobre todo, como decimos, no se puede prescindir de una base, de una formación para interpretar cabalmente este fenómeno sociológico que es el fútbol.

C: Vos lo has comparado algunas veces con un director de orquesta.

M: Sí, y dije que cuando un director de orquesta tiene todo claro, empieza a depender de sus músicos. Y en ese sentido es válido dejar establecido claramente que un muy buen director de orquesta con muy buenos músicos puede hacer una gran orquesta; un mal director con muy buenos músicos no puede hacer nunca una gran orquesta; y un muy buen director con muy malos músicos tampoco hará la gran orquesta, apenas si podrá armar una orquesta.

Y esto tiene que estar muy claro, para no suponer que tu labor de entrenador terminará siempre en la gran orquesta.

Como entrenador, lo que no es posible admitir es que la orquesta que vos dirigís no suene —al menos— tal cual vos interpretás el fútbol. Y para eso hay que saber transmitir a los jugadores esa manera de sentir.

C: Si te parece hablamos sobre las cualidades propiamente futbolísticas que debe reunir un entrenador.

M: Lo más importante es la elección de sus jugadores. El entrenador debe ser el más rápido en descubrir las individualidades y el más rápido en encontrar en esas individualidades las obligaciones y las posibilidades. Ahí no puede confundirse. Esa es su tarea prioritaria. Marcando las obligaciones dentro del estilo que él pretenda, aparecen las posibilidades de los jugadores y se pone en juego la capacidad del entrenador para descubrirlas, mejorarlas, desarrollarlas. Lo que acabo de decir, cortito y al parecer simple, encierra todo lo concerniente a la función del entrenador en lo estrictamente futbolístico.

A medida que el jugador va cumpliendo con las obligaciones estructurales de un equipo —porque es un equipo y vos no podés tener en una orquesta 14 trompetas y no tener piano— surgen las posibilidades que

hay que descubrir y mejorar, para que aparezcan otras y siga creciendo futbolísticamente.

¿Y cómo descubre el entrenador las posibilidades de sus jugadores, las lee en un libro? Algunas sí, no todas.

C: Esto sugiere otro tema, cómo se prepara un entrenador.

M: Creo que todo sirve para prepararse. Empecemos por entender que es un problema de cultura y de inteligencia. No puede reducirse a la lectura de un libro porque el fútbol es una actividad creativa y es muy difícil resumirla en un libro.

Digamos que si un entrenador tiene la sensibilidad necesaria para interpretar lo que vio, lo que leyó, lo que le contaron y puede transformarlo en una escuela, encontrar a quién contárselo y de qué manera inculcárselo, entonces está bien preparado. ¿Cuál es la fuente futbolística del entrenador? La creatividad de los jugadores. Ahí debe descubrir cosas, como en las pequeñas sociedades, por ejemplo, de las que alguna vez hablé. Todas esas cosas las incorpora el entrenador y hace su manual de sabiduría. De ahí va sacando los conceptos que tiene que ejercitar en la tarea, porque no vale escribirlos en un papel solamente. Vos podés crear pero es en el terreno donde empiezan los ensayos y las demostraciones, es del campo de donde se sacan las conclusiones. Es ahí donde empieza el entrenador a descubrir la posibilidad de hacer aquello que vio, de formar una escuela, un estilo.

C: Las escuelas de fútbol que vos conocés, ¿forman realmente a los entrenadores de fútbol según este criterio?

M: No, creo que no. Porque no hay una clara interpretación de este juego. Las escuelas que existen actualmente les han servido de muy poco a los grandes entrenadores, por no decir de casi nada. Diría que en las escuelas no han podido interpretar el fútbol en profundidad.

C: ¿Cuál sería el camino?

M: Voy a referirme a una anécdota personal, a ver si puedo explicarme mejor. Yo no podía entender cómo Coutinho —a pesar de su lentitud física— resolvía favorablemente frente a los stoppers de Europa mucho más ágiles que él. Me di cuenta de que Coutinho fue creando autodefensas —por llamarlo de algún modo— para poder competir y ganar a pesar de su físico. Resulta que viéndolo y viéndolo mucho, me di cuenta de

que apenas manejaba un pasito para sorprender. Y como eso, fui descubriendo otras cosas de importancia: las pequeñas sociedades que se formaban casi por inspiración propia, espontáneamente; el socio de todos que era el auxilio permanente.

También de otros jugadores no muy trascendentes, uno puede sacar algo, alguna pequeña cosa que le falta al grande, al que lo sabe casi todo, menos ésa. Ahí es cuando aparece el entrenador, el vocacional, el que no se queda con lo hecho, con lo que leyó en un libro, el que profundiza y aprovecha experiencias.

Hay entrenadores que ante los jugadores famosos que se pagan en cifras millonarias, comentan: «Yo qué le voy a aportar a este jugador, con lo que vale y lo que significa... que haga lo que quiera». Eso es renunciar a su vocación de entrenador. Es muy fácil brindarle a un chico que comienza, porque con cuatro cositas que aprenda se aprecia inmediatamente la mejoría. Hay que hacerlo, por supuesto, pero no hay que olvidarse jamás de que a los grandes, a los que llevan 10 años en primera, también se les deben ofrecer conceptos, elementos que los ayuden a seguir creciendo. En ese sentido siempre hay una posibilidad más.

C: Ése sería el proceso en la tarea del entrenador: ver en los jugadores, formar concepto en base a lo que vio y devolverle las conclusiones al jugador, para que pueda seguir inventando. ¿No es así?

M: Así es. Conformar en él un credo de conceptos, pero no quedarse con eso simplemente. No pensar que todo te lo va a enseñar Cruyff. Pensar que hay virtudes de cualquier otro jugador que no ha trascendido y te pueden servir. De jugadores juveniles he aprendido cosas útiles para cualquiera.

Por eso te decía hace un momento que en las escuelas de entrenadores no podés encontrar lo necesario para tu formación. Te dicen, por ejemplo, que hay no sé cuántos sistemas: 4-2-4, 4-3-3, etcétera. Y eso no sirve para nada, son circunstancias del juego.

C: Podríamos decir que el entrenador prepara individualmente al jugador y también marca un cierto orden general.

M: Así es, y después, de acuerdo con las necesidades, con las circunstancias, con las posibilidades, plantea tácticamente el partido.

Pero siempre hay que tener en cuenta que lo más importante en la tarea de un entrenador es la prepara-

ción individual de sus jugadores. Si vos tenés un soldado que tira bien desde 60 metros con el fusil, que además tira granadas, que maneja autos y que conduce aviones, bueno, vos como jefe de la tropa no tenés problemas tácticos. Ese soldado está preparado para cualquier respuesta que haya que dar. Ahora, si vos tenés un soldado que tirando desde 10 metros no le pega a una casa, que cuando tira granadas se olvida de sacarle la espoleta, de qué te vale el planteamiento táctico.

En la formación del jugador, es fundamental la respuesta de la personalidad. Hay que preparar hombres que piensen, que sientan y que ejecuten, cualesquiera sean las circunstancias. Por eso el entrenador tiene que empeñarse en mejorar él como maestro, para el mejoramiento de las individualidades en todos los aspectos: en lo táctico, en lo técnico, en lo psicológico, en lo cultural, en todo.

C: Ese aspecto pedagógico es inherente a su tarea, lo quiera o no, es ineludible. La diferencia consiste en hacerlo mal o bien.

M: Seguro. Está ahí, y su función puede ser formativa o deformante. Ahora, también hay que dejar claro que todo esto no está destinado exclusivamente al hombre que hay antes que el jugador, lo que ya sería importante también sino que, con ese aporte, lo primero que va a lograr es un importante jugador para su equipo.

C: Para realizar esa tarea el entrenador necesita también convicciones firmes.

M: Sí, porque no podrá transmitir todo lo que acabamos de hablar si primero no está él firmemente convencido.

Y yo quiero dar ejemplos. El entrenador que más cosas me dejó a mí, como jugador, fue Adolfo Pedernera. Si bien en fútbol no fueron demasiadas sus enseñanzas, seguramente porque no tuvimos tiempo ni dejó muchas cosas escritas, me dio algo fundamental: Pedernera fue el primero que me hizo entender que el fútbol no estaba tan podrido como yo creía. Él supo como nadie antes, que el fútbol no existe, que son hombres que hacen fútbol, como son hombres los que escriben y los que hacen música.

El fútbol —si no le ponemos hombres adentro— sería una pelota y un estadio, o sea nada. Es como los paisajes: una montaña, un río y un árbol son según tu estado de ánimo. Si vos estás mal lo verás mal y, por el

contrario, una choza cualquiera en un lugar cualquiera puede ser el paraíso con una mujer que te guste y con la música que te guste. El fútbol es así. Hay que procurar que el hombre que hace fútbol esté bien, se sienta bien. Cuando el jugador extraña el entrenamiento (que es una de las primeras cosas que el entrenador debe procurar y donde fallan todos aquellos que no entienden el fútbol como uno lo quiere plantear), el fútbol se hace agradable y todo tiene otro valor. En cambio cuando el entrenador no logra que el jugador extrañe el entrenamiento, tiene que preguntarse qué es lo que no anda.

Porque el entrenador tiene que lograr que cada entrenamiento sea feliz, alegre y respetuoso. Para eso el jugador debe hacer cosas que satisfagan sus inquietudes, sus apetencias. No solamente correr, saltar y chocar. En el entrenamiento el jugador debe hilvanar jugadas, mejorar sus condiciones técnicas, fabricar jugadas de distracción, crear. El entrenador tiene que despertar en el jugador esa generosidad, esa sensibilidad para entender que lo que está haciendo, lo tiene que hacer feliz.

C: Esto me recuerda a los entrenadores que creen y dicen que el fútbol es trabajo y sacrificio sin tener en cuenta que el concepto de trabajo no es ahistórico.

M: Seguro.

C: El concepto de trabajo cambia según el momento histórico y la sociedad concreta que le da significado. Por ejemplo los indios nuestros no conocían el trabajo tal cual lo entendemos nosotros. Ellos vivían, simplemente. Claro, para vivir necesitaban pescar, cazar, hacerse vestimentas, utensilios para comer... pero nunca trabajaban en el sentido que a esa palabra le damos nosotros.

M: Sí, como el cumplimiento de una obligación impuesta.

C: Así es. Este concepto es el producto de una determinada organización de la sociedad, donde queda absolutamente separado el trabajo de la diversión. Trabajar es sufrir. Claro, las clases dominantes nos dicen que la vida es dura y hay que sacrificarse para que lo entendamos como lo natural y nunca cuestionemos por qué hay que sufrir siempre y mucho, divertirse poquito y mal. Entonces si alguien trabaja pero disfruta al mismo tiempo, como los artistas y en general los creadores, pensamos que no es trabajo.

M: Trasladado al entrenamiento, trabajar sería correr mucho, cansarse mucho.

C: Claro, y nunca gozar, disfrutar creando cosas, con esfuerzo naturalmente, pero para algo.

M: Estas cosas me sirvieron durante años para que me acusaran de lírico, de soñador irreal. Pero en realidad nosotros somos muy conscientes, sabemos que hay que luchar, pero también sabemos para qué y con quiénes.

Por eso no podemos admitir que esta propuesta aparezca como un delirio. Al contrario, es un sueño.

C: Para aquellas acusaciones, afortunadamente vos tenés dos títulos mundiales como para responder que ese sueño es posible.

M: No es que uno quiera usar esos títulos —y varios más en realidad— y otros muchos que lograron en todo el mundo entrenadores que están en esta línea para imponer una supuesta superioridad sino para alentar a los jóvenes entrenadores y jugadores demostrándoles que de esta forma también se ganan títulos. Hablan siempre de sacrificio y de lucha, cuando en rigor son ellos los que no tienen ganas de luchar, los que se acomodan a una sociedad que suponen inconmovible. Claro que hay que vivir dentro de la sociedad, pero luchando para hacerla mejor. Entonces te dicen romántico para desautorizarte.

C: Como si romántico fuera sinónimo de tonto. Es que gastaron esa palabra como tantas otras que les molestan. Porque como sabés, el romanticismo surgió como respuesta al utilitarismo estrecho y mezquino de la era industrial, para defender la condición humana en los albores del capitalismo.

M: Te dicen romántico, como si uno pretendiera nada más que jugar lindo, prescindiendo del resultado, pero se olvidan que de esa forma también se ganan partidos y prestigio. Se olvidan del Real Madrid, del Santos, del Brasil tres veces campeón del mundo, de la Argentina campeón del mundo, del Ajax, y de otros grandes equipos y grandes jugadores como Moreno, Rivelinho y doscientos más.

C: Estamos de acuerdo, pero resulta que algunos entrenadores —que aún no tengan las cosas claras— pueden decir que están desprotegidos y apremiados por circunstancias que todos conocemos y tienen que ganar el domingo que viene para sobrevivir.

M: En este tema hay que distinguir dos cosas. Tu

actividad como hombre de una sociedad determinada y tu función como entrenador. Hay que saber que esa desprotección que siente un entrenador, esas circunstancias apremiantes, también las sienten los demás, particularmente los trabajadores. ¿Cómo se hace para combatir esa inseguridad? Como lo vienen haciendo los trabajadores y todos los que los acompañan desde siempre: peleando para lograr una sociedad distinta, mejor, justa. Participando políticamente en la transformación de aquellas circunstancias. Pero eso no impide que cada uno en su oficio trate de hacer las cosas lo mejor que sepa y pueda.

Es decir, no se supera la desprotección aceptando o siendo complaciente con dirigentes que utilizan el fútbol en su propio beneficio, con periodistas que viven del éxito de los demás, haciendo un fútbol acomodaticio, mediocre.

C: Volviendo a las condiciones específicas de un entrenador, yo quiero preguntarte: ¿qué importancia tiene el entrenador durante la semana y qué importancia los domingos?

M: Es injusto limitar la labor del entrenador a la semana pero, de todos modos, te digo que el entrenador es fundamental cuando entrena y, cuando los jugadores juegan, él no entrena. Ese día tiene los 15 minutos de los descansos solamente. Lo único que puede hacer es una tarea recordatoria, decirle a los jugadores que se han ido del libreto o bien cambiar —a veces— el libreto cuando el adversario está complicando... Bueno, el libreto, quiero decir el funcionamiento habitual, el orden que debe guardar el equipo. No le veo al entrenador demasiada importancia el domingo. Tal vez lo más importante —ese día— sea el respaldo que le pueda dar al jugador, por su personalidad, por su liderazgo, por sus conocimientos... por todo lo que significa. En definitiva, la única posibilidad real del entrenador el domingo, es avalar con su presencia todo lo que se ha hecho hasta ese momento.

C: Sirve de muy poco gritar desde el banco, ¿no?

M: De muy poco... Algunos entrenadores lo hacen porque todavía no dejaron de jugar, por falta de experiencia. No se puede mirar individualmente, el fútbol se tiene que mirar con sentido colectivo. Por eso todas las órdenes que se dan durante el juego, sirven sólo para distraer al jugador en su próxima intervención porque la jugada que pasó ya la perdió.

Hay aportes, mínimos, que se pueden hacer en algunos casos, pero creo que no tienen demasiada importancia.

C: Lo importante, como decías recién, es lo que el entrenador va desarrollando mientras entrena.

M: Claro... y en ese sentido hay también graves riesgos que es conveniente evitar. Especialmente el de los entrenadores que tienen muchos conocimientos, porque suelen pretender meterle a los jugadores en una semana, todo lo que piensan y saben. Ahí es cuando la experiencia se convierte en un factor muy importante, dando la tranquilidad y seguridad para no cometer errores.

Claro que esa tranquilidad viene dada también por el tiempo... y el tiempo hay que ganárselo.

C: ¿Cómo?

M: Haciéndote respetar. De otro modo no se gana tiempo. Es muy difícil echar a un entrenador no comprometido con la mentira, duro en sus declaraciones, combativo. A los dirigentes les cuesta más dejar cesantes a estos entrenadores que a los que se hacen cargo por tres meses. Estos últimos, son los que se van rápidamente.

C: Vamos a hablar ahora del comportamiento del entrenador que no tiene la suerte de estar al frente de un equipo de élite, que se tiene que arreglar con los jugadores que le dan y que precisamente no son los mejores.

M: Es igual. La grandeza está en la obra. Vos no podés permitir que la historia del fútbol —tan noble y tan brillante— la usen algunos en beneficio propio o de nada. No interesa que un equipo sea mediocre en cuanto a la calidad de sus jugadores. Siempre hay que intentar jugar, respetando esa historia, esa grandeza de la que hablamos y que es la raíz, el fundamento. Nada justifica elegir el otro camino. Personalmente —lo dije varias veces— es como si tuviera que elegir entre ser toro o torero. Yo quiero ser torero.

C: Un aspecto que no siempre se maneja adecuadamente, es el de las charlas técnicas. ¿Te parece que son importantes?

M: Sí, yo creo que son importantes. Todo depende del liderazgo que ejerzas, de la confianza que puedas transmitir. Algunos que no lo tienen claro confunden en las charlas técnicas porque avasallan y complican lo que apenas tiene que ser una respuesta, un recur-

datorio de lo hecho el día anterior en el campo, cuando se planteó el partido. Esta charla tiene que ser una última llamada a la concentración para actuar. Cada partido es una fiesta, al menos ésa debe ser la intención. Una oportunidad de demostrarle a la gente lo que hicimos durante la semana, y por eso es un motivo de alegría y satisfacción. Todo el sacrificio voluntario que hace el jugador entrenándose, cuidándose, y preparándose, recibe ese día la recompensa del partido, de la gran fiesta. El entrenador tiene que motivar, tranquilizar en la charla técnica. Diría que —más que nada— la charla le sirve para mentalizar, para ayudar a los jugadores a que se concentren antes de la salida a escena.

C: Para conseguir eso, el entrenador debe ejercer algún tipo de autoridad, ¿no es así?

M: Sí, claro.

C: ¿Cuál es tu concepto de autoridad y cómo debe ejercerse?

M: Yo la comparo con la autoridad del padre. ¿Cómo hace un padre para tener autoridad sobre sus hijos? ¿Les pega? ¿Los deja sin comer? ¿O por el contrario trata de ayudarlos? La autoridad se gana, no se impone. Se gana con lealtad en primer lugar. Lealtad a los objetivos que se plantearon en la iniciación. Después la autoridad se gana con conocimientos, porque sólo con lealtad terminamos en lo que se suele decir: «Es un gran tipo, pero de fútbol no sabe nada».

C: Para que la tarea del entrenador sea coherente y efectiva es importante la elección de los colaboradores...

M: Para mí el más importante de todos es el médico. El doctor Oliva solía decir que el entrenador es el capitán de un barco y el médico el maquinista. Es el que le dice al capitán que pueden correr a 40 nudos o que tienen que ir despacio porque se rompe la máquina. Es el hombre que maneja la parte mecánica. Hablo de un médico que sea deportólogo, no como el ochenta por ciento de los médicos que van a hacer experiencias con los jugadores y se «reciben» de deportólogos porque acompañan delegaciones de futbolistas. Es como si para recibirse de ginecólogo bastara con acompañar delegaciones de señoritas.

C: Tenemos al médico, vamos a la preparación física.

M: Con los preparadores físicos tengo ciertos y fundados reparos. No porque tenga algo particular con-

tra ellos sino porque en un elevadísimo porcentaje tocan de oído. Quiero ser sincero en este tema porque tal vez sea la única manera de aportar algo. El preparador físico —con las excepciones que existen y muy valiosas— sabe la verdad a medias de todo: de fisiología porque no es fisiólogo; de fútbol porque nunca jugó ni nunca hizo las experiencias ni los estudios que tiene que hacer un entrenador; sobre el funcionamiento muscular porque estudia dos años mientras que un médico deportólogo lo hace durante ocho o nueve años.

No están especializados en fútbol, pueden ser preparadores físicos en atletismo, básquetbol, rugby, boxeo. Eligen el fútbol —algunos— porque les facilita una promoción más rápida o porque piensan en las ventajas inmediatas de viajes o supuestamente económicas. Por eso creo que hay que modificar esta situación, encararla de otra manera.

C: Pero para prescindir de los preparadores físicos sería necesario que los técnicos profundizaran más en ese tema creo yo, ¿no?

M: A mí me interesa un entrenador que estudie preparación física o que ahonde en sus conocimientos. Es mucho más fácil de lograr que un entrenador aprenda preparación física y sea guiado, custodiado si querés, por un excelente médico deportólogo. El fútbol ya no se puede permitir carecer de especialistas. Un especialista en la preparación física del fútbol lo forman un entrenador y un médico deportólogo, de muy buen nivel, más un equipo de médicos que desde la clínica los apoyen a través de análisis, de estudios serios.

Hay que saber mucho de fisiología para hablar en serio de preparación física.

Por eso digo que lo mejor es que de ese tema se hagan cargo el entrenador y el médico o, en todo caso, un preparador físico especializado en fútbol.

C: Nos quedan los otros colaboradores.

M: Todo lo demás es importante también. Como el kinesiólogo, colaborador inmediato del médico, el hombre que de alguna manera produce la puesta en escena con el masaje. Habría que hablar especialmente del masaje... Es algo que está muy metido dentro de la historia del fútbol. Actúa como relajante, como el último rito antes de entrar a la cancha, al escenario.

En esos momentos, el masajista es el hombre de confianza para el jugador, el confidente... y tiene una gran importancia psicológica. El kinesiólogo es el que —des-

de otro punto de vista— lleva adelante los planes del médico, el que reemplaza al médico en las cosas que se tienen que hacer pero que desdibujarían su imagen, la que necesita el jugador como factor psicológico. Por ejemplo, recorrer las habitaciones en las concentraciones por si los jugadores precisan algo. Es el ayudante del médico, así como el entrenador tiene su ayudante. El entrenador necesita tener un ayudante, un segundo entrenador, porque es la persona indicada para despejar sus dudas. Si el entrenador no tuviera dudas sería un imbécil, y ¿con quién las va a conversar? Con su ayudante que, además, es su amigo, su hombre de confianza. Es a quien el entrenador elige para tenerlo cerca porque además interpreta con fidelidad su misma idea. Además el técnico que nosotros pretendemos tiene la obligación de ir preparando a otra persona, a quien le va dejando cosas, experiencias.

Después está el utilero. Es el que cuida la felicidad que debe tener un vestuario, preocupándose de que la ropa esté impecable, modificando colores o vestimentas, dándole al jugador la ropa adecuada, que le quede bien, porque todo eso hace también al fútbol. Cuidar la forma es importante, tiene que ver con la sensibilidad estética.

C: Aunque no sea tan fácil de conseguir —a veces— no hay duda de que sería mucho mejor si todo el equipo que rodea a un plantel tuviera el mismo objetivo, ¿no?

M: Es difícil cuando vos no lo podés elegir, cuando ya está dado. Pero aunque sea difícil se logra, se puede lograr. Creo que cuando el liderazgo del entrenador es el adecuado, se consigue. Por lo general la gente que está en los clubes, que no tiene repercusión, es gente muy noble. Gana muy poco, no trasciende y vive intensamente las alegrías y las tristezas del equipo. Por eso es necesario meterlos en el proyecto común, hacerlos participar de los propósitos, que son suyos también.

C: Estamos hablando de crear un apropiado clima de convivencia. Podríamos conversar sobre las relaciones del entrenador con los jugadores, con los dirigentes y con los periodistas.

M: Lo más importante es la relación con sus jugadores. Tiene que basarla en un profundo respeto. Debe ser —sobre todo— justa. Justa de acuerdo con lo que uno siente, es decir, justicia sin ventajas, porque a veces la gente es justa porque le conviene o aparenta justicia en algún caso por conveniencia.

El entrenador debe ser justo con sus dirigidos, haciéndoles entender que en última instancia es él el responsable de lo que pase. Tiene que saber que la única manera que hay para ganar respeto es a través del afecto. La afectividad es el primer paso que debe tener cualquier tipo de relación.

Hay que tener en cuenta que todas las determinaciones que tome el entrenador deben ser en beneficio del grupo con el cual trabaja. Desde ese punto de vista tiene que administrar la justicia. El afecto del que hablo significa la posibilidad, para cualquier jugador, de plantear todo lo que le parezca referido al normal funcionamiento de las relaciones del grupo. No, en cambio, en cuanto a las determinaciones futbolísticas, porque eso le atañe exclusivamente a la responsabilidad del entrenador. El afecto es la posibilidad de diálogo, es enseñarle al jugador a preguntar por qué, es el respeto que significa la explicación de una decisión que nunca debe ser caprichosa.

Cuando vos terminaste una explicación y le preguntás a un jugador si entendió y te dice que sí porque no se atreve a preguntar más, tenés que empezar a preocuparte, a pensar si ese liderazgo que te dieron lo estás ejerciendo bien. Si liderás por el solo hecho de ser el que pone y saca a los jugadores, te estás equivocando.

C: Creo que quedó muy claro. ¿Y la relación entrenador-dirigente?

M: Lo primero que hay que hacerle entender al dirigente de este fútbol en el cual nos manejamos habitualmente, es que uno, además de entrenador, es el asesor futbolístico de la comisión directiva del club. Uno debe ser el responsable de la parte económica del fútbol en cuanto a adquisiciones. No podés decirle a un dirigente que compre cinco o seis jugadores si sabés que con eso estás comprometiendo la economía del club.

Otra cosa que debe tenerse en cuenta es que el dirigente no puede ser incorporado a la vida cotidiana del equipo, por más amigo y por más buena persona que sea, sencillamente porque no tiene conocimientos, porque tiene otra función que cumplir. De ninguna manera debe influir en las decisiones del entrenador. Sí puede, aunque eso es conveniente aclararlo en el contrato, recibir explicaciones del entrenador. Es importante explicar —si es que se considera oportuno— porque el entrenador debe tratar de ganar aliados y no enemigos. Mientras las explicaciones sean a los efectos de aclarar

conocimientos al dirigente, siempre son buenas. Porque cuanto más sepa el dirigente de lo que efectivamente está pasando, más cerca de la verdad esté, más leal va a ser para resolverte problemas que por ahí escapan a tu control. Es decir, cuanto mejor sean las relaciones, mejor marcharemos hacia el objetivo que, como hemos dicho, es el gran equipo.

C: ¿Y si te llaman para rendir cuentas por la marcha del equipo?

M: Es porque el equipo va mal. Podés ir también, siempre y cuando sea a título informativo y para dejar cosas aclaradas. Yo creo que hay que intentar siempre ganarlos porque, en definitiva, son ellos los que deciden y son ellos los que dirigen. Hacer todos los esfuerzos necesarios en ese sentido, sin que afecten por supuesto tu dignidad profesional. Todas las explicaciones deben pedirse y darse en un tono de profundo respeto.

En definitiva, tenés que explicar si te parece que con eso vas a aportar algo a tu conducción y en favor del equipo.

Además para esos casos el entrenador debe tener a mano una pregunta: ¿por qué no? Cuando viene un dirigente y cuestiona por qué juega fulano de lateral, yo le contesto con esa pregunta: ¿y por qué no? Primero me tienen que explicar por qué no puede jugar y, si empiezan los titubeos, entonces le digo, ¿ve?, ¿se da cuenta?, no tendría que haber preguntado eso.

C: Nos queda el comportamiento frente a los periodistas.

M: Hay que saber diferenciar. Están los que sirven y los que no sirven. Los que aman este juego, los que pretenden crecer, conocer, difundir con honestidad... Mientras haya respeto son importantes porque son los encargados de transmitir a los aficionados, a los que vos y el equipo representan, qué es lo que estás viviendo y cómo lo estás viviendo.

C: Cuando hace un momento hablamos de la relación con los jugadores me olvidé de preguntarte sobre un tema que suele ser delicado: el trato con los suplentes.

M: Es un asunto muy difícil. Depende del lugar donde se trabaja, de las condiciones en que te hacés cargo de un equipo. Cuando vos llegás a un club ya estás salvando alguna responsabilidad porque nunca sos el que eligió a los 25 jugadores del plantel. Lo peor que podés hacer, es mentir.

C: Como suele hacerse al decir que no hay titulares ni suplentes.

M: Claro, ésa es una gran mentira. Mi equipo tiene once titulares siempre. A veces cuesta más, otras menos, encontrar al titular en algún puesto pero, cuando completo el equipo, son titulares a muerte. Yo jamás reemplazo a un jugador porque se perdió un partido o porque se lesionó. La titularidad no se pierde fuera del campo, se pierde dentro de la cancha, jugando.

Generalmente yo he tenido suerte porque el tiempo ha demostrado que el equipo titular que elegí en las distintas oportunidades fue realmente el titular.

Lo digo porque hay que considerar también el tiempo de trabajo y la evolución que cada jugador tiene, para saber si necesita respaldo o si efectivamente es preciso reemplazarlo.

Acá es válido también el ejemplo de los grandes equipos que son los que menos cantidad de jugadores utilizan.

Mientras vos seas claro en el objetivo, mientras vos digás, éste es el equipo titular y éstos los suplentes, los problemas se reducen.

No quiere decir que cuando elijas al titular lo va a ser toda la vida. El suplente tiene que pelear la titularidad y saber que, el día que le toque ser titular, va a tener el mismo respaldo que tuvo el anterior.

Cuando uno se decide por el cambio, es porque uno debe estar absolutamente convencido de que es realmente necesario.

Y esto es lo más difícil para el entrenador. Hasta qué punto hay que respaldar a un jugador que uno considera titular para que ese respaldo no atente contra el funcionamiento del equipo y favorezca su recuperación.

La decisión no es fácil pero, no obstante, hay que tener presente que lo más importante es el equipo.

El jugador

CAPPA: Al hablar del jugador de fútbol tendríamos que tener en cuenta las etapas por las que atraviesa hasta convertir el juego en su oficio. Diríamos que va de la ilusión a la profesión. Y la ilusión empieza en el potrero...

MENOTTI: El potrero como herencia «genética» ¿no?, como origen más que nada. Lo digo porque el potrero puede ser también una calle, una vereda. Donde no había potreros se jugaba en la calle y de ahí viene el concepto de la «pared». Porque los chicos para gambetear a un adversario tiraban la pelota contra la pared y la recibían detrás del contrario. Y ahí, precisamente, empieza la historia de nuestro fútbol.

Siempre hubo un «mayor» (como le decíamos) que era talentoso y los de menor edad lo copiaban. Ahí empieza a conformarse el estilo; cuando al interior del país volvía alguien de Buenos Aires y contaba lo que hacía Pontoni, lo que hacía Pedernera, para después, en los potreros, tratar de imitarlos. Aparecían quienes copiaban ese estilo sin haberlos visto jugar, por lo que contaban otros. Los pibes querían ser Pedernera, Néstor Rossi, Pontoni o el Tato Mur.

El potrero como símbolo era eso. Donde se gestaba la historia y se transmitía la herencia.

C: Había en los potreros una gran libertad para jugar y un gran respeto por esa historia que se fue convirtiendo en un estilo.

M: Que también era una manera de vivir. Tené en cuenta que el chico del potrero respondía a una exigencia de la sociedad que lo obligaba a la picardía, al atrevimiento. Y jugaba al fútbol de la misma forma, con picardía para anunciar una cosa y hacer otra, con atrevimiento para imponer y defender ese estilo del que

hablamos, con libertad para inventar siempre algo que sorprendiera. En una palabra, jugaba un fútbol que respondía a su manera de ser. A través del fútbol expresa su rebeldía.

En algunos casos, a medida que ese chico del potrero se desarrolla, la sociedad lo va transformando, utilizando, hasta vencerlo. Y tiene muchas formas de hacerlo como iremos viendo.

C: Podemos decir, entonces, que lo primero que aparece en esta etapa del potrero —como dijimos— es la gran libertad que dispone el chico para jugar. Libertad que emplea al servicio del equipo.

M: Claro, porque también contaban mucho los resultados. En el barrio a nadie le gustaba perder. Tenemos que hablar con cuidado cuando nos referimos a este origen, porque nos pueden decir que en el potrero no importaba nada y que ahí sí se podía jugar. Y no era así. No es así.

Cuando uno ganaba, ganaba el barrio entero, se le ganaba a los de la otra cuadra, a los de la otra manzana... Se vivía un clima de fiesta. Te diría que de la misma forma que cuando juegan River y Boca. Naturalmente la repercusión es diferente, la convocatoria es enormemente mayor, pero para el chico del barrio, el significado era exactamente el mismo. Si ganaba, la madre, los amigos, sentían su misma alegría y eran a los que él representaba en ese momento.

C: Claro que importaba ganar. Era una competencia con todas las de la ley, pero cuidando religiosamente un estilo. Te acordarás que la peor ofensa que te podían hacer en el potrero era decirte «bartolero».

M: Y además te ponían de arquero.

C: Eso, te ponían de arquero. El estilo había que cuidarlo porque importaba ganar, y mucho, pero en igual medida importaba cómo se ganaba.

M: Seguro. Fijate que había como una especie de código de conducta o no sé cómo llamarlo, para el chico que se equivocaba seguido y la daba corta o dividida y, aunque sea con las miradas, recibía la desaprobación general. Y él se sentía muy mal. Había una sensibilidad estética, heredada naturalmente, porque no era consciente o razonada.

C: Lo más importante era demostrar que uno era el mejor, no sólo ganar. Y eso lleva implícito un gran sentimiento de justicia. Es como decir: gano porque soy el mejor, entonces es justo que gane. Por eso no nos

conformábamos sólo con ganar, si jugábamos mal, porque creíamos que de esa forma no nos correspondía el triunfo. Además, si ganábamos jugando mal, los contrarios nos acusaban: «Sí, perdimos, pero les dimos un baile». Toda una ética de la competencia.

M: Sabés qué pasa Ángel, que alguno podrá decirnos: «Si ganar no significa ser el mejor, entonces ¿qué es ser el mejor?».

C: Es que no siempre gana el mejor. Eso ya lo hablamos antes, me parece. A la larga claro que gana el mejor, pero en un partido o en dos, el asunto no es tan claro.

M: Hay distintas maneras de interpretar el fútbol y, al comienzo de esta charla, creo que hemos dejado claro cuál es la nuestra. Inclusive dijimos qué es para nosotros jugar bien.

Hay una historia que nos avala y es esa misma historia, esa herencia de la que hablamos, la que hace que el chico se sienta mal a pesar de ganar, si sabe que no jugó bien.

C: A mí me parece que esto es importante para comprender después al profesional, cuando intentan quitarle todas estas cosas con las cuales nació y por las cuales fue capaz de «inventar» ese fútbol.

M: Intentan confundirlo y utilizarlo, pero la nobleza de este juego siempre lo rescata a pesar de los malos entrenadores, a pesar del medio que rodea al jugador, a pesar de los malos dirigentes y de todas las cosas que le pasan.

Claro, lo que logran es demorar la identificación, detenerlo para confundirlo, con triunfos y hasta con la solución de alguna situación económica.

Ocurre como en política, cuando los reaccionarios luchan, se organizan y trabajan para detener la historia. Todos sabemos que finalmente no podrán, pero frustran generaciones, deterioran sueños, ilusiones y hasta fabrican escepticismos a fuerza de desalientos.

C: Desde muy chico al jugador le empiezan a formar una conciencia dirigida al triunfo exclusivamente.

M: Yo quiero dirigirme especialmente a los entrenadores de divisiones inferiores para decirles que deben prepararse porque tienen una gran responsabilidad en la formación de jugadores. Deben ayudarlos a que mejoren sus condiciones en todos los aspectos, y no como sucede habitualmente ahora que, por los motivos que sean, los entrenadores de inferiores trabajan en bene-

ficio propio porque saben que si ganan un campeonato, se destacan o, en su confusión, los destacan los medios de comunicación. Y no destacan por ejemplo a Ernesto Duchini que, tal vez no ganó tantos campeonatos, no lo sé, ni a él le interesa y ni lo debe tener en cuenta, pero colaboró en la formación de los más grandes jugadores de la historia del fútbol argentino. Primero descubriéndolos, después ayudándoles con dinero de su bolsillo muchas veces, facilitándoles médicos para apoyar su crecimiento, cosa que no siempre contemplan los clubes. A esos chicos que no tenían contrato ni dinero porque generalmente provenían de familias humildes, Duchini se ocupaba de alimentarlos, de llevarlos al gimnasio para fortalecerlos, de rodearlos de todas las condiciones necesarias para su desarrollo como futbolistas.

Ocurre que por ahí, gente como Duchini pasa inadvertida, mientras otros de menor capacidad y generosidad, son mencionados por haber ganado cinco campeonatos o tres campeonatos. La pregunta que hay que hacerle a un entrenador de inferiores, es cuántos jugadores preparó para primera división, porque ése tiene que ser su objetivo con exclusividad.

Me acuerdo de que una vez en Barcelona, hablando con los técnicos del club, les dije: «Acá hay un chico que juega igual que Maradona».

Todos se miraron y me preguntaron: «¿dónde está?». No sé, les contesté, ésa es tarea de ustedes. Tienen que encontrarlo.

Ésa es la búsqueda. Ése es el estilo de jugador que tenemos que buscar, y no caer en la tontería de fijarnos en jugadores altos y fuertes porque, en las inferiores, pueden imponer su físico y hacer ganar al equipo.

A propósito, me acuerdo de otra anécdota que me ocurrió jugando ya en primera división, en Rosario Central. Mis compañeros y yo le comentamos al entrenador —Jim López— que estábamos necesitando un hombre de punta porque casi todos veníamos desde muy atrás. «Quédense tranquilos», nos dijo, «hay un chico de 16 años en las inferiores que lleva un montón de goles». Era el Nene Fernández que medía 1 metro 90 a los 16 años, y se cansaba de meter goles de cabeza en las inferiores. Por suerte prevaleció esa magia del fútbol que siempre menciono y, la inteligencia de los compañeros y de él mismo, para decirle al entrenador —ni bien practicó con nosotros— que de ninguna manera podía ser un jugador de punta. Terminó siendo un excelente me-

diocampista que después pasó a River y jugó en la selección argentina. Pero con la anécdota quiero destacar el criterio con que se juzgaba al Nene Fernández. Nadie lo veía como el buen jugador que fue sino a través de los goles que hacía y, por eso, pensaron que podía ser centrodelantero.

Ése es el motivo principal por el que dejaron de aparecer los Sívori, los Angelillo, con la frecuencia y en la cantidad con que lo hacían años atrás. Salvo, en los casos donde había gente como Duchini, que siguió en la búsqueda del jugador con talento, con imaginación, sin reparar en el físico.

Hay que acordarse lo que costó imponer a un jugador de la jerarquía de Ardiles. En el 75 era una «locura» pensar que podía ir a Inglaterra, que podía salir de Instituto de Córdoba. Decían que era muy chiquito, pero fue a la selección del Interior, más tarde a la selección nacional argentina, y empezó a demostrarles a todos que podía jugar, que no tenía nada que ver el físico, y entonces sí, es aceptado y termina jugando en Inglaterra respetado en todo el mundo.

C: Decíamos que al jugador le empiezan a formar en las divisiones inferiores una conciencia dirigida exclusivamente al triunfo. Piensa que eso —además— le causa un grave problema porque, como llega de familias humildes, sin medios económicos, el fútbol es también una posibilidad de escapar a esa condición de oprimido. Entonces tiene, por un lado el fútbol como él lo siente y lo hace feliz y, por el otro, el cumplimiento de lo que le ordenan. Son tensiones y contradicciones que no siempre resuelve bien.

M: En ese sentido, yo creo que se han hecho algunos avances, gracias, como siempre, a jugadores que han demostrado que se puede jugar bien y ganar y ser figura. Claro, no hay una formación en divisiones inferiores que lleve a esa conclusión y, por eso, los jugadores se orientan solos, son producto de lo que aprenden de alguien, si tienen esa suerte.

C: Además hay un hecho tan indiscutible como demostrativo: todas las grandes figuras de la historia del fútbol llegaron a serlo porque fueron capaces de imponer aquello que llevaban desde el origen.

M: Por supuesto. Y nosotros contamos con ejemplos que no se difunden en la medida de su tremenda importancia. Yo afirmo que la Argentina ha sido rectora de un estilo futbolístico a nivel internacional, llevado de

la mano de los grandes jugadores. Casi nunca lo pudimos concretar como equipo —salvo algunas excepciones como San Lorenzo del 46—; por muchas razones no tuvimos la oportunidad de mostrar equipos, de entrar en competencias internacionales con frecuencia. Pero fijate qué cosa más linda es saber que Di Stéfano fue el que, de alguna manera, advierte a toda Europa que hay otro estilo para jugar al fútbol, otra manera de expresar este juego. Alfredo —cuando viaja— reúne en su valija toda la herencia de la que hablamos, la de la Máquina de River; la que le dejaron Tucho Méndez, Simes, en su paso por Huracán; la de Antonio Báez, la de Adolfo Pedernera, la de Néstor Rossi, cuando estuvo en Colombia. Y a eso, le agrega su temperamento, y su dinámica, aunque tiene que quedar muy claro que no triunfa por eso. Por eso solamente, hubiera sido uno más en Europa. Él se impone por su capacidad futbolística, por su estilo. Además se encuentra con Puskas, con Gento, con Rial, con gente que interpreta un idioma universal. Es decir con intérpretes geniales de su misma concepción futbolística. Y aparece el gran equipo que fue el Real Madrid de esa época que, no sólo ganó cinco copas de Europa, sino que además y sobre todo, paseó un estilo, dejó una huella imborrable.

Eso es lo que los jóvenes tienen que saber. Que cuando un jugador rompe con las características originales se hace universal.

Me podrán contestar que también hay jugadores alemanes, italianos o españoles que, sin pertenecer a esa escuela, fueron y son habilidosos. Claro que los hay, y muy buenos. Pero yo afirmo que nosotros los hemos tenido en mayores cantidades. Han sido innumerables. Por eso digo que somos rectores de ese estilo y que tenemos que seguir protegiéndolo, defendiéndolo. No podemos abandonar la pelota.

C: Para seguir con el desarrollo de la conversación, vamos a ubicar al jugador en su primer contrato. Ya dejó las divisiones inferiores. ¿Cómo llega y qué encuentra en su primer contrato?

M: El primer contrato lo asocio inmediatamente con la suerte. En esta sociedad las clases humildes viven siempre de la suerte y en soledad. El jugador que llega al primer contrato depende de quién le toque, de dónde le toque. No hay nada debidamente reglamentado. Depende de las buenas o malas intenciones del señor que encuentre en su camino. No hay nada coherente que

pueda formar a este joven que empieza a ser profesional y descubre un mundo que es bastante diferente del que hasta ese momento estaba viviendo. Por eso hablábamos de la importancia del entrenador que sepa mucho más que preparar al equipo para el domingo.

Si ese chico ha tenido la suerte de contar con buenos maestros en su formación, ganó una batalla importante, cuenta con una base sólida para defenderse.

A partir de ese momento, deberá enfrentar las exigencias del periodismo, del público; la competencia con sus compañeros para ganar un puesto; a los dirigentes inescrupulosos que hasta le condicionarán el pago de un sueldo.

Y tendrá que entender lo más difícil: la utilización del ser humano que empezará a sufrir en carne propia, hasta en las cosas más insignificantes.

En definitiva, con el primer contrato empieza a vivir una serie de tensiones para las que —generalmente— no está preparado.

C: Además —también me parece importante— la angustia que significa tener al alcance de la mano la posibilidad de cambiar su situación económica, la suya y la de su familia.

M: Por otra parte, cuando ese chico no se deja atrapar por la mediocridad del ambiente, cuando no pierde sus rebeldías, cuando mantiene su negativa a muchas de las cosas que le presentan, se convierte en el enemigo del sistema. Porque los representantes de ese sistema suponen que el jugador tiene la obligación de prestarse a todo lo que signifique negocio, comercio.

No obstante, fijate, creo que el juego es tan noble, tan esencialmente solidario con el hombre que lo practica, que en la mayoría de los casos pueden manejarse satisfactoriamente.

Mirá que ha sido duro el profesionalismo. La gente no sabe que el 90 por ciento de los jugadores que terminan su carrera tienen que empezar a trabajar. A la gente se los presentan como si todos fueran millonarios. Y sabemos que no hay posibilidades en la Argentina de vivir de un negocio pequeño como los que puede instalar la gran mayoría en un país como el nuestro que ha sufrido tantas depredaciones económicas.

Pero fijate si será noble el fútbol que hasta rechaza la delincuencia a pesar de que no se la combate organizadamente. A los delincuentes que se acercan al fútbol, el propio fútbol los va rechazando.

C: Sin embargo, da la sensación —en algunos momentos— de que son esos delincuentes los que lo manejan todo.

M: Pero el fútbol siempre salva a sus protagonistas.

C: Hay otro aspecto que me gustaría conversar. Vos sabés que hay algunos muy dotados que no llegan y otros menos brillantes que sí. ¿Cómo hay que hacer para llegar, para poder hacer lo que a uno le gusta y vivir de eso?

M: Algunos llegan por disciplina, es verdad. En cambio otros con más cualidades, se entregan, se aburren, se cansan y se van a otro medio. Los que llegan son, normalmente, los que por inteligencia natural o por formación descubren que el arte es disciplina y empiezan a disciplinarse en la vida, y a entrenarse para ser jugadores de fútbol. Yo diría que además deben prepararse para ocupar el lugar al que aspiran, manteniendo la conciencia de su origen. De otra manera, aun llegando, aun siendo cracks, aun obteniendo recompensas económicas, no podrán impedir su utilización. Lo que más me preocupa es que por no prepararse desperdicien la gran posibilidad que tienen cuando entienden este fenómeno, para seguir aportando cosas a los que empiezan el camino. Porque un jugador, si bien juega para su público, para lo que él representa, para todo lo que hemos explicado, también juega para los chicos que se están iniciando en esta profesión.

A eso me refiero cuando digo que tienen que prepararse y no sólo futbolísticamente. Deben disciplinarse para entrenarse, y armarse culturalmente para defender su origen, su historia y preservarse como seres humanos.

C: Salvarse como persona, sería en este caso, evitar la peor trampa que le fabrica la sociedad por si llega, que es desclasamiento.

M: Exacto. Lo confunden, le hacen pensar que pertenece a una élite porque es famoso. Entonces deja de responder a su clase, y se transforma a su pesar, en la mayoría de los casos, en un enemigo de todos aquellos que hacen posible que el fútbol exista.

Por su facilidad para acceder a los medios de comunicación, el jugador debe estar preparado para hacer sentir una verdad que es suya y colaborar así en la lucha por imponer esa verdad.

C: Habría que hablar ahora del otro futbolista. El

que no pertenece a ese 10 por ciento que al menos resuelve su situación económica. Cómo vive su profesión, cuál es su peregrinaje, cómo lo tratan, qué hace con la ilusión, con su vida.

M: Aquí ya entramos directamente en el análisis de un fenómeno de la sociedad que no le garantiza nada a la gran mayoría, ni siquiera la supervivencia. Por eso le pedimos al jugador de fútbol que trasciende, que llega a los medios de comunicación, que es escuchado, que no olvide a los compañeros que no llegaron a formar parte de la élite. Es ahí donde aparece en toda su dimensión la necesidad de modificar la sociedad, porque si ese chico viviera en una sociedad que le garantizara las mínimas condiciones para crecer, desarrollarse, pensar, entonces no sería ningún drama no llegar a ser un jugador importante. Tendría resuelto el problema de la salud, la educación, el trabajo e, inclusive, la vocación. Ese jugador que no pudo alcanzar su propósito, podría desarrollar otra actividad. Pero nada de eso ocurre actualmente en nuestra sociedad. De ahí que insista en que el jugador de fútbol piense que no sólo le corresponde jugar al fútbol sino formar parte de una comunidad. Y en que no puede estar ausente cuando hay una huelga de maestros, no debe estar ausente en los reclamos de los metalúrgicos, los mineros, los albañiles, los oficinistas. En pocas palabras, no debe estar ausente cuando se plantea la lucha política para mejorar la sociedad.

El jugador que no llega a formar parte de la élite, bueno, tiene que saber que no vive el drama de su profesión, vive el drama de la sociedad. De un orden social que él protege si dice que es apolítico.

Por eso cuando nosotros decimos que hay dos estilos para jugar al fútbol, también estamos diciendo que hay dos estilos para vivir. Ésta sería una de las tantas explicaciones que podríamos dar cuando nos ponen el rótulo de «menottismo». Eso no existe. No es Menotti contra alguien.

Éste es un problema que va mucho más allá de la pelea entre un entrenador o un jugador y los del otro lado. Se trata del hombre que vive en una sociedad y que desempeña una actividad que, en este caso, es el fútbol. Nosotros pertenecemos al fútbol, pertenecemos a la sociedad y tenemos la obligación de denunciar este tipo de cosas que afectan al hombre que actúa como futbolista.

C: Cuando hablábamos del entrenador, decíamos

que debe prepararse para responder a los porqués de los jugadores. Ahora insistimos con eso mismo para el jugador, para que se acostumbre a pensar y participar.

M: Claro, debe buscar siempre las razones, interesarse, porque le corresponde saber. Y si no ocurre con mucha frecuencia es porque el fútbol es y ha sido siempre refugio de mediocres. Mediocres médicos, mediocres técnicos, mediocres preparadores físicos y mediocres dirigentes que utilizaron al jugador como conejo de Indias.

Lo hicieron correr 10.000 metros sin explicarle por qué, porque no lo saben; lo hicieron correr en la arena sin tener fundamentos... y así tantas cosas. El jugador debe prepararse y preguntar por qué, porque si le ordenan hacer 50 abdominales y no le saben decir por qué, no pueden obligarlo a que los haga.

Esto que decimos no es para fastidiar a nadie, sino para que el jugador participe de una actividad que es suya.

C: Así empieza el jugador a formar su conciencia crítica.

M: Aprendiendo a pensar, claro, y a no aceptar todo lo que le impongan. Pensando, aprenderá a distinguir entre los entrenadores, entre los médicos, entre los preparadores físicos, quién puede aportarle algo y quién no sólo no le agrega nada, sino que lo perjudica.

Mirá que se han dado casos verdaderamente marcianos en el fútbol. Hubo quienes hacían saltar a los jugadores en una goma; otros que, para sorprender a los dirigentes, compraban palos, pelotas de rugby; otros que para hacerse notar los llevaban a la arena a correr o a la montaña, como algo imprescindible.

C: Yo sé de alguien que al club le hizo comprar una vaca porque decía que mediante las granjas el jugador iba a aprender solidaridad y, por lo tanto, a fortalecer el espíritu de grupo. La completó porque se fue a poco de comenzar la temporada y después los dirigentes no sabían qué hacer con la vaca.

M: Y a todo esto, la ciencia continúa con estudios serios y profundos que mejoran los métodos de entrenamiento, basados en la fisiología, la química, la física, la biomecánica. Pero estos marcianos que lo ignoran todo, se permiten el lujo de decir cualquier barbaridad, de hacer cualquier locura, amparados en la inocencia de los jugadores, que todo lo aceptan. La inocencia y la bondad, la generosidad de los jugadores.

Uno de estos entrenadores de los que hablamos des-

tacaba el sexo entre los problemas serios que afectan al jugador. Como si el sexo fuera un problema.

Señores que no han estudiado nada de traumatología investigan con los jugadores o practican cirugía. Se disputan al famoso porque les significa repercusión, otorga cartel a su consultorio.

El jugador de fútbol puede terminar con todo esto preparándose, como decimos, no sólo para saber de fútbol, sino para no ser un instrumento inocente en manos de estos aventureros que sacan ventaja del gran negocio que es vivir del fútbol sin hacer nada por el deporte. Yo creo que la medicina deportiva, en fútbol, ha dejado más rengos que la guerra del 14.

En fin, queremos que el jugador de fútbol se integre a la sociedad en la cual vive como ser pensante. Yo no tengo dudas de que, además de ejercer su derecho, se beneficiará para jugar mejor.

Menotti en entrenamiento, marzo de 1983.
(Foto Czybor, *El Periódico*).

La táctica no es un esquema

MENOTTI: Quiero comenzar este capítulo hablando de algo contra lo que he luchado permanentemente: *la táctica*. Mejor dicho, de la táctica que se quiere encerrar dentro de un sistema. Y el fútbol no es así. Decir 4-2-4, 4-4-2, como antes WM, es referirse a una situación hermética que aparece como un límite a las posibilidades de los jugadores.

Además, se puede demostrar fácilmente que nunca existieron el 4-2-4, ni el 4-3-3, como expresiones reales, ni tampoco el *fútbol total*, pese a la sensación de dinámica que entraña esta descripción. Quizá nacieron como necesidades didácticas o periodísticas, como una forma de ejemplificar, como orientación y nada más. Es probable que hayan surgido de la necesidad de simplificar y a alguien se le ocurrió decir: *Hay cuatro en el fondo, dos en el medio y otros cuatro adelante*. Se registró la idea y hasta apareció en libros. Pero insisto en que en la práctica nunca existió. Brasil, por ejemplo, conocido como máximo exponente del 4-2-4, no lo realizó jamás. El retraso del medio volante defensivo para integrar la última línea se debió a otras circunstancias de la acción. Digamos que Brasil, cuando estaba Zagalo —supuesto puntero izquierdo— siempre contó con el aporte de éste bajando a medio campo. Pero no quiero perder tiempo en este tipo de explicaciones porque no aportan nada y son rigideces superadas por la realidad.

Hay que entenderlo claramente: *no existe la táctica antes que el equipo, antes que el entrenamiento*. Son meras fórmulas. Las tácticas tienen que ver con muchas situaciones: las necesidades, la posibilidad del equipo, el adversario. ¿Cómo se va a planificar un partido seis meses antes? Se planifica un día antes del partido. Con las respuestas de jugadores que marquen o no pautas

evolutivas en los entrenamientos semanales. Lo importante es que el equipo tenga la mayor cantidad de variantes posibles por conocimientos de su entrenador y por posibilidades de sus jugadores.

Por ejemplo, si tenemos en el equipo un hombre de excelentes recursos técnicos, el reparto equitativo significa permitirle un menor esfuerzo en la recuperación de la pelota, tarea que asumiría otro jugador con menor capacidad de inventiva y menor creatividad. Entonces aquél de mayor talento para crear, encontrará la pausa necesaria para estar entero y poder cumplir con sus obligaciones en el área contraria, gestando y resolviendo con sus cualidades específicas, respetadas en ese reparto del que hablamos. Sería ilógico pretender que López Ufarte trabajara en la misma función que Víctor; y que Víctor cumpliera el rol de López Ufarte cuando el equipo esté en posesión de la pelota.

El reparto equitativo es el equilibrio para que cada uno encuentre su función, juegue según sus posibilidades, respetando sus obligaciones.

CAPPA: A ver si te ayudo a definirlo. Puede ser repartir el esfuerzo y el espacio, según las cualidades de cada uno, para que haya reparto de beneficios.

M: Claro. Perfecto. Y hacerle entender al jugador que aparece con una tarea ingrata, al redoblar el esfuerzo cuando se trata de recuperar la pelota, que esa tarea es sumamente efectiva para el funcionamiento del equipo, porque le permite al de mayor talento guardar energías que utilizará en el momento en que tengamos la pelota nosotros.

Ahora bien, esto hay que matizarlo para que los que corren y luchan no crean que no deben pensar, y los que piensan no supongan que a ellos no les toca correr. Y esto se da un poco por las características de cada uno, ¿no? Casi siempre los que son muy talentosos suponen que no deben trabajar, y los que luchan y corren creen que ellos no tienen que pensar. Precisamente es así como se empiezan a esquematizar los equipos.

También tenemos que aclarar que cuando decimos repartir espacios, no pretendemos meter jugadores en espacios donde se sientan incómodos. Por ejemplo, si tuviéramos un hombre como Garrincha, no le vamos a pedir que ocupe la banda izquierda, si él por la derecha resuelve todos los problemas.

O si jugara Müller en nuestro equipo, sería absurdo sacarlo de su lugar en el área rival. En cambio sí le po-

demos pedir, según las necesidades de un partido determinado, que participe en jugadas de distracción. Lo mismo a Garrincha.

Corresponde al entrenador encontrar la mayor cantidad de espacios que pueda ocupar cada jugador, y utilizar al máximo su esfuerzo en funciones que le sean propias.

Claro, el ideal sería tener un wing derecho que se tire atrás y arme, un 9 que sepa salir también por la izquierda y un lateral que pueda jugar como extremo. Y que Müller defienda como Beckenbauer. Ése sería el fútbol ideal. Ése sería el fútbol total, que decía que practicaba Holanda y no fue del todo cierto. Había más desdoblamientos, pero no era así. Ese famoso equipo de Holanda, tenía cinco o seis jugadores con los espacios y los esfuerzos bien delimitados. Es decir, estaban mucho más concentrados en sus obligaciones que en sus posibilidades. Lo que ocurría era que tenía cuatro o cinco jugadores de un talento sobresaliente; ellos sí ocupaban varios espacios, ordenaban el pressing y daban la apariencia de una movilidad total cuando, repito, no era así.

Dejaron enseñanzas, como las dejó Brasil o las pudo dejar Argentina. Los grandes equipos siempre dejan enseñanzas que hay que rescatar y utilizar según las posibilidades con que se cuenta. Nunca deben ser imitadas o copiadas fielmente, porque inclusive hay errores que por esa actitud no se ven. Después de Holanda, aparecieron 80 equipos haciendo pressing sin darse cuenta de que si Holanda hubiera manejado mejor los tiempos —como en la música los silencios— para sorprender se hubiera evitado graves problemas que tuvo por ser tan repetitivo. En muchos partidos que he visto había momentos en que ellos eran los sorprendidos por el rival que ya conocía la mecánica del pressing.

Claro, sucede que algunos de los hombres se fueron, otros se quedaron pero con más años y el equipo empezó a perder su capacidad de sorprender. No obstante, creo que tanto la selección de Holanda como el Ajax de aquella época, fueron equipos que aportaron cosas revolucionarias, que hicieron pensar.

Pero que quede claro que la táctica o los sistemas, según se quiera decir, no existen como esquemas prefijados. No puede decirse seriamente que hoy de visitante hay que jugar con el 4-4-2, y de local el 4-3-3. Para la táctica tengo que saber cómo están mis jugadores, cuá-

les son mis necesidades y, el día del partido, cuáles las del rival. Una cosa es ir a tomar la casa del vecino y otra defender la nuestra. Es decir. en toda lucha hay un montón de circunstancias que son importantísimas psicológicamente. Si yo vengo con cinco puntos adelante, juego con la urgencia de mi rival. Si es una semifinal y tengo que ganar por más de dos goles de diferencia, mi planteo será otro. Tampoco quiero decir con esto que hay que cambiar jugadores y objetivos, según las circunstancias. El entrenador debe preparar a su equipo con una convicción muy firme, con un propósito muy claro. A partir de esas premisas, que podemos denominar «estilo» para entendernos rápidamente, empiezan las *obligaciones* y las *posibilidades* de los jugadores.

C: Vamos a desarrollar ahora este concepto tuyo que, de pasada, mencionamos en alguno de los capítulos anteriores y que surge del ordenamiento del equipo: *las obligaciones y las posibilidades de los jugadores.*

M: Sería imposible si no hablamos de nombres concretos, hablar de obligaciones y posibilidades. Estamos refiriéndonos a jugadores de fútbol. ¿Cuáles son las obligaciones? Bueno, de acuerdo al jugador que se tenga. Yo no puedo decir cuáles son las obligaciones del líbero, en términos generales. Me tendrían que decir quién es el líbero. ¿Beckenbauer, Scirea, Passarella?

Podemos decir, eso sí, que las obligaciones son las que definen el orden del equipo. Por eso el entrenador debe tener claro que las obligaciones no pueden dejar de cumplirse. Ocurre muchas veces que jugadores profesionales, por querer hacer más, porque tienen un montón de posibilidades, no respetan sus obligaciones dentro de la cancha. Así perdemos funcionamiento y, en última instancia o como consecuencia, limitamos las posibilidades de los demás. Un funcionamiento adecuado asegura el desarrollo de las posibilidades de cada uno. El jugador puede crear, inventar, resolver con mayor facilidad, dentro de un orden que defina el cumplimiento de las obligaciones.

El entrenador debe saber hasta qué punto un jugador puede cumplir con la obligación que le fije.

Las obligaciones no son para mecanizarlo ni para limitarlo. Al contrario son para liberarlo. Así puede jugar y crear con mayor facilidad. Y también para ayudar a jugar a los que saben menos. Por ejemplo, si tenemos un marcador férreo, que no tiene capacidad de subida, que no tiene buen manejo, su obligación será la de

clausurar su sector y trabajar en el cierre de la última línea. Con la pelota, tenemos que rodearlo de gente con un funcionamiento correcto para que él pueda encontrar una salida clara. Con el ordenamiento o funcionamiento que garantizan las obligaciones acrecentamos, inclusive, las posibilidades de los hombres que no son naturalmente creativos, que no tienen la inspiración que pudo tener Cruyff.

De otros jugadores no podemos saber nunca con certeza cuáles son sus posibilidades, porque día a día nos sorprenden con una cosa nueva, porque crecen día a día.

En definitiva, ¿cuál es la obligación que tiene el equipo cuando no tiene la pelota? Impedir que la pelota entre en su arco. Y eso se puede lograr de muchas maneras.

C: Hasta ahora hablaste de las obligaciones en general. Hay dos tipos de obligaciones: sin la pelota, para tratar de recuperarla; en posesión de la pelota, para terminar en gol. Porque casi siempre se habla de obligaciones defensivas. Pero también debe haber un funcionamiento para atacar, ¿no?

M: Eso viene bien acotarlo. Así nacieron las tácticas, pensando sólo en defender. Fijate que todas las tácticas o los sistemas se fueron dando siempre para defender el arco, nunca para defender la pelota y meterla en el arco contrario.

Ese afán defensivo lleva a persistir en errores tan demostrados como el fútbol de persecución, un fútbol que está terminado, que ya no tiene más posibilidades. Yo creo que un equipo marcando hombre a hombre por toda la cancha, sin la complicidad del árbitro, es muy inferior a otro que marque en zona. Claro, con un entrenador que sepa cómo se marca en zona. Lo que pasa es que es más difícil trabajar en la marcación zonal. Eso es para entrenadores que estudien, que piensen y que trabajen con vocación docente en el fútbol.

Lo otro lo resuelve mi tía Vicenta. Es preguntarse ¿con cuántos atacan los contrarios? ¿Con cinco? Bueno yo pongo cinco defensores, uno contra uno, y dejo uno libre por las dudas. Doy los nombres y los números y se acabó el problema. Por eso digo que mi tía Vicenta, que fue hasta sexto grado, puede ser la mejor entrenadora si le piden que marque hombre a hombre. Después, cuando tenemos la pelota... lo que hacen casi todos, o sea, jugar a «que Dios nos ayude».

Inclusive digo que un mismo equipo recibirá menos goles marcando en zona que haciendo persecución. Si los jugadores están acostumbrados a perseguir —como a mí me pasó en el Barcelona— lo único que necesitás es tiempo. En ese caso no puede pretenderse que al tercer partido, la marcación zonal funcione a la perfección. Pero con el desarrollo del trabajo, el equipo recibirá menos goles y con mucho menos desgaste físico. El porqué es fácil de responder, porque se defiende mejor el espacio donde se define la jugada. En el hombre a hombre se marca en espacios de distracción, de gestación; y tenemos menos hombres en la zona de definición que es donde se sufren los goles. No se sufren ios dejan jugar, tener la pelota.

C: Te pueden decir que haciendo esto no los dejan llegar a la zona de definición. Que no llegan porque no los dejan llegar, tener la pelota.

M: Bueno, pero tienen que marcar a los 10 jugadores de campo y además suponer que esas marcas son efectivas. Y yo digo que no lo son salvo con la complicidad del árbitro. Y para eso hay pruebas históricas. Sólo hay que consultarlas. Por ejemplo Cruyff. A Cruyff todos lo conocemos, pero no se conoce a ninguno de sus «carceleros». Si por ahí aparece uno que dice: «Yo por 1969, una vez, no lo dejé tocar la pelota». Puede ser. Pero Cruyff habrá jugado... no sé, mil partidos, y ganó en más de 990 con toda seguridad.

Además aquel que un día en 1964 no lo dejó tocar la pelota, tal vez hubiera sido un gran jugador, con posibilidades de trascender, de colaborar más con su equipo, y terminó siendo aquel señor que una tarde marcó bien a Cruyff. Y si ésa es la ambición de un futbolista, mejor que se dedique a otra cosa. El fútbol es un juego. Hay muchas maneras de marcar, sin relegar la condición esencial del futbolista.

Cuando uno quiere sinceramente sacar conclusiones hay que hacer una revisión entera de lo que ocurrió, y no caer en actitudes como la de esos críticos que van a ver un concierto de guitarra y cuando termina opinan: «Sí, estuvo bien, pero en el segundo compás pifió un re». Eso no es honrado. Si seguimos a Paco de Lucía para esperar que alguna vez se equivoque, seguro que lo vamos a conseguir. Claro que se equivoca. También Pelé se equivocó. Y todos.

Pero marcando en zona Brasil ganó tres campeonatos del mundo y Argentina uno. Con eso, solamente.

Ya tenemos cuatro títulos mundiales. Lo cual prueba que también se gana de esa manera ¿no?

Y si miramos los equipos que mejor fútbol jugaron, los que más lejos llegaron, veremos que casi todos han hecho zona. Inclusive se nota claramente un cambio; cada día se utiliza menos la persecución. ¿Por qué? Porque cada día los entrenadores se preocupan más, estudian más. Antes optaban por la comodidad de marcar hombre a hombre. No tenían tampoco una preparación adecuada. No era un cargo muy respetado.

C: Las obligaciones difieren según el estilo futbolístico, ¿no es así?

M: Claro, por eso las obligaciones que nosotros vamos a mencionar son justamente las del estilo futbolístico que defendemos.

Además tenemos que hacerlo en términos generales porque no podemos decir cuáles deben ser las obligaciones de un lateral si no sabemos de quién estamos hablando.

Porque si habláramos de las diferentes variantes de cada puesto en cuanto a obligaciones y posibilidades, sería excesivamente extenso y demasiado teórico. Para hablar en concreto, lo primero en saber quiénes son los jugadores. Pero creo que sería tema para otro libro.

C: Para un libro específico, técnico.

M: Bueno, entonces para terminar con las obligaciones defensivas, decimos que hay que marcarlas con un concepto claro: la defensa debe ser dada en la zona de definición. Es decir, donde te hacen los goles. No dejarse atrapar por la distracción que puede provocar el equipo adversario.

Quizá tenga que matizar un poco. En realidad hay que empezar a defender con mayor precaución en zona de gestación aunque siempre pensando en la zona de definición. Aclaro: si yo tengo que elegir entre el que gesta y el que define, prefiero darle más tiempo o más espacio al que gesta y no al que está en zona de definición.

Y doy un ejemplo: el lateral izquierdo contrario nos sorprende, desborda y llega a la línea de fondo. En el área están el 9 y dos defensores nuestros. Los dos van al primer palo, intentando tapar al lateral. Se dejan atrapar por el «imán» que tiene la pelota y descuidan la zona de definición. El 9 nos hace el gol de cabeza. Hay que cuidar esa zona, porque el que viene por la banda no nos va a hacer el gol. Hay que mirar al que

nos puede hacer el gol. Son todas obligaciones que hay que ir trabajando para ayudar a que el equipo tenga un orden defensivo.

C: Como decíamos hace un rato existen también las obligaciones ofensivas.

M: Vamos a partir de la base de que el jugador está obligado a participar los 90 minutos. Este es otro tema que quiero dejar bien aclarado. Un profesional no puede estar sin hacer nada ni un segundo. Es un jugador de primera línea y ese proceder es inadmisible en él. Si su equipo está en posesión de la pelota y él a 40 metros de la jugada, algo tiene que hacer de todos modos. Marcar a un contrario, participar en una jugada de distracción o ir en apoyo de sus compañeros. No puede estar mirando el partido. Con la participación activa de todos, se empieza a lograr la dinámica que necesita actualmente el fútbol. No se consigue corriendo mucho ni moviéndose mucho. Se consigue pensando. El entrenador no puede programarle los 90 minutos (ni hacer como algunos que les daban papelitos con instrucciones a los jugadores, para que los leyeran en pleno partido). Hay que estar pensando dónde puede ir un rebote, ocupando los espacios donde puede ir un rival o la pelota.

A propósito, quiero decir una cosa sobre la marcación en zona que no suele decirse, no sé si porque no se sabe o por qué motivo.

En los equipos que marcan en zona, cuando se dispone de la pelota es el momento en que los de la última línea marcan al hombre.

Lo digo porque algunos entienden que como se marca en zona, al perder la pelota, cada uno de los defensores ocupa su lugarcito. Y así le damos tiempo y espacio al rival para que ordene el contraataque.

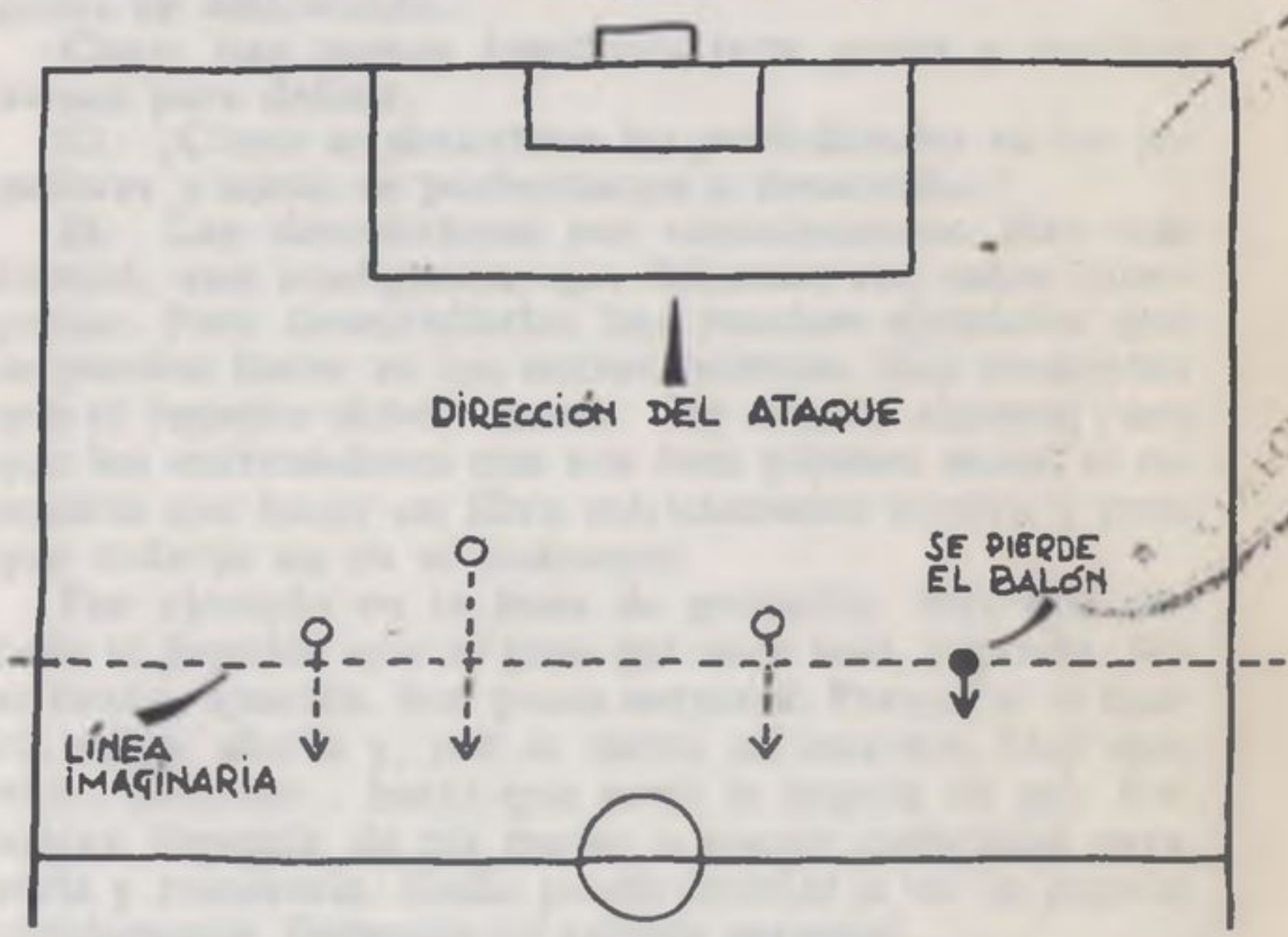
Pero si los hombres que no participaban en la acción anterior estaban marcados estrechamente, cuando los contrarios recuperan la pelota, no tienen la salida clara porque los de atrás son presionados y los de adelante, marcados hombre a hombre.

¿Qué hacen los delanteros nuestros cuando perdemos la pelota? Inmediatamente, si quedan fuera de acción, se ubican detrás de *la línea imaginaria* que pasa por el balón, paralela a la de fondo. Yo soy 9, perdemos la pelota, voy a presionar y con un toque me dejan fuera de la jugada. Lo que no debo hacer es volver caminando y mirando. Debo regresar rápidamente detrás de

la línea imaginaria. O sea, trabajar en la reducción de espacios porque el espacio que ocupe yo, no lo puede usar el adversario para un pase. Mi sola presencia detrás de la línea imaginaria de la pelota obliga al adversario a extremar la precisión. Al reducirle los espacios para maniobrar, le exijo mayor precisión en las entregas. Si no se hace lo que digo es que no se ha entendido lo del reparto equitativo del espacio y del esfuerzo.

Yo no le voy a pedir a López Ufarte que corra a un rival 50 metros o haga hombre cuando perdemos la pelota. Pero sí le puedo pedir que en esa situación se tire 20 metros atrás y colabore en la reducción de espacios, para facilitarle a los especialistas en la recuperación su tarea específica.

Vamos a ver si en el gráfico lo apreciamos mejor:



C: Hablábamos de la participación constante, como primera obligación. ¿Seguimos?

M: Con eso de la participación tenemos que lograr acrecentar las posibilidades del equipo.

Ahora bien, cuando nuestro equipo tiene la pelota, hay que realizar los movimientos tácticos correspondientes para que los menos capaces encuentren la posibilidad de jugar y los más talentosos dispongan de mayor libertad y facilidad para crear. En otras palabras

se trata del funcionamiento que el equipo tiene que encontrar a través de la salida y entrada de sus jugadores en las distintas zonas, de la rotación, de los cambios de posición.

¿Por qué ponemos tanto empeño en jugar, en salir jugando, en tocar?

Lo voy a repetir tantas veces como haga falta.

Porque un equipo en posesión de la pelota, aunque no geste rápidamente jugadas ofensivas por incapacidad o falta de talento, jugando produce un desgaste psíquico en el adversario. Al fútbol se juega con la pelota y cuando uno no la puede agarrar empieza a fatigarse.

Es obligación, entonces, acudir en auxilio del compañero que tiene la pelota. No puede permitirse que un lateral derecho trate de sacarse uno o más rivales de encima y los compañeros lo miren o corran a la zona de definición a esperar el centro.

Aunque más adelante lo tratemos especialmente, digamos ahora que hay tres zonas en la cancha de fútbol: de *distracción*, de *gestación* y de *definición*. Si salimos jugando por el lateral derecho, como decíamos, el resto trabaja en la zona de distracción o acude en auxilio, para seguir tocando, hasta meter la pelota en zona de gestación y posteriormente ir a definir la jugada.

En ese reparto del espacio vamos a marcar como obligación permanente, el que aquellos espacios que delimitamos sean ocupados por los más aptos en cada caso. En la zona de distracción todo el mundo puede jugar, porque si no, no estarían en primera división.

En la zona de gestación ya hace falta más clase y no son muchos los que resuelven con eficacia en la zona de definición.

Lógicamente, durante los 90 minutos habrá momentos en que a cualquier jugador le toque ir a espacios donde no se sienta cómodo. Irá en auxilio de un compañero, para asegurar la salida o para permitir —en otra circunstancia— la recuperación de la pelota. De todos modos, para un talentoso las mayores obligaciones estarán en la zona de gestación y de definición. Y para otro con menor capacidad, las fijaremos en la recuperación y en la distracción.

Dije recién que todos los jugadores de primera división son aptos para jugar en la zona de distracción, y quiero resaltarlo. Por eso sostengo que se equivocan aquellos entrenadores que, para justificarse, dicen: «Con estos jugadores no se puede jugar bien al fútbol». El

jugador que llega a primera división pasa por muchas pruebas. No se llega por casualidad o a los 14 años. No traen campesinos o abogados y de buenas a primeras los ponen en la primera del Real Madrid o del Elche. Todos sabemos que de todos los que intentan llegar a primera, sólo lo consigue el uno por ciento, aproximadamente.

Si nosotros como entrenadores pensamos que no podemos jugar bien al fútbol con jugadores de primera división, partimos de un error derivado de una comodidad. No queremos preocuparnos por descubrir posibilidades en esos hombres que tienen 22 o 23 años y, desde los 12, juegan al fútbol oficialmente. Además les estamos diciendo a todos los entrenadores que tuvo hasta ese momento que son tontos por dejar llegar a primera división a alguien que no es capaz de participar en jugadas de distracción.

Claro, hay menos jugadores para gestar y muchos menos para definir.

C: ¿Cómo se descubren las posibilidades en los jugadores y cómo se perfeccionan o desarrollan?

M: Las descubrimos por conocimientos. Hay una técnica, una inteligencia, que debemos ver, saber interpretar. Para desarrollarlas hay muchos ejercicios que se pueden hacer en los entrenamientos. Hay conceptos que el jugador debe conocer. Voy a decir algunos para que los entrenadores que nos lean piensen otros, si no tendría que hacer un libro estrictamente técnico y creo que todavía no es el momento.

Por ejemplo en la zona de gestación. Hay que decirle al jugador que el pase gol nace solo, jugando. No se busca, aparece. Son pases sorpresa. Porque si lo busco, aviso, alerto y, por lo tanto, no aparece. Hay que tocar, distraer... hasta que surja la jugada de gol. Entonces depende de mi mayor o menor capacidad para verla y resolverla. Nadie puede enseñar a ver la jugada rápidamente. Depende del talento personal.

Pero como punto de partida, como concepto indispensable, se debe saber que intentar atravesar las tres zonas con un pelotazo no es jugar al fútbol, es jugar a la lotería. No se trata de arriesgar por si acierto.

Esto como norma, porque habrá algunos, Schuster o Platini, por ejemplo, capacitados para meter una pelota desde 50 metros y dejar a un compañero en situación de gol, habiéndose saltado las zonas habituales.

Estos jugadores son excepciones, están fuera de lo normal.

C: Recuerdo que en los entrenamientos del Barcelona, siempre le repetías a los jugadores que primero había que mirar cerca.

M: Claro, era al principio, para hacerles entender que hay zonas donde es necesario jugar, ir de un lado al otro con la pelota hasta que aparezca la jugada de gol, hasta que el pase gol surja después de un movimiento, donde queda un compañero en situación de definir. Entonces sí, puedo y debo arriesgar el pase. Entre otras cosas porque si lo interceptan tengo controladas zonas del campo como para que no puedan sorprenderme. No puedo arriesgar un pase desde la zona de distracción. Ahí hay que defender la posesión de la pelota, inclusive retrasando el balón tantas veces como sea necesario.

Supongamos que quiero llevar un paquete a una casa que está custodiada por 50 policías. Algo tengo que inventar. Tendré que hacer ruido lejos de la puerta, distraer a los policías porque, si quiero entrar directamente, seguro que no me dejarán pasar. En fútbol quiero llevar la pelota al arco contrario. Y tengo que hacer lo mismo, distraer a los defensores porque, si yo aviso que voy a meter un pelotazo en el área y efectivamente hago lo que aviso, mis posibilidades serán menores. Tengo que hacerles creer que voy a entrar por un lugar y hacerlo por el otro.

En términos futbolísticos hay que jugar, distraer, hasta que aparezca la jugada de gol. Esos son los movimientos que el entrenador tiene que ensayar con sus jugadores.

Para ese funcionamiento, hay que fundamentar a los jugadores. Por ejemplo nunca debe darse la pelota al hombre que se mueve en diagonal sino a otro que detrás de él lo haga en línea resta. *Usar la diagonal para distraer, y a su espalda irá la línea recta.*

Esa jugada se repite muchas veces con los centrodelanteros. Vemos todos los domingos que un atacante va en diagonal desde el centro del área hacia un córner y el volante le juega la pelota. Si la recibe, queda de espaldas al arco con un rival encima y las líneas de fondo y lateral. No tiene muchas posibilidades. De mil veces que lo intentan, por ahí alguno resuelve de todos modos por destreza personal, pero la jugada lógica no es ésa, sino que detrás de ese atacante que fue en diagonal ha-

cia un córner, pique otro compañero suyo en línea recta para aprovechar el callejón que le fabricaron.

El entrenador tiene la obligación de no valerse de los antecedentes negativos de los jugadores y sí de los positivos. Los antecedentes negativos de un jugador de primera división están motivados por las circunstancias: malos entrenadores, mal equipo, elección de un puesto equivocado. Hay que descubrirle al jugador el aspecto positivo. Cada vez que voy a un equipo pienso que si los jugadores que me dieron llegaron a primera tienen que saber jugar al fútbol. No me interesa si alguno fracasó o si no es figura. Si está ahí por algo será y es mi tarea descubrirle las posibilidades.

C: Hay obligaciones también para las jugadas con pelota detenida. No todos las tienen en cuenta, ¿no?

M: Las enumeramos: son saques de meta, faltas, córners y saques de banda. Cuando hablábamos de obligaciones y posibilidades decíamos que un jugador no puede limitarse a mirar el partido en ningún momento. Y esto lo aplicamos, en principio, también para las jugadas con pelota detenida. Por ejemplo, se va a sacar un *out-ball* por la banda izquierda, los jugadores que están libres por la banda derecha tienen que estar preparados y ofrecer una posibilidad al equipo, no para el pase directo sino para que, si no se encuentra respuesta por ese sector, se pueda retrasar la pelota y hacer un cambio de frente de 20 o 30 metros. Por eso se debe exigir como premisa fundamental la participación permanente de todos, incluido el arquero, que puede cortar un contragolpe adversario saliendo con oportunidad en una labor de líbero.

En los corners las obligaciones estarán dadas de acuerdo con los hombres de los que dispongamos, pero de todos modos, hablaremos en términos generales. En ese sentido lo que debe practicarse durante la semana es una serie de jugadas de distracción, es decir, hombres que van a preparar posibilidades para sus compañeros más aptos en la definición. Todo lo que se haga tiene que tener una explicación y un objetivo. Antes que eso, inclusive, hay que inculcarle a los jugadores que cada córner es el último. Y me explico. Ocurre en casi todos los partidos. Hay un córner a los cinco minutos y los jugadores van displicentemente o, al menos, no van como si faltaran cinco minutos y fueran perdiendo 1 a 0. En esa circunstancia vas a ver que van con unas ganas tremendas, casi con desesperación. En cambio en el pri-

mero o segundo córner la disposición es totalmente diferente. Lo hacen casi por obligación. Además no sólo los cinco que van a cabecear deben tener obligaciones en esa jugada sino todo el equipo. Los del fondo ocupando zonas del campo para aprovechar un posible rebote. El arquero adelantado por si tiene que actuar de líbero. Las marcas al hombre y muy rigurosas si el contrario deja a alguno en punta. Todos pendientes para hacer alguna jugada contra el *off-side* si hay un rebote largo y ellos van a presionar. En fin, todo el equipo debe participar de ese córner y con la misma disposición, repito, que si fuera el último.

En los tiros libres o faltas, también hay que tener algunas jugadas ensayadas porque el fútbol es sorpresa y lo que sorprende hoy ya no lo hace mañana. Eso exige al entrenador una búsqueda constante. Pero lo importante en esta jugada es fundamentarla. No valen esas jugadas donde pasa uno sobre la pelota, pasa otro, pasa un tercero, un cuarto y, finalmente, el quinto tira al arco. Allí no hay objetivo claro ni se sabe a quién hay que engañar ni por qué pasaron por arriba de la pelota. Hay que plantear las cosas más sencillas y con toda claridad. ¿Cuál es el objetivo? El gol. ¿De qué manera lo conseguiremos? Engañando, haciendo una jugada de distracción, anunciando que vamos a tirar a un lado y hacerlo al otro. ¿A quién queremos engañar? Hay un solo jugador que nos interesa engañar: el arquero.

Si no tenemos claridad en la búsqueda, terminamos complicando la jugada, confundiéndonos nosotros mismos y dependiendo del azar. De todas maneras siempre cuenta el azar, porque en fútbol no existe una precisión de relojería. Por ahí lo hacemos todo bien y, cuando el jugador tira, lo hace mal. Pero lo que no podemos es dejar de fundamentar cada cosa que hacemos. No podemos preparar una jugada de tiro libre, sin tener los objetivos clarísimos. Hay jugadas donde se trata de dejar solo a un compañero para que tire al arco, y es positiva también, pero lo más importante en este tipo de jugadas, es engañar al portero. Es decir, preparar todo como para tirar a un lado, y hacerlo al otro, que por otra parte es el fundamento del fútbol ¿no?

Hablando de las barreras y los tiros libres, recuerdo una anécdota graciosa para los que veíamos el partido y desgraciada para los protagonistas. Fue en la Argentina. Al lado de la barrera se pusieron no menos de seis jugadores compañeros del que tenía que tirar. El pro-

pósito era dificultarle la visión al arquero. Yo, que estaba con un entrenador amigo ya fallecido, me preguntaba cómo iban a hacer los seis para salir con rapidez y permitir que pasara la pelota. Bueno, no pudieron evidentemente y tuvieron tan mala suerte que el que tiró le dio un tremendo pelotazo en la cara a un compañero que no tuvo tiempo de ir al suelo, tipo cuerpo a tierra como en el servicio militar. Estuvo como un minuto y medio fuera de la cancha tratando de reponerse. Por eso digo, que lo mejor es lo más simple.

C: En los saques de meta no pueden inventarse grandes cosas, ¿no?

M: No, en esos casos es cuestión de acomodar a los hombres para recibir, y también se trata de anunciar una cosa y hacer otra, si queremos salir jugando y no queremos arriesgar una pelota que es nuestra.

Hay que entender que en fútbol no siempre se llega primero por ir para adelante. Muchas veces con un toque para atrás se solucionan problemas y se avanza con mayor rapidez. Como en los out-ball. Ahora parece que está de moda sacar largo y para adelante, aunque los compañeros estén marcados. La pelota vuelve a salir y algunos me dicen que así se ganan metros. Pero ¡eso es rugby!, eso no es fútbol. No le demos todas las posibilidades al azar, basta de jugar pelotas divididas. En fútbol es muy peligroso. Ocurre que cuando la suerte te acompaña te va bien pero, estadísticamente, la suerte está muy repartida y seguro que vendrá la mala racha. Es un problema de tiempo; por eso vos no podés vivir del azar porque el azar se termina.

C: Me gustaría ahora que hablases sobre las tres zonas en las que has dividido el campo de juego, y que ya mencionamos en esta conversación. Muchas veces dijiste que entender esto es fundamental porque resume gran parte de los conceptos. Es decir, *zona de distracción, zona de gestación* y *zona de definición.*

Zonas de distracción, gestación y defensa

MENOTTI: También sería conveniente hacer algún gráfico para que se vea mejor, ¿no?

CAPPA: Lo hacemos al final, si te parece.

M: Bueno. Yo digo que la zona de distracción es

aquella donde se despliegan todos los movimientos individuales o colectivos que un equipo en posesión de la pelota hace para entrar en una zona inmediata donde gestar una jugada de gol. El objetivo es poner a un jugador en zona de definición. Para lograr ese objetivo hay que jugar, distraer. Sería casi imposible que ocurriera desde 60 metros, desde la salida del equipo.

Hay un tiempo y un espacio que nos dificultan esa pretensión. Hay contrarios que obstaculizan el camino. Se hace improbable colocar en condiciones desde 50 metros una pelota en zona de definición para un jugador nuestro. Por eso hay que transitar por las otras zonas. Se comienza por distraer. Distraer significa engañar. Hacerle creer al adversario que vamos a ir por la izquierda cuando intentamos ir por la derecha. Eso es jugar. Jugando, lo que queremos, es llegar a la zona de gestación, un lugar más próximo a la definición, donde también distraemos, pero ya en función de arriesgar la pelota. En la zona de distracción hay que cuidar la pelota, asegurarla, pero ya en zona de gestación jugamos para arriesgarla después en un pase gol, porque si triunfamos ahí ponemos a un compañero en situación de definir.

Tenemos que comprender que la línea recta no es la más rápida en fútbol, y un pelotazo de 40 metros puede comprometer la posesión de la pelota.

Por eso en la zona de distracción se trabaja para asegurar la tenencia de la pelota. Después, de acuerdo con la capacidad del equipo se llega más rápida o más lentamente a la zona de gestación y, en consecuencia, a la zona de definición.

Si tenemos en el equipo jugadores de la categoría de Schuster, López Ufarte o Platini, quizá sea más fácil encontrar el camino de la definición. Pero cuando la pelota está en nuestra zona de distracción, hasta jugadores de ese nivel tienen que entender que deben trabajar distrayendo como cualquier otro.

La zona de distracción es aquélla desde la cual de ninguna manera se puede dejar a un compañero en situación de definir. Naturalmente estoy refiriéndome al común denominador. Schuster puede, de vez en cuando, meter una pelota desde 50 metros porque lo hace con tanta precisión, con tanta seguridad, que es capaz de obviar las zonas correspondientes. Pero eso no significa que sea lo corriente. Es, sencillamente una excepción.

Hay muy pocos jugadores en el mundo con esas cualidades.

Por eso lo que debe entender un jugador es que no se puede arriesgar la tenencia del balón. Creo que ya hemos dicho que disponer de la pelota significa mayor posibilidad de creación y, por lo tanto, de ganar el partido.

Tiene que quedar muy claro que cuando un equipo no sabe distraer es muy difícil que pueda gestar y, sin gestación, se llega a la zona de definición sólo por azar. Así hacen esos equipos que se pasan los 90 minutos tirando centros desde cualquier parte y van todos a cabecear. Juegan con el 50 por ciento de posibilidades. La otra mitad es del equipo contrario. Ahí no hay funcionamiento alguno ni jugadas de distracción ni de gestación. Si la suerte los acompaña es gol. Cuando la suerte está repartida es un fracaso (además de antiestético y aburrido).

Y lo digo porque, después del «ollazo» (sin distracción ni gestación), viene el rebote, el balón sale para cualquier lado y ahí juega la suerte: si va a un compañero puede ser gol; si va a un contrario, vuelta a correr.

Ahora bien, ¿cuándo es válido arriesgar en una jugada? Cuando —si la jugada sale bien— colocamos a un compañero en posición de gol. En fútbol la lucha consiste en ganar posición de gol, y no terreno.

C: Se pueden entender las zonas de distracción, gestación y definición, según la proximidad al arco contrario, ¿no es así?

M: En términos generales sí. Aunque hay casos en que podemos distraer más cerca del arco contrario, en un saque de banda por ejemplo, o gestar desde más lejos. Pero sí, para entendernos mejor, digamos que en cuanto nos acercamos al arco contrario estamos entrando ya en zonas de gestación y de definición.

Lo que no se puede admitir es que un equipo no sepa distraer porque para gestar hay que distraer. Antes de jugar a cualquier cosa es preferible seguir reteniendo el balón. La rapidez en ver la jugada —que si sabemos distraer aparece— depende de la capacidad de los jugadores que tengamos.

Para trabajar correctamente en la distracción debemos conocer ciertos factores del adversario: si marca al hombre, si hace zona, hasta dónde persigue. Hay también variantes que aplicar a la distracción. A mí me ha pasado con el Barcelona contra el Real Sociedad, un equipo ultradefensivo que no sale de las proximidades

de su área por más que se lo intente distraer. Ocurría que los de delante bajaban a colaborar con los del fondo en la distracción y tenía a todo el equipo —prácticamente— gastando energías en el medio campo, en una zona donde no distraíamos a nadie. Si tenemos cuatro defensas y ellos dejan un solo delantero, son esos cuatro quienes tienen que trasladar la pelota hasta la zona de gestación. Los demás tienen que distraer en la zona del adversario, para encontrar espacios y poder progresar en las zonas.

Distraer quiere decir, también, ir progresando en el campo sin arriesgar la pelota. Si la arriesgamos en esos sectores y la perdemos nos regalamos para el contragolpe; y si ganamos sólo avanzamos unos metros. Hay que encontrar lo antes posible la zona de gestación porque, desde ahí, sí podemos meter una pelota de gol, podemos tirar una pared para ir a la definición.

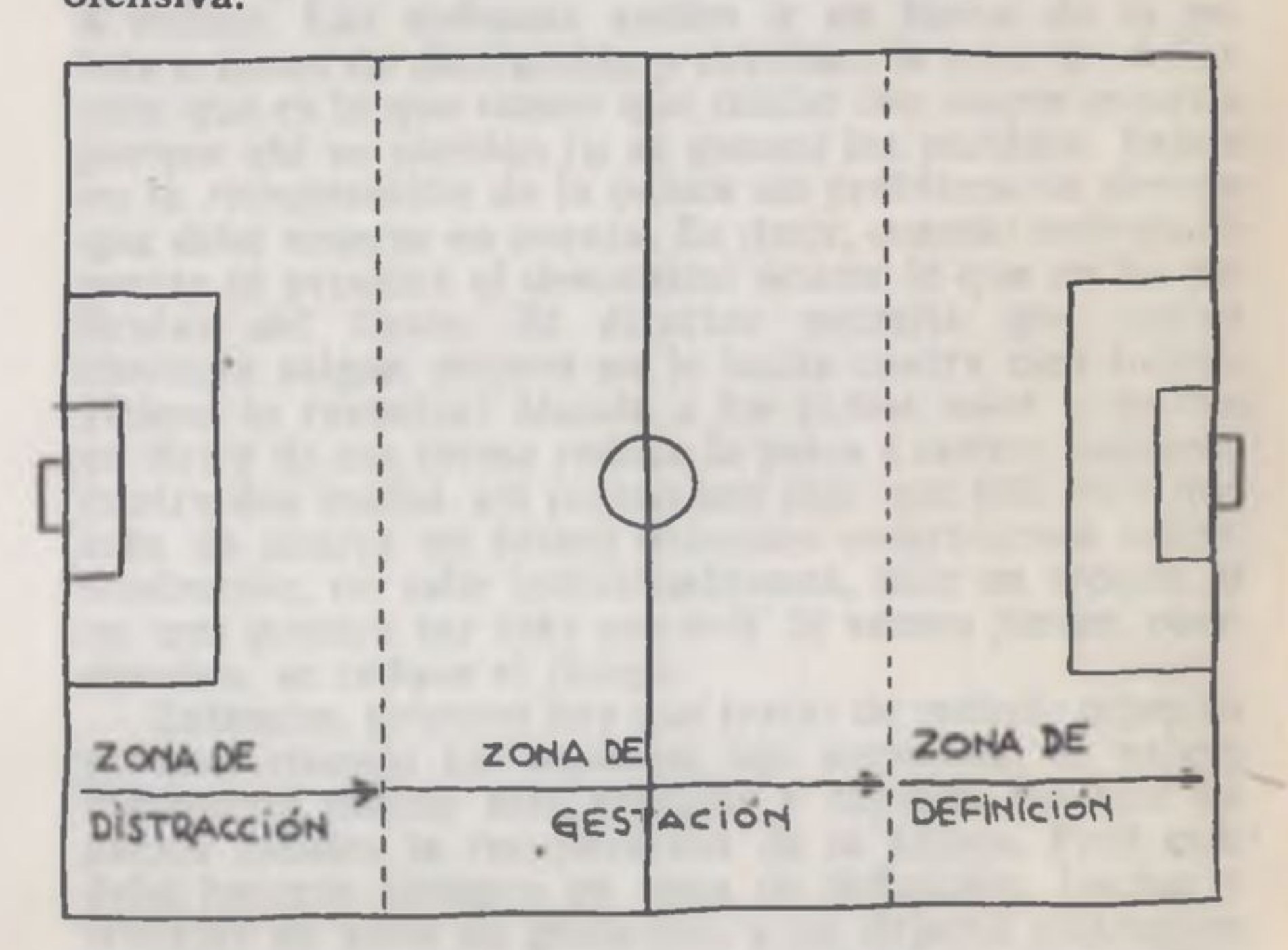
El jugador tiene que entender la importancia que significa la posesión de la pelota. Para eso el equipo tiene que conocer los fundamentos. Por ejemplo: cuando el equipo está en posesión de la pelota, ¿qué es lo primero que tenemos que lograr? Hacer el campo lo más grande posible. No debemos terminar jugando en un campo de 20 × 20. ¿Cómo se logra eso? A veces retrasando el balón 20 metros y cambiando de frente, lejos de donde estábamos jugando. Cuando no se entiende esto y vamos a «perforar» sin ideas, sin distracción previa, terminamos en una ida y vuelta: un rato la tenemos nosotros, otro rato la tienen ellos.

Lo que se logra además con la posesión de la pelota, es superioridad anímica. Tener la pelota nos permite dominar la situación. Para eso necesitamos no sólo un manejo técnico individual, sino de equipo. Un equipo que sepa moverse, que disponga de jugadas ensayadas en la semana, qué tenga muy claros los puntos de referencia. Un jugador que va por la banda y no ve la jugada rápidamente, tiene que saber que detrás de él tiene un compañero que lo está apoyando, y si éste recibe, otro espera la pelota en la banda contraria. De ese modo se asegura la posesión de la pelota y crecen las posibilidades. Con esto de jugar para atrás que no haya confusiones. La primera obligación, por supuesto, es jugar para adelante. Poner la pelota lo más rápidamente posible en la zona de gestación. Pero si no se puede porque hay adversarios, los compañeros están marcados ¿qué hacemos?, ¿vamos igual hacia delante?, ¿damos

igual el pase? Si hacemos eso estamos dando posibilidades al azar. Lo que hay que hacer, en ese caso, es seguir trabajando en la distracción hasta ir progresando, sin exponer la pelota.

Como dijimos cuando hablamos de la participación permanente, nadie puede estar mirando el partido.

Y cuando la pelota pasa a zonas más adelantadas, los del fondo siguen participando: tomando las marcas de los hombres que deje el adversario en punta o acudiendo en apoyo de algún compañero que no encuentra progresión. A veces un defensor no se anima a irse al ataque por no dejar su zona. Yo, ante esa duda, prefiero que ataque. El fútbol es un riesgo. Ya lo decía Tim: «Es como una manta corta, si te tapás la cabeza, te destapás los pies, y si te tapás los pies, te destapás la cabeza». Yo prefiero cuidar la cabeza y, para mí, la cabeza es la ofensiva. A veces se le presenta a un defensor la opción de cumplir un rol ofensivo pero descuidar su zona o quedarse y no arriesgar. Si tiene posibilidades reales yo prefiero que vaya a participar en la acción ofensiva.



Claro, lo que se busca permanentemente es el equilibrio. Tratar de defender las tres zonas correctamente. Pero volvamos a la participación. En la zona de defini-

ción podemos aumentar el riesgo de perder la pelota porque, si ganamos, nos ponemos en situación de gol. Ahí no son 10 los que llegan, normalmente son dos o tres. ¿Qué hacen los otros? Participan en la búsqueda de un posible rebote o despeje, o toman las marcas inmediatamente. Esto es importante también: *cuando un equipo que hace zona tiene la pelota, marca al hombre.* En ese momento no marca más en zona. Si la pelota es mía, de mi equipo, y yo soy un lateral no puedo quedarme en mi zona. Tengo que elegir entre ir a distraer o marcar. Participo en la distracción, la gestación, la definición o marco.

C: En el aspecto individual ¿hay alguna norma para las distintas zonas en cuanto al manejo de la pelota?

M: *Cuando un jugador necesita más de tres toques para resolver hay un problema.* De él o de funcionamiento. Eso tendrá que saberlo el entrenador. Porque ya más de tres toques significa tiempo dado al adversario para recuperar espacios y reordenarse. No hay engaño, no hay distracción cuando un hombre solo, toca más de tres veces la pelota antes de pasarla a un compañero. Normalmente un jugador debe resolver en tres toques como máximo: uno para dominar, otro para acomodar y el tercero para pasar.

Si esta norma la maneja el equipo, hasta facilita el desmarque, porque cuando un jugador ve que su compañero dominó y acomodó, sabe que busca el pase y se muestra. Se crea así un funcionamiento colectivo. La gente empieza a moverse de otra manera, entiende que para poder distraer hay que darle la menor cantidad de posibilidades al adversario. Si el toque es rápido la pelota circula mejor. Y todos sabemos que es más fácil pasar la pelota que eludir a un adversario. Se utilizan los recursos individuales cuando no hay otra alternativa. Y se apela a la gambeta. Además los tres toques podrían ser un punto de referencia más para facilitar el funcionamiento.

Los tres toques son como una guía que le damos al jugador, una referencia. Es la base en el funcionamiento del equipo. La necesidad que tiene el equipo de respetar la entrega rápida, para encontrar el funcionamiento que deseamos. Con esto tratamos de mentalizar a los jugadores en la urgencia del apoyo al compañero, la necesidad de ofrecerle salidas al que tiene la pelota. Con no más de tres toques se encuentra con mayor facilidad la

distracción. El adversario no tiene tiempo de rearmarse, de pensar.

Todo esto es para ir facilitando el traspaso de las zonas, para ir acercándose al arco contrario con fundamento, con posibilidades de ponernos en situación de gol.

C: Vamos a suponer que perdemos la pelota, ¿cómo nos conducimos en las diferentes zonas?

M: Ya hemos manifestado nuestra preferencia por la marcación en zona. Eso da tranquilidad al equipo para la búsqueda de posiciones. Es decir, no planteemos la defensa en un mano a mano, en un ir tras un número, sino en la defensa de lo que en fútbol es vulnerable: el arco. Así como nosotros con la pelota procuramos distraer al adversario, en actitud defensiva tenemos que intentar no entrar en esa distracción. Lo que más distrae en fútbol es la pelota. Hay que entender, y esto lo repito porque es muy importante que, cuando el rival avanza por una banda, me está preparando una jugada de distracción en la cual yo no tengo que caer. No hay que ir mirando la pelota sino a los que vienen a definir. Las defensas suelen ir en busca de la pelota a zonas de distracción y debilitan la zona de definición que es la que tienen que cuidar con mayor esmero, porque ahí se pierden (o se ganan) los partidos. Existe en la recuperación de la pelota un problema de tiempo que debe tenerse en cuenta. Es decir, cuando individualmente se produce el descontrol ocurre lo que en las películas del Oeste. El director necesita que cuatro cowboys salgan airosos en la lucha contra cien indios. ¿Cómo lo resuelve? Manda a los indios solos o de dos en dos y de esa forma reduce la pelea a cuatro vaqueros contra dos indios, así cuatro son más que 100. Para que esto no ocurra en fútbol debemos controlarnos individualmente, no salir individualmente, salir en bloque, si no tres pueden ser más que seis. Si vamos juntos, coordinados, se reduce el riesgo.

Entonces, primero hay que tratar de reducir espacios porque, cuando los espacios son estrechos, se exigen maniobras mucho más precisas y rápidas. Reducir espacios facilita la recuperación de la pelota. Pero esto debe hacerse siempre en zona de definición. Luchar y trabajar en zona de gestación, y no dejarse atrapar en zonas de distracción. Por ahí en un lateral tenemos tres adversarios tocando la pelota, y vamos sumando jugadores para recuperar, seguimos sumando y, de pronto,

meten la pelota en zona de gestación y nos sorprenden con medio equipo en aquel lateral. Entraron en la distracción. Debilitaron las zonas que hay que reforzar.

El jugador *debe* tener presente que *tiene* que obstaculizar el camino más próximo hacia su arco. Ésa es la zona que debe marcar. Ahí es donde se debe reducir espacios y dar combate.

Como decíamos anteriormente es muy difícil hablar del tema con precisión si no tenemos nombres propios, de nuestro equipo y del adversario. Por eso hablamos de conceptos globales, básicos: primero no entrar en la distracción que teje el adversario, cortar el camino más cerca al gol. Si yo tengo que optar, libero una banda y voy a cerrar adentro.

C: Cuando se habla de talento es común que todos piensen en el arco adversario. Como si el talento lo reserváramos para tener la pelota. Pero yo pienso que también hace falta talento para recuperarla.

M: Sí... aunque yo diría inteligencia, más que talento ¿no? Hay defensores que preparan al adversario para hacerlo suponer que va a recibir libre, así pueden interceptar anticipándose, cuando le pasan la pelota. E inteligencia también para trabajar colectivamente en defensa.

C: Hablando de intercepción, hay otro concepto tuyo que ahora recordé, y que está dirigido a evitar, precisamente, la intercepción. Ese que dice que *de espaldas al arco adversario hay que jugar a un toque.*

M: Son normas universales. Así es. De espaldas al arco adversario hay que jugar a un toque, porque dos toques dan el tiempo suficiente para permitirle la intercepción al adversario. Y eso no sólo lo he visto sino también comprobado en muchos entrenamientos. Si un jugador de espaldas quiere dominar la pelota, le rebota y es muy difícil cubrirla en esa posición. Queda sin defensa porque no ve al defensor contrario, no puede resolver el anticipo ni evitar el choque. Es una norma que favorece el funcionamiento además porque, si nos comprometemos todos a respetarla, yo, compañero del que va a recibir de espaldas, sé que va a tocar de primera y me preparo como posible receptor. Y el que queda de frente tiene otro panorama para seguir jugando. Naturalmente existen las excepciones; por ahí yo puedo amagar devolver a un toque e inventar otra cosa. También es válido lógicamente. Pero el razonamiento futbolístico me dice que, por lo general, de espaldas al

arco adversario tengo que jugar a un toque, salvo en zona de definición, donde puedo arriesgar, según ya hemos comentado.

C: Vamos ahora con un concepto defensivo. Vos decís insistentemente que *defender no es interrumpir el juego*; y yo creo que, cabalmente interpretado, esto modifica por completo la idea que se tiene de la defensa.

M: Claro, la gente suele decir de un defensor que es muy bueno porque no deja moverse al adversario; y yo digo que ese defensor es muy limitado.

Para mí un buen defensor, un defensor completo diríamos, es aquel que no sólo le quita la pelota al adversario sino que la recupera para su equipo. Lo otro, quitarle la pelota al adversario y nada más, es interrumpir el juego. Porque si aquel defensor se limita a tirar la pelota afuera o a cometer falta, la pelota sigue en poder del adversario.

Se defiende, en primer lugar, para que los rivales no nos hagan gol. Pero si solamente hacemos eso, no podremos ganar un partido. Entonces, se defiende también para recuperar la pelota.

Por eso, el gran defensor, es el que le quita la pelota al adversario y se la entrega a un compañero para que juegue su equipo.

C: Es más difícil recuperar la pelota con marcas persecutorias.

M: Ocurre con las marcas persecutorias a los grandes jugadores. Es muy difícil que al gran jugador le puedan quitar la pelota. Normalmente interrumpen el juego haciéndole faltas o tirando la pelota afuera.

C: La situación se modifica según nos acercamos a nuestro arco ¿no? Es decir, en nuestra zona de definición no puede haber la misma preocupación por recuperar que en el medio del campo.

M: Claro, por supuesto. Además, ante la posibilidad de que traspasen la zona, como último recurso, también sirve interrumpir el juego. Pero debemos hacerles entender a los que corren y luchan que, con eso sólo, no basta. Ellos también están obligados a pensar; y pensar significa darle correcto destino a la pelota.

Alguna vez dije que los que piensan deben trabajar en el campo, deben correr. Bueno, el concepto este de defensa es para los otros, para los que suponen que ellos cumplen corriendo nada más. Sin embargo, para cumplir con su obligación específica, defender, tienen que aprender a pensar y saber que quitar es recuperar.

Por ahí, si no hay posibilidades, todo recurso es bueno para evitar que lleguen los adversarios a situación de gol. Pero el concepto está destinado a exigirle al defensor que entrene otras posibilidades, que aprenda, que no rife pelotas divididas de 40 metros.

Lo ponderable del jugador de fútbol es que haga con sacrificio lo que menos le gusta o para lo que menos está dotado. Ése es su gran aporte. A mí no me gusta correr o trabajar, pero lo hago en favor del equipo. A mí me cuesta mucho, arriesgo mucho, si trato de asegurar la pelota, por eso entreno ese aspecto y me esfuerzo para hacerlo cada vez mejor. Ése debe ser el aporte en beneficio de todos. Así se va construyendo el sentido colectivo del equipo.

El fuera de juego

CAPPA: Pasamos a otro tema si te parece. Me gustaría hablar del *fuera de juego*. Por qué usarlo, cómo usarlo, dónde usarlo.

MENOTTI: Lo primero que vamos a decir al hablar del *fuera de juego* es que se inicia en la Argentina. En Europa piensan que fue un invento de Holanda. Pero comienza en la Argentina, con Geronazzo y Zubeldía, que son los primeros que lo ponen en práctica como táctica. En ese entonces, además fue sorpresa. Hoy en día dejó de ser sorpresa y, por lo tanto, no puede ser táctica. Es un recurso y así hay que entenderlo.

¿Para qué usamos ese recurso? En primer lugar para achicarle los espacios útiles al adversario. Cuando quedamos en inferioridad numérica y nos sorprenden con un contragolpe. Cuando lanzamos mucha gente al ataque y nos equivocamos en la mitad del camino.

El fuera de juego debe estar perfectamente sincronizado y preparado como un recurso permanente del equipo. Por ejemplo: nosotros vamos a atacar y los contrarios nos dejan un hombre en punta, muy veloz, que piensan usar en contraataque con lanzamientos de 40 metros. ¿Cómo sacamos a ese hombre y a ese equipo de sus características habituales? Con el fuera de juego. De ese modo lo obligamos a pensar otra cosa, a actuar en otras condiciones.

Recuerdo una vez que jugamos contra Brasil, con

la selección argentina. Ellos tenían un puntero rapidísimo, Gil, que aprovechaba los lanzamientos de Rivelinho. Era un arma mortal por la precisión de Rivelinho y la velocidad de Gil. Al tercer o cuarto fuera de juego entraron en la duda y procuraron resolver de otra manera.

Por lo tanto, el fuera de juego es una de las tantas cosas que un equipo debe saber manejar y aplicar tácticamente de acuerdo con las características del adversario. Por ahí es mucho más difícil tirar el fuera de juego largo a un equipo brasileño, porque arrancan de atrás y llegan todos tocando. Y se facilita contra equipos que prefieren los pelotazos de 40 metros y no tienen manejo en la zona de distracción.

¿Cuándo y por qué tiramos el fuera de juego? Bueno, una cosa es jugar al fuera de juego en lanzamientos largos y otra achicar. Se achica para agrandar la zona de impedimento del rival. Es decir, reducir la zona útil. Si achicamos la cancha, el rival encuentra menos espacios para jugar.

Al jugar al fuera de juego hay que tener en cuenta que todo balón jugado hacia atrás por el rival, en el primer toque, debe producir el achique inmediato de nuestros defensores. ¿Por qué? Porque si el que lo recibe lo juega para adelante, quedarán algunos en fuera de juego, entonces le reducimos la cancha y le quitamos una posibilidad. Además como le vamos encima, le reducimos también el tiempo y lo obligamos a jugar apresuradamente. Aumentamos nuestras posibilidades de recuperación. Ahora bien, si vuelve a tocar hacia atrás, largo, 10 o 20 metros, debemos retomar la zona rápidamente, porque ahí nos pueden sorprender. Así es como se supera el fuera de juego y, contra eso, tenemos que estar prevenidos.

C: Al tirar el fuera de juego, nunca debemos dejar libre al que lleva la pelota.

M: Jamás, porque si no, le damos tiempo a que él retenga y piense. Por eso digo, al primer toque hacia atrás, el achique inmediato y agresivo en el buen sentido de la palabra. Pero cuidado, si este mismo jugador, sigue retrasando la pelota, sería suicida seguir achicando. Le daríamos el tiempo justo a cualquier jugador que esté detrás de la línea de la pelota, para que pique y aparezca solo.

Entonces lo importante en el achique no es provocar el fuera de juego, sino agrandarle la zona inútil al

equipo contrario. Reducirle la cancha. Así es mucho más fácil recuperar la pelota y, una vez que logramos la pelota, hay otro concepto que tenemos que tener claro.

En décimas de segundo tenemos que volver a «agrandar» el campo. Hay muchos equipos que siguen achicando y no se dan cuenta de que se achican ellos mismos el espacio. Tenemos que volver a ese campo de 100 metros por 65 porque ahora jugamos nosotros.

Que no ocurra como cuando dos equipos tiran el fuera de juego. Resulta que se roban la pelota y siguen jugando en esa zona a la que han reducido la cancha, esa franja de 30 metros por 20.

C: ¿Es necesario que en la jugada del fuera de juego alguien dé la orden dentro del campo o surge de una sincronización previa?

M: Eso se trabaja en la semana. Se coordina durante la semana y se establecen pautas muy concretas. Por ejemplo, se sabe que a todo lanzamiento de frente acompañado de un pique, nuestro equipo responde achicando. Estas cosas se automatizan, trabajando en los entrenamientos.

Ahora, se pueden presentar jugadas por los laterales. En estos casos el que grita es el último hombre. ¿Y quién es el último hombre en un equipo que juega ga en zona? Según por donde venga la jugada. Si viene por la derecha, será nuestro lateral derecho. Nunca el líbero en esos casos. El equipo se escalona en los cierres. Es decir si sale el lateral derecho a cortar el paso del extremo izquierdo adversario, el que está a su espalda es un central; detrás de ese central, el otro y, por último, cerrando el abanico, el lateral izquierdo con la posibilidad del barrido. Ése sería entonces el último hombre y quien tendría la obligación de ordenar el achique.

Tengo que decir también que es muy riesgoso y se necesitan muchos entrenamientos para tirar el fuera de juego en jugadas por los laterales.

C: A veces se tira el fuera de juego en faltas; eso también es muy riesgoso.

M: Sí, claro, eso tampoco puede practicarse como método. Es muy fácil rompar el fuera de juego en faltas. No obstante, a veces se utiliza como necesidad, para sorprender en determinados momentos del partido.

Supongamos que jugamos en Wembley contra la selección inglesa y faltan pocos minutos. Ganamos 1 a 0.

Hay una falta a favor de los ingleses. Seguramente van a venir los 11 a cabecear. Entonces en esa falta se puede jugar al fuera de juego si manejamos algunas contraseñas. Porque ahí, sí, seguramente, dejaríamos cinco o seis jugadores en off-side y cortaríamos una importante posibilidad para ellos que tienen hombres hábiles en el juego aéreo. Además le crearíamos una duda por si hay otro tiro libre parecido. Ya irían con otra actitud, tomando precauciones.

En definitiva un equipo que tenga aspiraciones de ser un gran equipo, debe disponer de todas las variantes conocidas y descubrir todas las que permita la capacidad del entrenador.

C: En esto del fuera de juego, yo sé que no sos partidario de un recurso que a veces utilizan otros equipos: tirar el fuera de juego cuando saca largo el arquero adversario.

M: No. Y no soy partidario porque, en primer lugar, es casi imposible. Es difícil para el juez de línea o para el árbitro marcarlo porque la distancia es muy larga. Por otra parte, son muy corrientes en estos casos los fuera de juego pasivos, los que no deben cobrarse. Puede sacar el arquero, quedar de espaldas al arco adversario los delanteros, saliendo de la jugada sin querer participar. Entonces no están fuera de juego y confunden, mientras otros del medio campo aprovechan la circunstancia. El recorrido de la pelota es muy largo y le da tiempo al equipo contrario para pensar. Se asumen muchos riesgos en una jugada que no tiene por qué tenerlos. El fuera de juego hay que tirarlo en jugadas que implican peligro para nosotros.

C: Bueno, ahora a nosotros nos tiran el fuera de juego. ¿Cómo lo contrarrestamos?

M: Hay muchísimas jugadas posibles.

C: Hablemos del criterio general.

M: Vamos a dar un criterio. Primero quiero decir que es inadmisible que un equipo no trabaje o no tenga preparadas jugadas para romper el fuera de juego. No solamente contra equipos que se sabe que lo suelen utilizar —como el Barcelona cuando yo estaba en España— sino también para cualquier otro adversario, por si ese día se le ocurre hacerlo.

El entrenador tiene que preverlo todo.

El concepto básico para romper el fuera de juego, es cambiar la orientación de la pelota. Se trata de encontrar espacios que el adversario quiere reducirme. Los

contrarios vienen a presionarme a mí, que tengo la pelota. Si yo quiero ir para adelante no puedo, no encuentro espacios. ¿Qué hago? Muy simple. Giro y voy para mi arco o toco para atrás. Es decir, agrando para atrás, el espacio que el adversario me reduce hacia delante y doy tiempo suficiente para que otro, detrás de la línea de la pelota, pique y sorprenda. Los de adelante tienen que desentenderse totalmente de la jugada, hasta que el balón sea lanzado. Cuando el balón es lanzado, deben girar y acompañar. Que no ocurra como en algunos equipos que, cuando rompen el fuera de juego, el lateral llega a la línea de fondo y no encuentra a ningún compañero porque siguen saliendo de la jugada. Una vez que partió la pelota, hay que acompañar al que la lleva. Porque a veces es muy difícil romper el fuera de juego y suele hacerse por afuera, por los laterales. Entonces se necesitan dos jugadas para llegar al gol: el que rompe el fuera de juego llega a la línea de fondo y pasa al que acompaña para que defina.

C: Cuando quedamos en superioridad numérica y el adversario nos quiere tirar el fuera de juego, hay otro concepto muy válido para los contragolpes: *pasar por detrás del que lleva la pelota.*

M: Eso es. Cuando un equipo juega al fuera de juego o se nota que está achicando, es fundamental *salir de la jugada para poder entrar.*

El salir de la jugada provoca dos hechos importantes: se encuentra el espacio y se rompe con la marcación.

Se encuentra el espacio que nos quiere quitar el adversario porque nos ponemos de frente. Y escapamos de la marcación porque no pueden seguirnos detrás de la línea de la pelota; si lo hacen el que lleva la pelota se mete en el arco o quedaría mano a mano con el líbero.

Entonces esa jugada se resuelve pasando por detrás del que viene con la pelota, para volver a entrar por el espacio que le resulte más cómodo y, como decís, evita el fuera de juego al estar detrás de la pelota si es que quieren habilitarlo.

C: Es la jugada de Ramón Díaz, el gol que le hizo a Alemania en el Mundialito de Montevideo, ¿te acordás?

M: Sí, me acuerdo, si hasta la tengo filmada porque salió perfecta. Ahí hay, además, una jugada de engaño y se ven claras las opciones que le ofrece al que lleva la pelota.

Pequeñas sociedades

CAPPA: Hace un tiempo ya, lo anunciaste como concepto: *las pequeñas sociedades* y la importancia que tienen en el funcionamiento de la sociedad, que es el equipo.
MENOTTI: Sí, y basta con repasar la historia reciente para descubrirlas. Todos sabemos lo importante que fueron las duplas —pequeñas sociedades como yo las llamo— tan famosas como Di Stéfano-Puskas, Pontoni-Martino o Labruna-Loustau. Y también algunas defensivas como Stielike-Förster en Alemania o Migueli-Alexanco en el Barcelona. Se van armando en la cancha. En cuanto al nacimiento... no sé, tal vez a partir de una afinidad entre los jugadores. Sí, yo creo que ellos son los que dan una propuesta al entrenador.

C: Como la que insinúan Butragueño-Valdano ¿no?

M: Claro, como la que insinúan Butragueño-Valdano en el momento en que estamos hablando de este tema. Hay una comunidad en cuanto a idea futbolística.

C: Hay una pequeña sociedad que yo sé que te ha permitido el descubrimiento de muchos conceptos y que has vivido más íntimamente.

M: Sí, la de Pelé-Coutinho. Fue la mejor que vi en mi vida. Y yo pienso que los entrenadores deben añadir a las pequeñas sociedades de sus equipos, lo que tuvieron éstas de tan alto nivel. Como vos decís, yo guardo muchas cosas de Pelé-Coutinho. Su forma de jugar, de entenderse aun sin mirarse. La manera como Coutinho despistaba a los stoppers con movimientos precisos que anunciaban una cosa para hacer otra, en fin, tantas cosas tan efectivas y hermosas que sería para escribir un libro con eso sólo.

C: Podríamos definir las pequeñas sociedades como la reunión de talentos complementarios.

M: Es así. Son jugadores con un mismo concepto futbolístico, pero de características diferentes aunque complementarias que, si se juntan, pueden alcanzar un elevadísimo rendimiento. Todo por supuesto, en beneficio del equipo.

C: Y ¿qué hace falta para promoverlas?

M: Hay que descubrir sus posibilidades, avalarlas y acrecentarlas mejorándolas en los entrenamientos. Incentivarlas, entre otras cosas recordando la importancia

que tuvieron las pequeñas sociedades en la historia del fútbol internacional. Nunca deterioran el sentido colectivo del equipo a pesar de que parezca que se buscan más entre los dos «socios».

Yo me acuerdo de Passarella-Tarantini, por ejemplo. Si uno iba a encimar a un rival, podía hacerlo con la total seguridad de que el otro le iba a cuidar la espalda. Lo hacían casi de memoria. También había gran coordinación entre Passarella-Galván y Gallego, y ésa ya era una sociedad de tres que llegó a una gran compenetración.

A esas sociedades no pueden incorporarse los otros jugadores porque hay sectores de la cancha que normalmente transitan esos «socios» porque las dominan mejor que los otros. Nosotros, como entrenadores, tenemos que hacerles entender a los demás que esa búsqueda permanente entre los integrantes de las pequeñas sociedades, es un aporte importantísimo al equipo.

C: No se pueden inventar, ¿no? Surgen.

M: Aparecen, sí, la mayoría de las veces. Sin embargo en algunas ocasiones las propone el entrenador, cuando ve la afinidad entre dos jugadores que pueden complementarse. Claro, lo que no puede es decir: bueno, ustedes dos van a formar una pequeña sociedad. Sería demasiado forzado y artificial. Eso se ve jugando y el entrenador lo tiene que rescatar según características y demás factores.

A mí me han dicho, por ejemplo: ¡lo que hubiesen sido Pelé y Di Stéfano juntos! Yo pienso que sí, que sin duda hubieran jugado muy bien, pero esa pequeña sociedad nunca hubiera sido superior a la de Pelé-Coutinho, o a la de Di Stéfano-Puskas. Porque pienso que Di Stéfano se sentía mucho más socio de Puskas que de Pelé. No sé, es una suposición. En una de ésas funcionaban a la perfección. Lo importante es la complementación entre dos talentos que sintonicen la misma concepción del fútbol. Formar una pequeña sociedad, no es tan sencillo como algunos piensan. No es sólo cuestión de juntar a dos grandes jugadores. Además se tienen que interpretar y complementar: uno es receptor y el otro creador, uno distrae y el otro concreta. Es decir, uno mejora y completa al otro, y los dos juntos aumentan la eficacia de cada uno.

Hay que saber también que algunos jugadores no pueden participar de una pequeña sociedad, como Ardiles, porque son *el socio de todos*.

Ardiles era el tercer integrante de todas las sociedades del equipo. Cuando fracasaban las marcas de Passarella y Tarantini, estaba Ardiles defendiendo. Cuando no había salida para la sociedad Luque-Kempes, aparecía Ardiles aportando su participación.

Ardiles estaba en la salida, en la gestación, intervenía en jugadas de distracción, en la recuperación de la pelota. Y colaboraba también en la definición. Era, como digo, el gran socio de todos. Como lo fue Neeskens o como puede ser Víctor, del Barcelona, si modifica algunas cosas.

Velocidad y fuerza

CAPPA: Hay dos elementos que se esgrimen como coordenadas de un fútbol que llaman moderno: *velocidad y fuerza.* Sin embargo en fútbol la velocidad podemos traducirla como *precisión* y la fuerza como *astucia*, ¿no es así?

MENOTTI: Sí. Los criterios son diferentes, sin duda. Claro, en su desarrollo el fútbol es velocidad y precisión. Entonces la tarea de un entrenador es buscar un juego rápido que se logra a través de la sorpresa, del cambio de ritmo. Buscar un fútbol lo más veloz posible, pero sin perder precisión. La precisión es fundamental. En la preparación del equipo, lo primero que hay que lograr es precisión para después ir ganando velocidad. Se trata de trabajar la velocidad en ejercicios con concepto de precisión. Lo dijimos muchas veces ya, pero vamos a repetirlo: si un equipo pierde precisión, le da al azar más posibilidades que las debidas.

Defender la precisión, significa resguardar la posesión de la pelota y el control de la situación, naturalmente, si es que sabemos utilizarla.

C: ¿Cuándo podemos decir que un equipo es veloz o que un jugador es veloz?

M: Bueno, el jugador más rápido es el que resuelve antes, no el que corre más ligero. Y en cuanto a los equipos más veloces, son los que más rápidamente atraviesan las zonas. La base para medirlos es ésa. Cuanto menos tiempo ocupen para distraer, para entrar en zona de gestación y ponerse en situación de gol en zona de definición, decimos que son más rápidos.

En cambio son más lentos, aunque aparenten lo contrario, quienes aceleran el traspaso de las zonas para llegar a la definición en malas condiciones. Lo que hacen esos equipos que meten pelotazos de 40 metros y dividen la posesión de la pelota, es jugar a la lotería. Eso no es rapidez. Es preferible una pelota dividida para adelante que una pelota clara hacia atrás. Aunque parezca lo contrario, de ese modo estamos ganando tiempo. Somos más rápidos.

Lo mismo individualmente. Un jugador puede ir muy rápido con la pelota, pero si no va controlado, con toda seguridad la perderá.

El concepto que tiene que quedar claro es que nunca, por tratar de jugar ligero, se debe arriesgar la precisión.

En cuanto a la velocidad física, por así decirlo, es una de las variantes que tiene el fútbol y que es posible aprovechar. Como la de Gento en aquel Real Madrid. Pero siempre volvemos a lo mismo: si no nos hace perder precisión. Sucede que por querer habilitar a un compañero veloz que busca a destiempo una pelota en profundidad, caemos en los pelotazos «por las dudas».

La velocidad está dada también en los cambios de ritmo porque interviene la sorpresa que «frena» al adversario. Hay jugadores que no parecen rápidos, pero tienen un cambio de ritmo que deja parados a los rivales. Como los coches. Hay coches que tienen quinta, que es sobremarcha, y no tienen reacción. Y otros, con caja deportiva, que cuando le colocamos la quinta aceleran inmediatamente.

Lo que se busca es desequilibrar al adversario y ese cambio de ritmo es un medio más. Entonces, hay jugadores que sin ser velocistas, dominan ese cambio de ritmo, utilizan la inteligencia, el engaño. Cuando dan la impresión de frenarse, aceleran y sacan gran ventaja sobre los adversarios sin ser demasiado rápidos. Lo hacen varias veces en la carrera y cuando parece que están al máximo, siempre les queda un poco más de aceleración. Y al revés, cuando aparentan acelerar con un cambio de paso, frenan y sorprenden. Sorprenden siempre y ganan; que de eso se trata y no de correr más rápido.

C: Ese cambio de ritmo se puede lograr también colectivamente...

M: Claro.

C: Un equipo que distraiga con dos o tres toques cortos y, de pronto, pone una pelota larga, por ejemplo.

M: Así es. Y para dar nombres propios, porque si no es muy difícil que nos comprendan, habría que hablar de Peñarol, aquel equipo uruguayo de los años 60. Ahí jugaban Tito Gonçalves, Rocha, el pardo Abbadie. Era un equipo que trabajaba mucho en la distracción. Aseguraba la pelota que iba de un lado al otro de la cancha con aparente parsimonia, con aparente lentitud. Tenía dos puntas que eran mortales, velocísimos: Spencer y Joya. ¿Qué ocurría? Que esos dos hombres estaban permanentemente buscando el espacio. Era un equipo muy preciso con la pelota y siempre le ofrecían opciones al que la tenía. Ahora bien, por características físicas eran hombres de desplazamientos no muy rápidos. Manejaban la técnica a la perfección y tenían gran convicción en su manera de interpretar el fútbol. Tocaban y tocaban en la distracción, pero siempre con la posibilidad latente de la sorpresa y ¿cuál era la sorpresa?, el cambio de ritmo que imponían los de arriba cuando encontraban el espacio y partía el pelotazo habilitándolos. El equipo estaba en zona de distracción y parecía que jugaba a 30 kilómetros por hora. De pronto picaba Joya o Spencer y, de 30 pasaba a 150 kilómetros por hora, con un pase de 30 metros porque además tenía jugadores con muy buena media distancia, precisos en la media distancia. Entonces ¿se puede decir que ese Peñarol era un equipo lento? Por supuesto que no. Era un equipo que tácticamente utilizaba muy bien sus cualidades.

C: Eso es lo principal, ¿no?

M: Precisamente. Lo importante es saber de qué manera —de acuerdo con los hombres con que contamos— vamos a imponer nuestro estilo. Ahí está el secreto.

C: Bien, hablamos de la velocidad, y ahora tenemos que referirnos a la otra coordenada: la *fuerza*. Hay un refrán que dice: desde que se inventó la pólvora se terminó la fuerza. La pólvora en fútbol es la *astucia*, ¿no te parece?

M: Sí, por supuesto, clarísimo. Hay entrenadores que suponen que a través de la fuerza se logran resultados. Y no es así. Cuando se habla de fuerza, en fútbol, ocurre como con la velocidad, siempre está mal entendida. La fuerza es la capacidad física para poder estar los 90 minutos en plenitud y desarrollar la técnica y utilizar la inteligencia todo el partido con una misma intensidad. Eso es fuerza en fútbol. No significa chocar,

ni trabar con mucho ruido, ni musculatura deslumbrante. Cuando en preparación física se habla de fuerza, yo supongo que será fuerza de piernas. O cuando se hacen abdominales... yo supongo que lo harán como un complemento más, como un accesorio más, de los tantos que hay, para poder respaldar físicamente a la astucia, a la técnica, al talento en definitiva, que es el que logra los resultados.

C: Además, para disputar una pelota dividida (supongamos que se refieran a eso cuando hablan de la importancia de la fuerza), para trabar, para saltar a cabecear, lo más importante de todo es la astucia.

M: Seguro. Con el otro concepto de fuerza los jugadores grandes o forzudos ganarían siempre en las pelotas divididas. Y sabemos muy bien que no es así. Hay jugadores chiquitos, que no nos dicen nada físicamente, pero de una gran astucia para disputar esos balones. Suelen ganar casi siempre, como en el caso de Ardiles, que no sólo ganó en la Argentina sino también en Inglaterra contra rivales mucho más corpulentos y en canchas no muy favorables.

También es erróneo suponer que Migueli gana por fuerza. Yo creo que más que la fuerza él utiliza una gran elasticidad para llegar antes, pero de todos modos gana por capacidad, por inteligencia.

Y cuando dicen que un equipo tiene fuerza, yo creo que también emplean mal esa palabra. En realidad quieren decir que puede soportar el mismo ritmo los 90 minutos. Que un jugador tiene la misma precisión a los dos minutos que a los 85. Si a eso le llaman fuerza, entonces sí.

C: Cuando hablabas recién de los jugadores grandes y menos grandes, en estatura, recordaba al bilbaíno Dani en su mejor época que, siendo un jugador más bien bajo, cabeceaba siempre. Se cansó de hacer goles de cabeza. Por astuto, naturalmente.

M: Y Santillana. Para mí es uno de los mejores cabeceadores de la historia del fútbol. Cabecea por inteligencia, por astucia, por ser un excelente «tiempista», por un montón de atributos futbolísticos, sobre todo. Aunque claro, complementados por cualidades físicas también, pero no como fundamento de su capacidad.

Porque si yo pongo al campeón sueco que saltó 2 metros 38 a cabecear contra Santillana, seguro que no cabecea ni una pelota.

Este concepto que parece tan simple, suele confun-

dir muchas veces no sólo al periodismo y a la mayoría de la gente sino también a muchos entrenadores.

La jerarquía de valores, en este tema, es diferente, y todo consiste en no invertirla.

Pressing

CAPPA: Seguimos, entonces. Vamos a hablar del *pressing*. ¿Cómo usarlo? ¿Dónde? Es decir: ¿en qué lugar de la cancha? ¿Cuándo usarlo?

MENOTTI: Esto del pressing hay que saber analizarlo porque ocurre como con todas las modas: no a todos les va bien. Se divulgó a partir de aquella selección holandesa del 74 que presionaba a los rivales para quitarles espacio y tiempo para pensar. Y como hemos visto ya, no siempre lo hacía bien. Hemos dicho cuándo y por qué sorprendió y cómo dejó de sorprender después.

Yo digo que el pressing es una de las posibilidades que un equipo debe manejar. Debe ser una respuesta más, para utilizar según el adversario. No puede emplearse como norma: este equipo hace pressing. Una cosa, por ejemplo, es jugar contra una línea de fondo de... no sé... Noruega, y otra contra Brasil.

Hay sectores del campo donde a los brasileños no se los puede presionar porque tienen mucha precisión con la pelota, mucha facilidad para salir de esa situación por su notable manejo técnico.

Además hay que tener los jugadores apropiados, porque el pressing tienen que dirigirlo cuatro o cinco jugadores dentro de la cancha. Como explica Michels en el libro *Fútbol europeo*, no le fue tan fácil utilizar el pressing con otros equipos porque le faltaban aquellos jugadores que en los distintos lugares de la cancha sabían manejar ese aspecto.

Desde luego, hay algunas reglas generales que podemos dar. Por ejemplo, presionar en los laterales es más fácil. Hay que esperar que los rivales jueguen por los laterales y entonces, sí, presionar al jugador que recibe en ese sector porque pierde posibilidades de salida. Está apretado contra la raya y le quedan dos: hacia el centro o hacia atrás. Para adelante se supone que no puede ir porque ahí presionamos. Entonces si evitamos el pase atrás, que es al que primero recurre, poniendo un hom-

bre de punta que cubra a los adversarios de la línea de fondo mientras los demás toman a los posibles receptores, ahogaremos al que lleva la pelota y tenemos más opciones para recuperarla.

Pero quiero destacar la importancia que tiene el saber las condiciones que requiere el pressing, para no caer en posturas triunfalistas y cómodas.

Lo de Holanda fue una respuesta individual, tácticamente utilizada por un entrenador inteligente. Si nosotros tenemos un equipo con poca capacidad física para la recuperación y la perdemos haciendo pressing, cuando tengamos la pelota no nos quedará resto para jugar. Si yo pierdo 1 a 0 y quiero ganar el partido, me arriesgo y lo uso. Si gano 2 a 0, tal vez me interesa trabajar de contragolpe.

Además hay que saber quién es el adversario, para saber si me conviene más presionar sobre los laterales, en el medio de la cancha, irle bien arriba o esperarlo. Hay que ensayar esto en los entrenamientos.

C: Otra de las reglas generales, es que no sólo hay que presionar al que lleva la pelota sino también a los posibles receptores para no correr detrás de la pelota, ¿no?

M: Todo el mundo marca, claro, todo el mundo presiona. Por eso digo que para presionar hay que saber jugar al fuera de juego. Si no no hay ninguna posibilidad de hacerlo con éxito. A un equipo que juegue con líbero y stopper fijos, le resultará muy complicado presionar si no maneja el fuera de juego. Porque presionar significa reducir el espacio en toda la cancha y, si yo juego con stopper y el rival me deja un hombre bien en punta, y el stopper lo sigue, entre este último jugador mío y los demás que están presionando en el medio o más adelante habrá un gran espacio. Y los adversarios pueden resolver el pressing con una pelota metida en ese espacio. Por eso cuando un equipo presiona, el último hombre llega casi a la mitad de la cancha. De ese modo agrando el espacio del fuera de juego, y reduzco el espacio de combate a los contrarios.

Se puede presionar en 3/4 de cancha nuestra en la puerta del área; en 3/4 de cancha adversaria; o también, según las necesidades, se puede ir encima de la última línea contraria. Pero siempre hay que tener en cuenta la capacidad de los adversarios. Si son torpes y tienen dificultades para salir en corto, es fácil ir a presionarlos porque les creamos una seria dificultad. Ade-

más no debemos darles espacio y tiempo, ya que sabemos que cualquier jugador mediocre con espacio y tiempo para resolver, puede disimular muy bien su mediocridad.

Ahora, si son jugadores hábiles, talentosos, tenemos que tener mucho cuidado, porque con un toque, nos pueden dejar tres jugadores fuera de combate.

C: Otra referencia para presionar, sería hacerlo antes de que el jugador que va a recibir domine la pelota.

M: Por supuesto. No se puede presionar a un hombre con la pelota controlada. Tenemos que ir a presionar antes de que domine.

Por eso insisto, el pressing está dado —además del trabajo semanal para coordinar las acciones— en la posibilidad individual del equipo. Es decir, en la visión de los hombres que rápidamente adivinan la jugada, intuyen si la pelota va a ser jugada de primera, si van a intentar dominarla, para estar arriba en ese momento. Hay que obligar al adversario a acelerar la acción porque, cuanto más la acelere, más impreciso será y más posibilidades de recuperación tendremos... que es lo que procura el pressing.

C: Cuando un equipo hace pressing es importante también resolver el paso siguiente. Es decir, saber qué hacer inmediatamente después de recuperar la pelota. Manejar las variantes del contragolpe.

M: Yo he dicho varias veces que hay equipos que por falta de conceptos se presionan indirectamente, sin proponérselo. Se presionan mutuamente. Como presionar es reducir el espacio y el tiempo de acción, al recuperar la pelota intentan pasar por donde más jugadores hay, jugar en los mismos espacios que han reducido. Y lo que tienen que hacer es agrandar la cancha. Procurar rápidamente salir de la aglomeración. A veces, se logra con un pase atrás. Es como con el tráfico. Si yo vengo por una calle y me encuentro con 200 coches, no puedo darle posibilidades al azar y meterme a ver si por ahí se despeja de alguna manera. Tengo que buscar otra salida aunque tenga que hacer tres o cuatro cuadras de más.

Lo primero es tratar de ir hacia delante, por supuesto, y encontrar el arco adversario. Pero si no puedo, lo mejor es buscar agrandar la cancha hacia atrás y asegurar la pelota.

C: Esto según dónde se produzca la recuperación de la pelota, ¿no? Porque si ocurre en 3/4 de campo

adversario, me puedo ir en contragolpe hacia delante buscando la superioridad numérica. Esto lo hacía muy bien Bélgica antes del mundial '82. Tenían un funcionamiento excelente en el contragolpe cuando quitaban la pelota después del pressing.

M: Claro, claro. No siempre se produce la misma situación. Si encuentro espacios una vez recuperada la pelota, se impone la salida masiva para sorprender y ganar con superioridad numérica.

C: Bueno, y *¿cómo se rompe el pressing?*

M: Normalmente, dando escalonamiento hacia atrás. A los equipos que hacen pressing, se les complica con una línea de 4 que agrande siempre la cancha. El equipo que presiona intenta —como digo— reducir espacios, pero si nosotros agrandamos el campo hacia atrás para buscar por otro lado y, si no resulta, repetimos la acción hasta que se produzca la salida, le quitamos posibilidades a los que presionan. Es decir, no es posible que 10 jugadores reduzcan espacios en toda la cancha. Entonces hay que escalonarse hacia atrás. Apenas nos presionen, automáticamente vamos hacia atrás para ganar espacio y cambiar el frente de ataque. De esa forma deshacemos el taponamiento que creó el adversario. Inclusive un toque al arquero si ellos presionan en la última línea y el arquero cambia de frente. No tenemos que perder precisión, no tenemos que perder seguridad, que es lo que busca el adversario.

C: Yo creo que una de las cosas que facilita el pressing del adversario es nuestro excesivo traslado de la pelota; y por lo tanto se lo hacemos más difícil jugando a dos toques como máximo.

M: Ah... por supuesto. Es mucho más difícil, más complicado, presionar a un equipo con un funcionamiento correcto donde cada uno encuentra a un compañero al segundo toque, donde haya movilidad permanente en busca de espacios. A ese equipo es muy difícil presionarlo. Hay que esperar la oportunidad para encerrarlo en un rincón, tenerlo apretado en algún lugar de la cancha.

Si un equipo resuelve en dos toques (es decir, domina y toca, domina y toca), no le da tiempo a los rivales, por más inteligentes que sean, para saber cuándo hay que presionar. Les quita las referencias. Más aún si puede tocar de primera.

Ya hablamos de lo que significa trabajar bien en la zona de distracción, por eso tenemos que repetir que, si

un equipo tiene funcionamiento en la zona de distracción y hay solidaridad táctica, se hace excesivamente complicado ir a presionarlo. Yo diría que no se puede, al menos, lógicamente. Me refiero a solidaridad táctica, que es más que voluntad. La voluntad suele no ser suficiente. Holanda dejó de sorprender cuando encontró equipos que trabajaron contra ese recurso. Como Argentina, por ejemplo, en el mundial '78. Nosotros sabíamos qué hacer ante esa circunstancia. Me acuerdo de que en un determinado momento Rensenbrink intentó presionar, pero se apresuró; fue solo porque los compañeros vieron que no había posibilidad. La pelota iba de Olguín a Galván, de Galván a Tarantini al otro sector, de Tarantini a Passarella, de Passarella a Olguín. Rensenbrink corría y corría detrás de la pelota, hasta que no pudo más y les hizo un gesto a los compañeros como reprochándoles que lo habían dejado solo. Pero los que tenían razón eran sus compañeros y no él. No podía presionarse en ese momento. Era imposible. Tácticamente ordenados como estábamos y con jugadores con esa técnica, el pressing era muy complicado.

Entonces ¿cómo se rompe el pressing? De esta forma que estamos diciendo, y sabiendo que es fundamental ganar las espaldas de los primeros que presionan. Eso es grave para el equipo que presiona. Y se les gana la espalda haciéndolos venir, retrasando la pelota, para ponerla después a sus espaldas. Si eso se logra, ya tenemos superioridad numérica o enfrentamos mano a mano a los últimos hombres de los rivales.

Pasar por detrás de la jugada

CAPPA: Hay otro concepto tuyo, de hace algún tiempo ya, que he visto aplicado en varios equipos. En algunos muy mal por cierto. Es el de *pasar por detrás de la jugada*. Convendría que lo aclarases.

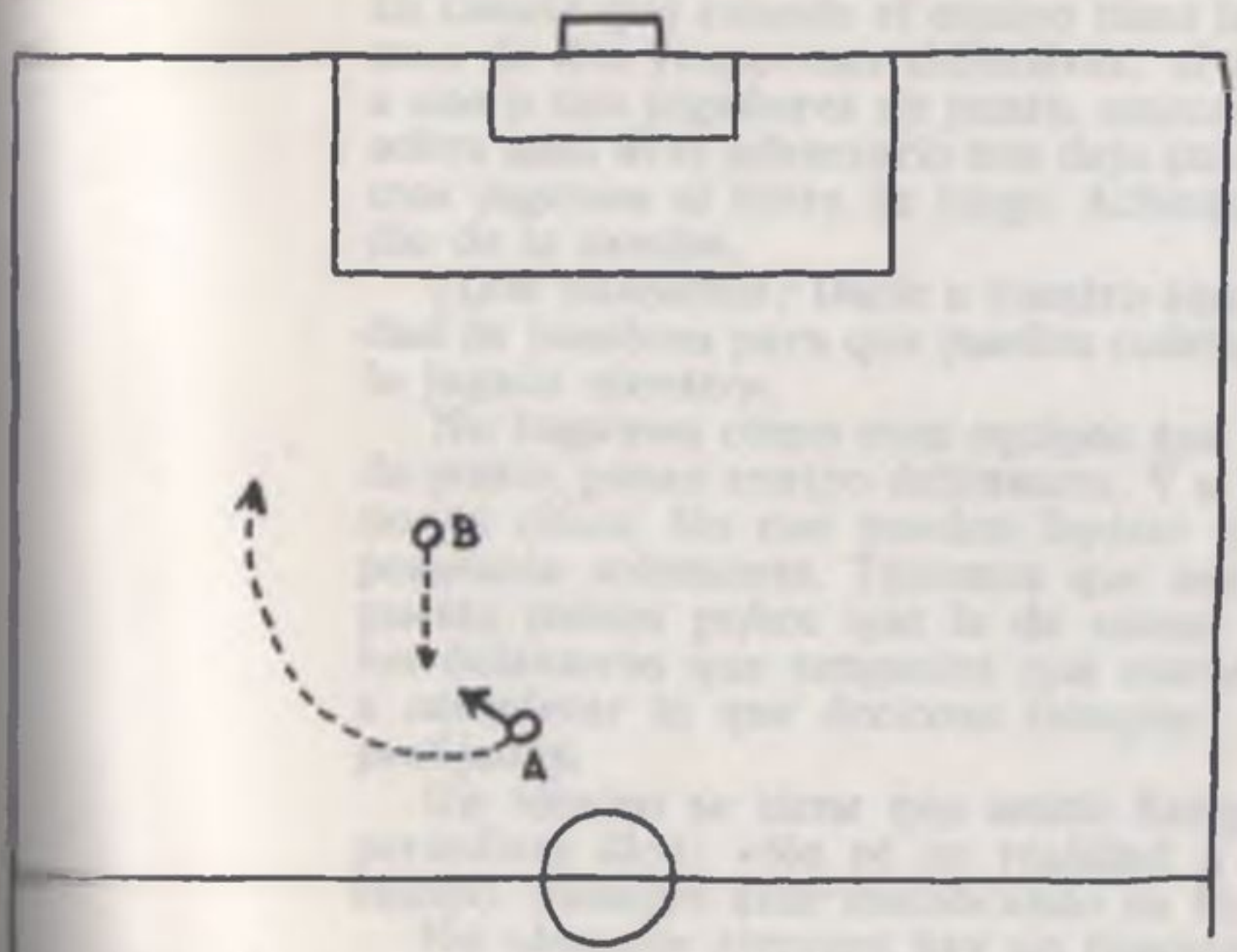
MENOTTI: Algo hablamos ¿no?, cuando mencionamos algunas de las posibilidades de contrarrestar el fuera de juego.

C: Sí, lo mencionamos muy de pasada.

M: Ése fue un concepto en el cual hemos trabajado mucho. Nació en 1979, para el mundial juvenil, a raíz de las marcaciones tan cerradas que nos hacían. Era un

gran equipo, donde estaban Barbas, Maradona, Calderón... Con esa jugada nosotros empezamos a ganar espacios. Recuerdo que Telé Santana estuvo viéndonos entrenar en Buenos Aires, antes de ir a Japón. Y después la utilizó Brasil en el mundial del '82. Encontró una hermosa respuesta en el gol de Falçao contra Italia, ¿te acordás?

C: Sí, la fabricó Toninho Cerezo y fue de una gran belleza. Pero creo que va a resultar muy engorroso explicar el fundamento de esta jugada si no hacemos un gráfico.



M: Por el sector izquierdo. Un jugador A pasa hasta la punta izquierda, donde viene a recibir B. A, después de tocar pasa por detrás de B y se va a la punta. B queda con tres posibilidades: 1) habilita a A; 2) juega hacia la derecha, al medio; 3) sigue él con la pelota.

Vemos en esa jugada el concepto claro. Le da más opciones al que lleva la pelota, escapa de las marcaciones porque no pueden seguirlo detrás de la línea de la pelota. Estando de frente, consigue el espacio que no tenía antes.

C: ¿Esta jugada es válida en todos los sectores de la cancha?

M: Se puede hacer en la línea de salida, siempre y cuando tenga el propósito de burlar una marcación. Si no hay ningún adversario es una jugada inútil que sólo distrae a los compañeros.

Hay que usarla con criterio para no gastarla. En jugadas intrascendentes conseguimos que el adversario conozca una de nuestras armas y nada más.

C: Yo quería agregar que además de todo lo que dijiste, esta jugada de pasar por detrás de la línea de la pelota facilita también la recepción.

M: Claro, porque si el que va a recibir se queda delante del balón, delante del que trae el balón, está de espaldas a la portería y sirve como referencia al defensor, a quien le resulta más fácil anticiparse. En cambio, si sale de la jugada y pasa por atrás del que trae la pelota, queda de frente y con espacio para recibir mejor.

Subida de los defensores

CAPPA: Un concepto que no suele manejarse con criterio es la *subida de los defensores*. Hay que tener claro cuándo deben subir, para qué deben subir y por dónde, ¿no te parece?

MENOTTI: Esa maniobra se presta a confusión a causa de lo que llaman fútbol total. Se supone que en ese fútbol total, todos juegan de todo y de cualquier cosa. Eso no es así. La subida de los defensores debe ser un factor de sorpresa. Primero hay que saber para qué suben. ¿Para distraer? ¿Para definir? Si es para distraer, lo puede hacer cualquiera. Un hombre de la última línea sale a 3/4 de cancha, recibe y toca, y ya introduce una variante que puede resultar positiva para el equipo. Ahora bien, toca a un compañero y va. Pero, ¿para qué va? Si tiene condiciones tiene que ir a definir. Por ejemplo, si es un buen cabeceador o tiene habilidad. Pero sería gastar energías inútilmente si van hombres sin esas condiciones y poco acostumbrados a estar en la zona de definición adversaria. El fútbol también es una cuestión de costumbre. Hay defensores con 15 años de primera división que nunca se pararon delante de un arquero. Si lo hacen volvemos a jugar con el azar porque, aunque queden en situación de gol, muy difícilmente podrán resolver bien esa jugada. Todo esto hay

que razonarlo para saber quién debe subir y con qué función.

C: Además hay que tener cuidado, también, de no romper el equilibrio táctico con la subida de los defensores. No pueden subir al mismo tiempo, por ejemplo, los dos centrales.

M: Ah, claro. Hay que manejar los relevos. Y tener en cuenta que cuando el equipo tiene la pelota disponemos de dos respuestas defensivas: si los rivales dejan a uno o dos jugadores de punta, marcamos al hombre y sobra uno. Si el adversario nos deja cuatro o cinco nosotros jugamos al fuera de juego. Achicamos hasta el medio de la cancha.

¿Qué buscamos? Darle a nuestro equipo mayor cantidad de hombres para que puedan colaborar en apoyo de la jugada ofensiva.

No hagamos como esos equipos que si les dejan tres de punta, ponen cuatro defensores. Y si les dejan cuatro ponen cinco. No nos pueden limitar tácticamente por presencia solamente. Tenemos que encontrar una respuesta menos pobre que la de sumar hombres según los delanteros que tengamos que marcar. Y esto viene a completar lo que decimos siempre: no hay tácticas prefijadas.

Un técnico se tiene que sentir halagado cuando un periodista dice: «No sé en realidad a qué juega este equipo. Siempre está modificando su forma».

No obstante siempre hay un funcionamiento básico con variantes más o menos habituales. Pero eso lo tienen que ver los técnicos, los especialistas y no un periodista con conocimientos más superficiales.

Mirar de cerca

CAPPA: Ya hablaste de la distracción, de la necesidad de distraer y en ese sentido hay un concepto para los defensores que me parece primordial. No sé cómo definirlo, pero recuerdo cómo se lo recomendabas a los jugadores del Barcelona: *hay que mirar cerca.* O sea, primero intentar jugar con el compañero más próximo y no buscar el pase de 40 metros.

MENOTTI: Sí, claro, porque mirando cerca puedes ir viendo lejos, pero si miras lejos no ves lo que tienes

cerca. Es justamente al revés de lo que hay que hacer cuando se conduce un auto. Manejando hay que mirar lejos para anticiparse y poder resolver, para ganar tiempo. Si miro cerca, no hay tiempo de resolver las sorpresas. Todas son sorpresas. En fútbol es exactamente lo contrario. Un jugador cuando sale de la jugada en la que recuperó la pelota, lo primero que tiene que hacer es entregar al hombre que tenga más cerca y más libre. Por supuesto, que si lo encuentra a 20 metros, mejor. Pero no tiene que empezar a mirar adelante a ver si puede salir largo. Debe procurar jugar esa pelota con el compañero más próximo. Encontrar el funcionamiento que lo llevará solo a la jugada de gol o al pase de gol. Si no tiene a nadie cerca que lo opoye es que no hay funcionamiento en el equipo, cosa que hay que lograr en la semana. Hay que aprender a distraer jugando.

C: Este concepto también es útil en la zona de definición.

M: También. Para un lateral, por ejemplo, que llega a la línea de fondo y tira un centro para cualquiera. No debe ser así.

Ese jugador que desborda tiene que tener puntos de referencia porque a veces se llega a la línea de fondo sin tiempo para mirar. En esos casos tiene que saber la posición en los entrenamientos de la semana de, al menos, dos compañeros suyos.

Tiene que saber que alguno irá a un sitio determinado para distraer y otro a buscar el centro.

Lo que no puede hacer es tirar centros para cualquiera.

La gambeta

CAPPA: Me gustaría hablar ahora de una cualidad del jugador de fútbol que cada vez se utiliza menos: *la gambeta* (el regate en España). Puede ser un factor de desequilibrio, un recurso y hasta un defecto. ¿No es así?

MENOTTI: Es importante entender que en fútbol es mucho más fácil desnivelar por superioridad numérica que por habilidad individual. La superioridad numérica facilita inclusive la gambeta. Si quedamos tres contra dos, yo puedo amagar el pase y gambetear más cómodamente a un rival. En zona de definición nunca es un de-

fecto. Si no tengo superioridad numérica y soy hábil, voy a buscar el mano a mano. Es arriesgar para una jugada de gol, y es válido. Ya dijimos que sólo podemos arriesgar la pelota si es para una jugada de gol.

Donde no se puede arriesgar una gambeta es en la mitad de la cancha. Ahí sí es un defecto. Si tiene espacios para jugar, el jugador debe buscar el pase. Ya dijimos en una oportunidad que es más fácil pasar la pelota que pasar a un hombre.

La gambeta es una cualidad. Y contra lo que muchos suponen, también hay que entrenarla. También se aprende a gambetear. Hay jugadores que indirectamente han enseñado a muchos. Dominaban un regate característico que después otros imitaron. Rivelinho, por ejemplo, que pasaba un pie por arriba de la pelota para salir por el otro lado. O amagar el taco y no tirarlo, como hacía Alfredo Di Stéfano. Amagar, patear y cortar. Todo eso se aprende o perfecciona en los entrenamientos.

C: Cuando no es utilizado en beneficio del equipo la gambeta puede convertirse en un defecto.

M: Bueno... sucede que es tan lindo, produce una sensación tan agradable que, a veces, el jugador no puede resistirse. Ve que el rival viene desequilibrado y en vez de pasar, lo gambetea, prefiere el adorno. En ocasiones, bien venido sea ese adorno. Por suerte todavía aparecen algunos jugadores con esa habilidad para hacer más bonito el espectáculo. Lo que no podemos permitir es que ese momento —digamos— se transforme en habitual y convierta al jugador en un individualista, un hombre que quiere vivir del espectáculo y no para el espectáculo.

C: La gambeta es desequilibrante cuando el equipo contrario nos espera ordenado, no nos deja espacios y no hay manera de llegar a zona de definición. Entonces el recurso es darle la pelota al habilidoso, para que se saque dos rivales de encima, aparezcan los espacios y se clarifique la situación.

M: Los Cruyff, los López Ufarte. Ese tipo de jugadores que, con su habilidad, destruyen los sistemas defensivos. Especialmente cuando las marcas son persecutorias. Contra las persecuciones son importantísimas las gambetas. Si un jugador deja a su marcador en el camino, ya estamos en superioridad numérica. Obligamos a salir al líbero, se descompone toda la estructura defensiva.

La superioridad numérica

CAPPA: La gambeta es una manera de desequilibrar al rival. La otra sería por superioridad numérica.
MENOTTI: Normalmente la superioridad numérica se consigue con inteligencia. La habilidad en realidad es otra cosa. Es el desequilibrio que producen individualmente los jugadores que tienen esa cualidad.

La superioridad numérica aparece a través de las jugadas de distracción. Se distrae, justamente para quitarle «cantidad» a la defensa contraria. La distracción busca ampliar el espacio y el tiempo. Un jugador tiene la posibilidad —por el espacio conseguido en la distracción— de ir a juntarse con otro compañero para ser dos contra uno.

Contra zona y contra hombres

CAPPA: A mí me parece que es mucho más fácil el funcionamiento ofensivo *contra marcas personales*, que *frente a sistemas zonales.*
MENOTTI: Es más fácil sin ninguna duda, aunque parezca lo contrario. A veces, mirando un partido, la cosa aparenta ser mucho más difícil contra el sistema del hombre a hombre, porque le quita belleza al fútbol. La marca personal lleva más a la interrupción del juego, por eso parece más complicado jugarlas. Pero es todo apariencia. Vemos al partido más luchado, con más agresividad física, con menos alegría y nos da la sensación de que es más difícil. Y no es así.

Si nosotros decimos que trabajamos en la distracción para buscar espacios y tiempo, vamos a encontrar mejor esos espacios y, por lo tanto, mayor tiempo ante las marcas persecutorias. Porque ¿qué hace un equipo al marcar en zona? ¿Qué busca? Achicar espacios. Claro que marcar en zona no significa esperar en el área. Se va trabajando en bloque según las necesidades que tiene el equipo: más adelante o más atrás. El objetivo —como también lo hemos dicho— es cuidar el camino más corto hacia el arco. Es decir, se presionan las marcas, se

estrechan, a medida que se acercan a la zona de definición. En cambio en las marcas al hombre no ocurre eso. Si yo tengo que marcar a Maradona, lo persigo por donde vaya. A partir de la mitad de la cancha lo sigo por todas partes. Inclusive en zonas de distracción.

Las marcas en zona

MENOTTI: Otra virtud importante de la defensa en zona, es que los jugadores toman conciencia de que juegan contra un equipo y no contra un hombre, individualmente, como ocurre en las marcas personales.

Si yo soy jugador de un equipo que hace marcas persecutorias, y me dan al 7 de los contrarios para cuidar, interiormente juego un partido mano a mano con el 7 y, si el 7 no hace gol, aunque pierda mi equipo, quedo como librado de la culpabilidad de la derrota. Y al revés, si gana mi equipo pero el 7 hizo un gol, asumo individualmente la culpa y me cuesta más integrarme al festejo de la victoria.

En definitiva, en las marcas zonales, además de todo lo que hemos dicho, se reparten colectivamente las culpas de la derrota, los méritos del triunfo y los esfuerzos.

Por otra parte, en este sistema es mucho más equitativo el reparto de los esfuerzos y los espacios los distribuimos nosotros, no los adversarios.

Por eso digo, que defender en zona favorece el sentido colectivo que debe tener un equipo mientras las marcas persecutorias exaltan el individualismo.

CAPPA: Bueno, y entonces, *¿cómo hay que jugar contra las marcaciones en zona?*

M: Trabajando la distracción. Tenemos que hacer «ruido» para distraer. La pelota tiene un atractivo muy especial. Los hombres la «sienten», es como si los hipnotizara. Esto es muy sencillo de comprobar. Sobre todo para nosotros que analizamos videos permanentemente. Observamos cómo los defensores descuidan lugares estratégicos por ir detrás de la pelota.

Fijate cómo exigieron los brasileños a los técnicos inteligentes de Europa modificar los sistemas de entrenamiento. Antes, hace años, en Europa se trabajaba —futbolísticamente— en espacios grandes. Pero ¿qué

ocurrió? Que los triunfos de los brasileños en los mundiales y su casi imbatibilidad durante mucho tiempo, los hizo reflexionar. Los europeos, acostumbrados a marcas persecutorias, resolvían más frontalmente. Cuando se encontraron sin espacios, buscaron los laterales para intentar llegar por arriba, con centros. Por eso los brasileños tuvieron siempre grandes cabeceadores de centrales: Bellini, Marro, Britos, Piazza. No había manera. No se podía perforar esa defensa zonal de los brasileños. Perdían precisión al no encontrar los espacios que dejan las marcas persecutorias y entonces empezaron a entrenarse en espacios reducidos. No es lo mismo tirar una pared contra un rival solo que hacerlo en zonas donde hay un adversario cada dos metros. Hace falta mucha más precisión, y en eso empezaron a trabajar los entrenadores europeos inteligentes. Me acuerdo que en los años '75 y '76 vi muchos entrenamientos en Europa y observé cómo hacían ejercicios con balón en espacios reducidos, para encontrar mayor precisión y mejorar la técnica en general.

A partir de entonces también ellos empezaron a jugar en zona, cuando vieron que la zona ganaba. Como siempre, se esperan los resultados para aplicar una cosa u otra. Ahora vemos que jugar en zona es muy frecuente en Europa, salvo excepciones. La aparición de Holanda tuvo mucho que ver en esto, también, aunque no marcaba típicamente en zona (lo suyo era otra cosa) pero dejó de perseguir.

Después de una diagonal, una recta

CAPPA: En una de las tantas conversaciones de fútbol que tuvimos en Barcelona surgió el tema de desmarque y vos definiste un concepto del que sería interesante hablar ahora: *después de una diagonal, una recta.*

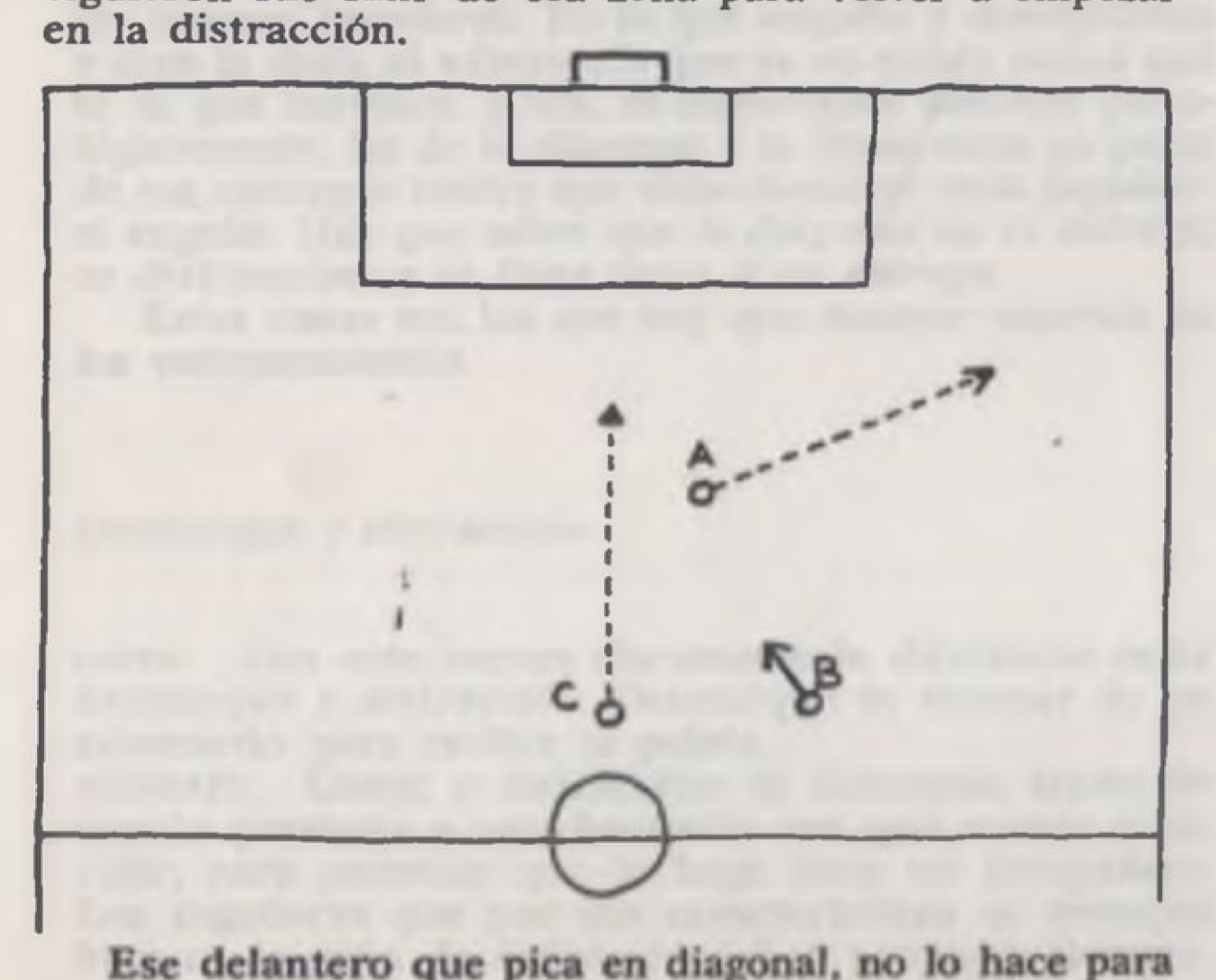
MENOTTI: Sí, y eso también es válido para cualquier sector de la cancha. Pero antes vamos a decir algo que me parece que olvidamos y es de gran importancia. Nosotros hablamos de ocupar la cancha, en posesión de la pelota; para hacerlo bien, el jugador *nunca debe estar en línea paralela a otro compañero.* O atrás o adelante. En línea paralela significa una mala utilización de los espacios. Si le roban una pelota a dos jugadores en

línea paralela, no tienen posibilidad de defensa. El que la robó se va de los dos. En cambio si siempre queda un compañero detrás, ya hay una defensa.

Cuando un jugador se acostumbra a mirar en el campo y a no permanecer nunca paralelo a un compañero, empieza a tener un manejo distinto del espacio y a facilitar enormemente el funcionamiento del equipo.

En cuanto a lo de la diagonal... Uno se cansa de ver en los partidos de fútbol en Europa y en la Argentina, una jugada que suelen protagonizar especialmente los centrodelanteros. Están en la puerta del área y pican hacia un costado, hacia un córner, perseguidos naturalmente por su marcador (están en zona de definición). Entonces uno ve que les dan la pelota en una posición totalmente inapropiada para recibir. Porque están de espaldas al arco, con una marca encima y limitados por las líneas de fondo y de banda.

Quedan mirando la tribuna y, por lo general, tienen que jugar para atrás para volver a empezar. Es decir, metieron una pelota en zona de definición y lo que consiguieron fue salir de esa zona para volver a empezar en la distracción.

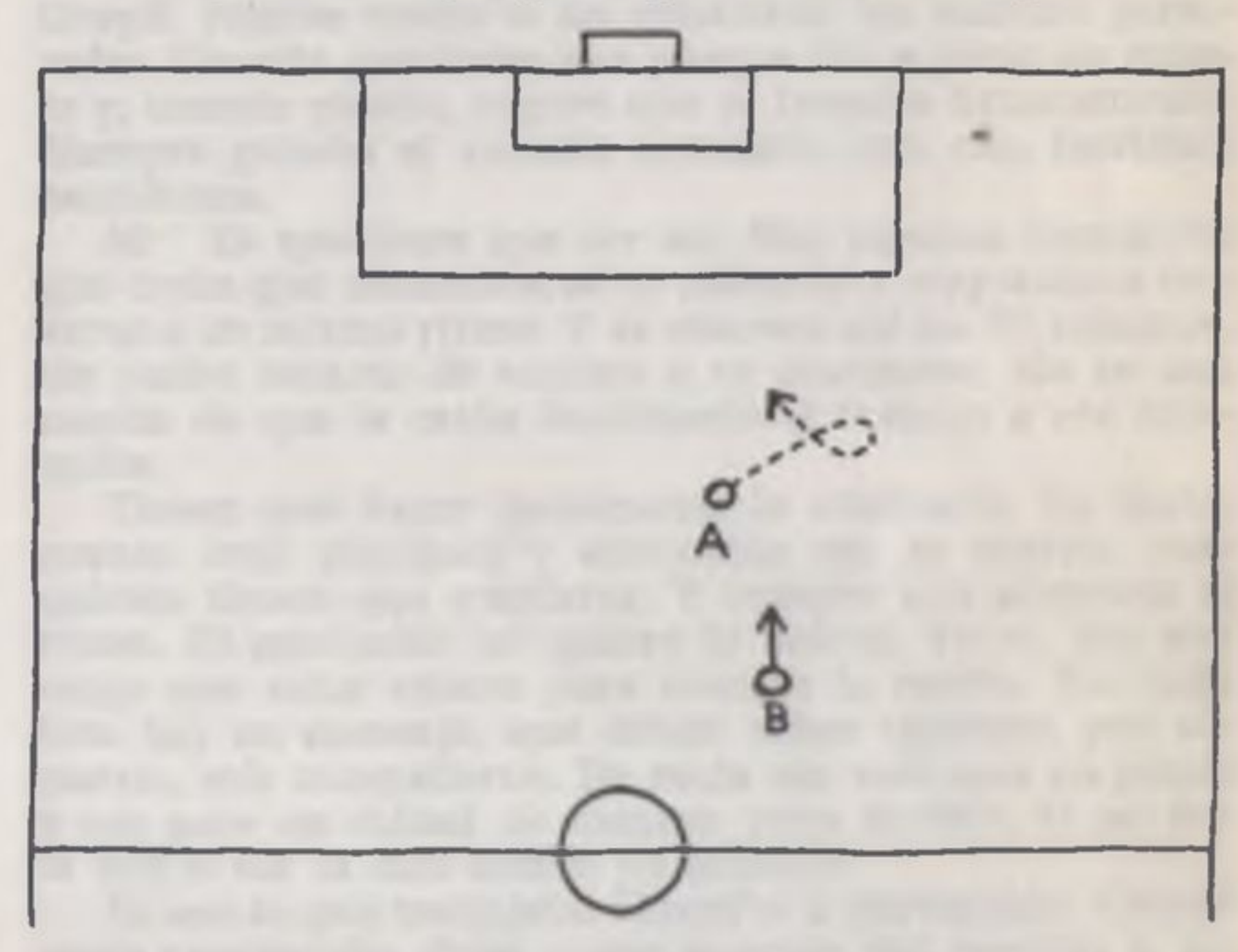


Ese delantero que pica en diagonal, no lo hace para recibir el balón sino para distraer. A su espalda y en línea recta tiene que aparecer otro compañero para en-

tonces sí, recibir y quedar de frente al arco y en posición de gol. O al menos, mano a mano con el líbero.

Ésa es una de las jugadas que puede hacer. Entonces el que viene con la pelota amaga dársela (al 9 que hace la diagonal), y la pone para el compañero que tomó la línea recta.

La otra jugada que se puede hacer: cuando el centrodelantero (o el que está en posición de 9) pica en diagonal, debe frenar en la mitad del camino y cambiar de dirección. Anunciar que voy al primer palo, para ir al segundo. Tenemos que acostumbrarnos a usar permanentemente la mentira frente al adversario. Esto se resuelve entrenándose. El compañero debe saber que cuando yo pico al segundo palo, es para volver al primero y, cuando amago ir al primer palo, es porque quiero la pelota en el segundo. Ésta es otra jugada que también se puede dibujar para que la veamos mejor:



Yo me acuerdo de un gol de Popivoda contra Alemania. Popivoda arrancó de derecha a izquierda. Era perseguido por el stopper alemán —me parece que era Zchwarzenbeck— y, cuando estuvo por entrar al área, fue lógicamente al cierre Beckenbauer por si la recibía y le ganaba al stopper. El que venía con la pelota era Dzajic. En la mitad del camino Popivoda frenó y cambió

la dirección. Zchwarzenbek y Beckenbauer quedaron descolocados. Popivoda recibió solo e hizo un golazo.

Claro, el mensaje lo manejaban los dos jugadores yugoslavos. Dzajic sabía que su compañero picaba hacia la izquierda a toda velocidad, pero que frenaría en la mitad. Él también amagó el pase largo hacia donde anunciaba Popivoda para poner la pelota en línea recta.

Esta jugada de distracción —diagonal y línea recta— es para practicarla en cualquier sector del campo.

Hay otro concepto, que me parece que no dijimos y que debe dominar todo jugador de fútbol. *¿Cuáles son las tres opciones que tiene un jugador cuando lleva la pelota? Una*: apunta hacia un lugar y va a ese lugar. No sirve porque no engaña a nadie, porque prepara al adversario que estará esperando ese pase. *Dos*: no anuncia nada. Ésta es mejor pero tampoco engaña, porque mantiene la expectativa de los adversarios, los deja en tensión y, en definitiva, siguen preparados. Y *tres*: la que sirve, la que anuncia que va a la derecha y cambia para mandarla a la izquierda. Ésta es patrimonio de los buenos jugadores. Es la que engaña y desequilibra y crea la duda al adversario que ya no sabrá nunca qué es lo que haremos, o sea, es importante también psicológicamente. Lo de la diagonal y la línea recta es parte de ese concepto básico que debe dominar todo jugador: el engaño. Hay que saber que *la diagonal no es entrega, es distracción; y la línea recta sí es entrega.*

Estas cosas son las que hay que ensayar siempre en los entrenamientos.

Desmarque y distracción

CAPPA: Con esto vemos claramente la *diferencia entre desmarque y distracción*. Desmarque es escapar de un adversario para recibir la pelota...

MENOTTI: Claro; y distracción, al contrario, tratar de que lo persigan a uno haciendo ver que vamos a recibir, para permitir que lo haga libre un compañero. Los jugadores que por sus características se manejan bien en la zona de definición deben producir siempre, o casi siempre, su participación en la jugada, de afuera hacia adentro. Ése tiene que ser el sentido de su desmarque. Para recibir donde actúan con mayor eficacia.

El amague o engaño

MENOTTI: El *amague*, o el engaño, es un concepto básico del fútbol. No tenemos que cansarnos nunca de repetirlo. Y se puede resumir en una frase: *cuando voy, vengo, y cuando vengo es que voy.* Son trabajos para ensayar en las pequeñas sociedades. ¡Fijate si habrá trabajo específicamente futbolístico para un entrenador!

CAPPA: Ese concepto destruye totalmente las marcas personales.

M: Así se ganan los dos metros necesarios para dominar, tocar y seguir con el funcionamiento. Sin duda.

C: El mejor jugador que vi haciendo eso, fue Cruyff. Jugaba como si no existieran las marcas personales. Cuando caminaba era porque iba a picar de pronto y, cuando picaba, seguro que se frenaba bruscamente. Siempre ganaba el espacio necesario con una facilidad asombrosa.

M: Es que tiene que ser así, Hay algunos jugadores que creen que desmarcarse es moverse y empiezan a moverse a un mismo ritmo. Y se mueven así los 90 minutos, sin poder sacarse de encima a su marcador. No se dan cuenta de que le están facilitando el trabajo a ese marcador.

Tienen que hacer justamente lo contrario. Es decir, cuanto más pegajosa y constante sea la marca, más quietos tienen que quedarse. Y romper con sorpresa el ritmo. El marcador no quiere la pelota. Yo sí, por eso tengo que estar entero para cuando la reciba. En todo esto hay un mensaje, que deben saber también, por supuesto, mis compañeros. De nada me vale que yo pique y me pare en mitad de camino para recibir, si no me la dan o me la dan donde yo anuncié.

Es eso lo que manejaba Cruyff a la perfección. Cruyff venía caminando, flojo, como ausente del partido y, de pronto, rompía el ritmo, ganaba dos metros, recibía y dominaba. Ya estaba armado y, cuando Cruyff se armaba, la cosa era complicada.

Otro jugador que dominaba este concepto era Coutinho, y yo siempre lo menciono porque fue, ciertamente, un ejemplo. Era un jugador que no tenía la posibilidad física de trabajar los 90 minutos a una misma intensi-

dad. Era un hombre muy pesado, atléticamente siempre tuvo problemas. Pero los resolvía con astucia, con inteligencia.

Agudizaba esas virtudes cuando el Santos viajaba a Europa y tenía que enfrentar a marcadores más duros, mejor preparados físicamente. Con dos pasos, encontraba la solución. Haciéndose el distraído, rompiendo el ritmo. Cuando hacía un paso hacia atrás, era para dar dos hacia adelante y devolver una pared, exacta.

Se movía cuando hacía falta, siempre en los lugares donde «dolía», donde una devolución precisa significa colocar a un compañero en situación de gol.

C: Si el desmarque resulta difícil, mucho más lo será trabajar en la distracción para otro compañero ¿no?

M: Sobre todo en nuestro fútbol. A los españoles no les cuesta mucho. A los italianos un poco más. Pero a nosotros, a los brasileños, a los uruguayos, aceptar ese trabajo nos resulta mucho más costoso.

En cambio al sajón no le resulta pesado porque tiene otra escuela. Se juega allí más a los espacios que al pie. Se corren con más frecuencia distancias de 20 y 30 metros, para no ser receptor.

Nosotros, a veces, tenemos demasiado cariño por la pelota y hay cariños que no se pueden exagerar. Vamos siempre a buscar la pelota y hay momentos de un partido en que no es oportuno ir a pedirla.

El contragolpe

CAPPA: Nos queda el *contragolpe*, un concepto que tampoco suele ser muy bien interpretado. Todavía hay quien cree que contragolpear es recuperar la pelota y salir corriendo para adelante.

MENOTTI: O quienes dicen que lo usan como táctica, quienes afirman que tal equipo juega de contralgolpe. Quiero saber qué pasaría si el otro equipo también jugase de contragolpe. Tendríamos a los dos equipos esperando y la pelota quieta en el medio de la cancha.

Yo creo que el contragolpe es otra de las posibilidades que un equipo debe manejar. Decir que en un campeonato voy a jugar de contragolpe es dar por sentado la ingenuidad del adversario. Y esto es lo peor que nos

puede pasar como entrenadores. Debemos suponer siempre que los rivales han preparado todas las armas, que lo saben todo. Aunque no sea así. Porque de ese modo nos obligamos a pensar una jugada más para sorprenderlo.

Entendido de esa manera, el contragolpe puede ser un arma fundamental. Hay equipos que lo hacen muy bien y aparecen en la cancha como refugiados, como defendiéndose, y no es así, nos están engañando, están preparando la salida masiva que significa el contragolpe.

Nos regalan el espacio y el tiempo que no les preocupa demasiado, a la espera de robarnos una pelota. Entonces sí, parece como si despertaran. *Cuando está bien hecho, el contraataque debe ser masivo, sorpresivo y con engaño*: si la jugada se gesta por la izquierda, todo el mundo que salga debe aparecer por la izquierda, para distraer, para hacer creer que la cosa terminará en ese sector, y hacer siempre la definición por la derecha.

El contragolpe significa superioridad numérica. Sin superioridad numérica no existe el contragolpe.

De otra manera por más que yo salga rápido y corra mucho si, cuando levanto la cabeza veo que ellos defendieron más rápido y quedamos cinco contra cinco, se acabó el contragolpe.

¿Qué nos puede oponer el adversario en una jugada de contragolpe? Fundamentalmente el fuera de juego. Quedan en inferioridad numérica y, lógicamente, deben tirar el fuera de juego.

Eso lo resuelvo pasando por detrás del que lleva la pelota, como habíamos dicho al tratar ese tema. De ese modo arrastro marcas, despejo el camino del que lleva la pelota y me ofrezco como posible receptor. *Siempre hay que correr detrás del que lleva la pelota.* Nunca pasarlo y quedar por delante. Evitar lo que se ve con equipos que no saben usar el contragolpe. Sale un jugador con la pelota y otros dos compañeros lo pasan en carrera ¿para qué? Si les pasa la pelota están fuera de juego... no ayudan para nada. Obligan por otra parte a una precisión en la entrega que, a esa velocidad, es muy difícil.

La jugada del contragolpe debe ejercitarse primero con el concepto de engaño: empezar por un sector para terminar por el otro. Ensayar jugadas de distracción con ese propósito. Y evitar el fuera de juego. Si somos

tres los que contragolpeamos, hay que saber que uno es el destinatario de la pelota y los otros dos están para distraer.

Los entrenadores tienen una gran oportunidad de practicar jugadas con este fin. Yo lo he hecho durante muchos años y da muy buenos resultados. Se trata de poner, por ejemplo, dos defensores contra cuatro atacantes que parten de la mitad de la cancha. Sirve para acostumbrar a los defensores a jugar en inferioridad numérica y a los delanteros para saber resolver los contragolpes.

La jugada no admite pausas, naturalmente. Cuando para se termina; porque si estamos media hora, seguro que termina en gol. Pero de la forma que digo, si el equipo no está preparado para contragolpear, de 10 jugadas sólo terminan en gol dos.

Eso nos da una idea de la importancia que tiene en fútbol conocer y dominar los conceptos. Al menos los fundamentales.

Pelé. *(Archivos del Mundo Deportivo).*

La preparación física y el entrenamiento

MENOTTI: Quiero empezar este tema con una frase del doctor Oliva, porque para mí encierra el concepto exacto de lo que tiene que ser la preparación física: «Sentirse cansado no es estar cansando». Frase de importancia decisiva para saber con qué criterio hay que encarar esta cuestión.

En fútbol la fatiga es mucho más controlable que en cualquier otro deporte. Durante los 90 minutos de un partido hay muchas oportunidades que permiten una recuperación parcial. Se puede regular el esfuerzo con relativa facilidad, al menos, más fácilmente que en otros deportes. Hay que evitar la exageración en la que suele caerse al darle a la preparación física el protagonismo principal en un equipo de fútbol. Son innumerables las «leyendas» que se cuentan acerca de la importancia de la preparación física que no quiero negar, pero sí, desplazar al lugar de complemento que le corresponde.

Por otra parte, se han hecho muchos estudios que afirman que un jugador de fútbol corre en un partido, entre 1.500 y 5.000 metros, según puestos y otras circunstancias. En velocidad, alrededor de 700 metros. No pasa de los 20 minutos de participación activa en cada tiempo. Creo que no son esfuerzos tan tremendos, como para mitificarlos.

Naturalmente existen otras exigencias: enfrentar obstáculos (y no fijos sino obstáculos que se mueven), chocar, saltar y, sobre todo, la tensión psíquica que también desgasta.

Por eso tiene gran valor aquella frase. Muchas veces el cansancio de un jugador —normalmente entrenado, por supuesto— se debe a falta de motivación. Todos sabemos que si el equipo está jugando bien y gana, da la impresión de que los jugadores están físicamente mejor,

que si ocurre lo contrario. De ahí que sentirse cansado no sea estar cansado. Es como un padre de familia que llega a su casa después de una jornada agotadora donde, además, todo le ha salido mal. Se siente verdaderamente hundido, sin ganas ni de comer. De pronto alguien grita «¡incendio!» y ese hombre que vive en el piso 15, baja las escaleras en tiempo récord y con toda su familia en brazos si es necesario. No estaba cansado, se sentía cansado. ¿Qué necesitó para moverse tan ágilmente? Un estímulo, una motivación muy especial.

En definitiva, no quiero decir que la preparación física no tenga importancia. Ni mucho menos. Estoy tratando de explicar por qué hay que considerarla en su justa dimensión.

La preparación física es una de las tantas cosas que necesita un jugador de fútbol. Pero, de ninguna manera, la más importante ni la fundamental.

A un jugador que no tenga técnica, que le falten ideas para resolver una táctica, no hay manera de prepararlo físicamente.

Un equipo que juega muy mal al fútbol, no aguanta físicamente el ritmo de un partido.

Si se le dan los resultados, desde luego, cambia. Aunque juegue mal, si gana sigue luchando. Los equipos que juegan muy mal, dependen exclusivamente de los resultados que actúan como motivadores.

CAPPA: Podemos partir, diciendo que un jugador de fútbol no es un atleta.

M: Con toda seguridad no es un atleta.

C: Lo que se entiende estrictamente por un atleta.

M: Eso es terminante. Y no quita que mañana alguien pueda incorporar cosas del atletismo al fútbol, ¿por qué no? Vemos, por ejemplo, que los boxeadores hacen abdominales y los futbolistas también aunque son deportes completamente diferentes.

Yo no desconozco que hay una base física en el deporte, común para todos, pero yo hablo de futbolistas profesionales y descuento que ya tienen esa base. Es a partir de ahí, de donde yo empiezo a trabajar con un jugador. También presupongo que está sano y que no es cojo.

Hay algo que distingue al futbolista —en cuanto a la preparación física— aunque haga cosas parecidas a las de un atleta: todo lo que hace lo hace en relación al elemento más importante de un partido: la pelota. Eso cambia radicalmente los criterios. El de la velocidad,

para poner un ejemplo. El jugador más veloz no es el que tarda menos tiempo en recorrer una distancia determinada sino el que resuelve más rápido una accion del partido.

Por esa razón la preparación física de un futbolista no puede separarse de la preparación futbolística.

C: Eso te iba a decir. Si afirmamos que no es un atleta, entonces ¿qué es? Vos acabás de dar la respuesta: un jugador de fútbol y requiere una preparación específica y apropiada para lo que él hace. A veces nos dicen: «Sí, pero un jugador tiene que hacer un pique de 30 metros o de 20 metros». Y resulta que tampoco en esa acción puede compararse a un atleta porque el jugador de fútbol corre con otros puntos de referencia. Siempre lo hace teniendo en cuenta la pelota, el rival, los compañeros, el arco contrario si ataca, el suyo si defiende. Nunca es lo mismo que correr hacia la línea de llegada.

M: Claro que no es lo mismo. Digamos que, cuando está corriendo, el paisaje de un jugador de fútbol es distinto del paisaje de un atleta. El paisaje y el objetivo. El atleta corre pensando en romper la cinta con el pecho. El nadador en tocar la pared con la mano. El futbolista no...

C: Porque el futbolista, cuando llega, empieza. Ahí es cuando tiene que resolver con la pelota. El atleta cuando llega, termina.

M: Eso es. Precisamente. Ahora, no se trata de decir que lo otro no sirve. Todo sirve. Todo lo que se haga en beneficio de su físico es útil. Inclusive el cuidado fuera del entrenamiento, la vigilancia médica. Lo que pasa es que en todo esto hay estudios de mucha importancia, estudios de química, de física, de biomecánica, de fisiología y, si queremos profundizar en el tema, no podemos dejar librada la preparación física del jugador al preparador físico exclusivamente. Tiene que haber un médico responsable y el preparador físico actuar de ayudante del médico. Entonces sí. Eso ya sería científico.

Pero aun en ese caso es mejor que el entrenador asuma esa responsabilidad. Porque tiene más experiencia, normalmente, que un preparador físico. Porque ha jugado, aunque esto no lo avale para ser entrenador. No es solamente eso. Sabemos que hay grandes cracks que no pueden dirigir. Pero el entrenador tiene claro qué es el fútbol, lo ha vivido como jugador, tiene experiencia

en vestuarios. Sabe qué necesita un jugador en cada momento. O tendría que saberlo, por lo menos.

C: Inclusive maneja otro criterio para la cantidad e intensidad de los entrenamientos, formado justamente, durante su experiencia como jugador.

M: Ése es otro tema importante. La cantidad y la intensidad de los esfuerzos. El objetivo. Qué es lo que se pretende con tal o cual ejercicio. Algunos creen que por entrenar dos horas por la mañana y dos por la tarde tendrán a su equipo mejor preparado.

Es como aquellos que tiran una pelota a la cancha porque está de moda entrenar con pelota, pero lo hacen sin criterio alguno. Vemos jugadores corriendo con la pelota en la mano, por ejemplo. ¿Para eso quieren la pelota? La pelota, cuando entra en el entrenamiento, tiene que hacerlo como lo que es, el elemento más importante.

La pelota debe estar para aprender a manejarla o perfeccionar su manejo, no sólo técnico, sino también conceptual. Saber contraanticipar, no dar pases incómodos.

C: Si partimos del presupuesto de que el futbolista no es un atleta sino sencillamente un futbolista que resuelve por su talento y no por su preparación física, debemos cambiar los parámetros para valorar las cualidades físicas. La velocidad, como ya hemos dicho, la resistencia...

M: La fatiga normalmente no viene —en la mayoría de los casos— por déficit de preparación física sino por errores técnicos o tácticos. Por dificultades del juego. Una cosa es correr detrás de la pelota sin poder agarrarla y otra tenerla. El primero terminará totalmente fatigado y el que dispuso del balón, fresco.

Pero yo quiero insistir en algo, para que lo dicho no sea mal interpretado. No rechazamos la preparación física. Yo hablo de un profesional y descarto que viene con una base elemental, una condición física básica para vivir en el deporte. Porque si nos encontramos con un jugador de 16 años y 40 kilos de peso, el asunto cambia totalmente. Habrá que darle amplitud física y los músculos necesarios antes de llevarlo a la cancha. Los músculos que necesita para jugar al fútbol, que tampoco son los mismos que precisa un boxeador, los de un remero ni los de un fondista.

A partir de ahí, entonces, yo estoy seguro de que con trabajos sacados de las acciones de un partido, el juga-

dor adquiere la preparación física suficiente para su oficio. Habrá que complementar algunos detalles, como elongación o flexibilidad, pero lo fundamental estará cubierto.

Claro, pasa que llegan al fútbol algunos aventureros, atraídos por la oferta económica que existe en algunos casos y por la repercusión que puede llegar a tener su nombre. Y empiezan a inventar y a disfrazar este aspecto con un ropaje científico que no tiene nada de científico. Compran cámaras de coches para saltar. Vienen otros y dicen que eso ya no sirve y hacen comprar palitos para zigzaguearlos y adquirir habilidad. Se van y vienen otros que exigen pelotas de rugby. Cosas insólitas y muchas veces hasta perjudiciales para la salud de los futbolistas.

Tampoco quiero negar a los preparadores físicos por los que tengo un gran respeto. Solamente quiero hacerles entender que el futbolista requiere una preparación acorde con lo que hace.

C: Es que preparar físicamente a alguien no quiere decir nada. Hay que saber para qué. A mí me parece que a nadie se le ocurriría entrenar a un tenista fuera del tenis el 90 % de su tiempo. En cambio no escandaliza que algunos equipos de fútbol estén cuatro días de cinco fuera del fútbol. Esto se da con menos frecuencia en la Argentina, pero es muy frecuente, por ejemplo, en España.

M: Aquellos entrenadores o preparadores físicos que equiparan el entrenamiento de un atleta con el de un futbolista equivocan el punto de partida. Tampoco un jugador de fútbol es un poquito de cada cosa, como he escuchado o leído por ahí. Dicen que es un poco fondista, otro poco velocista, saltador de vallas, etcétera. ¿Por qué no se les ocurrirá pensar que un jugador de fútbol es un jugador de fútbol?

Si soy pianista, sé música y puedo tocar la guitarra, la trompeta, el bandoneón, pero eso no significa que tenga que entrenarme tocando la guitarra, la trompeta y el bandoneón para agilizar los dedos.

C: Siempre que se habla de fundamentos futbolísticos como de lo más importante para un futbolista responden que, sin embargo, la garra es importante. Claro que es importante. Hace falta garra hasta para levantarse de la cama todos los días. Díganselo si no a un oficinista o a un albañil que tiene que ir todos los

días a un trabajo que no le gusta y encima le pagan una miseria. Eso se descuenta.

M: Yo creo que está suficientemente explicado que nosotros no queremos negar la preparación física, sino desmitificar un montón de cosas que causan errores. Errores que se cometen por falta de información o por comentarios equivocados que aparecen en revistas de prestigio. Conceptos que se dan por válidos porque salen de personajes famosos. Errores que se cometen a veces sin intención.

Para mí el concepto básico es que en fútbol no se conocen los límites para el rendimiento físico. Por características personales, hay jugadores que corren más que otros. Es cierto. Pero porque lo necesitan, porque tienen menos recursos técnicos.

Algunos me decían en Barcelona: «Si Schuster tuviera la fuerza de...» Y yo contestaba que no era posible porque él prefiere otra cosa. Él quiere crear. Creando es incansable. Si lo hacemos correr para recuperar la pelota, correr en marca personal, seguro que se cansa a los 10 minutos.

C: Si hasta ocurre en atletismo. Las marcas no sólo se consiguen con esfuerzo y muchas horas de entrenamiento sino haciendo que el atleta se sienta bien, a gusto en los entrenamientos, tal vez con menos horas de trabajo y no tanto esfuerzo. Sentirse bien disminuye la fatiga.

M: Eso en el trabajo es fundamental. Hacer las cosas con alegría.

C: A propósito recuerdo unas declaraciones de Carl Lewis a la televisión española (en enero del 85), que ayudan a clarificar esto de la preparación física. Le preguntaron cuántas veces se entrenaba a la semana y cuánto tiempo. Dijo que se entrenaba una hora (a lo sumo dos) por día, cinco días a la semana. «Creo que el 90 por ciento de los atletas exageran el entrenamiento», dijo Lewis. «Yo trato de mejorar la técnica, que es lo más importante, y el sprint». Y agregó algo sobre lo que estábamos hablando recién: «Yo en el entrenamiento me divierto. Lo paso bien. No es un sacrificio».

M: Claro, claro. Tiene que ser así. Lo otro es contraproducente. Estamos hablando de un jugador profesional, concientizado. No me vengan con que si lo dejamos librado a su voluntad no hace nada. Tal vez no haga nada un día o dos. Pero a la semana, solo, por necesidad, va a pedir trabajo o lo hará por su cuenta.

Yo he vivido más de un caso. Y quisiera decir a quienes van a ser entrenadores o preparadores físicos que mi punto de partida en el trabajo es confiar ciegamente en la nobleza del jugador de fútbol. Por origen, por clase social, por todo. Si un hombre se siente cansado, antes de decir que es por falta de entrenamiento, yo tengo que analizar todas las otras razones. Saber si duerme bien, si se siente bien psíquicamente, si come como debe, si está contento con lo que hace.

Yo nunca vi un equipo cansado ganando y jugando bien. Jamás. En cambio he visto al mismo equipo con pies de plomo, perdiendo 4 a 0 y sin poder tocar pelota.

C: Son motivos futbolísticos, por supuesto.

M: Sí, sí, todos motivos futbolísticos. Ahora, si después de analizar estas razones llegás a la conclusión de que existen otras por las cuales el equipo se cansa, entonces, vamos con las otras que pueden ser anímicas o físicas.

Y aquí surge otro tema con el cual hay que tener mucho cuidado. El de las pruebas a las que algunos someten a los jugadores para comprobar su estado físico. Los llamados tests. Lo digo porque yo tenía un preparador físico que quiso aplicar esas pruebas. ¿Sabés cuáles te digo, no? Correr en la cinta, la bicicleta...

C: Sí, sí.

M: Bueno, yo le dije que estaba bien que las aplicara, pero que él participara y le jugaba un café a que iba a estar entre los seis primeros. Él tenía en ese entonces 45 años. Y estuvo entre los seis primeros.

¿Cómo es posible que un hombre de 45 años, sin el entrenamiento de los jugadores, pueda estar mejor que casi tolo el plantel? Ésa era al menos la respuesta científica de las pruebas. Muy simple. Por amor propio. Él quería demostrar que podía. Que todavía era joven. En una palabra, había una motivación muy superior a la de los jugadores.

Los jugadores que están montados en la bicicleta, a la primera fatiga aflojan. Se sienten cansados y no le dan importancia a ese tipo de pruebas.

¿Qué hay que hacer? Motivarlos. Explicarles el significado de las pruebas. Decirles que no tienen que ver con su futuro futbolístico ni con la preparación física. Que solamente queremos comprobar su salud para ayudarlos a mantenerla o mejorarla.

Sin esa motivación, la ciencia de aquellas pruebas

(que son muy correctas y muy útiles) pierde todo su valor. Hay que saber para qué se hacen las cosas, los esfuerzos.

¿Por qué hicieron 16 personas una revolución en Cuba? Porque no eran mercenarios, porque luchaban por un objetivo claramente definido por el que valía la pena dar la vida.

¿Por qué cruza San Martín los Andes, tuberculoso como estaba? Motivado por la independencia que podía lograr para Sudamérica si alcanzaba su propósito.

Y en esto creo que puedo aportar algo. Tengo 25 años de experiencia jugando, entrenando, viendo partidos, estudiando, consultando a fisiólogos, médicos, a todo el que me pudiera enseñar cosas.

C: Yo vi a Ramón Díaz, en los entrenamientos previos al debut de Argentina en el mundial'82, y era asombroso con qué facilidad picaba y picaba sin mostrar ningún síntoma de cansancio. Y con qué rapidez. Y después, en el partido con Bélgica, parecía que estaba cansado.

M: Claro, como se daba cuenta de que no estaba jugando bien, parecía cansado. Y le sucede a muchos jugadores. Están jugando mal y se sienten sin fuerzas físicas. De pronto les sale una gran jugada y no paran de correr.

Queremos decir, por lo tanto, que la preparación física es importante, pero no lo más importante. No puede haber preparación física de un equipo de fútbol sin conceptos futbolísticos, sin motivación de los jugadores.

El hombre tiene que estar seguro de lo que está haciendo, sentirse feliz, tener objetivos claros. Entonces sí responderá físicamente.

C: Por eso no es cuestión de trabajar mucho ¿no? sino de trabajar mejor.

M: Seguro. A veces se escuchan exageraciones como ésa de trabajar dos horas seguidas con un plantel. Es imposible trabajar bien tanto tiempo y, además, seguro que perjudicará a los jugadores porque el campeonato es largo y terminarán —entonces sí y con razón— agotados. Pero no por los partidos sino por entrenamientos inadecuados.

Tampoco quiero descartar aquellos trabajos con muchas pausas. Por ahí algún día pueden servir. Como puede servir algún día ir a correr al bosque. Para romper la monotonía, como distracción.

Pero para poner el acento en lo más importante hay que pensar futbolísticamente.

C: Si resumimos un poco lo conversado hasta ahora, concluiremos que no es correcto asimilar al jugador de fútbol al de otro deporte para prepararlo físicamente. Que no podemos separar su preparación física de su preparación futbolística. Y que su condición física es el soporte para poder expresar lo que sabe futbolísticamente.

M: Además se pierde mucho tiempo preparando al jugador de fútbol físicamente cuando, en ese tiempo y desde otro punto de vista, se pueden hacer las dos cosas. Es decir ensanchar sus posibilidades técnicas y tácticas —que son fundamentales— y darle una adecuada preparación física con ejercicios sacados de las acciones de un partido.

Esto es más difícil que poner a un jugador a punto físicamente para que corra 90 minutos.

No se corrige al jugador sumando horas, se lo mejora trabajando mejor. Yo no mejoro a nadie haciéndole patear al arco tres horas seguidas. Lo mejoro enseñándole posiciones, perfiles, tiempos, sin necesidad de arriesgarlo a lesiones pateando tres horas. Se aprende más tirando al arco 15 minutos, con conceptos correctos.

C: Se adoptan actitudes irracionales, como esa moda de los tres turnos en pretemporada.

M: ¿Sabés por qué se exagera? Porque hay quien quiere ser más importante que el que juega. ¿De qué manera puedo ser muy importante siendo yo el dentista del club? Dilciendo que los jugadores deben ir todos los días una hora al dentista. Introduzco una novedad y soy el centro de atención. Y que no llegue a ganar ese equipo porque empezaremos a ver a los jugadores con la mandíbula dislocada de tanto abrir la boca.

Yo he entrenado equipos campeones, he visto entrenar a equipos en todo el mundo, he gastado años estudiando y profundizando el tema, y te puedo asegurar que los equipos que mejor funcionan, los que menos lesionados tienen, han sido y son justamente los que trabajan con absoluta moderación.

C: Como sabés, algunos equipos imponen la triple jornada para la pretemporada.

M: Nunca vi pretensión tan descabellada como ésta de querer en tan poco tiempo darle la base física a un hombre para que juegue 60 partidos en el año. La pre-

temporada breve es para introducir a los jugadores al trabajo, nada más. Se trata de organizarle un poco los días para que rompa con la rutina de las vacaciones. Más que la preparación física —por supuesto importante— lo que se busca en esos días es adaptarlo psíquicamente para una nueva temporada. Encontrar el grupo, el equipo, la solidaridad.

En la concentración de la pretemporada el hombre empieza a levantarse temprano, a readaptar su horario de comida...

C: Éste es un concepto completamente diferente al que suele manejarse para la pretemporada. La mayoría suele preocuparse por establecer las bases físicas para la competencia. Muy pocos ponen el acento en el aspecto psíquico.

Inclusive hay entrenadores que les dan indicaciones a sus jugadores para que trabajen en vacaciones.

M: Sí, sí, yo las he leído. Correr por las mañanas, hacer determinado tipo de ejercicios. También me parece excesivo. Yo creo que al jugador en vacaciones la única recomendación que hay que hacerle es que sea feliz. Que renueve las fuerzas anímicas que necesitará para el próximo ciclo.

C: Creo que lo que pasa es que no se tiene en cuenta al hombre. Se mira siempre al jugador de fútbol, su rendimiento como tal.

Y aquí se pone en evidencia, una vez más, que detrás de una visión del fútbol, que parece desligada de cualquier otra cosa, hay una inevitable visión del hombre, de la vida, de la sociedad.

Vos le decís al jugador: «No importa si no hace abdominales. Sea feliz, que es más importante». Y otros le dicen: «Haga abdominales y no perderemos tiempo». Tu concepto se refiere al hombre, el otro a los músculos del abdomen. La diferencia es clarísima. ¿Cambia con los jóvenes este concepto de preparación física?

M: No, el concepto no cambia, lo que cambia es el objetivo. Lo que primero tenemos que ver con los chicos es cómo nos llegan. A algunos les vendría bien comer, tal vez, y no hacer nada. A otros, fortalecer las piernas porque tienen dos cañitas que ni los sostienen.

El objetivo del equipo profesional que sale a la cancha es indudablemente distinto —en cuanto a preparación— que el de los chicos que empiezan.

C: Aunque tampoco hay que olvidar que se trata de preparar futbolistas, ¿no es así?

M: Claro... y no atletas o boxeadores. Hay que contribuir a su desarrollo integral —como decimos— con una alimentación apropiada, con días de gimnasio, con lo que haga falta, sin olvidar que estamos ayudando al desarrollo de un futbolista y no de un velocista de 100 metros.

También desde el punto de vista futbolístico —o estrictamente futbolístico— su preparación es algo diferente. Por ejemplo, no interesa la táctica en chicos que empiezan de esas edades. Tienen que asimilar conceptos: por qué jugar a dos toques, cómo jugar en distintos lugares del campo. Conceptos individuales. Nada de táctica, eso es circunstancial. Cuantas más cosas sepa un chico de 14 años, mejor se adaptará más adelante a las tácticas.

C: Para terminar con este tema, ¿vos crees que hay alguna relación entre correr más y jugar peor?

M: Ocurre que en fútbol las sorpresas duran poco tiempo. Lo que sorprende hoy, deja de sorprender mañana. Y la velocidad apareció como sorpresa, en una etapa de la historia del fútbol. Todos supusieron entonces que, detrás de la velocidad y como consecuencia de ella, estaban los triunfos. Y se olvidaron de la precisión. Pero eso fue una etapa. Yo creo que estamos volviendo poco a poco al equilibrio. Se ganó indudablemente en velocidad, pero se perdió precisión. Ahora hay que encontrar el punto medio. En fútbol, como en automovilismo, a veces la velocidad es freno. Por más velocidad que tengas en automovilismo si no frenás a tiempo no sirve ¿no?

C: Ya hablamos de una parte del entrenamiento que requería atención especial. Ahora tendríamos que referirnos al entrenamiento como actividad general diaria. Yo creo que aquí habría que establecer las pautas básicas. ¿Cuáles serían esas pautas?

M: En primer lugar, la absoluta fe en la búsqueda. Todo entrenador debe adoptar un ejemplo, un modelo ¿no?, y éste debe estar de acuerdo con el deseo de búsqueda. No puede ser exclusivamente el triunfo, el éxito. El objetivo debe ser armar un gran equipo. Los éxitos a veces no están en relación directa con esa búsqueda; de ahí que haya que tener convicciones muy firmes y saber muy bien lo que se quiere y por qué. El entrenador debe tener su manual interior, rescatado del fútbol que vio, del fútbol que siente, de la interpretación

que le dé ese fútbol; ahí comienza la tarea de preparación.

Mi manual personal dice que no hay táctica que no sea efecto de las individualidades. Por lo tanto el esfuerzo mayor lo dedico al perfeccionamiento —en primer lugar— de esas individualidades. Después las incorporo a un funcionamiento. Yo vengo diciendo que los jugadores tienen obligaciones y posibilidades. Por lo tanto hay que tener claro qué fútbol queremos jugar, para fijar las obligaciones. Esas obligaciones se basan en el orden y la disciplina que los jugadores deben respetar, para así poder desarrollar sus capacidades. Ésas son las pautas que hay que fijar inicialmente.

Después, empeñar el esfuerzo en encontrar la mayor cantidad de variantes cuando el equipo tenga la pelota. Pero hablábamos de las pautas básicas; yo creo que son ésas.

C: Saber con claridad qué es lo que se quiere.

M: Claro, lo primero que se debe encontrar es el equipo. Hay entrenadores que se preocupan demasiado por el adversario y no trasmiten a sus jugadores absoluta seguridad en lo que están haciendo. Los primeros que dudan son ellos y cambian constantemente las pautas.

De paso quiero decir que el entrenador debe prepararse intensamente para trabajar a su equipo en posesión de la pelota. En la recuperación no hay más que cuatro o cinco variantes. Marco en zona, marco al hombre, el pressing más arriba, más atrás, espero, hago hombre en zona... es decir, no hay mucho para inventar. No hay vuelo creativo en la recuperación. En lo otro sí hay un campo enorme para trabajar, para inventar, para crear junto con los jugadores. Además un partido se gana disponiendo de la pelota, no recuperándola.

C: O sea: la metodología del entrenamiento está en función de las pautas que se fijen, en razón de lo que el jugador va a hacer el domingo en el partido.

M: Por supuesto. Vamos a citar dos palabras que dan las bases para el funcionamiento de un equipo: velocidad y precisión. La velocidad, sin perder precisión, la vamos encontrando en la medida en que dispongamos de mejores individualidades. Y eso significa técnica e inteligencia. Esas dos cualidades le permiten a un equipo ser rápido que, como decíamos, no es lo mismo que correr velozmente. Entonces tenemos que trabajar en

la técnica y en la inteligencia. O lo que es igual, trabajar con pelota y con conceptos.

Y eso tiene relación con el esfuerzo físico porque lo que yo —como entrenador— tengo que lograr es que mi equipo gaste el 30 por ciento de las energías en recuperar la pelota, y el 70 por ciento jugando con la pelota. De esa forma obligo al adversario a una proporción inversa.

La forma de los entrenamientos —la metodología— será distinta sin duda de la que emplean los equipos que entienden el fútbol de otra manera.

C: Entonces la metodología depende del fundamento del entrenamiento. Y el fundamento, decimos, es preparar al jugador para lo que va a hacer el domingo y no para saltar vallas o levantar pesas.

M: Claro. El 80 por ciento del trabajo no puede estar sino estrechamente ligado al funcionamiento del equipo.

Otra cosa importante es la concentración que exigen los ejercicios que hagamos en los entrenamientos. No puede haber jugadores distraídos. Hay que trabajar pensando. Por eso el tiempo no puede ser excesivo. Yo digo que no puede pasar de los 45 minutos. A partir de ahí se hacen trabajos complementarios. No se puede trabajar concentrado y gastando energías físicas más de ese tiempo. Por eso cuando hablábamos de la preparación física, decíamos que eran absurdas esas sesiones de dos horas. Son esfuerzos inservibles porque todo lo que se hace sin pensar, sin sentirlo, es inútil. Si uno hace abdominales —por poner un ejemplo— es mejor hacer pocos pero sentirlos, notar la contracción de los músculos, el efecto del ejercicio, que hacer muchos pensando en que tengo que cambiar mi coche.

C: Con la pelota se encuentra también la alegría. El jugador se entrena con su elemento.

M: Seguro. La pelota debe viajar rápido, hay que ir a buscarla rápido. Trabajar en el entrenamiento como si tuviésemos una marca personal encima. Amagar antes de ir a buscar. En ese tipo de jugadas vamos a llegar a la velocidad límite sin perder precisión.

La pelota en los entrenamientos no puede ser un objeto de distracción. Hay que saber encontrar el punto justo en la entrega: ni tan floja como para que permita la anticipación, ni tan fuerte que no se pueda dominar. Tienen que saber los jugadores que, por cualquier equivocación, pasa a poder del adversario. Hay que aprender

a respetar la pelota. A darle todo el valor que tiene. Con la pelota nos divertimos, gozamos, y eso es muy importante. Hay que aprender a sentirla, a darle un trato muy especial, de cuidado... hasta de cariño.

C: Dentro de ese clima de alegría, el jugador debe trabajar concentrado y con continuidad, sin pausas prolongadas.

M: Los trabajos deben ser siempre anaeróbicos, sí, porque así es el fútbol.

C: ¿Y en cuanto al tiempo? Dijiste 45 minutos.

M: Aproximadamente. Tampoco hay un límite en los ejercicios para mejorar el funcionamiento del equipo. No obstante, la experiencia indica que si se llega a 40 minutos de un trabajo serio, de profunda concentración y esfuerzo, es un éxito. Recuerdo una anécdota con el Barcelona. Hacíamos un ejercicio en el cual se colocan cuatro defensas y un volante defendiendo una portería. Veinte o treinta balones en la mitad de la cancha. Del otro lado, cinco delanteros. Ellos empiezan a atacar y cuando el balón es interceptado o termina en gol, inmediatamente va el otro. O a veces los defensores lo recuperaban y los delanteros tenían que irles encima. En fin era un trabajo sin pausas prácticamente. De pronto veo que algunos jugadores empezaban a perder precisión o hacían los desmarques a destiempo. ¿Qué pasaba? Miro el reloj y había pasado una hora. Y ése puede ser un récord en este tipo de tareas. Habíamos sobrepasado los 40 minutos que era el tiempo que yo me había fijado. Como todo salía bien, la gente se entusiasmó, yo también y no nos dimos cuenta.

Por eso digo que el límite en este tipo de entrenamiento no es muy preciso. Depende del entrenador, del trabajo que hagan, de la capacidad de concentración, de muchos factores.

Lo que no sirve es ese tipo de trabajo donde los jugadores van conversando sobre lo que harán después del entrenamiento, sobre la última película. El jugador debe saber para qué hace tal o cual cosa. Si está convencido de lo que está buscando, trabajará mejor y lo aprovechará más.

C: En la convicción juega un papel importante la preparación psicológica.

M: Donde no sólo valen las palabras sino hechos que demuestren lo que uno dice. Es decir, si a un jugador le das una norma para que ahorre esfuerzos y él

comprueba que efectivamente es así, que le da resultado, se convence y cree.

C: Sin embargo hay equipos que no manejan más de tres cosas y tienen una fe increíble.

M: Ya es un mérito eso. Si esas tres o cuatro cosas las hacen con fe, seguro que hasta son capaces de ganar. Pero también es seguro que no será un gran equipo. Para ser un gran equipo hay que manejar varios conceptos y variantes.

C: De acuerdo, pero yo digo que ese tipo de equipo se convence más rápidamente de estar en lo cierto cuando, en realidad, tiene muy pocas cosas en las que confiar; en cambio, a los otros equipos, a los que procuran jugar bien y disponen de conceptos tácticos e individuales, les cuesta llegar a ese convencimiento.

M: Aquellos equipos llegan rápidamente al convencimiento si ganan, si los acompaña el éxito. Sin triunfos no pueden llegar nunca a convencerse de lo que hacen porque, lo que hacen, seguro que no les gusta. Los otros hacen lo que les gusta: jugar.

C: Y si lo hacen bien también ganarán.

M: No sólo eso, sino que durarán más como equipo y les dejará algo a ellos y a la gente.

Cuesta mucho jugar para formar el gran equipo y, al mismo tiempo, tener que obtener un resultado. Es como si estuviéramos preparando un coro y antes de lograr que las voces armonicen se permitiera la entrada del público. Es como dar el espectáculo antes de tiempo. Es una lucha permanente la que hay que mantener hasta alcanzar el funcionamiento que uno desea. Ahora, cuando lo logramos, ese convencimiento es para siempre.

C: Una búsqueda del estilo que también se da en otros deportes.

M: En boxeo, por ejemplo. ¿Qué le hubiese pasado a Ray Sugar Robinson, si le hubiesen pedido que fuese un boxeador aguerrido, un peleador como Marciano? Una vez que se consigue el estilo hay que morir defendiéndolo.

C: Todo esto forma parte de la preparación psicológica de la que estamos hablando.

M: Claro, para que un equipo que ha adquirido ya sus características propias y que dispone de muchas variantes para jugar, no caiga en heroicidades si está perdiendo un partido y faltan 10 minutos. Hay que saber que un partido no se gana en un minuto ni en dos, pero sí se puede perder.

Y recuerdo que esta reflexión la aprendí de Juan Manuel Fangio. Un día me tocó ver una carrera en el autódromo de Buenos Aires con «el Chueco» y me dijo: «Recién estuve hablando con los pilotos y les dije que la primera curva es muy difícil y muy complicada, que la pensaran bien, porque puede ocurrir un accidente. Y les recordé que una carrera no se gana en la primera curva, pero sí se puede perder. Algunos me miraron con sorna».

Largan la carrera y en la primera curva hubo un choque y quedaron como nueve coches fuera de competición.

C: Hay que insistir todos los días en este aspecto ¿no?

M: Y además avalarlo con una actitud en la vida. No solamente hablando se convence a la gente sino demostrando cotidianamente lo que se dice. Frente a sus jugadores, ante la prensa y, especialmente, en los momentos no muy felices que es cuando más hay que defender las convicciones.

Y no como algunos entrenadores que, cuando las cosas vienen mal, empiezan a decir que sus jugadores no lo entienden, no lo interpretan. Si es así se tiene que ir o, al menos, preguntarse si él se explicó bien.

C: Volviendo al tema de la metodología: no hay entonces una base que sirva para todos los equipos ya que cada uno trabaja de acuerdo con lo que pretende.

M: No hay una base de entrenamiento que sirva para cualquier cosa. Así es. La base puede servir para mantener al profesional en un estado físico adecuado. Pero con eso no se juega al fútbol.

C: Hay entrenadores que, en su afán por mejorar, buscan ejercicios hechos, libros con ejercicios para entrenamientos. Yo creo que son ellos los que tienen que inventarlos. Según lo que pretendan, se sientan 10 minutos con un lápiz y un papel e inventan varios. ¿No te parece?

M: Claro, los ejercicios de cada día los debe buscar el entrenador mirando a su equipo. Hay veces que un jugador gira mal, se perfila mal, no tiene capacidad de amague (porque el fútbol es un engaño permanente), y eso es lo que tiene que ver y ejercitar para mejorar. Así se corrigen los defectos en el terreno de juego donde el jugador puede comprobar lo que le decimos.

Los jugadores de mi equipo deben saber que en fútbol hay mensajes o códigos para resolver jugadas

colectivas que naturalmente sólo ellos deben conocer, porque si los saben todos dejan de ser útiles. Esos mensajes son como el lunfardo, inventado para poder hablar sin que los demás se enteren. Se trata de mentir. De anunciar que voy a recibir en la izquierda y girar a la derecha. Mi compañero debe saberlo. Y eso hay que entrenarlo.

C: Para los trabajos tácticos —o de funcionamiento, como quieras llamarlos— se usó en un tiempo el pizarrón como una forma de explicar teóricamente lo que se pretendía. Ahora se sigue usando, aunque menos. Vos, en cambio, trabajás un día antes del partido con los 11 titulares solos en el campo, frente a un rival «imaginario». ¿Por qué no usás el pizarrón?

M: No es que lo descarte totalmente. Tal vez lo use una vez o dos, para explicar algo a mi segundo entrenador o a un jugador. En esos casos me valgo del pizarrón. No lo uso para nada con todo el plantel ni con los titulares por varios motivos. Primero porque con el pizarrón no se tiene conciencia exacta de las dimensiones del campo y, por lo tanto, se pierde el verdadero significado de lo que se está diciendo. Si hablamos de una pared en el pizarrón, el jugador no sabe si la distancia entre los dos compañeros es de dos metros de cuatro o de 20. No hay perspectiva. Es mejor trabajar en el campo y ahí «dibujar» los movimientos que queremos explicar.

Lo hacemos con movilidad, con la pelota y en las dimensiones reales. Trabajamos, efectivamente, con los 11 titulares de ese partido y marcamos todos los movimientos para contrarrestar al rival, y en posesión de la pelota. Obligamos al jugador a concentrarse. Ya que no tiene rival enfrente tiene que imaginárselo según se lo vamos describiendo. Les decimos qué es lo que hace y marcamos las respuestas.

El pizarrón es estático. No me da la respuesta del equipo. En el campo la tengo. En el campo hay dinámica, está la pelota y veo cómo reacciona el equipo ante tal o cual respuesta táctica. Es mucho mejor que verlo en el pizarrón con fichas o con tiza pero no con jugadores y con una pelota de verdad.

Empezamos a jugar y hacemos todo lo que ensayamos durante la semana: tirar el fuera de juego, contrarrestarlo, pressing, jugadas de distracción, etcétera. Yo voy marcando todos los movimientos y animando como si estuvieran los rivales. Creo que es mucho mejor.

Bueno, estoy seguro, no es que lo crea. Lo he comprobado muchas veces ya, como para poder asegurarlo.

No quiere decir que todo lo que hagamos salga el domingo. Naturalmente. El fútbol es un juego y, por lo tanto, hay imprevistos. De todos modos la preparación individual facilita las respuestas de los jugadores ante circunstancias no previstas. Por eso yo dedico el 90 por ciento del entrenamiento al mejoramiento individual, y el día antes del partido a la táctica.

El jugador de fútbol tiene que tener puntos de referencia. Por ejemplo, si soy lateral, salgo con la pelota y no puedo ir para adelante, tengo que saber que detrás de mí hay un marcador central en el que puedo apoyarme. Eso es lo más importante para el funcionamiento de un equipo. Es quitarle posibilidades al azar. De otro modo, yo lateral miro atrás, no veo a nadie, y me acosan los contrarios; intento lo que me salga, cualquier cosa y termino perdiendo la pelota o tirándola a cualquier parte. Entonces, si además de ese marcador central que tengo atrás, sé que el puntero se tira al medio para dejar un espacio a uno de los volantes, puedo meter un pelotazo al extremo también y, con ese otro punto de referencia, acreciento mis posibilidades. Eso me facilita la tarea y mejora el funcionamiento del equipo. Es eso lo que hay que establecer, sobre todo.

C: Otro de los temas que anduvieron dando vueltas es el de la psicología en el fútbol. O mejor dicho, el de los psicólogos. ¿A vos que te parece este asunto?

M: Yo creo que el psicólogo es un recurso muy personal. Si existe un psicólogo en el equipo, se corta el diálogo con el entrenador. Porque el jugador le contará sus cosas al psicólogo y, si le cuenta sus problemas al psicólogo, es que no hay una relación afectiva con el entrenador. Falta capacidad en el entrenador. Por eso digo que me parece correcto el psicólogo como recurso personal para problemas muy profundos e, inclusive, el entrenador debe procurar encontrarle a ese jugador que de alguna manera lo solicita, un buen psicólogo. Pero como un miembro más del cuerpo técnico, no sólo es incorrecto sino perjudicial para las relaciones que debe haber entre jugadores y entrenador.

Al psicólogo se recurre como a cualquier otro médico especialista, como el gastroenterólogo, por ejemplo, pero eso no quiere decir que incorporemos a un gastroenterólogo al plantel técnico.

El entrenador tiene que tener la capacidad suficiente

para manejar la psicología del grupo. Y aunque no la tenga, el psicólogo no puede arreglar nada porque, si no tiene esa capacidad, lo mejor es que renuncie. Nadie puede reemplazar al entrenador en la relación afectiva que debe tener con los jugadores.

Aquí viene bien esa frase que creo era también de Hipócrates: el que tiene dos médicos tiene medio médico, y el que tiene tres médicos no tiene médico.

C: ¿Hablamos algo sobre las concentraciones?

M: Sí, porque ya hablamos de lo más importante en cuanto a las pautas para el entrenamiento.

Yo creo que las concentraciones un día antes del partido son positivas. El jugador prepara mejor su descanso está controlado o, mejor dicho, auxiliado en todos los aspectos, encuentra tranquilidad y puede —la noche antes— concentrarse más serenamente en el partido. Puede también —en realidad debe— compartir con sus compañeros sus inquietudes para, entre todos, mitigar tensiones. De la misma forma que se reparte el esfuerzo y el espacio en el campo, aquí hay que repartir responsabilidades según la personalidad de cada uno.

El lugar para la concentración —creo que no está de más decirlo— debe reunir las condiciones propicias: debe haber comodidad, silencio, intimidad. La alimentación debe ser similar a la que están acostumbrados los jugadores. No debe estar demasiado lejos del estadio. En fin, si el jugador está concentrado se supone que es para proporcionarle el clima previo que necesita.

Los otros tipos de concentraciones... bueno, yo creo que no son necesarias, pero tampoco las descarto.

C: ¿Cuáles?

M: Las que se hacen en vez del sábado, el jueves por ejemplo. No las descarto porque a veces pueden ser necesarias. Cuando existe algún tipo de dificultad que hay que aclarar en el plantel... No sé... cuando las cosas no salen bien: como recurso. La necesidad de una concentración tiene que ser compartida por los jugadores. Primero hay que explicar su necesidad y después lograr el acuerdo de todos para concentrarse tres o cuatro días en una ocasión determinada. Entonces puede ser... Creo que sobre esto no hay más que decir ¿no?

C: Lo más importante, me parece, es el concepto totalmente diferente al que se suele argumentar para concentrar a los jugadores. Generalmente es una especie de control policial inmediato el que se trata de hacer con las concentraciones.

M: Ah... sí, sí... es una falta de respeto, claro. En ese sentido hay otra falta de respeto absoluta: el control antidoping. Si es que quieren hacer controles. Yo no sé por qué se obvian otras actividades donde se requiere un esfuerzo físico o mental tan o más importante que la futbolística. ¿Por qué no controlan a los artistas? ¿O a los escritores? ¿O a los políticos? ¿O es que los políticos no precisan una lucidez extrema en las sesiones del Congreso, donde a veces prolongan su actividad horas y horas?

¿Por qué eligen sólo a los deportistas? Es algo que los jugadores no deberían permitir nunca. ¿Quiénes son los que pueden juzgar a un jugador de fútbol que va a dar un espectáculo?

C: Bueno, pero vos sabés que el doping existe.

M: Claro que existe. Pero la única manera de terminar con el doping es a través de la cultura, de la información, de la educación. Nunca por medio de la represión. Con la represión no se soluciona nada. Nunca.

C: Nos olvidábamos de las concentraciones después de los partidos.

M: Mirá, personalmente creo que el jugador después del partido necesita recurrir a sus seres queridos, puede ser un amigo, su mujer, su padre, un hijo. Para compartir ya sean los triunfos o las derrotas. Otros tal vez no. Algunos quizá prefieran pasar las horas siguientes a un partido con sus compañeros. Por eso me parece lógica la idea de hacerla optativa, no obligatoria. El que quiera ir podrá hacerlo. El que no, podrá irse a su casa. Eso me parece una idea brillante para después de los partidos. Una gran alternativa. Lo que no entiendo es la concentración obligada después de los partidos. Un profesional de primera división, no necesita a nadie que le cuide sus horas de descanso después del partido. Si así fuera, estamos perdiendo el tiempo con él. Hay que detectarlo y no contar más con él.

C: En cuanto a la organización del trabajo del entrenador, me gustaría saber qué opinás sobre la programación del entrenamiento. Hasta dónde se puede programar y qué margen queda para la creatividad del entrenador.

M: Yo creo que no debe programarse. Se bosqueja una idea, que puede ser modificada sobre la marcha, de acuerdo con la respuesta de los jugadores. A veces uno prepara un día de trabajo, se encuentra en la cancha con los jugadores y no obtiene respuesta.

Y si no hay respuesta perdemos el tiempo. Es como cuando uno quiere leer un libro y tiene la cabeza en otro lado. Por más que se pase leyendo todo el día no entiende nada. De modo que yo opto por bosquejar una idea de desarrollo semanal...

C: ¿Semanal? De ninguna manera más allá de la semana, ¿o sí?

M: Bueno... hay una idea del año, pero el programa es semanal. Yo digo que es semanal. En fútbol es muy difícil prever lo que puede pasar mañana. Por eso se bosqueja un programa para una semana. Después, semana tras semana, se va acelerando o reduciendo. No hay ningún punto de referencia para decir «vamos a trabajar tres meses de esta manera, los otros tres de esta otra y los tres restantes de otra». Por supuesto que hay un lineamiento anual porque se trabaja sobre un calendario. Es decir, hay un estudio de las posibilidades que tenemos de trabajo. De días, de horas; si somos locales o visitantes; de viajes, etcétera. Ahora, preparar los entrenamientos diarios de un mes, me parece absurdo.

C: En cuanto al talento, en fútbol como en todo, se suele opinar que es innato. Yo, sin embargo, opino que puede ejercitarse. ¿A vos qué te parece?

M: Pienso lo mismo. Y digo más, no existe el talento sin ejercitación y sin posibilidades de mejoramiento. El talento es una predisposición del individuo para desarrollar un tipo de actividad, pero no termina ahí. Al contrario, empieza ahí.

C: ¿Y cómo ejercitamos el talento?

M: Planteándole problemas.

C: Es decir... poniendo al jugador en situación de resolver. Haciéndolo pensar.

M: Indudablemente. Haciéndolo pensar. Planteándole todas las variantes en lo individual y en lo colectivo que tiene la competencia. Dándole conceptos. Y poniéndolo en los entrenamientos en situaciones de apremio, las mismas de la competencia. Él tiene que encontrar respuestas a esas situaciones.

C: En algunos libros de fútbol uno suele leer, que al inicio de la temporada el entrenamiento debe ser de una manera, en la mitad de otra y, al final, también diferente. ¿Vos creés que es así, realmente?

M: Diferente es siempre. Todos los días. Pero en cuanto al inicio, mitad y final, creo que no, que no es así. En la pretemporada se marcan las partituras, de

qué manera vamos a intentar jugar. Y para esto nunca hay fin ni principio ni medio. Más tarde, la exigencia de la competición va aportando datos y se trabaja con esos datos hacia el objetivo, lograr el gran equipo, como hemos dicho.

C: ¿Y en la parte física? Si es que se puede distinguir...

M: Lo mismo. Bueno... primero se descartan los factores ajenos a lo específicamente físico: hay que ver si tácticamente estamos jugando bien, si no hay otros problemas, otras tensiones: en fin, lo que hemos hablado.

C: Hay una vieja idea tuya sobre la cantidad de días semanales que debe entrenarse un equipo. Me gustaría que las expusieras.

M: Sí. Yo digo que si alguna vez logramos cambiar la sociedad y el fútbol termina siendo para el jugador la segunda casa —como debería ser el trabajo de cualquier hombre— entonces en buena hora estaremos todos los días de la semana en el fútbol. Eso no significaría sacar al hombre de su ámbito natural de vida, porque continuaría viviendo en «su» casa, viviendo de lo que produce. Entonces sería muy lindo ir todos los días al entrenamiento, verse con los compañeros. Pero el fútbol profesional —tal cual está conformada la sociedad en que vivimos— soporta un clima de agresión permanente, una pérdida de intimidad, una competencia a veces exagerada y mal entendida que produce tensiones, cargas contraproducentes para el jugador. Por eso necesita aliviar esas tensiones, estando con sus amigos, con sus familiares.

Yo creo que, además, desde el punto de vista físico exclusivamente, con tres días a la semana alcanza y sobra. Naturalmente, si logramos que los jugadores entiendan el estilo y la manera de vivir esta profesión, tal cual la entendemos nosotros.

C: También —no sé si es idea tuya, pero al menos la compartís— vos preferís trabajar el lunes y dar descanso los martes, ¿no es así?

M: Sí, sí. Bueno, yo prefiero entrenar los lunes porque se acelera la semana, hay una comprobación rápida de todo, hay una respuesta más reciente de lo ocurrido el día anterior, en el partido, y es más fácil comentarlo. También porque estamos más cerca en el cuidado del jugador, si hubo lesiones, golpes. Además, el martes el

jugador puede vivir más intensamente la intimidad de sus cosas, porque el lunes ya lo descargó todo, ya lo olvidó todo si es que hay algo que olvidar y ya entra más sereno para otras actividades que, como integrante de la sociedad, debe desarrollar.

Así, con toda seguridad, el miércoles también vendrá al entrenamiento con otra disposición.

C: Entonces quedarían miércoles, jueves y viernes, ya que el sábado es el día del táctico.

M: Sí, así dispondríamos la semana. Claro, hay que tener en cuenta que en ciertos lugares o países no podemos romper con las costumbres de buenas a primeras. Hay que ser prudentes y, a veces, ir lentamente convenciendo a la gente para que comprenda que lo que proponemos es mejor. Hay razones científicas que pueden avalarlo.

C: Terminamos con el descanso, si te parece. El descanso forma parte de la preparación del jugador. Y existe quien lo suele planificar.

M: Acá hay una cosa que hay que destacar y es la libertad. Para hacer debido uso de la libertad hay que tener una cabal interpretación de su significado. No se trata de hacer lo que a uno le dé la gana.

Hay que utilizarla sin perjudicar a los demás (implica mucho más que eso, pero no es el momento de tratarlo), sin que perturbe una etapa de trabajo.

C: La libertad implica responsabilidad. Sin responsabilidad no hay libertad.

M: Y para eso hay que educar al jugador, hay que prepararlo porque viene de muchos años donde le han negado (aún le niegan) la libertad que le pertenece.

Cuando terminé una temporada en el Barcelona —un final muy duro donde ganamos dos copas en finales al Real Madrid— me pidieron que hiciera una hoja de recomendaciones para los jugadores que se iban de vacaciones. Yo pedí reunirme con ellos, pero me dijeron que algunos estarían con la selección, otros lesionados, en fin, que se acostumbraba a dar una hoja. Y me trajeron las que habían escrito anteriores entrenadores. Y quiero que esto se entienda porque no se trata de agredir a nadie ni de buscar polémicas tontas. El propósito es aportar algo para mejorar nuestro trabajo (lo es el de todo el libro, por otra parte). Yo las leía y no podía creer que incluyeran ejercicios, carreras, gimnasia, juegos. Yo pensaba «pero esto es una locura...».

Las recomendaciones que hay que hacer es que sean felices, simplemente. Porque si un profesional no entendió cómo debe vivir un deportista, cómo debe cuidarse, cómo debe divertirse... no lo vas a corregir o a educar con un papelito. Es ridículo. ¿Por qué no apelamos al sentido común? Después de todo no es tan complicado.

Di Stefano. *(Archivos del Mundo Deportivo).*

Fútbol infantil y juvenil

CAPPA: En la formación de un futbolista influyen varios factores; la historia futbolística del país, la emulación, el concepto predominante, la orientación que haya recibido en los primeros años de competencia oficial y otros más ¿no es así?

MENOTTI: Sí, por supuesto, los maestros son a veces decisivos en esos momentos.

C: Aunque en realidad, antes está lo que aprende en el potrero.

M: Mirá, con esto del potrero hay que hacer una aclaración. Yo oí decir que se había acabado el buen fútbol porque se acabaron los potreros y no es así. Para nosotros el potrero era el lugar predilecto donde el chico jugaba al fútbol. Pero bien puede ser la canchita del barrio, el patio del colegio, una esquina. Es el lugar donde el chico va, sin otro compromiso, a un juego que lo apasiona y le permite expresar un modo de sentir.

No es cierto que en el fútbol argentino empezaron a mermar los jugadores habilidosos con la desaparición de los potreros. Eso ocurrió a raíz de la equivocación que se produjo en los encargados de elegirlos en los clubes. Empezaron a preferir a los altos, grandes y fuertes.

Despreciaron el talento, la habilidad, la técnica, la imaginación, que es lo que deben buscar para la formación de buenos jugadores.

En todos los barrios hay canchas, todavía se conserva lo «genético», lo histórico, pero la falta de grandes jugadores obedece al deterioro de la conducción: dirigentes y entrenadores.

A los cracks hay que formarlos, hay que hacerlos, es falso que se encuentran por la calle. Lo que pasa es que muchos no quieren emplear el tiempo necesario —o no tienen la capacidad suficiente— y van a lo rápido, al

chico de 1,80 y 75 kilos a los 14 años, para que les gane el campeonato haciendo goles de cabeza.

C: Eso que acabás de decir, que los cracks se hacen, creo que es muy importante porque todo el mundo dice que los grandes jugadores nacen.

M: Sí, hay un talento, una predisposición natural, una habilidad, digamos, pero el resto es formación.

C: Yo también opino así. El hombre no nace nada, ni futbolista ni tenista, médico o carpintero. Nace en un contexto, con una historia, y con ciertas predisposiciones. Pero si un deportista nace en Suecia casi seguro será tenista y, si nace en la Argentina, tiene más posibilidades de ser futbolista.

M: Claro, porque hay más facilidades para ese deporte que para otros. Nosotros, deportivamente, somos de fútbol. El chico empieza a los tres años a escuchar al padre que cuenta anécdotas de grandes futbolistas, al tío, a los amigos y continúa viviendo en ese clima, impregnándose de esa historia.

Por eso es tan importante defender la historia, conocerla, porque son las raíces a partir de las cuales continuamos una línea, seguros y respaldados.

C: Sin raíces no se puede crecer. Es una verdad tan simple que parece inútil decirla. Pero muchas veces es ignorado en la práctica.

M: Claro, esto es en términos generales lo que racionalmente hay que buscar, porque por ahí aparece algún crack en lugares sin tradición futbolística, como Mágico González en El Salvador, pero son excepciones. O como puede aparecer un tenista en la Argentina; o un golfista.

Lo que ocurre normalmente es lo otro, es la continuidad de una tradición. Borghi, Reinoso, Percudani, son la continuación de Moreno, Pedernera, Ermindo Onega, Sívori, Maschio.

C: Podemos decir, entonces, que en el potrero o el lugar que lo reemplace, se empieza imitando a los grandes cracks.

M: Es lo que se ha visto directamente o lo que se supone por lo que cuentan los mayores. Reinoso y Ramón Díaz son de La Rioja y, evidentemente, no vieron jugar a Moreno, a Pedernera ni a Sívori. Tal vez ni a Bochini hasta que no llegaron a la capital. Pero se nutrieron, seguramente, de toda la historia verbal que había en sus pueblos. Alguien que alguna vez fue a la capital y vio jugar a Sívori, estuvo meses después, contando las jugadas de Sívori con tanto cariño, con tanta

admiración que los demás las viven sin haberlas visto. Son la tradición y las raíces. La emulación ha sido lo único que en fútbol ha permitido la evolución, no como algunos creen, lo que se ha escrito. La emulación es lo más importante en el aprendizaje del fútbol.

C: Y los entrenadores ¿qué papel juegan?

M: Aparecen cuando el futbolista llega a una edad en que debe empezar a entender las obligaciones, perfeccionarse. No obligaciones para limitar su talento, todo lo contrario, obligaciones que faciliten la creatividad, que le permitan crecer.

C: Podemos decir, pues, que en principio se aprende jugando e imitando.

M: Sí, eso es lo que tenemos que rescatar de esa primera etapa: la alegría que sienten de jugar y la libertad para hacer todo lo que imaginan.

Ahí es cuando se sueña con hacer el gol de Di Stefano que contaron los mayores o que salió en una revista. Eso es lo que hay que proteger en los primeros años del futbolista. Y hasta incentivar.

Pero ocurre que el chico empieza a perder esa libertad para jugar y crear, si ingresa a un club a los 12 o 13 años, y empieza a depender de un entrenador o de una institución, que le dicen que lo más importante es ganar y limitan sus posibilidades creativas.

C: Y le quitan también dos atributos de esa libertad como son la picardía y el atrevimiento.

M: O le cambian el concepto de picardía. Confunden picardía con trampa, y los hacen jugar al límite del reglamento con tal de ganar. La otra picardía, la que se trae del potrero, es la propia del juego, la que surge de amagar una cosa y hacer otra. La que —inclusive— marca un estilo. Eso, que nos identificó a través de los grandes jugadores que nos pasearon por el mundo. En una época, decir argentino, era decir fútbol. Pero ese prestigio se fue perdiendo a fuerza de confusión.

C: Tendríamos que hablar de cómo funcionan actualmente las divisiones inferiores y para qué tendrían que servir.

M: En este momento, las divisiones inferiores son, en un alto porcentaje, trampolín de entrenadores que no tienen claro el concepto de búsqueda del jugador.

No hay que ser un genio para darse cuenta de que el entrenador más importante de un club, es aquel que encuentra Butragueños y los pone en los equipos. Después están los otros que los ayudan a crecer. Este es

el mejor trabajo en divisiones inferiores. Jugadores de ese estilo, como Sívori, son los que ganan los partidos y, además, los que forman el patrimonio de los clubes, porque son los que se cotizan en millones de dólares. Entonces eso es lo que hay que tener como objetivo y no el balance de títulos ganados.

Por lo tanto, ¿a quiénes tenemos que buscar? A aquellos chicos que tengan más habilidad, más condiciones técnicas, para que desarrollen toda su imaginación y todo su talento. Hacerlo con paciencia, atravesando todas las etapas, acompañándolos en su crecimiento. No apresurarlos, no comprometerlos ni abrumarlos con la obligación de ser campeones de 7.ª división porque ese título ¿para qué sirve?

C: En el peor de los casos para limitar su desarrollo, porque no los dejan ensayar, crear. Y jugando, sólo jugando se aprende.

M: Claro, les hacen perder la posibilidad de desarrollarse porque los obligan a que crezcan pensando en que tienen que ganar el partido de cualquier manera.

Hay que tener en cuenta que, a través de la emulación, si elegimos a los habilidosos, se contagiarán los menos hábiles. Todos los que hemos jugado sabemos que se puede aprender a hacer una gambeta, a tocar de determinada manera la pelota y hasta a hacer un amague.

Ahora, si nosotros empezamos a despreciar jugadores, y nos quedamos con uno o dos (porque, a pesar de todo, siempre se necesitan uno o dos talentosos para ganar) y todos los demás crecen con poca técnica, contagiaremos la mediocridad a los más capaces. En divisiones inferiores, tal vez podamos imponer el físico, pero después no ¿eh?, después con eso no alcanza.

Si en divisiones inferiores el único objetivo es el resultado, muy difícilmente se pueda aportar algo al fútbol. Nosotros, al formar las selecciones juveniles con Duchini buscábamos siempre a los más habilidosos. No nos importaba el equilibrio. Teníamos muy claro que, a esa edad, había que marcar una línea muy definida. Por eso las dos o tres selecciones juveniles que conduje han marcado un estilo de fútbol. A tal punto que aquélla de Japón provocó el milagro de que el país entero se levantara a las seis de la mañana para ver jugar a un equipo juvenil. Además no creo que otro equipo en los últimos 20 años (ni de los mayores) haya jugado ese

fútbol alegre y virtuoso que hizo el juvenil argentino en Japón.

¿Por qué lo del estilo? Hay que volver al tema de la representatividad. Estábamos representando a la escuela de fútbol argentino. Y teníamos que demostrarles a los chicos menores aún de 18 años, a los de 15 que, con ese fútbol, con esa escuela, ellos podían hacer lo mismo en el futuro. Que con ese fútbol también se podía ganar.

C: A propósito de nuestra tradición futbolística, te acordarás de que en el barrio, el pibe más respetado era el más habilidoso.

M: Sí, es que siempre el tipo que tiene arte (en cualquier deporte o actividad) produce una emoción muy particular. Es lo que más se respeta, por más que por ahí surja algún campeón hecho a base de esfuerzo físico. Pero lo que más queda y lo que más se respeta es el talento. Hay jugadores de fútbol que producen una explosión de júbilo en las tribunas con sólo parar la pelota y otros que, por más que hagan 200 goles por año, jamás arrancarán el ¡Ohhh! de la gente.

C: No hay una edad determinada para empezar a inculcar conceptos en divisiones inferiores, ¿no?

M: No. No hay una edad. Depende de las respuestas que se encuentren. Los jugadores van creciendo y madurando de forma muy dispar. No hay uniformidad. Hay jóvenes de 14 o 15 años a los que todavía no se les puede recargar de responsabilidades porque no han definido aún su personalidad. A ésos, entonces, más vale dejarlos libres, acompañarlos, ayudarlos a que mejoren. En cambio otros chicos a esa edad ya están definidos y, por lo tanto, ya se los puede —inclusive— hacer alternar en primera. Ya pueden entrar en la etapa de las obligaciones.

Yo creo que las divisiones inferiores sirven porque, de alguna manera, hay que meter al chico dentro de un orden. Es decir, de tal edad a tal otra, en una división, después en otra, para formar ese escalonamiento necesario hasta la primera.

Al margen del escalonamiento y, ligado estrechamente al conductor del primer equipo, debe haber un hombre que trabaje con una selección de los mejores. Y para esos chicos elegidos no hay edad que indique por sí misma qué es lo que hay que hacer. Esto está sobradamente demostrado. Alfredo Di Stefano, por ejemplo, llegó a concretarse como el crack que fue a una edad

muy avanzada. Tenía 27 años cuando llegó al Real Madrid. Hasta entonces había sido un gran jugador de primer nivel, naturalmente, pero a partir de ahí se convirtió en uno de los grandes de la historia del fútbol. Y Pelé, en cambio, a los 16 años ya había jugado y ganado un mundial.

C: Hay otro detalle en cuanto a los conceptos. Algunos creen que es diferente lo que debe enseñarse en divisiones inferiores. A mí me parece que los conceptos futbolísticos son los mismos a cualquier edad.

M: Seguro. Hay chicos de divisiones inferiores que a los 15 años pueden aportar al manual de un entrenador cosas que no saben jugadores con 10 años en primera. Con los que hay que esperar, tal vez, es con los conceptos para un funcionamiento colectivo porque es posible que algunos no tengan las condiciones físicas necesarias. Hay chicos que a los 14 años no pueden manejar todavía las dimensiones del terreno de juego, que necesitan una capacidad física distinta.

C: La formación individual debe incluir las convicciones, ¿no te parece? Es decir, por qué se juega y para qué se juega.

M: Es fundamental. Sobre todo en este fútbol donde la sociedad ha modificado los valores. Tenemos que hacer entender lo importante de la representatividad.

C: Volviendo a lo estrictamente futbolístico, yo creo que habría que ir acompañando el desarrollo físico de los chicos. Hacerlos jugar en canchas más pequeñas, con balones más pequeños, menor tiempo y con arcos más pequeños para, a medida que van creciendo, ir aumentando progresivamente las dimensiones. En algunos países ya lo aplican y a mí me parece una medida acertadísima.

M: Claro, claro. Si no, en primer lugar, pierden el cariño por el fútbol porque, en grandes dimensiones, no pueden expresarse. No tienen capacidad física para moverse en espacios de 120 por 65. Entonces se trampean gestos para poder hacer las cosas normales.

C: Se desvirtúan gestos técnicos y conceptos tácticos.

M: Claro. Porque se produce un acostumbramiento peligroso y, además, no desarrollan lo más difícil del fútbol: el trabajo en espacios reducidos. El fútbol es el manejo del espacio y del tiempo y, si se desvirtúa uno de esos factores, el cambio es importante.

C: Además de reinar una mala organización, tam-

poco están los mejores entrenadores, los más capaces en las divisiones inferiores, entre otras cosas por una razón de economía.

M: Algunos porque no están preparados, porque la sociedad les trastoca los valores y prefieren dar mayor importancia a su vanidad personal, aparecer en los diarios y ganar más dinero. Otros porque realmente no encuentran las condiciones. Ven en las divisiones inferiores una despreocupación total, un abandono total y no pueden trabajar. Por eso no llega la cantidad de jugadores que en inferiores apuntan a cosas mayores. No llegan porque no están dadas las condiciones para que así sea y la mayoría queda en el camino. Y fijate que el doctor Oliva me decía algo muy importante al respecto. Los que llegan a primera división en la Argentina es porque tienen un físico privilegiado. Han superado por sí solos todos los peligros, todo lo que atenta contra su salud: la falta de alimentación, de higiene, de cuidados. Y han vencido a los malos dirigentes, a los malos entrenadores, a la pésima organización. Los que superan eso, que es mucho, tienen una capacidad innata increíble. Hay una base importantísima por la que debemos luchar: un joven sano. Por eso hablamos de la importancia enorme que tendría el aporte de la ciencia. No para quitar la espontaneidad, la riqueza de la creatividad, el gusto por el juego. Al contrario, para favorecerlos, para ayudar al talento.

Estamos pensando en el fútbol del futuro, que ya no será en los potreros. Nosotros imaginamos la ciudad sin villas miseria, sin potreros de vidrios y latas. Imaginamos el fútbol en los colegios, en las fábricas, en canchas de clubes, con entrenadores preparados, con buena organización.

Los dirigentes

CAPPA: Vamos a hablar de los dirigentes del fútbol y, para comprender el problema, debemos enfocarlo con amplitud si queremos obtener una explicación racional. De otro modo caeríamos en la crítica personal, en la anécdota de decir que Juan es mal dirigente y Pedro buen dirigente, ¿no te parece?

MENOTTI: Sí, claro, porque nuestra intención no será referirnos a tal o cual dirigente en particular.

C: Otra cosa que hay que aclarar es que enfocaremos el tema desde la problemática de los dirigentes en la Argentina.

M: De acuerdo, porque es el que conocemos más profundamente y más de cerca.

C: Bueno, entonces yo empezaría diciendo que las relaciones predominantes en la sociedad, entre dominadores y dominados, también las encontramos en sociedades deportivas como los clubes de fútbol. No es una actitud consciente y premeditada, por supuesto, sino la respuesta de una experiencia vivida, algo que podríamos considerar «espontáneo» y que hasta creemos natural. En su gran mayoría, los dirigentes pertenecen a la clase dominante, por situación económica y por posición social. Por su parte, los jugadores y la casi totalidad de los socios pertenecen a la clase dominada que, eufemísticamente, llamamos «menos pudiente». Es decir, y para simplificar, unos que mandan y deciden y otros que obedecen.

M: Está muy claro.

C: Nosotros ya hemos visto cómo llega el jugador al profesionalismo, cómo interpreta y qué significa el fútbol para él. Las preguntas que tenemos que hacernos ahora son: ¿Qué interpretación del deporte tienen los dirigentes? ¿Qué es el deporte para los que mandan?

¿Qué significa el fútbol para ellos? ¿Por qué se acercan al fútbol? Entonces veremos claramente las contradicciones.

M: Sí, clarísimo. Lo que ocurre es que yo opino que ni aun dentro de este profesionalismo de una sociedad capitalista, ni aun aceptándolo todo, los dirigentes son eficaces. No tienen capacidad para conducir el fútbol ni siquiera desde esta perspectiva.

Desde otro punto de vista, lo primero que habría que exigirles es la defensa de los sentimientos que representa el club y, de ahí en adelante, el manejo en cierta medida empresarial. Pero ocurre que los dirigentes del fútbol argentino fracasaron desde todos los puntos de vista posibles. Es como si alguien es representante de Frank Sinatra y fracasa o si alguien trae a Serrat a la Argentina y pierde dinero.

Acá los dirigentes no sólo han perdido dinero con la actividad que mayor poder de convocatoria tiene en el mundo, sino que han destrozado instituciones. Y lo tenían todo: demanda (porque el público argentino es apasionado del fútbol), materia prima (porque jugadores sobran), y lugares de trabajo (porque acá hay estadios como en ninguna otra parte del mundo). Con todo eso a favor, fracasaron y hundieron instituciones. No han tenido ni la capacidad de manejar el club como negocio: y la mayoría se ocupa de negocios.

Han deteriorado tanto nuestro fútbol que cualquier país sin historia futbolística se lleva jugadores argentinos. Como el caso de Bolivia. Hay que decirlo porque es histórico. Marca el momeno de mayor deterioro del fútbol argentino. Bolivia acaba de llevarse a Hoyos que viajó con el plantel juvenil campeón del mundo al Japón. No es que Bolivia no pueda llevarse algún jugador. Es que lo hace aprovechando la decadencia total de nuestro fútbol. Porque le paga más, o le paga simplemente. Y eso en un fútbol que, históricamente, no tiene el nivel del argentino es inadmisible. Se supone que al no tener el mismo nivel, tampoco tendría la misma disponibilidad económica. Pero no es que tenga la misma capacidad económica, como para llevarse jugadores, tiene más. Quiero decir que en la Argentina llegamos a un estado de catástrofe. Los dirigentes del fútbol argentino, lo han llevado a un estado lamentable. Y lo que vos decís es cierto. Pertenecen casi todos a la clase dominante. Algunos tal vez no por origen, pero sí por opción.

C: Sí, el origen define, pero no siempre. Y lo importante es la opción. Por ahí habrá algún dirigente que, por origen, pertenece a la clase social dominante, pero opta por los valores del pueblo y trabaja con él.

M: Claro, están esos dirigentes argentinos que han hecho muchas cosas. Como también en política y, dentro de una política de derecha que ha prevalecido en la Argentina, se han hecho cosas. Pero se han hecho porque el obrero las exigió en la calle.

Y en fútbol, la respuesta social de las grandes instituciones, se ha debido siempre a la presión de dirigentes de base, que representan a la barriada del lugar. Presión por necesidades deportivas, como tener básquetbol, equipos juveniles de fútbol o de vóley. Y esos dirigentes de base son los que no trascienden, los que no se conocen nunca. Pero nuestra problemática es otra. Nosotros analizamos a un dirigente de fútbol profesional en un país capitalista. Y digo que ahí, como ejecutivos, han fracasado.

Y lo peor de todo es que han arruinado a los clubes sin ningún perjuicio personal. Han arruinado a una empresa, patrimonio del sentimiento de la gente que hicieron los socios, los hinchas. Y han disfrutado de una impunidad irritante. Porque si vos producís una catástrofe económica en una empresa cualquiera, te echás a la justicia encima. Acá resulta que dirigen un club, firman lo que firman, se van debiendo 5 millones de dólares y no pasa nada. Viene otro, compra a Fulano, le da pagarés, documentos, y no le paga ni a él ni a nadie. Y tampoco pasa nada. Dejaron a los jugadores en una situación económica deprimente, las canchas vacías, los clubes fundidos. Pero no pasa nada.

C: Vos dijiste que el fútbol es profesional porque vivimos en una sociedad capitalista. Pero yo pienso que en cualquier tipo de sociedad es una profesión, un modo y un medio de vida.

M: No, no, pero yo dije profesional en otro sentido. Es decir, en una sociedad capitalista el jugador necesita ganar mucho dinero porque no tiene aseguradas las mínimas condiciones de supervivencia para cuando deje de jugar. Como no las tienen garantizadas tampoco los obreros ni los trabajadores en general.

En cambio, en otras sociedades donde también es una profesión, no es necesario acumular grandes cantidades de dinero porque tienen, todos, las condiciones no sólo para sobrevivir sino para crecer y desarrollarse.

En una sociedad un poco más evolucionada que la nuestra, aun dentro del sistema, todavía se respeta a las figuras, porque a los otros ni hablar. A los otros ninguno los tiene en cuenta. Pero por lo menos a aquellos que han prendido por su trayectoria en los sentimientos populares, si bien utilizan también su nombre y su prestigio, al menos les hacen un partido de homenaje, lo conservan como a un prócer dentro del club, como a veces ocurre en España, por ejemplo.

C: Bueno, pero ésos son muy pocos... una minoría.

M: Son algunos, no alcanzan ni a minoría. Los otros, la gran mayoría, quedan desprotegidos. Entonces tenemos que preguntarnos, ¿por qué ocurre este desfase? ¿Por qué llega el presidente de un club a ocupar ese puesto? Tal vez hasta tenga 10 o 15 años de socio, no sé cómo serán los estatutos. Pero bueno, la cosa es que ese señor llega ahí y ¿por qué produce este desastre? Porque el dirigente llega a ser presidente de ese club de fútbol por intereses que no tienen nada que ver con el deporte. Para trascender políticamente. No son pocos los que utilizan esta posibilidad de aparecer en los medios de comunicación para que su figura sea conocida. Para su propio beneficio, en una palabra, como cuando compran jugadores sin criterio alguno y gastan fortunas, buscando el éxito rápido que significará su propio éxito. Tienen un desconocimiento total de lo que significa el fútbol incluso como el que ellos mismos pretenden, el fútbol como negocio. No estoy pidiendo que hagan un planteo socialista de un club, no. Dentro de su mismo planteo es tanta la incapacidad, que terminan en cualquier locura con tal de asegurarse el éxito. Por eso apareció el doping, por eso aparece la incentivación, por eso aparecieron todas las cosas que aparecen en fútbol, porque los dirigentes son cómplices y promotores de todo esto. También son cómplices los que rodean a esos dirigentes y hacen posible que estén donde están.

Porque vos fijate que al primer error de un jugador de fútbol... Bueno, es catastrófico. Los medios de comunicación pueden destruirlo. Pero los dirigentes hace 30 años, 40 años que se están equivocando con el fútbol. Algunos con mala intención, otros con buena intención, pero el resultado es un profundo error de conducción. Y no han tenido ningún tipo de juicio. Ni siquiera han sido juzgados por los medios de comunicación que podrían formar conciencia, exigir una participación distinta de la sociedad para que esto se resuelva de una vez.

C: Eso sería lo correcto. Porque hay periodistas que juzgan a determinado dirigente o dirigentes, pero individualmente. No sirve, si no hay una crítica del sistema que produce esos dirigentes y esas conducciones tan erróneas. Yo a veces me pregunto si esos periodistas son inocentes, es decir, si no se dan cuenta del verdadero problema o si, en realidad, son demasiado avispados y, porque se dan cuenta de sobra, simulan una crítica terrible y destructiva, pero centrada siempre contra una persona, nunca contra un sistema.

M: A veces ellos —los periodistas— caen en este tipo de confusiones porque son ineptos en su mayoría. Se acercan al fútbol buscando también la trascendencia que por otro lado no obtendrían.

C: En última instancia se busca el poder.

M: Nada más.

C: Una cuota, aunque sea ínfima, de poder.

M: La trascendencia que en definitiva es el poder.

C: Que lo conozcan en un restaurante, en un banco...

M: ...y que su opinión pueda ser comentada por tres o cuatro.

C: En rigor es una ilusión de poder, como creo que ya hemos dicho. Porque el poder es el poder político. Ese poder es lo que hay que cambiar de dueño. Lo demás es una zanahoria que les ponen adelante para que nunca la alcancen. Bueno... el poder político y el económico que es el que verdaderamente define.

M: Por eso insistimos en lo importante que sería hacer un estudio profundo y riguroso del fútbol, lo importantes y necesarios que serían los intelectuales si quisieran acercarse a este fenómeno.

Por supuesto, hay que separar a los buenos dirigentes. Los hay, y los conozco. Hasta los hay que perdieron años de vida por un club. Son muy pocos, con una mano los podés contar. Pero existen. No es ése el problema. El problema se resuelve con la intervención del gobierno para cambiar el sistema de poder, para que no tengan lugar esos dirigentes que se aprovechan de su cargo. Al menos como medida inmediata y urgente.

C: Hay otras cosas para comentar. Por ejemplo —y fijate qué parecido con lo que pasa en la sociedad—, el fútbol que se nutre y vive de las clases populares, que fue inventado de alguna manera por el pueblo, no tiene para con esa gente el trato que le corresponde. El inventor del espectáculo, cuando va a la cancha a ver

ese espectáculo del que es dueño, se ve desplazado a lugares cada vez más alejados y reducidos. Porque los estadios tienen cada vez más plateas y menos sectores populares. Y las plateas cuestan mucho dinero que no puede pagar la gente (a veces no le alcanza ni para pagar la entrada del último escalón de la tribuna). Le quitan su producto al que produce: injusticia social y no individual, propia de un sistema.

M: En ese aspecto estamos absolutamente de acuerdo. Por eso estamos sentados juntos y hablando de estos temas. Pero quiero que veas hasta dónde llega —además— la incapacidad. Si ese dinero que paga la gente que va a las plateas, se administrara por lo menos en favor del fútbol y todo marchara mejor, en fin... uno podría decir... dentro de este sistema de vida... podríamos aceptarlo. Pero ni eso siquiera. La administración es tan nefasta, tan negativa que va menos gente a las canchas, cada vez tenemos menos jugadores y cada vez los clubes están más arruinados.

En una época hubo dirigentes argentinos del fútbol que hicieron el estadio de River, el de Boca, el de Racing. Y éstos de los últimos 25 años no pudieron ni mantenerlos. San Lorenzo perdió su estadio, Boca estuvo a punto de perderlo, Racing en segunda división no pudo utilizarlo no sé por cuánto tiempo. Todo está totalmente deteriorado. Es indudable que tiene que haber una intervención del Estado. Una intervención democrática, que dé respuesta favorable a las mayorías. Y las mayorías en la Argentina tienen su sentimiento y su dinero puesto en el fútbol. Los han defraudado. Hay que remediarlo.

C: Intervenir —según lo que querés decir— significaría hacer justicia. Y eso es democracia. Algunos se confunden y creen que democracia es que todos tengan los mismos derechos y obligaciones. Pero resulta que si alguien tiene 150.000 hectáreas de campo, seguro que sus derechos serán más y sus obligaciones menos. Democracia es, en una carrera de 100 metros donde yo corro en bicicleta y el otro en un fórmula uno, darme a mí las ventajas necesarias para que la competencia sea pareja. No es ponernos a los dos en línea de largada. En fútbol, democracia es que el pueblo que lo genera y lo nutre, sea el dueño de la fiesta; que los dirigentes sean sus administradores con un mandato custodiado y decisiones mayoritarias.

Los jugadores, por ejemplo, ¿qué porcentaje de decisión tienen en un club?

M: Yo te diría que la firma de un contrato, nada más.

C: Eso no puede ser. Si ellos son el fútbol.

M: Bueno, ellos tienen una agremiación para canalizar la lucha. O se respeta al jugador de fútbol o no hay fútbol.

C: Está bien, en este momento es así. Pero te digo que en esa sociedad mejor que buscamos, ese tiempo que se pierde en la lucha para que nos respeten hay que usarlo de otra manera.

M: Ah... sí, claro. Yo te hablo en estos momentos y tal cual está organizada la cosa.

Yo también estoy convencido de que las cosas tendrían que ser distintas. Por eso digo que la Agremiación de Futbolistas, debe participar en la confección de los calendarios, en la reglamentación de las vacaciones y en tantas cosas que yo he reclamado permanentemente.

C: Los jugadores y los entrenadores.

M: Sí... sí, tanto unos como otros. En una conducción democrática las asociaciones de jugadores y de entrenadores deben participar en todas las decisiones que estén ligadas directamente al desarrollo de los campeonatos de fútbol profesional, porque pueden orientar a dirigentes que no entienden nada o que entienden poco.

Ahora en cuanto a la parte económica, la cosa es distinta. Sí, como mensaje para el futuro, sí. Nosotros decimos que el jugador debe participar también, por supuesto, como deben hacerlo los obreros en una fábrica ¿cierto?, a través de la gente que eligen como sus representantes, delegados o lo que fuere, pero participar. El jugador de fútbol no sabe qué se hace con el dinero en un club, cuando es él quien lo produce. Claro, esto ahora, aparece muy difícil, pero en una sociedad justa tendrá que ser así. Entretanto, vuelvo a insistir en la necesidad de que el Estado intervenga. No se puede depender de las buenas o malas intenciones de cuatro o cinco señores.

C: Bueno, hasta ahora hablamos de lo que es. ¿Cómo tendrían que ser los dirigentes para que el fútbol no padezca estos problemas?

M: El punto de partida para un dirigente del fútbol profesional es que alguna vez entienda lo que es la conducción de un equipo profesional. Porque a mí me ha-

cen reír cuando dicen «el dirigente tendrá que ser honesto». Claro que tiene que ser honesto, eso lo descuento, si encima no fuera honesto sería para tirarse por un balcón. Yo ya supongo que es honesto y, a partir de ahí, debe saber qué significa un entrenador de fútbol. Lo primero que debe hacer es tener un entrenador que, por capacidad y conocimiento, sea un asesor deportivo. No se puede permitir que un entrenador llegue a un club y pida a... Passarella, Cruyff y Pelé. Claro, se lo permiten porque por ahí gana el campeonato y aumenta su prestigio. Lo que deja un entrenador es lo importante. Pero los dirigentes actualmente piensan: «Fulano ganó un campeonato, hay que traer a Fulano». Hay que mirar qué es lo que dejó Fulano en el club donde estuvo. ¿Organizó las divisiones inferiores? ¿Promocionó jóvenes? ¿Dejó un estilo determinado? ¿Dio alegría a la gente? Si es así hay que llevarlo aunque no haya ganado un campeonato. Pero claro, llevan al que ganó el campeonato porque se salvan ellos. Si les va mal, tienen las espaldas cubiertas. Bueno, eso hay que empezar a eliminarlo. El dirigente debe buscar al hombre que le asegure lo que el fútbol significa: alegría, profundo respeto por el reglamento, honestidad en el campo de juego, un estilo que responda al sentimiento de la gente. Y un asesor deportivo para saber a quién se compra y por qué, a quién se vende y por qué. Hay que buscar una conducción para un tiempo prolongado. Para que lo organice todo de tal modo que, cuando se vaya, sea fácilmente reemplazable por otro que siga en la misma línea dentro de la organización. Algunos han vendido jugadores de jerarquía porque no tenían dinero y terminaron perdiendo a los jugadores, el dinero y la gente. Como le pasó a River cuando vendió a Passarella, Díaz, Alonso. Muchas veces manejar el fútbol con seriedad y responsabilidad es no vender a las figuras, es tratar de llegar a un acuerdo para que continúen. Es ganar tiempo y sumar gente. Y mientras tanto hay que producir otras cosas, dentro del club, con divisiones inferiores organizadas, con todo lo que venimos hablando.

Porque ¿sabés qué hacen los dirigentes? Escuchan a la gente los domingos. Si gritan «afuera el entrenador», ya piensan en echarlo. Si gritan «muy bien el entrenador», lo dejan. Y así contratan a los técnicos. Cuando yo volví de España, tuve varios ofrecimientos importantes y todo el mundo me decía lo mismo: «Mire Menotti, queremos hacer una cosa seria». Y ¿sabés por

conversación: las empresas periodísticas, los malos periodistas y los buenos periodistas.

M: Arrancamos con las empresas periodísticas. Ahí se dan las dos corrientes: los vocacionales, con una actitud docente, con un profundo respeto por lo que escriben y, sobre todo, para quienes escriben. Y los otros, los que acatan gustosamente o, al menos, sin cuestionarse nada, el propósito de lucro que orienta a algunas empresas.

Ese afán de lucro que los hace ir en búsqueda de la novedad, cualquiera que sea y a pesar de quién sea y de cómo sea, en vez de ir tras la verdad, tras el esclarecimiento de los hechos.

Aquellos periodistas, los que creen que su profesión es algo más digno que vender cualquier cosa, son a veces utilizados por estas empresas. Son asalariados y viven de su trabajo pero, a pesar de todo, mantienen una conducta. Entre líneas —al menos— y por su capacidad, siempre se les vislumbra algo, una intención distinta.

Son los que han hecho cosas muy importantes, inclusive en la época de la represión militar, con denuncias, en defensa de la libertad.

En fútbol también podemos rescatar auténticos periodistas que, a pesar de éxitos o fracasos, mantienen sus convicciones, respetan a la gente en definitiva.

C: Esos periodistas son los que, en cierta manera, contradicen la línea de algunas empresas. Porque la línea de esas empresas es estar siempre detrás del que gana. El que gana es el que vende. El que sale segundo no vende. Por eso para las empresas periodísticas, el que gana siempre tiene razón. Los que pierden nunca.

M: Además esos periodistas de los que hablaba, normalmente no contribuyen a la formación del superhombre deportivo. Los otros sí. Los otros responden a esas empresas, los fabrican hasta que dejan de tener éxito, y después los destruyen. O tratan de hacerlo. Todo para vender.

Por eso digo que hasta en los medios más repugnantes hay periodistas capaces y honestos. Hasta en esas empresas que luchan con la muerte, con los triunfos, con las derrotas, con los sentimientos más profundos.

C: Sí, son los que buscan lo novedoso y lo extravagante, en desmedro de lo importante. Saben que lo importante no suele vender explosivamente, como vende lo superfluo inteligentemente utilizado para esos fines.

M: Hay que tener en cuenta también el compro-

miso de esas empresas con el sistema. Son el sostén del sistema. Entonces si en fútbol —o en cualquier otro deporte— aparece un tipo que no pueden encasillar, que no pueden manejar y utilizar, mientras lo acompañe el éxito estarán con él.

Pero lo esperarán. Pacientemente. Porque es muy difícil ser un ganador toda la vida. Y cuando pierda aquel exitoso, intentarán destruirlo (casi nunca sin suerte) sin importarles absolutamente nada cambiar de opinión en 24 horas. Les dolía, les molestaba aquel deportista que, de alguna manera, iba contra el sistema que ellos sostienen ideológicamente.

Cuando Oriana Fallacci estuvo en la Argentina dijo algo muy importante: «No existen dictaduras sin una prensa cómplice».

Y eso hay que tenerlo muy en cuenta, cuando se habla de periodismo.

C: En eso reside su importancia, ¿no?- En la ideología que divulgan e inculcan.

M: Claro, por eso me interesa destacar la actitud de algunos periodistas que, aun en empresas siniestras, defendieron su puesto como un puesto de lucha. No pudieron decir todo lo que sentían, por supuesto, porque no hubieran durado ni cinco minutos, pero intentaron mantener valores, acompañar ideas para ir modificando cosas. Tuvieron que «gambatear» a la censura, a las balas, al despido. Son los periodistas que uno respeta.

No significa que sepan de fútbol. Salvo excepciones —que las hay— tampoco saben de fútbol en la medida de un especialista. Pero ¿qué ocurre? Que son inteligentes y, como tienen una línea ideológica distinta, como quieren una sociedad distinta, no entran en el agravio ni en la ofensa.

Claro, y no es casualidad que el otro sector de periodistas esté comprometido ideológicamente con un sistema de vida que rescata todo lo que no sirve. Porque son ellos los primeros que no sirven. Y no sirven como seres humanos. No les interesa nada que no sea vender y trepar personalmente. Llegar a tener una cuota de poder dentro de la empresa.

Ése es el tipo de periodismo que yo digo siempre, casi con jactancia, que no me interesa y creo que merezco tener de enemigo. Lo triste sería tenerlo de aliado. Y a esta clase de periodistas, cuando se agotan, cuando no descubren nada más para vender, para aumentar las

ventas en todo caso, los empresarios los toman de la solapa y los ponen en la calle. Ya aparecerá otro (o ya apareció) fiel a la línea de la empresa.

Porque no los echan nunca por estar mal hecha la revista o el diario. Los echan siempre porque venden menos. Ése es el único criterio que tienen para medir la capacidad de sus empleados.

Fijate, nosotros decimos que hay un fútbol de derecha y un fútbol de izquierda. También hay un periodismo de izquierda y un periodismo de derecha. La identificación es espontánea. La cosa se aclara sin que nadie se lo proponga. La lucha es ideológica y yo la vengo planteando desde siempre. Dentro del fútbol hay corrupción. Y la corrupción está manejada y defendida por periodistas corruptos, por entrenadores corruptos, por dirigentes corruptos. Contra esa «asociación ilícita» es contra la que lucha uno. Pero no te presentan la batalla de frente. No te discuten los argumentos. Te acusan de cualquier cosa. Confunden. Buscan tu deterioro personal. Por eso yo distingo a unos de otros, para que se sepa quién es quién.

C: Además hay que tener en cuenta siempre el trasfondo ideológico. Si no nos quedamos en anécdota. Entramos en la disputa que las empresas plantean y perdemos el objetivo. Hay que saber que el periodismo es el principal argumento ideológico del sistema. De cualquier sistema. Es el encargado de divulgar ideas, de formar opinión, valores. Hay que tener muy claro que también a través del fútbol se transmiten ideas de sociedad, de hombre, de vida. Que el fútbol no es ajeno a una manera de vivir, que tiene que ver con una opción política.

M: La gente tiene que tener claro, también, qué tipo de periodismo es su aliado en esta lucha por una sociedad mejor, más digna, y cuál responde a los intereses de quienes prefieren dejar todo como está porque así pueden seguir lucrando.

C: A propósito de lo que decíamos en cuanto a la formación de opinión, tengo aquí un recorte de un diario de Madrid que me gustaría incluir para comentarlo.

Apareció en Madrid el 3 de enero de 1985 y dice así: «...hay que querer derrotar. ¡Al diablo con Coubertin! El deporte del fútbol, ya se sabe, es una versión refinada de la guerra. Entre el asesino y el campeón olímpico, apenas hay algunas diferencias de matiz, y es el individuo con instinto criminal, el que tiende a vencer».

M: ¡Es una obra maestra del terror...!

C: Tengo el nombre del diario, que no menciono porque no se trata de ir contra ese diario. Tal vez sea obra de un periodista que lo hizo por su cuenta. No sé...

De ese párrafo pueden sacarse conclusiones sociológicas, filosóficas, antropológicas. Lo que quieras. Decime si ahí no hay una visión del mundo, del deporte, de la sociedad, del hombre. Está todo.

M: Lo que pasa es que es muy frontal. Es muy fácil. Inclusive te digo que hay hasta valentía. Al menos ese periodista tuvo la valentía de decir de frente lo que muchos esconden y simulan. Pero es una agresión tan brutal a la nobleza de este deporte y a los sentimientos de la gente, que asombra. Es lo que dijimos antes, responden al triunfo sea como fuere. Son los valores del capitalismo en carne viva. Y es que algunas empresas periodísticas tienen compromisos hasta con partidos políticos, no sólo con lineamientos.

Fijate lo fácil que es para ellos el tema del fútbol. Por eso en la medida en que luches por cambiar la sociedad contra el sistema que ellos defienden no te lo perdonarán. Si sos un mediocre o un inocente, te pueden perdonar en última instancia hasta el éxito y el fracaso. Nunca serás su enemigo en ese caso. Pero si aparece un deportista que se esfuerza por aprender, que aprovecha su presencia en los medios de comunicación para luchar contra la corrupción, ése se convertirá en el enemigo al que tratarán de destruir.

C: O si no, dicen que sos polémico. Fijate qué cinismo. Hace 30 años que vos estás dicendo que el fútbol debe ser una fiesta y no una guerra. Que el fútbol es alegría. Entonces te acusan de polémico. Polémicos son los que desnaturalizan el fútbol. Justamente al revés.

M: Sí, entrenador polémico porque uno dice que el fútbol tiene que ver con otras cosas... entonces sos polémico.

C: Y van a la persona, no a la idea. Si vos estás en contra de los que triunfan destruyendo y decís que el fútbol es una fiesta, no te responden con argumentos. Dicen: «Menotti habla de fiesta para el pueblo, pero él tiene un auto verde de cuatro metros con 50». Buscan tu deterioro y pretenden una discusión que no tiene nada que ver con aquel planteamiento tuyo.

Son muy hábiles, además, para plantear mal los problemas. En estos días en que estamos grabando este capítulo, estoy leyendo una revista de Mar del Plata,

donde aparece el título de una posible discusión: «Fútbol del 40 o fútbol actual». No tiene sentido. Está pésimamente planteado. Porque el fútbol actual es una continuación del fútbol del 40. No hay discusión posible. Sólo existe si la inventan. Es una disyuntiva falsa, como tantas otras que continuamente proponen.

M: Lo inventan para vender. Como no saben nada, tienen que estar inventando cosas nuevas constantemente porque si no, dejan de vender.

C: Todo esto es importante tenerlo presente porque, como decía Scalabrini Ortiz, la prensa tiene el poder de hacernos creer que las ideas que ellos propagan son nuestras. En eso consiste el peligro y la importancia del periodismo.

M: Yo dije un día que hay un sector del periodismo que si juegan River y Boca, por ejemplo, empieza el partido con la camiseta del River, pongamos. Cuando River va perdiendo se pone la de Boca. Y si el asunto está confuso, se pone una blanca y espera el silbato final para saber el resultado. Al final seguro que tiene puesta la camiseta del que gana.

Yo he visto decenas de periodistas que un día eran los «dueños» de la opinión y, de buenas a primeras, no existieron más.

Los que continúan son los otros. Los obreros del periodismo, los «laburantes» en serio, los que tienen decencia, dignidad, los que siempre van en busca de la verdad.

Los que tratan de orientar, de mantener convicciones para orientar. Y tienen más valor todavía, porque están en su contra casi todas las condiciones.

Lo importante, entonces, es saber distinguir entre las empresas y los periodistas. No caer en la generalización de decir «el periodismo» que, como tal, no existe. Como en todo, existen hombres que hacen una cosa u otra, y que defienden unos intereses u otros.

La necesidad del deporte

Para que cien personas hagan ejercicios físicos, es necesario que cincuenta practiquen deporte y que veinte se especialicen. Para que veinte se especialicen, es necesario que cinco sean capaces de lograr resultados sobresalientes.

PIERRE DE COUBERTAIN

CAPPA: ¿Compartimos el concepto de que el deporte es una necesidad?

MENOTTI: Naturalmente. Una necesidad que nunca fue considerada en su real dimensión en nuestra sociedad.

C: Precisamente de esa carencia quería hablar para iniciar este tema y quería traer dos citas de Aristóteles que, tal vez, sirvan para ayudarnos a analizar el problema. Decía Aristóteles: «Por lo pronto, el ser vivo se compone de un alma y de un cuerpo, hechos naturalmente aquélla para mandar y éste para obedecer...»

Y en otra parte de *La política*, agrega: «La naturaleza misma... hace los cuerpos de los hombres libres diferentes de los esclavos, dando a éstos el vigor necesario para las obras penosas de la sociedad...»

Me parece un punto de partida ideal para entender esta despreocupación histórica del deporte.

Quise traer esas citas de Aristóteles porque se hace obvio que, a partir de los griegos y a través del cristianismo, nuestra sociedad ha considerado el cuerpo como la parte menos humana del hombre en relación con el alma o la razón. Todas las actividades corporales y manuales han tenido y aún tienen menor consideración social que las efectuadas con la mente o la razón. Inclusive son menos remuneradas.

Un profesor de Educación Física, por ejemplo, gana menos que uno de Matemáticas.

Eso ha servido para justificar la división de la sociedad en clases: los que dominan serían «la razón o el alma», y los dominados el cuerpo, los «que realizan las obras penosas de la sociedad». Eso se presenta como un hecho natural. Aristóteles mismo, 350 años antes de Cristo, decía que era un hecho de la «naturaleza misma».

De manera que nuestra formación ha sido mutilada artificialmente; pero no inocentemente. Hemos creído que había que preparar el «alma» o la razón, y despreocuparnos y hasta despreciar el cuerpo, cosa de esclavos.

Hasta hace poco —y en algunos lugares todavía existe ese prejuicio—, a los atletas se los consideraba brutos.

Yo creo que ese concepto es el que hay que modificar y ver, inicialmente, la necesidad del deporte como una necesidad del ser humano.

M: Es verdad. Y es triste comprobar que el deporte no es aceptado todavía unánimemente. Sin embargo, lo que no puede discutirse es su importancia en la formación integral de la persona. Puede servir como juego, como esparcimiento, como diversión y, especialmente, como factor de formación de la juventud. Además de ser una fuente de salud. El deporte hace funcionar mejor el organismo y, por lo tanto, ayuda a mantenernos jóvenes más tiempo. Educa nuestra voluntad, nuestra sensibilidad. Pero, por sobre todas las cosas, como nos hace sentir mejor, nos predispone a la felicidad.

Y nos da una libertad que sólo pueden comprender quienes alguna vez hicieron deporte o lo están haciendo; nos da libertad física. El poder de dominar nuestros movimientos, nuestro cuerpo.

Por eso nos hace dinámicos y alegres. Nos brinda la oportunidad de conocernos más profundamente.

No puede haber una educación armoniosa si no le damos al deporte el lugar que debe ocupar. No puede haber un desarrollo integral de la persona sin el deporte.

C: Claro, porque nosotros no somos un alma o una razón y un cuerpo, con jerarquías establecidas. Somos ambas cosas a la vez. Inseparables.

M: Es necesario entender, además, que el deporte es cultura. Que la actividad física es cultura. Que no es incompatible con lo intelectual como suele afirmarse. Al contrario, ambas cosas deben estar integradas para

el enriquecimiento personal. Ambas son indispensables.

Por todo esto, digo que el Estado es responsable de asegurar la práctica del deporte en un país. Principalmente en los niños y los jóvenes por lo que significa para su educación. Pero también para el resto de la población si entendemos que la educación es permanente y si no despreciamos peligrosamente los beneficios de una actividad física programada y consciente, sobre todo, del desarrollo fisiológico de las personas.

C: Es que muchas veces se piensa que el deporte es un complemento, es accesorio, algo que se añade para esparcimiento cuando uno está bien alimentado y tiene la educación asegurada.

M: Pero es un error gravísimo. Un Estado debe asegurar la salud y la educación, como prioridades inmediatas. Y ¿cómo va a haber salud y educación sin deporte? El deporte, como necesidad, es una obligación del Estado. Hay que proporcionar las instalaciones para asegurar su práctica, y formar profesores apropiados para su divulgación. Tiene que figurar en los programas escolares obligatoriamente y llevarse a cabo con seriedad, responsabilidad y no como ahora, donde las clases de educación física, generalmente son para perder el tiempo. Tiene que haber planes científicos, planes a corto y a largo plazo. Porque tal cual se atiende ahora al deporte, sin instalaciones apropiadas, sin organización, sin planes de desarrollo, sin coordinación, sin sueldos decentes para los profesores, ¿podemos pretender seriedad y responsabilidad en las horas de educación física? Se toman como las horas de música, desgraciadamente, donde ocurre otro tanto. Como descanso de las demás actividades intelectuales. Fijate que barbaridad. En nuestro país, música y deporte no tienen importancia alguna para la gran mayoría de los alumnos. No se les presta la atención debida por parte de quienes deberían hacerlo. Entonces cómo vamos a conseguir que los estudiantes primarios o secundarios hagan deporte si, la mayoría de las veces, no tienen dónde ni con qué.

Todavía se cree en algunos medios, como a principios de siglo, que el deporte es un lujo. Realmente lo era en esa época, pero pasaron 100 años y ahora sabemos que responde a las exigencias fundamentales del hombre y que, como tratamos de decir, es una necesidad imperiosa para su desarrollo completo.

El Estado debe alentar —con presupuestos adecuados— la labor de médicos, fisiólogos, psicólogos, porque

Bueno, pero repito lo mismo, no es un problema del deporte profesional. Es un problema de la sociedad.

Hay que preparar a los deportistas para enfrentar los peligros ajenos al deporte. Hay que prepararlos para que se integren a la sociedad, para que piensen y resuelvan por sus medios. Hay que prepararlos para las mentiras que encierra un éxito desproporcionado. O el valor desproporcionado que suele dársele al éxito. Decirles que el éxito sólo tiene sentido si sirve para lograr su éxito social y humano, para aportar cosas a los demás. Prepararlos para saber enfrentar el fracaso que también se suele dramatizar y exagerar. Prepararlos para que sepan distinguir a los buenos entrenadores de aquellos que sólo se interesan por su rendimiento. Para saber interpretar cabalmente el sentido o el espíritu del juego. Para que sepan que son imitados no sólo en sus gestos deportivos sino también en sus actitudes y que, por lo tanto, deben prepararse y cuidarse en sus declaraciones.

C: Yo creo que en ese aspecto se ha avanzado. Son muchos los deportistas de élite que estudian o tienen otras ocupaciones intelectuales. Que tratan de encontrar un equilibrio y, al mismo tiempo, una preparación para integrarse en la sociedad y ser mucho más útiles.

M: Es que el deporte tiene que ser equilibrio. Al deporte lo hacen hombres. Y si hablábamos al principio de una educación integral por medio del deporte, no debemos ahora irnos al otro extremo. Es decir, que un futbolista de élite por ejemplo, se ocupe solamente de fútbol. Eso sería fatal para él. Hay que encontrar la armonía entre la actividad deportiva y la actividad cultural o intelectual. Ambas son necesarias para su formación como persona.

C: Dejemos por ahora el deporte profesional o de élite y hablemos, si te parece, del deporte para la gente, para el señor que trabaja 12 horas o más para poder vivir; para la señora que trabaja también o está en su casa. El deporte como esparcimiento.

M: Para la mayoría, el deporte es un medio de mantenerse en forma, de sentirse joven, de estar mejor física y psíquicamente porque actúa como relajante. Le permite al hombre, como creo que ya hemos dicho, conocerse mejor, participar de un juego, controlar sus reacciones. En las condiciones de vida actuales, con tantas tensiones, con tantas frustraciones para la mayoría, es tal vez más necesario que nunca. Y no es un medio para eva-

dirse de la realidad como algunos lo califican. Yo creo que es una manera de afirmar la personalidad, de liberar angustias y pesimismos que muchas veces dificultan la interpretación de esa realidad o desalientan a aquellos que quieren intervenir en ella. A través del deporte un hombre preserva su integridad física —y también moral— ya que refuerza su voluntad y confía en sus propias fuerzas. Sabemos que la sociedad actual, sus estructuras, llevan al hombre a un pesimismo pasivo, a una resignación frustrante. El deporte le da dinamismo y optimismo, confianza en su capacidad para incidir en las cosas. La sociedad le quita al hombre personalidad, al negarle responsabilidad. Él no decide casi nada. A través del deporte es consciente de su libertad porque la siente y la necesita para jugar. El deporte lo hace solidario y responsable de unas reglas que acepta voluntariamente, que no le son impuestas.

El deporte es un derecho que tenemos todos, un derecho que no siempre podemos ejercer, pero que habría que exigir como cualquier otro, con la misma fuerza y la misma convicción.

C: Quizá haga falta mucho dinero en sociedades que no lo tienen. Me refiero a los gobiernos que quisieran organizar una práctica deportiva masiva y seria.

M: No, no hace falta mucho dinero. Hay que saber usar las instalaciones que existen, en los clubes por ejemplo. Y claro habrá que ir haciendo, a medida que el deporte se vaya popularizando, centros deportivos municipales. Ocupar a muchos profesores de educación física que no encuentran trabajo. Primero habrá que tomar conciencia de que un centro deportivo es tan importante como un hospital. Hasta puede decirse que el deporte es medicina preventiva.

El Estado es quien tiene la obligación y la responsabilidad de hacerlo y de controlarlo. De promoverlo y de mantenerlo, porque atañe al bienestar del pueblo. Tiene que hacer participar a empresas privadas que podrían colaborar, a asociaciones deportivas también privadas con instalaciones que quizá utilizan muy pocas personas. En fin, imponerse la masividad como tarea inmediata.

C: Habrá que formar también profesores especializados para cada apartado de esa organización.

M: Desde luego, para el deporte escolar en sus distintas etapas según el desarrollo del niño; y para el deporte esparcimiento, según edades y necesidades. Y más tarde especialistas en cada deporte porque habrá

todos los contragolpes; la vitalidad de Perico Alonso (que después pasó al Barcelona); el aporte constante de Diego; la serenidad de Cortabarría.

Ese equipo tenía humildad —como digo— y seriedad de trabajo, aunque a mi entender, también mezquindad en cuanto al desarrollo de sus posibilidades. De todos modos ese estilo le dio dos campeonatos.

Inmediatamente después apareció el Bilbao, que en cuanto a lo futbolístico utilizó el estereotipo del fútbol inglés, pero sin su generosidad para el espectáculo. Abundancia de centros a la «olla», con notable presencia física para resolver en las dos áreas. No obstante con convicciones muy sólidas y una gran voluntad para imponer lo que ellos creían que era la verdad. Ése es un gran mérito sin duda. Bueno, era el estilo que imperaba en el fútbol español cuando yo llegué al Barcelona.

C: Para resumir, era un fútbol basado en dos coordenadas fundamentales (fuerza y velocidad física), en desmedro de la creatividad y la belleza, virtudes que se suponían adorno de lo que «realmente sirve».

M: Así es. Pero fijate que eso hace suponer que todos los vascos quieren ese fútbol, que en el País Vasco se vibra únicamente con esa corriente futbolística, sin embargo, yo creo que no es así.

Yo pienso que ese fútbol lo sienten y lo defienden en la medida que les reporte triunfos. Porque los vascos son nacionalistas, porque hay muchas cuestiones intermedias muy profundas y muy respetables que hacen obviar ciertos detalles con tal de exhibir victoriosa una bandera.

Voy a referir un solo ejemplo que creo es suficientemente ilustrativo. La primera vez que el Barcelona jugó en Bilbao, después de la lesión de Maradona, fue por la Supercopa. Era un partido con un clima previo muy especial. Había en toda España una gran expectativa, suponiendo que podría haber violencia, que la cosa podría terminar muy mal. Sin embargo, no ocurrió nada de eso. El Barcelona jugó uno de sus grandes partidos y ganó 3 a 1. Cuando terminó el partido el público vasco nos brindó una gran ovación, en agradecimiento al fútbol que había visto. Entonces me di cuenta de que el pueblo vasco podía vibrar con otra cosa, que también se emocionaba con ese fútbol universal, a pesar de la derrota, a pesar del clima previo y a pesar de todo.

Y hablando con la gente, preguntándole por sus ídolos, te nombraban siempre a jugadores de gran técnica,

como Chechu Rojo, por mencionar a uno de los últimos. En San Sebastián el ídolo es López Ufarte. Nadie lo puede tocar.

En definitiva, yo creo que es mentira que la fuerza solamente, define el estilo del fútbol vasco. Yo estoy seguro de que la gente hubiera preferido no sólo ganar campeonatos sino también poder disfrutar y gozar con un fútbol más amplio.

C: De todos modos, al ganar ellos, impusieron en toda España ese fútbol, aunque tampoco responde al modo de ser español. Pero como al que gana todo el mundo lo imita sin preguntarse si vale la pena o no, el concepto que encontraste al llegar, era ése.

M: Ése era el concepto, sí. Al llegar, insisto, yo tenía una necesidad interior. Quería decir, y creo que lo dije entonces, que yo era argentino y que llegaba con una escuela. Porque yo creo que es una escuela, que a través de sus grandes intérpretes descubrió a Europa otras posibilidades. Sobre todo con Alfredo Di Stéfano. Alfredo ha sido nuestro gran embajador.

Te decía que, entonces, yo sabía que tenía avales suficientes como para imponer ese fútbol universal. Y así empezamos a intentarlo.

C: Me acuerdo de que lo primero que hiciste fue tratar de poner las cosas en orden. Dijiste algo así como: «Los dirigentes a dirigir, yo a entrenar y los jugadores a jugar».

M: Claro, me querían hacer ver al Barcelona como algo imposible, algo torturante. Me hablaban de intromisiones y me preguntaron sobre mi relación con los dirigentes. Yo dije lo que digo siempre: si cada uno cumple con sus obligaciones y mantiene con firmeza sus derechos, esto va a funcionar bien, muy bien.

En cuanto a los derechos, hay que conocer sus límites. Yo no me puedo meter en la economía ni en las disposiciones de la directiva del club. Y tampoco admito que se entrometan en la organización y el estilo de lo estrictamente futbolístico. Ésos eran mis derechos. Como mis obligaciones las conozco, con eso no tenía por qué temer nada.

Y, tengo que decirlo, se inició todo en un clima de absoluto respeto.

Debo reconocer que, salvo en algún momento en que tuvimos discusiones o explicaciones —que di más que nada por aclarar y no porque me fueran exigidas— no sufrí una intromisión jamás. El presidente no sabía

el equipo que iba a salir los domingos. Llegaba los sábados a la concentración y no se atrevía a preguntar cómo formábamos. Miraba a los jugadores, deducía cuáles serían los presuntos suplentes hasta que, al final, le dábamos el equipo porque entiendo que merece saberlo ¿no? Cuando no iba a la concentración, se enteraba en el vestuario.

C: Entrando ya en lo futbolístico, ¿qué te imaginabas encontrar en el Barcelona y qué encontraste?

M: Había trabajado Lattek antes que yo y por eso suponía que iba a encontrar un equipo más conceptuado. Yo creo que Lattek no alcanzó en el Barcelona —por muchas razones que no viene al caso detallar ahora— a completar un trabajo de acuerdo con su jerarquía. Fue en una etapa muy difícil de su vida, en un clima diferente al alemán. Allá el orden es distinto, no hay por qué dar tantas explicaciones, no existe la misma pasión que ya casi es locura, como en el Barcelona. En fin, por muchas cosas más. Por todo esto, tal vez, yo encontré un equipo que, sinceramente, no tenía nada que ver con lo que el club necesitaba. Un equipo sin personalidad propia, un equipo que perseguía —sus laterales llegaron a hacer hombre a hombre por toda la cancha—, con líbero y stopper fijos. Y me encontré —como digo— con ese equipo, desordenado, sin ningún concepto cuando disponía de la pelota, donde todo el mundo jugaba según su criterio y de acuerdo con sus condiciones naturales. No había verdaderamente nada que indicara algún funcionamiento cuando el equipo *tenía* la pelota. El Barcelona disponía de excelentes recursos físicos desperdiciados en un 80 por ciento para la recuperación de la pelota. Como hacía persecución, resolvía todo el aspecto defensivo con el temperamento y el derroche.

En términos generales eso fue lo que encontré en lo estrictamente futbolístico.

C: Y el consenso general de que el Barcelona tenía la mejor plantilla como se dice en España.

M: Sí, existía la idea de que los equipos se arman con jugadores y nada más. En cuanto al plantel, yo digo que por ahí se había comprado demasiado en búsqueda de la fuerza. El Barcelona es un equipo que por su prestigio, por su historia, por su capacidad, intimida a los contrarios que le juegan todos defensivamente. Hasta como visitante el Barcelona encuentra esas dificultades. Mucha gente amontonada en campo contrario,

pocos espacios. Y el Barcelona no tenía precisión, precisamente en espacios reducidos. En España todo el mundo renuncia a la victoria cuando va de visitante y sólo espera algún contragolpe afortunado. Hubo que trabajar muchísimo en jugadas de distracción, aunque tampoco alcanzaba con eso, porque también hay que tener precisión. Poníamos a los jugadores diez veces con posibilidades de resolver una jugada y fallaba la sutileza final, el talento que resuelve en los últimos metros.

Esto de la mejor plantilla... claro, por las inversiones, ¿no? Es cierto, teníamos jugadores importantes como Schuster y Maradona, pero ninguno capaz de reemplazarlos porque no estaban preparados, porque nadie había asumido la posibilidad de liderar en caso de que faltaran esos jugadores. Además, los jugadores en condiciones de hacerlo, tampoco tenían noción clara de sus posibilidades. Todos conocían sus obligaciones, demasiado simples para las aspiraciones del Barcelona: correr, trabajar, luchar. Costaba mucho más encontrar otra solidaridad dentro del equipo, otro funcionamiento, donde la participación fuera más general.

C: Había muchos desequilibrios. Te acordarás de que una vez, para un entrenamiento, necesitabas un lateral izquierdo y no había en todo el grupo.

M: Sí, sí, y por ejemplo, teníamos cuatro centrales y no teníamos un jugador que pudiera reemplazar a Migueli, porque los cuatro eran hombres de última línea. Teníamos dos excelentes laterales derechos —Sánchez y Gerardo— y, efectivamente, un solo lateral izquierdo, porque el otro estaba lesionado (Manolo), aunque después mejoró y pudimos contar con él.

En el centro del campo teníamos una gran potencia con Perico Alonso y Víctor, pero no tanta imaginación o creatividad. Para eso contábamos sólo con Schuster. Adelante había gran movilidad, habilidad, manejo, pero tampoco pensadores ni definidores. Porque ni Carrasco ni Marcos tenían esas características, y todo quedaba en lo que resolviera Maradona.

De modo que tratamos de darle a esos jugadores lo que les faltaba. Lo primero que logramos es compenetrar al 85 por ciento —diría yo— del plantel con la jerarquía del club.

Se dice en Cataluña que el Barcelona es más que un club; y muchos desconocen lo que eso significa.

En los años de la dictadura franquista el Nou Camp

fue una especie de monumento histórico para los catalanes. Cuando allí se gritaba «Visca el Barça», era como gritar «abajo Franco». El Nou Camp se convirtió así en un lugar de reunión y el Barcelona en punto de referencia, como a veces resulta un músico o un poeta.

Por otra parte, la familia también se identificaba con el club, y todo eso convirtió al Barcelona, en un emblema regional o nacional.

No se trata, ni mucho menos, de hacer aparecer al Barcelona como un club que nucleaba al único movimiento liberador en España. Sólo procuramos explicar a la gente que no es de España, por qué se dice que el Barcelona es más que un club, cosa que tal vez no se comprenda muy bien ni aun en algunos lugares de España. Yo dije un día que si bajo del avión un lunes en Barcelona, con verle la cara al primer empleado me doy cuenta de cómo salió el Barcelona el domingo. Porque la suerte del equipo no sólo le incumbe al hincha de fútbol, sino a toda la familia. Es Cataluña metida dentro de ese club.

C: Incluso se suma un sector que en general suele demostrar ciertas antipatías con el fútbol: el de los intelectuales. Y, a propósito, hay una anécdota que contó el mismo protagonista, el pianista Teté Montliú. Dice que un día el Barcelona jugaba un partido muy importante y, justo a la misma hora, él tenía que actuar y se perdía el partido. Lo solucionó con un pequeñísimo auricular y una radio de bolsillo. Mientras tocaba el piano, escuchaba el partido. Es increíble, pero en Cataluña no tanto. También se puede nombrar a otros intelectuales catalanes, como Serrat, Vázquez Montalbán, en fin muchos otros.

M: Yo creo que viene desde aquella época, cuando era *el* rival del Real Madrid y, de esa forma, *el* rival del centralismo. Y esto fue así, a pesar quizá, de las dos entidades. Porque el Real Madrid, fue identificado con el centralismo, con el equipo de la región desde donde gobernaba el régimen de Franco.

C: Ésas eran realmente las identificaciones, aunque los hinchas del Real Madrid digan que es una injusticia —y yo creo que con razón— porque ellos también sufrieron a Franco.

M: Bueno, y eso es lo que tratábamos de conversar con nuestros jugadores cuando estábamos en el Barcelona. Para que comprendieran el fenómeno y tuvieran la grandeza de expresar con estilo y con generosidad

hacia Cataluña, todo lo que el Barcelona significa. Creo que fue entendido y estructuramos un equipo que, a mi entender, fue el que mejor fútbol jugó en esos momentos en España.

C: ¿Hablamos de cómo empezaste a organizar el equipo?

M: A nuestra llegada revisamos todos los videos, y ya en el segundo o tercer partido empezamos a defender en zona. Al mismo tiempo realizábamos trabajos específicos con Alexanco, Sánchez, Julio Alberto y Migueli, con los cuatro del fondo. No tanto con los volantes, que ya habían jugado con ese sistema, aunque debimos ordenarlos, eso sí. Es decir, que en principio nos ordenamos defensivamente y procuramos a través de algunos movimientos que fuimos incorporando, introducir variantes para una salida clara, sin arriesgar la pelota. Tratamos de cambiar la salida repetida y frontal con Alexanco y Migueli por el medio, los laterales por sus bandas, como la hacían hasta entonces. Cambiábamos de puestos, por ahí Migueli aparecía de lateral, Julio por el medio.

Al retroceder, esperábamos en zona; e inculcamos la obligación de que todo el mundo jugara cuando recuperábamos la pelota. Nadie podía estar esperando.

Con esos conceptos solamente, el equipo empezó a funcionar muy bien. Tuvimos la alegría de ganar dos copas importantes en un año que había sido muy malo. Ya se sabe que estas entidades no pueden pasar un año sin ganar un trofeo o sin participar en una copa europea. Ganamos la Copa del Rey, que es el segundo trofeo más importante de España, y que le permitió al Barcelona intervenir en la Recopa europea en la temporada siguiente.

Dos finales ganadas al Madrid, y ya el equipo estaba auténticamente convencido de lo que estaba haciendo en el campo.

Iniciamos la siguiente campaña con una linda pretemporada en una zona muy bonita como es Andorra. Ahí dejamos establecida una base sólida y, sobre todo, modificamos muchas cosas, no sólo futbolísticas, como por ejemplo, reducir el exceso de partidos antes de comenzar la Liga.

Comenzamos el año ganando la Gamper, un trofeo de profundo significado para la afición catalana. Es el momento donde 120 mil personas van a observar qué puede pasar con su equipo.

C: Me acuerdo que llovió muchísimo los dos días de la competencia.

M: Es verdad. Y bueno, ganamos esa copa, como digo, y el equipo ya tenía un funcionamiento adecuado, muy cercano a lo que yo pretendía.

El campeonato empezó con algunas dificultades, ya que perdimos en Sevilla, un día de mucho calor, aunque jugando bien por momentos. Maradona estaba en una forma como hacía mucho tiempo que no lo veía. Había tenido la posibilidad de descansar 30 días después de un largo período de giras y partidos con Boca y la selección argentina, de haber soportado una hepatitis, de haber pasado una etapa complicada. Ese descanso le había venido muy bien. Tenía unas ganas tremendas. Hizo una excelente pretemporada y estaba jugando en un elevadísimo nivel.

En Europa arrancamos con una exhibición en Magdeburgo, Alemania Oriental, contra un equipo duro, difícil. Hicimos cinco goles de visitantes y ganamos 5 a 1. El equipo en general causó sensación y en particular Schuster y Diego, que jugaron maravillosamente. La actuación fue comentada en todo el mundo.

C: Cuatro goles al Mallorca de visitantes y otra gran producción.

M: Sí, lo que digo, yo creo que veníamos como para ganar la Liga.

C: Y ocurrió lo del Bilbao. Creo que fue el cuarto partido.

M: Sí, el cuarto. Nosotros estábamos jugando un partido excelente, dominando con facilidad y con otra gran actuación de Diego. Me parece que terminamos 4 a 0, ¿no?

C: Sí, 4 a 0 y, cuando lesionaron a Diego, estábamos ganando 2 a 0.

M: Bueno, en ese partido, Diego sufre una lesión gravísima. Dos partidos más tarde, Schuster se lesiona también y está dos meses sin poder jugar. Después vuelve y sufre otra lesión.

Así que hubo que armar otro Barcelona, porque claro, faltaba la seguridad que dan los jugadores de esa importancia.

A pesar de todo, el equipo siguió funcionando bien y obtuvimos buenos resultados.

C: Es que para entonces ya se empezaban a recoger los frutos del trabajo anterior.

M: Claro, el trabajo que habíamos hecho en cuanto

al perfeccionamiento de las individualidades daba los resultados esperados, lógicos por otra parte.

Ya los jugadores no chocaban, se animaban a jugar más, los mensajes de cada uno eran mejor interpretados por los demás. A través de los movimientos se fabricaban espacios y se facilitaba la retención de la pelota, éramos veloces arriba y teníamos el empuje y el temperamento de siempre.

Pero ahí apareció —con las lesiones de Diego y Schuster— la necesidad de lo que yo había pedido. La necesidad de contar con un hombre del nivel de López Ufarte —que era el que me interesaba— porque pensaba que López Ufarte, aun con Diego y con Schuster, tenía cabida en el equipo. Y, en ausencia de ellos, era el indicado para asumir el liderazgo por capacidad, inteligencia, talento y experiencia.

A todo esto, habíamos rescatado del Barcelona Atlético a dos jugadores jóvenes como Rojo y Clos, para ir orientándolos y ayudándolos a crecer futbolísticamente. Con Rojo habíamos trabajado mucho en la pretemporada para orientarlo en los caminos que tenía que transitar en el campo. Rojo era un jugador que actuaba de extremo izquierdo, estaba solamente en la definición allá arriba, un hombre trabajador, que desbordaba y tiraba centros.

Lo retrasamos, en primer lugar. Lo ubicamos de lateral izquierdo para que ampliara su panorama. Después jugó en la mitad de la cancha y terminó siendo un excelente volante, de gran nivel, de grandes posibilidades. Fue seleccionado en la sub-21 y más tarde en la selección nacional española. Este chico nos dio el segundo gol contra el Manchester en el Nou Camp, en bonita jugada con Clos. Un gran gol. A propósito de Clos, hay que decir que hizo notables progresos también. Aprendió a pararse, aprendió la pausa mortal de los goleadores, esa décima de segundo que manejan con serenidad en los últimos 10 metros.

Bueno, estábamos hablando del equipo; hay que decir que, a pesar de todo, ciertamente anduvo bien.

C: Pero antes de encontrar ese funcionamiento hubo que librar no pocas «batallas» dialécticas. Te acordás cómo reaccionaba la prensa y la gente en el Nou Camp, frente a los primeros intentos del equipo por encontrar su personalidad, su estilo. Cuando se retrasaba la pelota para no arriesgarla y cosas similares.

M: Sí, cuando el Barcelona ante las defensas cerra-

das empezaba a hacer fútbol de distracción. Es decir, mover la pelota hacia un lado, hacia el otro e, incluso, hacia atrás cuando era necesario. Transitando las zonas sin apresuramiento, buscando precisión, mientras los de adelante fabricaban espacios, porque las marcaciones en España son muy estrictas. Los contrarios no salen a plantear el partido de frente, mano a mano. Entonces el público se impacientaba, quería centros, quería que la pelota entrara de cualquier manera en la zona de definición del rival. Y esto pasaba porque la confusión de un sector del periodismo hacía que la gente acudiera al estadio mal predispuesta. Decían que el Barcelona hacía fútbol sudamericano, cuando no se trataba de eso, por supuesto. Hay un fútbol, en efecto, que puede llamarse de estilo sudamericano, pero que pueden y deben hacerlo todos aquellos que tengan jugadores aptos. Y el Barcelona tiene ese tipo de jugadores.

C: Y eso también influyó en los jugadores que estaban acostumbrados a jugar a otra cosa y, cuando intentaban encontrar un estilo que los definiera con mayor exactitud o que respondiera a sus cualidades, les caía encima la presión de 120 mil personas en el Nou Camp.

M: Los ponían nerviosos cuando las cosas no salían bien. No fue fácil, fue una lucha muy dura. al principio. Yo estaba absolutamente tranquilo, eso sí, y con la seguridad total de que era un problema de tiempo. Había que esperar a que el funcionamiento se consolidara, a que los jugadores encontraran la confianza suficiente. El tiempo me fue dando la razón. El equipo llegó a ser el menos goleado y el que más goles convirtió en la Liga española. Perdimos el campeonato por accidente. Nos faltó esa dosis de suerte, necesaria para ser campeón. La suerte que tuve yo para ser campeón del mundo o cuando gané con Huracán el campeonato metropolitano en la Argentina.

De todas maneras y al margen de eso que, al fin y al cabo, es anécdota, se veía en el equipo otra solidez, otro funcionamiento. Había otro equipo en la cancha, muy diferente del que recibí. De eso creo que nadie puede dudar.

C: La lucha también hubo que librarla por cosas tan simples como cambiar el horario de los entrenamientos, utilizar el fuera de juego o marcar en zona que, por el solo hecho de romper con costumbres, se convirtieron en innovaciones muy resistidas.

M: Es verdad, pero no nos sorprendió porque no-

sotros durante toda la vida hemos tratado de buscar razones serias para cada cosa que fuimos haciendo.

Resulta que en España existe la costumbre de entrenarse por la mañana y, el razonamiento para justificarla, es que de ese modo los jugadores se van a dormir temprano. A mí me pareció insuficiente y además irrespetuoso. Insuficiente porque si yo tengo un jugador que no entiende ni respeta todos los objetivos que se plantearon en el grupo, no puede estar en el plantel. Y me parece un razonamiento irrespetuoso porque parte de la desconfianza hacia los jugadores.

Yo digo que entrenándose por la tarde acostumbro al jugador fisiológicamente, porque juega por la tarde. Lo acostumbro a un esfuerzo similar a la misma —o muy parecida— hora de la actuación. Y tenemos —entre otros— el ejemplo de los boxeadores en EE. UU. que empezaron a entrenarse de noche, precisamente porque las peleas son de noche. En el cuerpo se produce un acostumbramiento a un ritmo. Como ocurre con los jubilados que, durante un tiempo prolongado, siguen despertándose a las ocho de la mañana si lo hacían cuando trabajaban.

Hay además una explicación científica en cuanto al biorritmo, que no creo que sea necesario dar en esta conversación. Hay que pensar por qué casi nunca se batió un récord por la mañana y por qué todas las grandes competencias se realizan por la tarde. Es que por la tarde hay una predisposición distinta en el cuerpo de los atletas. Por la tarde uno cuenta con toda la potencia física para responder a una exigencia mayor. Física y mental.

Todas estas razones que ahora te digo, las desarrollé más ordenadas en esa reunión con los dirigentes del Barcelona, que creo ya mencionamos en este libro. Fue una reunión muy respetuosa. Antes de comenzar pregunté si había algún médico, algún fisiólogo para cambiar ideas porque en ese caso estaba dispuesto a aprender. Como no los había, entonces yo podía enseñar, porque tenía experiencia y conocimientos.

Finalmente se entendieron mis razones y todo siguió desarrollándose en un clima de mutuo respeto.

No recuerdo otras dificultades serias. Aunque tuvimos que soportar varias tonterías como una que ahora me viene a la memoria, de un ex entrenador —conocido en España porque hasta dirigió la selección española— que en esos momentos hacía de periodista. Bueno, dijo

en una oportunidad con bastante ampulosidad que a los equipos del norte no se les puede jugar en zona ni hacerles el fuera de juego. Una afirmación rotunda y ridícula, que no se sostiene por ningún lado y que en definitiva no fue más que una ligereza, una estupidez gratuita.

C: Sí, la tengo presente. Lo dijo después de una derrota. Fue cuando el Barcelona perdió en Pamplona 4 a 2 con el Osasuna. Pero aunque esto no tenga demasiada importancia por lo trivial, puede servir para dar una idea de lo que significó estar en un medio que no era el tuyo y tratar de imponer una manera de jugar. La lucha, por otra parte, no siempre fue leal. Como en el caso de este ex entrenador que dijo aquello tan inconsistente y no dijo una palabra cuando se le ganó al Bilbao 3 a 1 por la Supercopa, 2 a 0 por la Copa de la Liga, y 4 a 0 por la Liga, marcando en zona y utilizando el fuera de juego, naturalmente.

Pero ahora querría que habláramos de dos jugadores que a mi entender fueron los más demostrativos del proceso que desarrollaste en Barcelona: Migueli y Julio Alberto. ¿Cómo jugaban antes y qué fueron después de estar vos en el Barcelona?

M: Sí, yo me acuerdo de los informes que me llegaron cuando nosotros, con la selección argentina, jugamos contra el Barcelona en partido de homenaje a Raxach.

Inclusive el informe que hiciste vos. Hablaban de Migueli y Julio como de dos jugadores temperamentales, fuertes, de buena marca, pero no destacaban de ninguna manera otras cualidades que después demostraron, porque en realidad hasta ese momento nunca habían tenido oportunidad de jugar de otra forma.

C: Sí, el primer sorprendido fui yo mismo.

M: Ocurrió que cuando yo llegué al Barcelona, Migueli no estaba. Le habían dado permiso para viajar a su tierra. Cuando regresó, en un entrenamiento estaba jugando un «rondo» como le dicen en España, o un «loco», como decimos nosotros. Yo le veía el manejo y me sorprendió. Un jugador que manejaba las dos piernas, que tiraba túneles con la izquierda, que tenía una sensibilidad, una técnica... y pensé que era imposible que ese jugador hiciera marcas persecutorias.

C: Te digo que yo también me asombré y eso que lo había visto jugar a menudo.

M: Claro vos lo veías con más frecuencia antes de

ir yo al Barcelona. Y lo mismo pasó con Julio. Un jugador que perdía el control, que no sabía serenarse y aprovechar de otra manera toda su potencia física, que vivía intensamente lo que significa la responsabilidad del Barcelona. Toda esa generosidad en la entrega hacía que no mostrara sus reales condiciones técnicas.

No fue fácil hacerle entender que lo mejor que tenía él no era la fuerza, que eso lo hacía igual cualquier jugador español. Que lo mejor de él era su técnica, la posibilidad de jugar.

Hubo que trabajar en conceptos defensivos, inclusive por su costumbre de hacer marcas personales. Es decir, comprender que a los habilidosos no hay que dejarlos recibir o no irles encima si dominaron la pelota, que a los rápidos hay que frenarlos esperándolos, todas esas cosas.

Después de todo el trabajo, es reconfortante la aplicación que se logra en este tipo de jugadores y la respuesta que uno obtiene. Yo creo que Julio Alberto se ha transformado en uno de los mejores laterales izquierdos de España. Y aventuro que será titular de la selección si Gordillo juega en otra posición. Será titular seguramente, si le dan la oportunidad, porque está llamado a ser uno de los grandes jugadores del fútbol español. Bueno, ésas son las bases y la búsqueda de las que hablaba, y para eso, sólo necesitaba tiempo.

C: No sólo ellos dos evolucionaron y pudieron expresar todo lo que sabían, sino también otros jugadores de la plantilla. Pero a mí me parece que son los dos ejemplos más significativos, más representativos, para demostrar cómo es cierto que en fútbol hay verdades universales. Se trata de dos jugadores europeos con una forma de jugar que aparentemente los distanciaba de la escuela sudamericana. Pero sucedía que nunca les habían dejado expresar todo lo que sabían y, cuando lo hicieron se convirtieron en dos jugadores universales.

Además el ídolo de Barcelona de los últimos años había sido Rexach.

M: Claro, un jugador técnico, exquisito. Todos los grandes jugadores se destacan por esa técnica del jugador sudamericano, a la que hay que agregar la dinámina necesaria para imponerla los 90 minutos.

Hablando con los jugadores veteranos del Barcelona —con todos hemos tenido una excelente relación— nos decían que ellos sentían este fútbol que tanto queremos y defendemos. Por eso me parece que no es verdad eso

que escuché decir sobre el fútbol español, que es furia esencialmente. Eso es mentira. Puede ser un complemento, pero eso no puede ser la esencia, sería demasiado burdo.

España tuvo jugadores como Luis Suárez, ídolo de Barcelona. ¿Qué tiene que ver Luis Suárez con la furia? Absolutamente nada. Un jugador estilizado, técnico, fino, clásico. De esos jugadores que parecen tener un espejito retrovisor, como los coches; que son capaces de poner una pelota de 40 metros con una precisión de milímetros, de tocar corto, de actuar con elegancia, sin buscar roces. Luisito fue un jugador que siempre iba por el atajo, como Beckenbauer, que nunca encontraba nada por el camino, que estaba siempre en los espacios libres esquivando el tumulto, el choque. ¡Qué tiene que ver la furia!

C: Y si hablamos de jugadores actuales en España, podemos nombrar a 50 o más, de esas características: Butragueño, Martín Vázquez, Gallego, Sarabia...

M: Sí; y Carrasco, Rojo, Marcos, Gordillo, Señor, López Ufarte. Jugadores de un nivel técnico como los mejores del mundo. Pero parece que los quisieran confundir hablándoles de furia. Yo creo que España puede hacer una selección excelente el día que entiendan que no se gana por furia, que eso es una tontería, que se gana por talento... el talento de los grandes jugadores que tuvo y que aún sigue teniendo.

Yo creo —y lo digo con sumo respeto— que, a pesar de jugar la final con Francia en el último europeo, España tenía mucho más que hacer futbolísticamente. Ese segundo puesto parece conformar a todos, pero no conforma a nadie, porque cuando hablamos en España con amigos y periodistas serios, nos dicen esto que pensamos, que ese segundo puesto sólo puede destacarse con criterios comerciales, pero que futbolísticamente España es mucho más, o puede ser mucho más, de lo que exhibió en ese campeonato.

Yo le preguntaba a Julio Alberto: ¿quién es el mejor lateral izquierdo? ¿Gordillo? Bueno, usted tiene que jugar como Gordillo, en ese estilo, y ser mejor que Gordillo. ¿Qué tiene Gordillo? Ataca bien, es hábil, sabe gambetear. Y usted tiene posibilidades para todo eso también.

Muchas veces dicen que uno habla de un fútbol cómodo y no es así. Uno exige un fútbol mucho más incómodo. Porque es fácil entrar a una cancha, cumplir

con las cuatro o cinco obligaciones que exige un partido y salvarse. El otro fútbol requiere arriesgar continuamente, subir a definir y no a tirar centros a ver qué pasa, trabajar en relevos con inteligencia. Porque se trata de montar otro espectáculo que no tiene nada que ver con éste donde cada actor lee la partecita que le corresponde.

Yo creo que España tiene todas las posibilidades de ofrecer otro espectáculo, el de los aportes permanentes de los jugadores. Fijate sino en el Real Madrid actual. A mi entender tiene uno de los planteles que mejor fútbol puede hacer en Europa. Y puede volver otra vez a tener un equipo como el de la época histórica.

C: Yo opino lo mismo. En primer lugar porque tiene un jugador de ésos que aparecen cada tanto, que es Butragueño.

M: Para mí es el mejor centrodelantero del mundo. Hoy es el mejor por las posibilidades de desarrollo que tiene a corto plazo. Ojalá no empiecen a decirle que lo único que tiene que hacer es empujar la pelota al gol. Que no lo abrumen con obligaciones limitativas, que le permitan expresar todas sus posibilidades. Si ocurre así, Butragueño se transformará en uno de los grandes jugadores de la historia del fútbol español.

Y además están en el Real Madrid de hoy, Martín Vázquez, otro chico con notables condiciones, Valdano, Gallego. Y tiene la compensación del esfuerzo de otros jugadores como Camacho o Sanchis, que pueden ser el equilibrio que necesita todo gran equipo.

C: Volvemos al Barcelona, César. De lo que pretendías cuando llegaste, ¿qué fue lo que al irte habías logrado?

M: Futbolísticamente, creo que logré dejar alguna semilla de esa herencia con la cual llegué y de la que ya hablamos.

Esto es inmodificable. Fijate hasta qué punto es inmodificable —y voy a decir algo que sólo unos pocos amigos sabían—, que cuando faltaban... no más de 15 minutos para que firmara el nuevo entrenador del Barça, el vicepresidente del club me estaba pidiendo una vez más —en mi casa— que me quedara. Y ésa fue también para mí una gran alegría.

Unos días antes, cuando ya estaba todo decidido y hablábamos del posible próximo entrenador, les dije que, si estaban convencidos de que el Barcelona había encontrado un estilo, no volvieran para atrás, que tra-

taran de encontrar a alguien que continuara este modo de jugar.

Yo estaba seguro de que a algunos jugadores, si los hacían jugar como antes, les iban a provocar serios disgustos. Te diría que en el caso de Migueli, hasta sería capaz de dejar el fútbol. Si hubiera llegado alguien al Barcelona y otra vez obligado a Migueli a seguir al «9» rival por toda la cancha, no lo iba a poder aguantar, y creo que hasta se hubiera retirado.

El presidente entonces me dijo: «No puedo traer a un técnico alemán, porque a casi todos les gusta jugar con líbero y stopper». Fijate cómo había aprendido. Ya buscaba a alguien que supiera mantener la línea del equipo.

C: Pero el equipo, en relación con lo que vos pretendías, ¿llegó a jugar o a insinuar al menos, algo satisfactorio?

M: Sí, sí, yo creo que sí. Llegó a jugar grandes encuentros. Sí, jugó encuentros brillantes. Mirá, realmente a mí me parece que el equipo llegó a jugar el mejor fútbol de España, para el espectáculo y para el resultado, ya que producía diez situaciones de gol contra una del adversario. Jugó fácil contra todos, a pesar de algunas derrotas, pero siempre jugó fácil.

Cuando digo que jugó fácil, quiero decir que lo que hacía no le costaba gran cosa (al principio sí, pero después ya no), que tenía el funcionamiento apropiado como para facilitar lo que intentaba.

Y digo que esta obra se concretó, porque ya hay una seguridad en el estilo. A nadie se le ocurriría pensar en el Barcelona que Julio Alberto tenga que correr a López Ufarte por toda la cancha, hacer lo que hacía cuando estaba en el Atlético de Madrid. Me acuerdo de que Julio me contaba: «Se da cuenta, míster», me decía, «yo entraba a la cancha y me decían que Schuster no tenía que jugar aunque yo tampoco lo hiciera. Y yo corría detrás de Schuster todo el partido. No sabía si se jugaba con balón o sin balón, para mí era lo mismo. Y como no me daban la posibilidad de jugar, yo pensaba que eso era para otros».

Creo que hoy Julio marcaría mucho mejor a Schuster y, además, preocuparía al adversario con la pelota, como pasó en muchos partidos.

C: Y en uno de los últimos clásicos que vi en Barcelona, el Real Madrid puso a Sanchís de ayudante del

lateral derecho, para cuidar las subidas de Julio Alberto.

M: ¿Para tapar a Julio? Sí, es lo que digo, él ya se transformó en un jugador que obliga a pensar. Y esto es en principio la táctica más importante, ¿no?

C: Con el resto de los entrenadores del Barcelona, ¿cómo te llevaste?

M: Hay de todo. No quiero generalizar por no cometer injusticias. Pero si digo que todos se portaron bien, miento. Hago votos para que, de alguna manera, entiendan qué es el Barcelona. Sobre todo algunos que no manejaron actitudes leales. Pero fueron pocos. En general, puedo decir que la relación fue excelente. Por todo lo que se logró, no sólo con los técnicos que trabajaban abajo —con los que hemos mantenido muchas charlas—, sino con todos los que de alguna manera hicieron la historia del Barcelona. Tengo un profundo agradecimiento para todos los ex jugadores, como Fusté, Rexach, Segarra, César... en fin, de tantos que estuvieron cerca, solidarios.

C: Hay algo que ocurrió también y que conviene mencionar. La resistencia chovinista de algún sector de la prensa, contra lo que consideraban el clan argentino, clan Menotti o clan Maradona. Esto nos extrañó muchísimo, porque para nosotros extranjero tiene un significado muy distinto.

M: Bueno, pero yo creo que ese tipo de acusaciones estuvo manejada por los mercenarios del periodismo.

Fijate que yo, en mi estancia en Barcelona, no conocí la casa de Maradona. No nos encontramos más que una vez fuera de los horarios de entrenamiento, una o dos veces. No porque haya una mala relación, sino por algo más simple, porque yo tengo 46 años y él 24, entonces es imposible compartir un montón de cosas.

La primera vez que nos encontramos fue cuando llegué porque me invitó a cenar. Fuimos a un restaurante con toda su familia y algunos amigos. En Vía Veneto para ser más preciso. Y alguna otra vez que nos encontramos por casualidad.

Por eso no hay que tener en cuenta las tonterías que se dijeron. Por otra parte no hay que confundir con eso de los clanes. Yo sí tenía mi gente. Se habló del clan argentino porque yo trabajaba con vos y con Poncini. Vos estabas en distintas tareas —entre otras la de ir formando a jugadores jóvenes del club, que salían de

una selección entre los más dotados técnicamente— y una que me interesaba personalmente: la de informarme de los equipos y jugadores. Y me interesaba por tu experiencia en el fútbol español y, además, por afinidad y porque no sé si se desconocía, que vos, aparte de haber sido jugador de fútbol en la Argentina en equipos de primera división, estudiaste en España y tenés el título de Entrenador Nacional español. Has investigado, dirigiste equipos juveniles, colaboraste con la selección argentina, viste fútbol internacional durante los últimos 10 años, y sos capaz de viajar adonde haga falta para ver un buen partido. Y Poncini trabaja conmigo desde mi época en Huracán, hace 15 años. Creo que eso es suficiente aval. De modo que se habla desconociendo muchas cosas. Se habló de amistad. Claro que la amistad es fundamental. Ya lo dijimos, el ayudante y el colaborador del entrenador son personas a quienes se consulta cuando se tienen dudas; y las dudas se comentan solamente con los amigos. Se plantean con los colaboradores que para eso tienen que ser amigos, pero sobre todo capaces. Tiene que haber confianza como para desnudar todas las dudas que uno tenga y capacidad para poder resolverlas con acierto. ¿A quién perjudica la amistad de los que conducen un equipo? Cuando esa amistad está al servicio del equipo, como lo hemos intentado siempre nosotros, es un beneficio desde cualquier punto de vista. Pero, claro, este hecho produjo algunos desplazamientos. Y los mediocres por ahí pensaron que si no estabas vos, podían estar ellos. Pero no se prepararon para estar, y esto lo podría demostrar muy fácilmente. Con sólo leer algunos informes que había en el club ya sería suficiente.

C: Hay una pregunta que tenés que responder, porque seguramente se la hará mucha gente. ¿Por qué te fuiste del Barcelona, cuando todo estaba preparado para que al año siguiente hiciera la campaña que efectivamente hizo?

M: Yo no tenía dudas —y se lo dije al presidente y se lo dije a los jugadores— de que si el Barcelona tenía la suerte de los campeones ganaba la siguiente Liga con comodidad. Porque ya había una fe y un funcionamiento que no se alteraron.

¿Por qué me fui? Por muchas razones. En primer lugar porque yo ya había probado sobre el terreno lo que necesitaba. A mí no me agrega ni me quita nada el hecho de no haber sido campeón con el Barcelona.

Lo que creo es fundamental, es lo que un técnico deja cuando se va. Eso es lo realmente importante para mí. Y eso mismo les dije a los jugadores. Ellos me contaron que son titulares casi los mismos que los que lo fueron conmigo —el 90 por ciento del equipo es el mismo— y que juegan como lo hacíamos cuando estaba yo, con ligeras modificaciones. Les dije que siendo así, lo mejor que podían hacer por mí era ser campeones.

Y quiero explicarte por qué digo que para mí, es, tal vez, más importante lo que un entrenador deja que los títulos que pueda conseguir.

Yo llegué a Huracán de Buenos Aires en el año '71 para reemplazar al cuerpo técnico que por entonces componían Zubeldía y Bilardo, porque el equipo andaba bastante mal clasificado, en los últimos puestos. Ese año había que clasificar al equipo para poder participar al próximo en competiciones importantes. Se logró. Al año siguiente, en el '72, ya hice lo que yo pretendía y fuimos terceros, delante de Boca y River y detrás de San Lorenzo y Racing. Es decir, metimos a Huracán entre los cuatro equipos con mayor convocatoria del fútbol argentino. En el '73 fuimos campeones. Hasta ahí la cosa no pasa de datos para la estadística. Lo importante es saber qué fue lo que quedó de Huracán al irme. En primer lugar quedó un equipo armado, que le dio a Huracán la posibilidad económica de seguir existiendo. Porque ese equipo peleó los primeros puestos hasta tres años después; se transformó en un importante animador del campeonato. Recuerdo que en una oportunidad había sacado seis puntos a Boca en la zona, y perdió la chance del título en un solo partido, por esos campeonatos raros que se organizan en la Argentina.

Lo cierto es que hasta el '76 estuvo entre los cinco primeros puestos. Me había ido en el '73. Después de aquel año, empiezan a vender jugadores y deshacen el equipo. Dejé en Huracán un equipo joven, en el que se había invertido el 5 por ciento de lo que produjo. Sólo el mantenimiento le costó a Huracán esos cuatro o cinco años de triunfos y de un fútbol de primerísimo nivel, con jugadores que después alcanzaron una elevada cotización, como Babington, Ardiles o Brindisi.

¿Qué le dejé a la selección argentina? Si hablamos de títulos tenemos que mencionar preferencialmente el campeonato mundial juvenil que, por la perspectiva que tenía, iba mucho más allá de ese título. Era un equipo que de no mediar otras circunstancias, tenía para muchos

años de un fútbol brillante, con jugadores de la categoría de Maradona, Barbas, Ramón Díaz o Calderón que, cuando fueron elegidos, eran absolutamente desconocidos, salvo Diego.

Otros títulos que se alcanzaron fueron el de Toulón, el campeonato del mundo de mayores, la clasificación para el Olímpico de Moscú (después no se fue por decisión de la junta militar). Pero más allá de esos títulos están los jugadores que, anteriormente a su participación en las diferentes selecciones, eran desconocidos: Passarella, Tarantini, Galván, Ardiles. Eran desconocidos no sólo internacionalmente sino hasta en el ámbito nacional. Los clubes se capitalizaron en cifras extraordinarias cuando terminó el ciclo de la selección. Jugadores como Simón, que hoy triunfa en Francia, como Barbas que jugaba de lateral en Racing y lo había hecho muy pocas veces, o ninguna, en primera. El caso de Calderón, al que Racing había dado en préstamo a Los Andes, porque para ellos no servía. Lo llevamos a la selección juvenil, de ahí pasó a la primera y más tarde a Independiente. Hoy está en España. Jugadores como Barrera, de muy buena actuación en España también, o Valdano, al que tuvimos desde el comienzo cuando fuimos campeones en Toulón. Esto es tan importante como los títulos.

También lo es ser respetado en todo el mundo, como lo fuimos nosotros con cualquiera de las selecciones con las que competimos en todas partes. Aun perdiendo fuimos elogiados por el fútbol que hacíamos, defendiendo nuestro estilo, sin especular jamás en ninguna cancha del mundo.

Me emociona recordar todavía, cuando en Wembley, después de haber perdido 3 a 1 con la selección de Inglaterra, un periodista inglés, antes de iniciarse la rueda de preguntas, se dirigió a mí para felicitarme —en nombre de todos sus colegas— por el espectáculo que habíamos dado ese día.

¿Qué dejé en el Barcelona? Sobre todo convicciones. También algunos jugadores totalmente modificados. Puedo nombrar a Rojo y Clos. Yo creo que Rojo, especialmente, modificó un montón de cosas y hoy es un jugador capitalizado. Dejé un equipo con un funcionamiento apropiado a la categoría de sus jugadores y del club. Lo triste para mí hubiese sido que el Barcelona hubiera quedado séptimo u octavo al año siguiente de mi partida.

Dejé jugadores como Alexanco, que fue insistentemente discutido durante mi permanencia, se me criticó

duramente por mantenerlo, y hoy sigue siendo titular y más figura que antes todavía.

Todos los jugadores que yo mantuve en primera o de titulares, han justificado holgadamente la inversión que el club hizo con ellos.

Y dejé un equipo que, parado en la cancha, nada más que parado, aseguraba la lucha por el título.

Sólo Marcos perdió el puesto, no jugando, y después cuando fue incluido, demostró también su gran categoría. O Sánchez que sufrió una lesión.

C: Bueno, y Archibald por Diego.

M: Sí, claro. Y ésa fue una inteligente decisión del técnico inglés. La de reemplazar a Diego, que se había ido al Nápoles, por un jugador suyo. Algún tonto habrá dicho, seguramente, que había empezado el clan inglés. Me parece ridículo. Yo no conocía muy bien a Archibald, sólo lo había visto internacionalmente, pero dije que si el entrenador confiaba en él, era estúpido discutírselo. Habría sido muy tonto llevarse al Barcelona a un jugador que no le sirviera.

También es ridículo conjeturar que si hubiera estado Diego jugando de «9» no hubiera sido lo mismo. Yo creo que si hubiese estado Diego en su nivel, habría hecho tantos o más goles que Archibald y además le hubiese dado otro brillo al equipo.
Naturalmente si Maradona no estaba para dar todo lo que tiene, si no se encontraba en condiciones de dar todo lo que sabe —por los motivos que fueren— entonces fue inteligente su salida.

También y además de todo lo que hablamos, dejamos un grupo de gente que, verdaderamente, ha entendido algo que es muy lindo y que creo que no tenía muy claro: lo que significa poder trabajar con alegría y profundo respeto. Considerar al Barcelona su segunda casa.

C: ¿Y en lo estrictamente personal?

M: He tenido oportunidad de conocer Barcelona, de ver un millón de personas cantando la victoria en una final contra el Madrid. Gané dos finales al Madrid, gané una supercopa al Bilbao que en ese momento era el campeón de España... yo sería tremendamente injusto si no dijera que lo he conseguido todo en el Barcelona.

¿Qué me faltó? ¿Ganar la Liga? ¿Y qué hubiese cambiado si ganaba la Liga? ¿Sería yo mejor entrenador? No, seguiría siendo el mismo. Gane o pierda uno es siempre el mismo. La cuestión reside en saber quién es uno, qué quiere, y por qué y para quiénes trabaja.

C: Y como entrenador ¿qué conclusiones sacaste después de esta experiencia europea? Me refiero a esas personales, que uno agrega a sus conocimientos.

M: Que en fútbol existen algunas verdades absolutas.

Lo que no se puede modificar son las características del hombre, las que tienen que ver con su nacimiento, su entorno. Pero a pesar de eso sigo pensando que las fronteras las inventaron para poder manejarnos y explotarnos mejor.

Yo sigo creyendo que lo fundamental como el amor, la muerte, la felicidad, las injusticias, la libertad, nos afectan por igual a todos en cualquier parte del mundo.

Por este mismo motivo, Cruyff es de todos. Es patrimonio de todos aquéllos a quienes nos gusta el fútbol. Yo, al menos, lo siento como si fuera argentino. Para mí, Pelé es lo mismo que Alfredo. A uno de esos grandes jugadores no se me ocurriría preguntarle dónde nació.

C: Volviendo a la experiencia en el Barcelona, en lo estrictamente futbolístico, ¿te aportó algo?

M: Sí, claro. Yo creo que hay algo muy importante en ese equipo, y en el fútbol europeo en general: la gran concentración de los jugadores y la disciplina. La disciplina bien entendida. Quiero decir que la gran mayoría pone todo lo que tiene para hacer algo que el entrenador ha creído conveniente. Yo he visto una gran responsabilidad para exigirse permanentemente en el aprendizaje. No estoy hablando de correr 20 vueltas alrededor de la cancha, que, llegado el caso, también lo hacen sino de los pequeños detalles. Por ejemplo cuando descubren algún concepto técnico o táctico —más que nada técnico— que les resuelve problemas o les ahorra dificultades, lo capitalizan inmediatamente y lo practican hasta que lo incorporan decididamente para siempre.

Eso en la Argentina, cuesta un poco más. A veces uno tiene que decir en cada charla cómo hay que formar una barrera. Y eso en España no ocurre. No me ocurrió. Yo en España marcaba las obligaciones con recordatorios durante la semana, por supuesto, pero si el domingo en la charla técnica no las mencionaba, igual se cumplían rigurosamente.

Además, me asombró la generosidad de los jugadores para el esfuerzo. Hay casos que vos mismo has visto. Paran cuando sienten calambres, si no no paran nunca. El caso de Carrasco, que llegó a orinar sangre por el tremendo esfuerzo del domingo anterior, y el martes

siguiente, sin saber qué tenía, quería entrenarse de todos modos. Hubo que convencerlo a que esperara los resultados de los análisis para poder estar seguros. No se guardan nada. Dan todo en el esfuerzo, a tal punto que ni pueden quitarse los zapatos después de cada partido.

C: Hay muchos jugadores argentinos en España, ¿qué te parece si hablamos un poco de ellos ahora?

M: Bueno, y servirá también para aclarar algunas cosas. Porque hay gente que habla a veces para quedar bien. Es como si yo en España hubiese dicho que me gustaba todo. Quedaba bien para los imbéciles, porque los inteligentes iban a sospechar, seguramente. Resulta que un día, un importante entrenador español dijo que el gran problema del fútbol en ese país eran los jugadores extranjeros, porque había muchos mediocres que hicieron perder el estilo, la furia española.

A mí me dolió mucho, me molestó realmente, porque incluso yo creo que es al revés. Pero ante todo, me parece ridículo decir que dos jugadores por equipo pueden cambiar un estilo futbolístico en un país. Si así fuera, hablaría muy mal de la personalidad del fútbol español. Por otra parte, decir que el estilo del fútbol español es la furia, es ciertamente lamentable.

Se quiso defender a los españoles apelando a la demagogia, y se les faltó al respeto acusándolos indirectamente de faltos de personalidad. Y no es así.

Los jugadores españoles tienen personalidad, pero no por eso han dejado de recibir el aporte de los buenos jugadores argentinos, húngaros o franceses que han jugado y juegan en ese fútbol.

La capacidad siempre deja enseñanzas, como en el caso de Puskas, Kopa, Stielicke. Y está en la inteligencia de los entrenadores saber aprovecharlas e incorporarlas.

Por ejemplo, la presencia de Stiliecke —que junto a Migueli, Passarella y Scirea es uno de los grandes en este puesto— deja muchísimas cosas. Si se cree que no ha dejado nada, es porque nadie entiende de fútbol, y tampoco es así.

Por eso pienso que todos los grandes jugadores extranjeros que han pasado por España dejaron muchas cosas y de mucha importancia. Los mediocres, que han sido minoría, han pasado desapercibidos en todo caso. Sinceramente no pueden inquietar a nadie.

C: Te preguntaba por los jugadores argentinos, sobre todo, porque yo creo que el jugador argentino

que sepa adaptarse a la intensidad de los partidos en el fútbol español manteniendo su talento, su escuela, termina imponiéndose y siendo figura, como en los casos de Kempes, Barbas, Calderón, Valdano...

M: Sin duda. Además todos han rendido según las inversiones que han hecho por ellos. Y pensándolo bien han rendido mucho más en casi todos los casos. Al 95 por ciento de los jugadores argentinos que han comprado en España, seguro que no los venderían por el mismo dinero, sino por mucho más.

Con excepción de algunos que han llevado —chicos que no habían jugado en ninguna parte— al resto lo venderían tres veces más caro... como mínimo.

Lo mismo te puedo decir de jugadores de otras nacionalidades que están en el fútbol español como Stielicke, Schuster, Lauridsen, Hugo Sánchez. Son muchos los jugadores que han estado o están y dejan cosas. Como si mañana vinieran a la Argentina jugadores como López Ufarte, Carrasco, Martín Vázquez o Butragueño. Serían figuras del fútbol argentino y, para los entrenadores, sería una obligación recibirlos bien porque son jugadores talentosos que no tienen fronteras, que crearían posibilidades con sólo emularlos, posibilidades de aprender.

C: Yo creo que para terminar este capítulo, tendrías que hablar de las vivencias de uno de los partidos más trascendentales del mundo: Barcelona-Real Madrid.

M: Sí, participé... no sé... cinco o seis veces en ese clásico. Se da en esos partidos algo que yo llamo el «gran escenario».

Yo he tenido mucha suerte y pude participar en acontecimientos futbolísticos de «gran escenario». Quisiera poder transmitirle a la gente lo que se siente o cómo se puede vivir un vestuario el día de una final por la Copa del Mundo, por ejemplo. O cómo se vive un clásico Real Madrid-Barcelona. Me parece que no seré capaz de decirlo con precisión. De todos modos... yo creo que ahí está metida toda la historia de mi vida. En esos momentos empiezan a «desfilar» por el vestuario mis amigos, los compromisos que uno asumió frente a la vida... Se siente algo muy intenso. Supongo que parecido a lo que debió sentir Serrat cuando cantó en Buenos Aires después de no poder hacerlo, de estar prohibido por los militares durante tantos años. No sé si es posible compararlo, pero es muy difícil describir una emoción tan intensa.

Da la impresión de que uno se lo está jugando todo en ese partido, no lo de uno, sino lo que ya pertenece a quienes piensan igual que uno, a quienes discuten en los cafés a favor de esa idea. Es decir, uno se lo plantea como si todo el mundo estuviera pendiente y en realidad no es así. Cuando termina todo, en la frialdad del razonamiento uno se da cuenta de que no es así, y de que tampoco se lo jugó todo en ese partido. Pero es lo que uno siente en un vestuario, en partidos como ésos.

Yo he jugado algunos River-Boca..., pero es distinto. Yo creo que en un Madrid-Barcelona se siente algo parecido a una final por el campeonato del mundo.

Mirá, lo más parecido que me ocurrió a un Barcelona-Madrid ¿sabés qué fue?, los clásicos Rosario Central-N. O. Boys.

C: ¿Por qué? Ése es un clásico de ciudad, digamos, pero un Madrid-Barcelona tiene, además, otras connotaciones, otra importancia política.

M: Y otra trascendencia en el mundo, ya sé, pero en aquellos momentos, cuando yo soñaba todavía más que ahora con el fútbol, ese clásico tenía para mí una tremenda importancia. Tenía mucho que ver con la ciudad donde nací, con mi origen, con mis amigos y con los de enfrente. Era mi barrio, era mi partido.

En cuanto al Real Madrid-Barcelona, son dos instituciones que asocio, desde la Argentina, desde Rosario, desde nuestro origen, las veía tan lejanas, tan distantes, tan imposibles. A propósito, quiero contar una anécdota que viví con, a mi entender, uno de los dirigentes más inteligentes de todos los que conocí y con el que hasta pude conversar de fútbol (cosa que no es frecuente con todos los dirigentes). Fue con don Santiago Bernabeu. Y de esto que voy a contar hay un testigo, se llama Domínguez, que creo está en la Federación Española ahora, pero entonces trabajaba en el Real Madrid, me parece que como subgerente, aunque no me acuerdo bien. Lo cierto es que viajaba con don Santiago Bernabeu. Bueno, don Santiago me contó toda la historia del Real Madrid en noches enteras que nos quedábamos conversando. Yo le preguntaba sobre fútbol, sobre la separación de Di Stéfano, sobre todo lo que me interesaba. Me contó también que en su época de jugador fue a jugar a la Argentina, su viaje en barco... en fin, toda su historia relacionada con el fútbol que a mí me apasionaba realmente.

Esto fue en el año '76 y yo ya era entrenador de la

selección argentina. Hablábamos mucho, a tal punto que una vez cambió las identificaciones de las sillas en el palco, en la copa europea de fútbol, para poder estar juntos y seguir hablando de los partidos.

Pero lo que yo quería contarte era que un día, saliendo del hall del hotel, me puso una mano en el hombro y me dijo que cuando terminara de ganar la Copa del Mundo, iba a ser entrenador del Real Madrid. Me lo dijo como un abuelo le dice a su nieto qué es lo que va a ser cuando sea grande. Yo lo sentí así.

Bueno, yo lo miré y le dije en broma: «Mire que le tomo la palabra, eh...» Y él, riéndose, me contestó: «No tengas ninguna duda». Yo entonces —continuando el juego— le pregunté: «¿De qué no debo tener dudas, de que voy a ser campeón del mundo o de que voy a ser entrenador del Real Madrid?». Y él me respondió: «De ninguna de las dos cosas debes tener dudas».

Yo me fui a la cama esa noche y me quedé pensando con una ilusión tan grande que no me dejó dormir. Era tal la personalidad de Santiago Bernabeu, más la leyenda que uno había escuchado, que era difícil no seguir alimentando sueños.

Por eso te digo —y te conté esta anécdota para darte una idea cabal— lo distante que aparecían el Real Madrid y el Barcelona. Como jugador de Boca, me entrené una vez en el estadio Bernabeu, pero otra cosa es verlo vibrar con toda esa gente...

C: Ser protagonista..., participar del espectáculo.

M: Y más con un club como el Barcelona, por todo lo que se juega. Y fijate las cosas que puede tener la vida: en la Argentina el Barcelona empieza a ser popular a partir de Serrat, continúa con Maradona y culmina conmigo. Se estableció un vínculo, a tal punto que, por ejemplo, voy caminando por la calle los domingos de fútbol y hasta los taxistas se paran para decirme cómo salió el Barcelona, como si yo estuviese aún en ese club. Qué lindo ¿no?

Conversaciones grabadas en enero-febrero y parte de marzo de 1985 en Mar del Plata, Argentina.

Nombres propios

«El fútbol sin nombres propios —acostumbra a decir César— es pura divagación.

Yo quise agregar a su pensamiento en este libro, algunos de "sus" nombres propios.

Creo que ellos —junto a otros muchos— constituyen el mayor aporte de Menotti al fútbol internacional, pero no se trata de eso.

Se trata de que esos nombros propios, levanten junto a Menotti, la bandera de un estilo universal.

Ellos, que ganaron en todo el mundo, nos dicen que el fútbol es alegría y dignidad, un sentimiento hondo imposible de traicionar, una emoción incomparable que no debe desvirtuarse.

Ése es el objetivo de su presencia, y la importancia de sus palabras, cuando escribieron para decirnos qué les aportó Menotti.»

ANGEL CAPPA

«A mí, Menotti me cambió mucho. Antes de tenerlo como entrenador, yo era un buen jugador de nivel nacional. El me transformó en un jugador de categoría internacional.

El cambio principal lo noté al jugar sin la pelota. Comprendí que hay tareas muy importantes que un jugador —y especialmente un volante— debe realizar aun cuando no tenga el balón en sus pies.

Defensivamente, ocupando zonas del campo adecuadas, para permitir la recuperación. Cuando el equipo ataca, fabricando espacios o acudiendo en ayuda de quien se vea apremiado.

Antes de Menotti, yo tenía el mismo defecto de casi todos los jugadores, es decir, al perder la pelota me convertía en un espectador más del partido. Con él aprendí la obligación de participar los 90 minutos, de no dejar nunca a mi equipo con 10 jugadores, a pesar de no estar inspirado.

Tácticamente es un entrenador que da una tremenda libertad para jugar, dentro de un orden apropiado. Hay dos maneras de ordenar a un equipo: mecanizando un funcionamiento y, por lo tanto, limitando las posibilidades de los jugadores, o, lo que hace Menotti, establecer las condiciones que permitan la expresión de las cualidades de cada uno.

Psicológicamente me parece genial. Sabe muy bien lo que quiere y transmite esa seguridad al jugador.

Cuando jugaba con él, yo me sentía absolutamente tranquilo, convencido de lo que tenía que hacer dentro de la cancha, sabiendo que iba a contar con su respaldo. Quitaba presión al jugador, porque siempre asumía los fracasos.

Es uno de los pocos técnicos que yo conozco que no se rige exclusivamente por los resultados. Le gusta ganar, naturalmente, como a todos, pero hubo partidos con la selección argentina que hemos ganado sin jugar demasiado bien y él nos expresó su disconformidad. Por el contrario en otras cosasiones hemos perdido, pero jugando bien, y se mostraba satisfecho a pesar del resultado.

Yo creo que, ante todo, se trata de una persona inteligente que traslada esa inteligencia al campo de juego.

Tiene una profunda claridad para ver el fútbol, para analizarlo y descubrir cosas que parecen simples, pero que resultan difíciles de apreciar para la mayoría. Por eso es capaz de explicarle en pocas palabras a un jugador cuáles son sus defectos y el modo de corregirlos. Sabe también destacar sus virtudes para que las aproveche mejor. (...)

Quiero decir que comparto plenamente el tipo de fútbol que defiende Menotti. Un fútbol interpretado como juego, que tiene como virtudes principales la libertad para crear y la belleza para concebir, que obliga a pensar y resolver con inteligencia y que, como ha demostrado, también obtiene triunfos en el máximo nivel.

Recuerdo la lucha que sostuvo contra quienes opina-

ban —antes de la gira que hicimos por Europa en el '76— que muchos de nosotros no íbamos a "sobrevivir" debido a nuestros físicos menudos. Decían que no podíamos enfrentar a jugadores europeos de 1,80 de estatura y 80 kilos de peso.

No sólo "sobrevivimos", sino que, además, manteniendo nuestro modo de jugar, tuvimos un éxito notable. Inclusive tengo que confesar que algunos jugadores que fuimos a esa gira, no lo hicimos muy convencidos de poder contra los europeos.

El que se mostraba absolutamente seguro era Menotti y, finalmente, nos contagió esa seguridad.

Yo tengo que agradecerle personalmente esa confianza y esa seguridad porque, gracias a eso, pude después del mundial '78 jugar en Inglaterra en uno de los torneos más duros de Europa, y desempeñarme sin problemas alguno.»

Osvaldo Ardiles

«Estoy seguro de que mi destino como jugador de fútbol hubiera sido otro muy distinto, de no haber encontrado a Menotti. Yo tenía poco más de 17 años y era lateral izquierdo en las divisiones menores de Racing, cuando fui convocado por primera vez por él para la selección juvenil argentina. En primer lugar me ubicó en el otro lateral, y empezó a mejorarme técnicamente para una mejor utilización de mis condiciones.

Más tarde, fui volante con él y así pude aprovechar aun más mi dinámica en los distintos sectores del campo.

Me enseñó Menotti a encontrar los lugares estratégicos de la cancha, para favorecer mi estilo.

Un estilo que él defendió como ninguno, en ciertos momento en que yo fui muy resistido por algunos sectores de la prensa en la Argentina. En esos momentos, verdaderamente difíciles de mi carrera, él depositó toda su confianza en mí, y aumentó su empeño para ayudar a mi crecimiento como futbolista creativo.

Fui desarrollando mis posibilidades a partir de su confianza y la seguridad que me dio, además de muchos conceptos para el manejo de la pelota.

Su aporte también estuvo destinado a que yo encontrara el equilibrio entre la recuperación, la creación y la definición.

Me enseñó que un volante de creación no tiene por qué ser menos cuando el equipo debe recuperar la pelota, y que también es posible llegar a definir.

Es decir, aprendí a repartir mejor el esfuerzo y a jugar con la pelota según en los sectores donde me encontrara.

Le debo mucho en el refuerzo de mis convicciones para defender un modo de jugar que sentía, sin despreciar mi sacrificio.

Gracias a eso, pude, una vez que llegué al fútbol europeo, crecer en personalidad. Pero toda la base de ese crecimiento, se la debo, indudablemente a Menotti.»

Juan Barbas

«Si tuviera que describir a Menotti, cómo es, cómo maneja al equipo, cómo sabe llevar las riendas dentro y fuera del terreno, no tendría folios suficientes, ya que su personalidad a la que voy a hacer referencia es, en primer lugar, tremendamente interesante.

Yo señalaría antes que nada sus inquietudes por cada uno de los componentes de la plantilla, para luego ir teniendo conclusiones paralelas con sus pensamientos, y así poder corregir defectos de una manera muy especial, puesto que hace sentirse al hombre útil dentro y fuera del terreno. Con esto quiero decir que el jugador puede expresar sus pensamientos, hablar con el entrenador en todo momento y así trabajar formando un equipo que, a la vez, se haga más y más compacto.

Si tuviera que definir a Menotti como entrenador usaría adjetivos tales como sincero consigo mismo, convencido totálmente de lo que hace. Siente, vibra y vive el fútbol 24 horas al día (real), pragmático e inteligente, conocedor del fútbol en todas sus maneras y formas. Yo creo que después de haber dicho todo esto, no merecería la pena escribir más, pero lo que yo voy a contar es mi experiencia personal con él.

La llegada de Menotti a Barcelona, me hizo pensar muchísimo ya que tenía la oportunidad de trabajar con el mejor entrenador del mundo en los últimos 10 años. Lo primero que me dijo fue: "Julio, un jugador de primera división no puede fallar tantos balones. No puede perder más de tres o cuatro balones por partido".

Siempre recordaré esta frase porque fue la que más mella me hizo en estos últimos dos años. Supo en todo momento corregir, con un acierto increíble, muchos defectos que yo tenía de años, y que parecía prácticamente imposible solucionar. Pero él sabe y descubre —como ya he dicho antes— primero al hombre y luego su juego, sus aptitudes. Ésa es una de las claves de su éxito. A mí me ha sacado punta, ha hecho brillar mi juego. Me ha mejorado en un 100 por ciento y ahí está la prueba: las dos últimas temporadas han sido las mejores de mi vida futbolística. Y esto, sin duda se lo debo a él. Cuántas veces me ha repetido: "De qué te sirve ser un atleta, si luego no sabes pasar el balón. De qué te sirve ser muy rápido, si no estás o no apareces cuando hay que sorprender al contrario. Esto no es rutina, hay que pensar, no sólo correr y pegar al balón para adelante".»

Julio Alberto

«Lo primero que tengo que decir es que Menotti es el mejor entrenador que he tenido.

Es impresionante la personalidad que tiene. Incluso inspira respeto hablar con él.

Sus entrenamientos son totalmente distintos a los de los demás entrenadores porque, casi siempre, son con balón, lo cual hace que dé gusto ir a entrenarse.

Es un entrenador que da una confianza increíble, a tal punto que yo creo que uno juega hasta por encima de sus reales posibilidades.

También tiene otra cualidad llamativa: en los descansos de los partidos, señala a la perfección los errores que está cometiendo cada jugador, cosa que considero muy importante en un buen técnico, es decir, que no sólo sepa entrenar, sino también ver el fútbol y corregir a sus jugadores en el momento oportuno.

Otra cosa admirable en Menotti, es la forma que tiene de plantear los partidos. Yo recuerdo que casi siempre, cuando nos hablaba sobre el equipo rival, acertaba. Luego en el campo ocurría tal y como él nos lo había dicho. Conoce perfectamente tanto el fútbol europeo como el sudamericano.

En verdad, durante los casi dos años que estuve con él, fue cuando más aprendí. Aparte de que en ese lapso

fui el máximo goleador cuando, en los otros años, yo apenas marcaba seis o siete goles. Con Menotti conseguí marcar 12 en la Liga, lo cual quiere decir que se debe, en parte, a la confianza con que llegué a jugar.

En ninguno de los partidos que jugué con él, le oí decir que había que salir a defender. Por el contrario, siempre nos decía que el adversario era quien tenía que preocuparse de nosotros. Creo que eso es una prueba más, para decir que le gusta el fútbol de verdad.

Otra cosa muy importante es el apoyo que tiene en otro auténtico "monstruo" que es Poncini. Creo que forman un tándem perfecto para triunfar en cualquier equipo del mundo y, para corroborarlo, está ese título del mundo en la Argentina. Creo que eso lo dice todo.

Sinceramente, hablar de Menotti es muy difícil, porque da la impresión de que uno no puede llegar a definirlo totalmente, pero puedo decir, para finalizar, que estoy muy agradecido de todo lo que aprendí a su lado, no sólo como futbolista, sino también de la vida en general, ya que me sirve de mucho.

El día que se marchó del Barcelona, me dijo que casi seguro no lo tendría nunca más como entrenador, pero yo espero siempre, que algún día volvamos a encontrarnos.»

Marcos

«Para un profesional de fútbol resulta algo complicado dejar sus limitados utensilios de trabajo, tratando de esbozar con tranquilidad y sin "urgencias históricas" una aproximación a la figura de César Luis Menotti.

Espero y deseo que mi amigo Menotti valore más la entrega y voluntad, que mi técnica para el relato. Al final de esta experiencia no me gustaría que sacase a relucir esa queja de tantos entrenadores relacionada con el bajo rendimiento.

Con dos títulos mundiales llegaba Menotti al Barcelona para sustituir a un hombre de mentalidad completamente distinta: Udo Lattek. Un técnico cuyas decisiones respeté en todo momento, aunque no estuviera muy de acuerdo con sus planteamientos. Pero aquel contexto

no merece mayores consideraciones para analizarlo, teniendo en cuenta que soy parte interesada.

En un principio, la llegada de Menotti suponía para mí un reto importante en dos vertientes: recobrar parte de las ilusiones perdidas y demostrarle, en la medida de lo posible, que no era ese jugador con tantísimas limitaciones como me habían dicho en los informes.

Cuando hablaba, con sus "tics" característicos, de las zonas de oxigenación o definición, cuando descartaba por sistema los arabescos y trataba de imponer sus criterios, lo hacía con una tremenda claridad y con un conocimiento del rival impropio de un hombre que acababa de aterrizar en el fútbol español. Era, para nosotros, para toda la plantilla, la evidente demostración de sus conocimientos y profesionalidad.

De todos sus fundamentos, dos cosas importantes han quedado en mi recuerdo. Posiblemente a muchos de ustedes les parezcan intrascendentes pero, entonces y ahora, me resultan fundamentales: serenidad y sobriedad. Extremos que a mi manera trataré de razonar.

La serenidad que exigía podría ser la respuesta a la confianza que César Luis Menotti otorgaba a sus jugadores. Sabía perfectamente hasta dónde podía llegar y no pedía imposibles en función de las características de cada uno de nosotros. Esa motivación por el trabajo, el saberte respaldado en cualquier circunstancia y situación, su preocupación constante por tu problemática personal, me recordaron en muchas ocasiones experiencias tan positivas como las vividas años antes al lado de otros entrenadores como Balmanya, el recordado Weisweiler o Ladislao Kubala.

Me hablaba muchas veces de un tándem que le hubiera gustado ver en acción: Migueli-Passarella. En nuestras conversaciones, largas y distendidas conversaciones, Daniel Passarella era el punto de referencia como jugador a imitar por su estilo sobrio y seguro. De aquellas valoraciones del entrenador a mis conclusiones, tras ver en acción al defensa argentino, creo sinceramente que hay muchos puntos de coincidencia en nuestra forma de contrarrestar las acciones ofensivas del contrario.

Poco a poco, charla a charla, me iba animando a desdoblarme sin temor, a intentar cosas que otros me habían reprochado desde el banquillo y, en definitiva, a jugar más el balón una vez superado el peligro.

Mi recuerdo entrañable a César Luis Menotti, allí

donde se encuentre. Su personalidad y su capacidad profesional serán el mejor testigo una vez que nuestras carreras profesionales quedaron definidas. La mía en España, en el Barcelona. La de Menotti, por ahora, una incógnita. Suerte, "Flaco".»

Migueli

«Una de las cosas más sobresalientes de Menotti es su capacidad para hacerle confiar al jugador en sus propias fuerzas. Sus palabras son para dar seguridad y tranquilidad, y evitar la preocupación excesiva que, a veces, se tiene por el rival de turno.

Uno sale al campo confiando plenamente en lo que sabe. Así puede rendir en la medida de sus posibilidades y, en ocasiones, más todavía.

Efectivamente, como suele decirse, es un gran "psicólogo", capaz de transformar a un mediocre jugador en una pieza fundamental del equipo, haciéndole ver la importancia de su función.

Con Menotti, el jugador acentúa lo que sabe y toma conciencia de su importancia.

En lo específicamente futbolístico, él me enseñó a jugar de último hombre. Fortificó mis cualidades, me hizo ver los defectos y me ayudó a corregirlos y evitarlos apelando a recursos que los disimularan.

Aprendí a subir por sorpresa —cuatro o cinco veces por partido— para ir a definir, y no hacerlo rutinariamente en un gasto de energías muy poco efectivo.

También aprendí a cruzar hacia mi derecha como último hombre, cosa que me costaba bastante, no sólo por mi pierna menos hábil, sino por la dificultad que entrañaba encarar la jugada con el perfil incómodo.

Comprendí la ventaja de salir jugando por afuera para asegurar la pelota y no arriesgarla inútilmente. Y otra cosa fundamental: achicar hacia adelante, cuando un delantero recibe detrás de mis volantes. Es común que en esa jugada los defensores retrocedan, esperen y, sin quererlo, regalen a los atacantes espacio y tiempo para resolver.

En realidad tendría muchos detalles más para agregar, simples en apariencia pero decisivos en el momento de solucionar situaciones comprometidas, pero sería alargarme demasiado en cuestiones técnicas.

Prefiero contar otras cosas que tal vez ayuden a valorar su aporte al fútbol argentino e internacional.

César me dijo en 1975 —después de un torneo juvenil importante que ganamos en Toulón— que yo iba a ser titular de la selección argentina en el mundial del '78. Eso me dio una confianza definitiva en mis posibilidades. Un año más tarde fui elegido el mejor jugador argentino y, a pesar de que todavía no era titular en la selección, yo sabía que, finalmente, iba a jugar y así fue.

Sin duda, Menotti marcó una época en el fútbol argentino —yo creo que la más importante y la más brillante— no sólo por los resultados conseguidos sino por la jerarquía que la selección alcanzó en todo el mundo representando nuestro estilo, sin renunciar nunca —ganando a perdiendo— a nuestra manera de ver y sentir el fútbol.

La selección argentina ganó el mismo respeto fuera de la cancha por su comportamiento ejemplar y digno, comportamiento que él luchó por imponer en el fútbol.

César fue el primero también, en ir al interior del país en busca de talentos que de otro modo tenían muy pocas posibilidades de trascender. Son los casos de Ardiles, Kempes, Galván, Valencia y varios más.

Casi todos nosotros éramos prácticamente desconocidos cuando comenzamos con él en las distintas selecciones que formó y, después, llegamos a jugar con éxito en el primer nivel mundial: Bertoni, Valdano, Tarantini, Ramón Díaz, Barbas o Calderón. (...) Yo digo, y puedo confirmarlo con decenas de ejemplos, que a todos los entrenadores que tuve en mi carrera, les lleva una ventaja de 15 o 20 años.

Para terminar, quiero destacar la lección más importante que aprendí de Menotti: jugaba para la selección argentina en Roma, contra Italia, en 1979. Empatábamos 2 a 2 y faltaban 5 minutos. Corté una pelota en el medio y me fui al ataque buscando el gol. No pudo ser y cuando terminó el partido, César me puso como ejemplo ante los periodistas, del jugador que él quería para la selección argentina. Me acuerdo que dijo: "El prestigio se gana con honestidad para no especular, con coraje y dignidad para jugar hasta el último instante, en cualquier cancha del mundo".

Hoy puedo decir con orgullo que estoy en el fútbol

más cotizado del mundo, sin haber resignado jamás mi forma de jugar y de entender este deporte.

Es que el éxito no puede medirse exclusivamente por el triunfo en un partido o en un campeonato, también depende de la forma de buscarlo.»

D. Passarella

«La táctica ofensiva de Menotti para todos los jugadores del equipo es la que me ha gustado más de todas, porque es el fútbol que toda la afición y los jugadores prefieren.»

Bernd Schuster

«Dentro de un ámbito confuso y difícil, Menotti se hizo cargo de una selección devaluada, que supo jerarquizar como nunca antes en la historia del fútbol argentino.

Tuve el privilegio de integrar la selección en dos períodos cortos y distantes, que coinciden con el inicio y el final del proceso que Menotti cubrió como máximo responsable del equipo argentino. En medio hay una larga ausencia que me permitió observar, desde España, cómo se prestigiaba su imagen de entrenador.

En lo estrictamente futbolístico le aportó a mi juego ingredientes universales. Un puñado de recursos que me valieron definitivamente para resolver situaciones complicadas en el campo a las que —a veces— no es fácil encontrar soluciones espontáneas. Me inculcó la importancia del engaño y de la distracción, y que no existe dentro del campo mayor fuerza que la de la inteligencia.

Me enseñó la importancia del "porqué" apoyando siempre sus ideas con una dialéctica diáfana que aclaraba el camino y reforzaba convicciones.

Pero me dio algo infinitamente más importante: la posibilidad de entender qué es lo que debo defender dentro de una cancha; de saber para qué juego; de recuperar el sabor que el fútbol tenía en mi infancia y que posteriores mentiras "científicas" fueron distorsionando hasta la confusión.

Lo conocí en el triunfo y en la derrota; siempre respetuoso con el fútbol. Queriéndolo y haciéndolo querer pero ubicándolo en el sitio preciso que su condición de juego reclama.

Quienes nos poníamos la camiseta argentina no salíamos a redimir las frustraciones esenciales de un pueblo, sino a defender el prestigio del fútbol de nuestro país. Nada menos, pero nada más.

Quienes no logran rotularlo, quienes no le perdonan su inteligencia, lo acusan de sospechoso, aunque todavía no se sabe muy bien de qué.

Al parecer, lo digno hubiera sido perder el mundial '78 o quizá desertar.

Pero dejemos las intrigas y volvamos a la pureza del fútbol.

Menotti cree en un tipo de vida que proyecta el fútbol a través de la defensa de un estilo definido.

Entendiendo el fútbol como escuela, aceptar uno u otro modo de jugar es aceptar uno u otro modo de vivir.

Su relación con el hombre-jugador es extremadamente fácil, porque sabe de futbolistas y de seres humanos y ha comprendido desde siempre, que las carencias de éste las paga irremediablemente aquél.

Sabe transmitir aquello que su imaginación procesa con celeridad y certeza, sirviendo conocimientos con la generosidad y la seguridad de quien sabe que su capacidad creadora no se agota en dos frases.

Yo soy un ecléctico que le he robado algo a cada entrenador, pero acepto su influencia como decisiva. Haberlo conocido es una deuda más que tengo contraída con el fútbol.

Mi última mención es para Ángel Cappa, quien con paciente insistencia logró extraerle a César el libro que nos debía y que, quienes sabemos de su capacidad, le exigíamos con todo el derecho que nos otorga la admiración. Además lo apuntaló y enriqueció con su clara inteligencia.

Este libro, escrito con el fragor, en ocasiones parcial, del conocido talante apasionado de Menotti, recibirá abiertas adhesiones y algún ensañamiento crítico. Nunca la ofensa de la indiferencia. Si la polémica que genere es seria, el fútbol quedará agradecido.»

Jorge Valdano